NARRATIVA

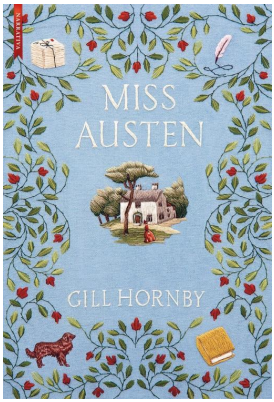
MISS AUSTEN

GILL HORNBY

MISS AUSTEN

GILL HORNBY

© Gavin Smith, Camera Press London La primera novela de **Gill Hornby**, *The Hive*, pronto se convirtió en un *best seller* y recibió muy buenas críticas, al igual que la segunda, *All Together Now*. Vive en la actualidad en la vicaría de Kintbury, el mismo sitio en que Tom Fowle, el prometido de Cassandra Austen, creció. Es la hermana de Nick Hornby y la esposa de Robert Harris, por lo que ha pasado toda su vida rodeada de escritores y libros. Debuta en español con dos de sus libros: *Miss Austen* y *Godmersham Park*, publicados en 2023 por Libros de Seda.



Recreando las cartas desaparecidas de Jane Austen, Cassandra Austen vuelve a la vida y lo hace para contar su historia, que sin duda fue tan cautivadora como la de las heroínas creadas por su hermana.

Inglaterra, 1840. Cassandra Austen ha vivido más de dos décadas tras la muerte de su querida hermana Jane. Ha pasado el tiempo visitando a amigos y parientes y trabajando en silencio, determinada a mantener la reputación de su hermana. Con más de sesenta años y una salud frágil, decide irse a vivir con los Fowle de Kintbury, la familia del que fue su prometido, fallecido hace muchos años, cuando ambos eran jóvenes. Quiere encontrar las cartas que su hermana dejó, esquivando a su anfitriona y a una criada entrometida. Cuando finalmente las halla, se enfrenta a los secretos que guardan, no solo sobre su hermana Jane, sino sobre ella misma. ¿Las guardará y legará su historia a futuras generaciones o las entregará a las llamas?

Miss Austen
Copyright © Gill Hornby 2020

First published in the United Kingdom by Century in 2020
First published in the United States by Flatiron Books in 2020

© de la traducción: Emilio Vadillo
© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Chloe Giordano Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips Imagen de cubierta: ©Chloe Giordano (bordado y foto del bordado) Mapa del interior: © Darren Bennet (www.dkbcreative.com)
Primera edición digital: mayo de 2023

ISBN: 978-84-19386-10-6

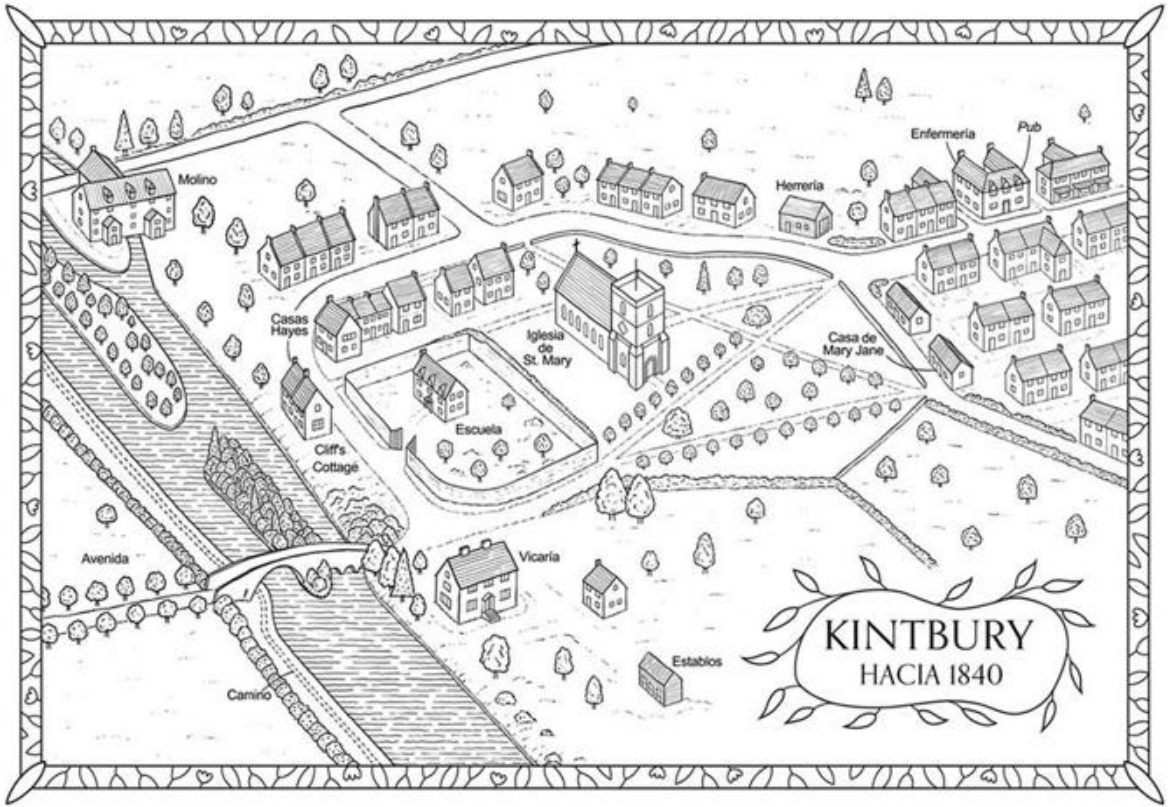
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MISS AUSTEN

GILL HORNBY

Libros de seda

Para Holly y Matilda.


Molino
Enfermería
Pub
Herrería
Casas Hayes
Iglesia de St. Mary
Casa de Mary Jane
Escuela
Cliff's Cottage
Avenida
Vicaría
Establos
Camino
KINTBURY
HACIA 1840

Las familias

Los Austen

El reverendo George Austen, rector de Steventon, y su esposa, la señora Cassandra Austen tuvieron ocho hijos, aunque uno de ellos, de nombre George, como su padre, era discapacitado y no vivía en la casa familiar. En cuanto al resto: James sucedió a su padre como rector de Steventon. Tras la muerte de su primera esposa se casó con Mary Lloyd. Tuvo tres hijos, Anna, James-Edward y Caroline.

Edward fue adoptado en su juventud por parientes adinerados y fue terrateniente toda su vida. Se casó con Elizabeth y tuvieron once hijos. Su hija mayor, Fanny, fue la sobrina favorita de sus hermanas Cassandra y Jane.

Henry primero fue militar, después banquero y finalmente clérigo. Era el más inteligente y el de mayor formación de todos los hermanos, ayudó a Jane a encontrar editor y actuó como su agente.

Cassandra se comprometió con John Fowle; al final de su vida fue albacea de la herencia literaria y personal de su hermana.

Francis, conocido con Frank, se enroló en la marina, llegó a almirante y fue nombrado caballero de la Corona. Tras la muerte de su primera esposa, que dejó once hijos, se casó con Martha Lloyd.

Jane escribió seis novelas completas, de las que dos se publicaron de

forma póstuma. Murió en julio de 1817.

CHARLES también fue marino.

Los Fowle

EL REVERENDO THOMAS FOWLE, vicario de Kintbury, y su esposa, LA SEÑORA JANE FOWLE, tuvieron cuatro hijos: FULWAR CRAVEN, que sucedió a su padre como vicario de Kintbury y se casó con ELIZA LLOYD. Tuvieron tres hijos y tres hijas, MARY-JANE, ELIZABETH e ISABELLA.

TOM se comprometió con Cassandra.

WILLIAM fue médico militar y CHARLES abogado. Los dos murieron jóvenes.

Los Lloyd

ELIZA fue la esposa de Fulwar Craven Fowle.

MARTHa fue amiga íntima de Cassandra y Jane Austen. Más adelante se casó con Frank Austen.

MARY fue la esposa de James Austen.

Los hombres tienen toda la ventaja sobre nosotras a la hora de contar su propia historia… siempre han tenido la pluma en sus manos.

—Jane Austen, *Persuasión*

«Emprendamos ese camino»

Cerró tras de sí la puerta del jardín y señaló hacia Elm Walk. Se apretó el chal y aspiró una profunda bocanada de aire limpio y renovado. Corría el año 1795 y el día parecía asumir el hecho de que era el primero de esa primavera. Los pájaros del frondoso roble cantaban su alivio. Las ramas exudaban una humedad fragante, pegajosa y nueva. Ascendieron juntos la pequeña cuesta que salía de la parte de atrás de la rectoría hasta el hueco del seto y allí, ya fuera del alcance de las miradas de la familia de ella, él se detuvo y la tomó de la mano.

—Amor mío —empezó Tom. Cassy sonrió: ¡ahí estaba, por fin! Llevaba esperando mucho tiempo ese momento—. Oh… —Se detuvo, de repente se sentía tímido—. Me da la impresión de que sabes lo que voy a decirte…

—¿Eso crees? —Lo miró con cara animosa—. Bueno, pues me encantaría oírtelo decir, sea lo que fuere. Por favor, continúa.

Y habló. No fue una declaración pulcra y preparada, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que le había llevado planificarla. Además, dudó respecto de ciertas fechas y lugares… la amaba desde…, bien, la verdad es que no recordaba el momento exacto… Era la única mujer con la que concebía una vida en común… es decir, compartirla… o sea… Y así varias veces, pero en cualquier caso, a ella le encantó. Fue un ejemplo perfecto de ese carácter suyo que tanto le gustaba y quería, y un momento tan maravilloso, y normal, como debía ser. Cuando, en un determinado momento, parecía que todas las palabras, incluidas las inadecuadas, le estaban empezando a fallar, decidió ahorrarle la lucha y el sufrimiento. Se besaron, y todo el cuerpo le pareció que se le consumía en… ¿en qué exactamente? Sí, claro, satisfacción, eso fue. Era su destino. Era su vida, su destino. Todo estaba en su sitio.

Caminaron durante un rato, ella colgada de su brazo, y hablaron sobre los términos del compromiso. De hecho, solo les interesaba uno de ellos: uno que sería dilatado en el tiempo. Y esas temidas palabras, «doscientas cincuenta libras», y «al año», tenían que mencionarse sin remedio. ¡Cuánto les cansaban a los dos! Pero tenían que pronunciarse. Él le pidió paciencia; ella se la prometió sin siquiera pensarlo. Cassy solo tenía veintidós años, y muchos todavía por delante con los que jugar. Y de todos era sabido que la paciencia era una de sus muchas virtudes. Regresaron a la casa para compartir la buena nueva.

Fue recibida con el exuberante alborozo que habían deseado, pero sin ninguna sorpresa, ni real ni fingida. Porque el compromiso entre la señorita Cassandra Austen de Steventon y el joven reverendo Tom Fowle de Kintbury estaba asumido como algo ya público y notorio mucho antes de que la pareja lo estableciera en privado. Después de todo, era el enlace perfecto, uno de esos que caen bien a casi todo el mundo. Así que tenía que ser su futuro, el perfecto principio del final feliz.

El universo, muchos años antes, había asumido por ellos ese destino.

Capítulo 1

Kintbury, marzo de 1840

—SEÑORITA Austen. —La voz venía de detrás de ella—. Perdóneme. —Se volvió—. No sabía que estaba usted ahí.

Cassandra sonrió cortésmente pero se quedó donde estaba, justo a la entrada de la vicaría. Le hubiera gustado ser más efusiva, y de hecho estaba sintiendo unos estímulos distantes y familiares de efusividad dentro de sí, en alguna parte; pero ahora estaba demasiado cansada como para moverse, eso era todo. Sus viejos y cansados huesos habían sufrido el incesante zarandeo del viaje en coche de caballos desde su casa en Chawton, y aquel viento frío que venía del río le provocaba pinchazos en las articulaciones. Se quedó de pie junto a las maletas y vio acercarse a Isabella.

—Tengo que subir a la sacristía —informó Isabella según llegaba desde el jardín de la iglesia. La suya le había parecido siempre una figura anodina, y en ese momento vestía de negro, por supuesto, un color no color que le sentaba fatal, claro está.

—Todavía hay obligaciones que cumplir… —Se movía como una sombra que se recortase sobre un fondo verde salpicado de prímulas —. Muchas tareas que llevar a cabo. —Lo único que llamaba la atención al verla era el sabueso que estaba a su lado. Y aunque el tono era de disculpa, lo cierto es que no se daba la más mínima prisa. Hasta *Príamo,* que ahora avanzaba lentamente arrastrando las patas por la grava, era la viva imagen de la parsimonia.

Cassandra sospechó que no era bienvenida, y si así fuera, la culpa

era solamente suya. Una mujer sola nunca debería tenerse por útil, no en demasía. Hacerlo era de mala educación. Había acudido sin que la hubieran invitado. Isabella tenía dificultades, algo un tanto extraño, pero comprensible. Pero, al menos, habría esperado un poco más de entusiasmo, aunque solo fuera por parte del perro.

—Querida, ha sido muy amable de tu parte el que me hayas permitido venir a visitarte. —Abrazó a la mujer, ejemplo de frialdad cortés, y le hizo una breve caricia a *Príamo*, aunque ella prefería con mucho a los gatos.

—¿Pero es que no te ha acompañado nadie? ¿No has llamado?

Por supuesto que Cassandra había llamado. Había llegado en el coche de línea, como siempre lleno de comerciantes, y todo el mundo la había visto. El cochero había llamado varias veces. Había visto a un montón de gente: a muchos trabajadores que venían de los campos de labor y a un grupo de chavales con las rodillas mojadas que llevaban un tritón en un balde. Le hubiera encantado hablar con ellos, pues le gustaban mucho los tritones, y más aún los chicos que mostraban tantas ganas y tanta pasión por descubrir cosas nuevas, pero ellos no parecieron reparar en ella. Y la casa había permanecido en silencio, así que esa criada tan problemática… ¿Cómo se llamaba? Su memoria, siempre prodigiosa, le estaba empezando a fallar, aunque solo en las zonas límite. En fin, la criada tenía que saber perfectamente que estaba allí.

—He venido en mal momento.—Cassandra alzó las manos y la miró a los ojos—. ¡Oh, Isabella!, ¿cómo estás?

—Ha sido difícil, Cassandra. —A la mujer se le enrojecieron los ojos —. La verdad es que muy difícil. —Aunque le costó, se recompuso—. Pero, en cualquier caso, ¿qué te parece ahora este viejo lugar? ¿Has dado una vuelta para verlo?

—Esta igual que ha estado siempre. Querido, queridísimo Kintbury…

Durante cuarenta y cinco años la vicaría había sido un punto de referencia, tan familiar, a veces triste y siempre querido, en su vida. Se trataba de un edificio blanco de tres plantas, con una agradable fachada hacia el este, que miraba al antiguo pueblo, un jardín que bajaba ondulante hasta la orilla del Kennet y, al otro lado, elevada y elegante, estaba a la achaparrada iglesia normanda. Era testimonio de todo lo que valoraba en la vida: familia y misión, es decir, lo bueno, sencillo y honesto de la vida. Este tipo de arquitectura le gustaba más que las grandes y espectaculares construcciones, como Godmersham, Stoneleigh, e incluso Pemberley. Y dicho esto, estaba deseando entrar,

sentarse en una silla frente al fuego, entrar en calor…

—¿Podemos…?

—¡Pues claro! ¿Dónde está todo el mundo? Deja que lleve eso. —Isabella hizo intención de tomar la pequeña maleta negra que llevaba Cassandra.

—No hace falta, gracias. La puedo llevar yo —dijo la anciana—. Pero el baúl…

—¿Un baúl? Ah… —Aunque Isabella siguió con la cara pálida e inexpresiva, le brillaron los ojos, era una mujer inteligente—. No me he fijado, culpa mía. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Alzó una ceja—. Tu carta llegó ayer… qué raro, ¿no?

No, no era raro ni mucho menos, sino que lo había hecho a propósito. Ella nunca se había presentado sin avisar con tiempo suficiente en ningún sitio, era una descortesía, pero en esta ocasión no había tenido otra alternativa, faltaría más. Así que se limitó a sonreír con gesto vago.

Al no recibir explicación alguna, Isabella siguió a la carga.

—No sé qué planes tienes, querida. ¿Pasarás… mucho tiempo con nosotros?

El disgusto de aquella mujer por su llegada no era del todo patente. Detrás de esa fachada tranquila y educada quizá se escondiera un carácter más fuerte que apenas salía a la luz, y que nunca había visto salir a la luz. En todo caso, pensaba quedarse allí todo el tiempo que fuese necesario. Estaba dispuesta a hacerlo hasta completar el trabajo que tenía pendiente. Musitó algo acerca de ir a visitar a un sobrino, fingiendo una falsa indecisión sobrevenida debido a su avanzada edad.

—Fred se encargará de traer tu baúl. Por favor, ven por aquí. —Isabella señaló la puerta, que se abrió desde dentro inmediatamente—. ¡Ah, Dinah, estabas ahí!

¡Eso es, Dinah! Debía recordar el nombre. Seguramente iba a necesitar a Dinah.

—La señorita Austen está con nosotras, por lo que veo...

Dinah inclinó la cabeza de forma casi inapreciable.

—¿Entramos?

La primera vez que cruzó ese umbral era una mujer joven. Por aquel entonces era alta y delgada, y muchos habrían tenido el detalle de decir que también era guapa. Seguramente se puso su mejor vestido,

el azul que tanto gustaba a todo el mundo. Su numerosa familia se había reunido para recibirla, y los sirvientes, también interesados y proclives a la admiración, estaban detrás, por supuesto sin quitarle ojo. Permaneció un rato de pie, sin moverse, sorprendida ante la reacción que provocaba. ¡Qué momento tan fantástico!

Sin poder evitarlo, echó un vistazo al espejo que reflejaba su imagen. Ahora no se podía decir que estuviera delgada. Su columna, en otros tiempos erguida y perpendicular, presentaba algunas curvas, y era algo más corta. La cara, demacrada ahora, hacía que su antaño orgullosa nariz, la nariz de los Leigh, una distante reminiscencia aristocrática, pareciera el pico de un cuervo. Además, todos los que en aquel momento la querían se habían marchado, lo mismo que ella, o casi. Las personas que le estaban recibiendo hoy (la pobre Isabella, la difícil Dinah, Fred, que en esos mismos momentos arrastraba su baúl por el interior de la casa gruñendo, conocían perfectamente todos los datos de su biografía, aunque no la verdad que había detrás de ellos. Porque, ¿quién iba a ver a una mujer mayor, como era ahora, y pensar en la joven que un día fue?

Todos avanzaron por el amplio recibidor forrado de madera. Cassandra los siguió resignada, pero una vez allí se detuvo alarmada. Se acercó al generoso hogar de piedra, se sujetó con las manos y observó horrorizada la escena.

—¡Qué Dios nos asista! —oyó murmurar a Dinah—. Lo que nos faltaba. Como si no tuviéramos bastante con lo que ya soportamos.

—Puede que le dé pena —susurró Isabella—. Después de todo, quizá sea la última vez que vaya a venir por aquí.

A Cassandra ni se le ocurrió reaccionar a los comentarios. Se trataba de una de esas conversaciones que se producían entre jóvenes en presencia de viejos como si estos no pudieran oírlas. No estaba superada por la pena, aunque esta la hubiera acompañado durante décadas, siendo para ella una compañera inseparable. No. Ni tampoco se trataba del hecho cierto de que esta fuera su última visita… En cualquier caso, tuvo que respirar hondo para recuperar el aliento, y le temblaron las manos. Lo que sucedía era que tenía miedo de haberlo pospuesto demasiado, de que ya fuera tarde. La casa ya era un auténtico caos de cambios y mudanzas.

—Querida, ¿seguro que te encuentras bien? —Isabella la sujetó por el codo, proporcionándole al menos un apoyo para que se sostuviera.

Desde que tenía memoria, siempre había visto encima de la chimenea un retrato del benefactor de Fowles, lord Craven. Ahora había desaparecido.

—Ese viaje ha sido demasiado para ti. —Isabella lo dijo en voz alta y con buena dicción, al tiempo que le deshacía el nudo de la cinta que sujetaba el sombrero bajo la barbilla—. Una distancia tan larga, y con un tiempo tan frío… —Le quitó el sombrero. Desde donde estaba, pudo observar el estudio, cuyas estanterías estaban vacías. ¿Dónde estaban los libros? Allí había antes una colección completa de los libros de Jane. ¿Quién los tenía ahora?

—Y ha venido sola. No puedo evitar mencionarlo. —Dinah estaba tras ella, desabrochándole el abrigo.

Los muebles que aún estaban en su sitio tenían un aspecto abyecto, humillado, como el de esclavos en un mercado.

—¿Se habrá despedido su criada?

—Lo que plantea la pregunta de quién la va a atender. —Dinah terminó de quitarle el abrigo y se lo colgó del brazo—. Seguro que yo, y sin ayuda de nadie más.

Una vicaría sin vicario era de por sí un lugar digno de lástima. Cassandra ya había visto otras así, muchas más de las que la gente creía, pero todavía le afectaba mucho. Los Fowle habían vivido en la casa durante tres generaciones. Había pasado de padre a hijo, y todos ellos habían sido buenos clérigos, bendecidos con buenas esposas; pero ahora la cadena se había roto. El padre de Isabella había muerto, y ninguno de sus hermanos había aceptado continuar con la tradición. Sin duda tendrían sus razones para despilfarrar esa herencia familiar, aunque esperaba sinceramente que dichas razones fueran buenas.

La tradición eclesiástica concedía a la viuda y demás miembros de la familia hasta dos meses para abandonar la casa antes de dejársela al nuevo titular. Y, aunque no había nada escrito, esa misma tradición parecía poner siempre en manos de las mujeres el encargarse de la transición. Pobre Isabella. La tarea que tenía por delante era ardua y muy penosa: ¡dos meses para desocupar la casa e irse de un lugar que había sido el hogar de su familia los noventa y nueve anteriores! Y, además, empezar en otra parte, todo al mismo tiempo. Sin embargo, el reverendo Fulwar Craven Fowle había muerto ya hacía unas semanas. Cassandra había acudido lo más pronto que había podido. Le sorprendía mucho ver que el trabajo estaba mucho más avanzado de lo que se había podido imaginar.

¡Pensar que ese viaje tan agotador, tan incómodo, tan vergonzosamente caro, pudiera no haber servido de nada! ¡Pensar que lo que había venido a buscar podría haber volado ya!

Cassandra se sintió mareada. Con mucha amabilidad, Isabella le arregló el cabello con delicadeza, pues debía de haberse despeinado

con el viaje, y la acompañó por el pasillo.

La sala de estar de Kintbury era de una belleza muy sencilla: un cubo perfecto con las paredes pintadas de amarillo que captaban y mantenían la luz del sol del atardecer. Todas las ventanas, las de un lado y las del otro, miraban al agua: se podía ver tanto a los pescadores del río como a las barcazas que se deslizaban por el canal hacia el este o el oeste. Era uno de los sitios favoritos de Cassandra. Bálsamo para su alma. Pero esa tarde entró en él muy nerviosa y consumida por el temor a lo que se podría encontrar.

Pero no tenía que haberse preocupado. Nada más entrar y poner un pie en la alfombra tejida a mano, se sintió a salvo. La atmósfera de la habitación derrochaba calma y tranquilidad. El aire parecía puro y tranquilo. Y todos los muebles estaban donde siempre habían estado. ¡Así que no había llegado tarde, después de todo! Las rodillas casi le fallan de puro alivio. Se volvió hacia Isabella, recuperando al mismo tiempo la voz y la autoridad.

—Y ahora estaría bien que pudiera recuperarme un poco del viaje antes de cenar.

Cassandra siempre había notado que cuando el hombre de la casa fallecía, las buenas cenas se iban con él. Y la cena de esa tarde fue una prueba más de la certeza de su hipótesis. El cordero era solo eso, cordero a secas, sin salsa, ni patatas, ni puré, solo acompañado de un triste repollo que seguramente habían cortado hacía días. Sonrió al recordar las magníficas comidas de las que había disfrutado en ese mismo sitio y compararlas con esa. El padre de Isabella siempre había sido un hombre exigente y de reacciones poco controladas. Si Dinah se hubiera atrevido alguna vez a servirle semejante plato, le habría dejado bien claro que no le gustaba.

Pero a la mesa había dos damas que, muy educadamente, dieron gracias al Señor por los alimentos que iban a recibir, cortaron el cordero con cierto esfuerzo y lo masticaron con determinación canina. Sus esfuerzos al masticar solo se vieron acompañados por el tictac del reloj, bastante sonoro por cierto. El silencio en esta mesa era otra incómoda innovación. Le resultó más difícil soportarlo que la propia comida.

—Veo por las etiquetas que tienes muy avanzada la clasificación de todos los efectos. —Cassandra miró el decantador, que era la primera

vez que veía vacío. Inclinó un poco la cabeza y leyó que el señor Charles Fowle lo había reclamado. Seguro que en su futuro próximo se usaría mucho más.

—La semana pasada se leyó el testamento, y mis hermanos pudieron ya tomar sus decisiones. —Isabella no mostró la más mínima emoción al pronunciar tales palabras, aunque con la vista fija en el plato.

No obstante, Cassandra no dejó el asunto.

—¿Y tus hermanos se van a quedar con todos los objetos del ajuar? —inquirió, al tiempo que se daba cuenta del tono, inquisitivo y afilado, que había empleado y que lamentó de inmediato. Sabía que a veces era demasiado cortante, y a partir de ese momento decidió ser más comedida. En cualquier caso, el asunto que tenía entre manos era muy problemático. Los Fowle eran muy parecidos a los Austen en muchos aspectos: ambos familias numerosas, con varios hijos y con una cierta holgura económica que, sin embargo, solo parecía continuar ligada a la línea masculina de ambas familias.

—Mi padre le dejó algunas novelas a mi hermana Elizabeth. —Isabella hizo un gesto en dirección a la estantería que tenía una balda vacía y polvorienta—. Algunas de las favoritas de ambos, y que leían juntos.

A Cassandra se le iluminó el rostro.

—¡Ah! —Por fin habían llegado a su tema de conversación favorito —. ¿Y de quién eran? —preguntó con avidez.

—¿Qué de quién eran? —A Isabella pareció sorprenderle la pregunta, como si los libros solo fueran libros y sus autores no tuvieran relevancia—. Pues… de *sir* Walter Scott, creo.

Cassandra apretó el tenedor con los dedos y reprimió una exclamación. *Sir* Walter Scott. ¡*Sir* Walter Scott! ¿Por qué siempre tenía que ser él? Qué ganas tenía de reaccionar sin tener que mantener las formas a aquella información, aunque solo fuera por una vez. Sin embargo, permaneció callada y sentada, lamentándose para sus adentros de las injusticias de la fama, del trabajo a veces ignoto de los genios verdaderos y anónimos, del hecho de que nunca había tenido una relación de cariño con Elizabeth, la hermana de Isabella. Esto último se le ocurrió de forma espontánea. Pero en ese momento sus reflexiones se interrumpieron bruscamente. ¿Cómo podía ser? Isabella por fin había encontrado algo que decir que no fuera una respuesta.

—Tengo la opinión de que sus libros son muy… —Se produjo una pausa mientras trataba de encontrar la palabra adecuada—… muy… muy… —Y entonces, casi milagrosamente, encontró el término que

buscaba—… largos. —Se tomó un nuevo respiro antes de continuar. Una vez visitado el territorio de la discusión literaria, al parecer se sintió obligada a seguir explorándolo—. En ellos hay muchas palabras, incluso diría que muchísimas —continuó con cierta acidez—. Creo que hacen que sus lectores empleen demasiado tiempo en ellos.

Lo cierto era que estaba acostumbrada a un nivel de análisis con algo más de nivel, pero en este caso concreto no podía estar más de acuerdo. En otro foro seguramente habría argumentado que era un buen poeta, y bromeado con que su trabajo de crítico literario era de alta calidad, pero le pareció que tal vez no fuera este el foro más adecuado.

—¿Y qué me dices de ti, Isabella? ¿Te gustan las novelas? ¿Cuáles son tus favoritas?

—¿Novelas yo? —La mujer volvía a estar desconcertada—. ¿Mis favoritas? No, ninguna, de hecho.

El debate había terminado. Cassandra se rindió. Dinah entró de nuevo y sirvió una compota que ambas comieron en un silencio solo roto por el sonido del reloj.

—Ponte en el sitio de madre —ofreció Isabella al terminar la cena. Cassandra aceptó de inmediato, dado que aquella butaca era la más cercana al fuego.

Ante ellas se cernía la velada nocturna en la sala de estar, el último desafío de un día ya de por sí bastante desafiante. *Príamo* entró con sus andares arrastrados y se tendió sobre la alfombra. Siempre había sido una de esas casas en las que los perros gozaban de libertad absoluta. A Cassandra no le molestaba este perro en particular, pero en general no aprobaba la práctica. Buscó entre sus pies, alzó la pequeña maleta y sacó su labor. ¡Qué útil resultaba manipular la aguja y mantener la mirada fija en ella! En las situaciones difíciles era como una armadura, una forma de bordear la incomodidad de una compañía complicada. A veces se preguntaba cómo se las arreglaban los hombres, que no disponían de nada parecido. Aunque ellos no parecían sentirse atascados tan a menudo por las conversaciones incómodas o inexistentes.

Solo se había llevado la labor de retacería. A esas alturas, con una luz escasa como la de la habitación, no tenía los ojos para tareas de mayor finura.

—¿No tienes labor, querida Isabella? —Colocó el papel del patrón y empezó a coser—. ¿No te entretienes con nada?

La aludida miró al fuego mientras contestaba, negando con la cabeza.

—Nunca se me ha dado bien coser.

Cassandra, que podía hacer ese tipo de labor de una forma mecánica, la miró algo sorprendida. Qué mujer tan extraña era su interlocutora. La conocía desde que nació —¡qué deprisa pasaban los años!—, aunque en realidad no sabía prácticamente nada de ella. Miró con curiosidad a la mujer que tenía delante: era de figura pulcra y nítida, aunque ahora dicha figura estaba algo ensombrecida por el luto; se podía decir que tenía rasgos delicados, y que la pena no le había robado la gracia. No tenía ni la belleza de su madre ni la inteligencia de su padre, aunque esos intensos ojos azules eran sin duda los de él. Y, después de más de cuarenta años de amistad, o algo así, seguía sin conocer su personalidad. Por supuesto, no podría quedarse en la vicaría si no se llevaban bien, aunque en realidad parecía como si permaneciera en la oscuridad y hubiera que buscar una especie de puerta secreta a la que asomarse para verla bien. Era muy difícil encontrar una entrada.

Y de repente tuvo una inspiración.

—Espero que la muerte fuera amable con tu padre cuando por fin le alcanzó.

Porque, ¿de qué otra cosa iba a querer hablar sino del final…?

Isabella suspiró.

—Unos diez días antes, estuvo claro que había llegado el final. Tuvo un ataque después de la cena, y cuando llegó Dinah a la mañana siguiente estaba demasiado débil para levantarse…

Por fin se había abierto el cerrojo. La puerta de la conversación estaba abierta.

—El dolor que le afligía, al que se había enfrentado con tanta bravura, finalmente se…

Escuchó las explicaciones sobre los baños de agua helada, cataplasmas y demás, y empezó a sentirse de verdad como en casa.

—Al cabo de cinco días estaba tan débil que nos resignamos a llamar al doctor…

—¿No se consultó antes al médico? —¡Menuda negligencia!

Isabella volvió a suspirar.

—El doctor Lidderdale es un buen profesional, y es una suerte tenerlo. Todo el mundo le quiere… todos excepto padre, quiero decir. Mi padre no aprobaba ni siquiera el hecho de que en el pueblo

hubiera un médico. Temía que promoviera la enfermedad, o su sensación, entre aquellos que no podían permitirse ponerse enfermos. Pero llegado el momento, pese a sus objeciones…

Cassandra pensó que el hecho de darse cuenta de que se moría debió de ser un verdadero tormento para el bueno del reverendo: yacer casi mudo y que nadie tuviera en cuenta sus irascibles demandas. Inusitado para él.

—… y, por supuesto, agradecí muchísimo la presencia del señor Lidderdale. ¡Qué alivio no volver a estar sola!

—Pero ¿y tus hermanas, Isabella? —interrumpió Cassandra—. ¿Es que no se turnaron contigo?

—Pues… Elizabeth está muy ocupada ahora debido a su trabajo con los niños del pueblo. No la vemos mucho por aquí.

Elizabeth… en realidad, no esperaba nada bueno de ella.

—Pero ¿y Mary Jane? Vive justo al lado del jardín de la iglesia.

—Mary Jane tiene que ocuparse de su propio hogar.

«¡Ah, la tiranía de la mujer casada!», pensó Cassandra. Aunque en ese caso se trataba en realidad de una viuda sin hijos.

—Entonces deberían estarte muy agradecidas las dos por haber llevado la carga de la enfermedad sin ayuda.

—No me importó —dijo Isabella encogiéndose de hombros—. Una vez que el doctor empezó a ayudar, no me importó en absoluto. La verdad es que la situación resulta difícil de manejar, es decir, saber que alguien va a morir sin remedio, pero no tener ni idea de cuándo. El doctor Lidderdale dice que en ese aspecto las muertes y los nacimientos son parecidos.

Cassandra tenía mucha experiencia en ambos aspectos, y sabía bien las dificultades que entrañaban. Se había quedado sin hilo y sacó una nueva bobina.

—… y entonces, justo antes del final, dijo que tenía hambre, y recuerdo que teníamos una buena empanada de cerdo recién hecha. Le gusta la empanada de cerdo. ¡Y esta tenía un huevo en medio! El caso es que también le gusta mucho que lleve un huevo…

—¿Fulwar pidió empanada de cerdo en su lecho de muerte? —Cassandra enhebró la aguja y negó con la cabeza: desde luego, había sido un hombre legendario.

—¡Mi padre no! El señor Lidderdale. El señor Lidderdale siempre tiene hambre, incluso más que padre. No es alto, pero sí ancho de hombros, y trabaja muchísimo. —Desvió la vista del fuego por un momento—. Me estoy perdiendo, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Bueno, pues ahí estábamos, cada uno a un lado de la cama. No era capaz de decidir

si quería té o cerveza. Estábamos hablando de ello. Las comidas son un asunto difícil, sobre todo si una se pasa las noches en vela. De repente, el doctor le agarró la mano a mi padre y dijo: «¡Oh, Isabella!». Esas fueron sus palabras, «Oh, Isabella». Y supe que ya estaba. Se había ido. Nunca más volvería a estar sentada a su lado.

Ya había oído hablar de lo afligida que había estado Isabella por la muerte de Fulwar. Según la familia, llevó bien la enfermedad, pero se derrumbó tras el fallecimiento. Incluso después del funeral tuvo que guardar cama. Aún a estas alturas seguía llorando, aunque su actitud le sorprendió un tanto. Por supuesto, se debía lamentar la muerte de un padre, era el deber de los hijos. Pero ¿de verdad todos merecían que se los echara tanto de menos?

Empezó a guardar la labor. La recién descubierta locuacidad de Isabella había acabado con la velada. Por fin habían llegado a una hora a la que se podía retirar sin causar mal efecto.

Isabella la precedió por la escalera de roble, llevando la lámpara para iluminar el camino. Cassandra subió despacio, atacando los escalones de uno en uno. Tuvo que detenerse en el descansillo central para recobrar el aliento y refrescarse gracias al viento del norte que se filtraba por los resquicios de la ventana. Estar en una casa tan grande, mucho más que su pequeño chalecito de Chawton, iba a ser toda una prueba. Ojala que sus progresos fueran rápidos para no tener que pasar aquí demasiado tiempo.

Avanzaron por el pasillo. La puerta del dormitorio de la madre de Isabella estaba entreabierta, y pudo captar lo suficiente del interior como para darse cuenta de que todavía no la habían vaciado. ¡Buena y prometedora señal! Sobrepasaron la que pensaba que aún era la habitación de Tom, ¡qué alivio que no la hubieran acomodado en ella!, y por fin llegaron al extremo. Cassandra conocía esa habitación. Durante muchos años había sido el único hogar de la señorita Murden, esa carga siesa y capciosa para la familia. «Todo lo que hay en esta habitación va al hospicio», rezaba un cartel colgado en la puerta. En ese momento, cualquier expectativa que hubiera podido tener de sentirse cómoda en aquella casa se fue al traste.

Isabella la invitó a entrar, encendió la lámpara de la mesilla y le deseó buenas noches. Cassandra asimiló el mensaje que implicaba el hecho de que la hubieran alojado precisamente en esa habitación. Era fría, estaba poco ventilada y el mobiliario con que contaba era más bien escaso y básico. Había agua en el lavamanos, pero demasiado fría. Pasó una mano por la manta de la cama: no había ningún ladrillo caliente ni bolsa de agua para calentarla. «Bueno, pues así estamos»,

pensó. Ahora la carga soy yo.

El baúl seguía cerrado, pero no iba a vaciarlo. El mejor momento siempre es el presente, así que comenzaría la búsqueda de las cartas. Volvió a la puerta, esperó a que dejaran de oírse pasos y a que se hiciera el silencio en toda la casa, abrió la puerta y salió al pasillo. Avanzó entre las sombras en dirección a la habitación de la madre de Isabella. Casi había llegado al umbral cuando oyó una voz detrás de ella.

—¿Puedo ayudarla, señorita Austen? —Dinah, con una luz baja que provenía de una vela casi extinta, se encontraba de pie frente a las escaleras del ático—. Parece que nos hemos perdido, ¿no es así?

—¡Vaya, Dinah, cuánto lo siento! —Cassandra empezó a interpretar una escena de confusión mental—. ¡Qué raro! No recuerdo por qué estoy aquí.

—Es el cansancio, estoy segura. Será mejor que se vaya a la cama. Es por allí —dijo, observándola sin sonreír—. Ya ha llegado. Así que buenas noches, señorita Austen. —Siguió sin moverse hasta que la anciana cerró la puerta de su habitación.

Capítulo 2

Kintbury, marzo de 1840

EL CIELO tras las ventanas era de color blanco terroso. Las ramas desnudas de los árboles se agitaban debido al fuerte viento. Las dos mujeres observaban la escena desde la mesa, en la que Cassandra disfrutaba de su desayuno. Estando de visita, siempre era la comida en la que más se podía confiar: hasta las peores cocineras lo tenían difícil para hacerlo mal. Y tenía que hacer todo el acopio de fuerza que pudiera para enfrentarse al día que tenía por delante.

—Esta mermelada la hizo mi madre. —Isabella sacó una cantidad mínima del frasco—. La mujer siguió haciendo cosas hasta el final. Incluso ahora disfrutamos de su comida.

Cassandra probó otra pequeña porción, lo que conjuró ante sus ojos la figura de Eliza. Era como si estuviera con ella al masticar la fruta, como si la viera escogiendo, buscando, riendo, sirviendo… Y pensó que esas eran precisamente las cosas por las que se nos recuerda, por esos pequeños actos de amor, que son la única evidencia de que una vez habitamos sobre la tierra. Las conservas en la alacena. La huella en el reclinatorio. Las notas en las páginas del libro…

—Y bien, querida, ¿qué planes tienes para hoy? —Cassandra dejó a un lado la magdalena. De repente había perdido el apetito— ¿Crees que sería posible que viéramos esta mañana a tu tía Mary? Sé que ahora vive muy cerca, y que viene de visita aquí a menudo.

Isabella, que hasta ese momento de la mañana había parecido casi relajada y hasta alegre, volvió a adoptar un aire afligido.

—Sí, muy a menudo. Y estoy segura de que lo haría aún más a menudo si supiera que estás aquí.

—De hecho… —Cassandra tomó la taza y habló como si fuera lo más normal del mundo—: la verdad es que no sé lo que me pasa. ¡Se me olvida todo últimamente! Me da la impresión de que se me olvidó escribir para decirle que venía.

Isabella la miró a los ojos, los suyos de un azul acerado.

—Y yo no he tenido la oportunidad de mencionárselo. Tu carta llegó tan tarde que no he tenido tiempo.

—Así que entonces no sabe que he venido. —Cassandra se volvió a mirar por la ventana para calibrar el tiempo que hacía—. Es una lástima.

—No podemos esperar que mi tía nos visite hoy. —Isabella agarró de nuevo el frasco de la mermelada y esta vez se sirvió una generosa ración—. Los martes la tía Mary siempre toma el té con la señora Bunbury.

Ambas sonrieron. Al menos tenían algo de que hablar entre ellas. Mary Austen, alguien a quien no podía asociarse precisamente con la armonía social en el pueblo, se había convertido en un asunto común para tener algo de qué charlar.

—¡Vaya! —Cassandra se sintió algo ligera—. Entonces no tendremos el placer de disfrutar de su compañía hasta mañana, como muy pronto. —Lo único que hacía falta ahora era que la dejaran en paz, sobre todo Mary—. Mientras esté aquí contigo, quiero servirte de ayuda. He pasado por una situación idéntica a la tuya, así que sé lo muchísimo que hay que hacer. Por favor, querida, deja que te ayude de alguna manera.

Hay mujeres que se ofrecen a ayudar, que hacen todo lo que se les pide y en las que se puede confiar. De siempre, Cassandra había sido una de ellas. Pero también hay otras, y conocía muchas, que parecían querer hacerlo todo por sí mismas, colocarse en el centro de la acción y ocuparse de todo, pero cuyas excelentes intenciones generalmente chocaban con obstáculos que solo existían para ellas. Normalmente se las encuentra en un sofá, sin hacer nada, mientras que las demás no paran de hacer cosas y de ir de acá para allá. Y durante ese día, aunque fuera en contra de su naturaleza, por primera vez en su vida y por el bien de su misión, la señorita Austen deseaba ser una de esas mujeres, lo deseaba a toda costa.

—Hay tantas cosas que hacer que no sé ni por dónde empezar —dijo Isabella suspirando—. Eso de organizar, ordenar, escoger… son cosas que no se me dan nada bien.

«¿Y qué se le daba bien?», pensó Cassandra. Si tenía alguna habilidad o talento, al menos para ella era un auténtico misterio. Pero tenía una insobornable confianza en los designios del Señor respecto a la humanidad: todos servimos para algo. En el caso de Isabella, esperaba con ansia una revelación.

—¿Serías tan amable de ayudar a Dinah con la ropa de mi madre? —propuso por fin Isabella—. Te confieso que no he sido capaz ni siquiera de tocar sus cosas, como tampoco lo hizo mi padre en su momento.

Dinah, que estaba en el aparador de espaldas a ellas, aspiró sonoramente por la nariz. Sin duda, aquel ruido significaba algo, aunque a Cassandra no se le ocurrió el qué.

—¡Por supuesto! —dijo poniéndose en pie, todo entusiasmo—. Aunque… —dijo cómo si se le acabara de ocurrir—, no puedo permanecer de pie demasiado rato, ya sabes. Y eso requerirá levantarse y agacharse muchas veces… —Estiró un brazo y enseguida lo dobló con una mueca de dolor. Fue una buena representación. Dinah se volvió y la miró con gesto de aprobación—. Pensemos. ¿Qué otra cosa podría hacer?

El desayuno siguió adelante, e Isabella hizo otras sugerencias. Por supuesto, las rebatió todas: no podía doblar las rodillas, no podía sostener cosas entre las manos, la sola mención del polvo hacía que estornudara… Finalmente se doblaron las servilletas, se limpió la mesa y se organizó la mañana.

Cuando las campanas de la Iglesia dieron las diez, Cassandra reposaba en la sala de estar amarilla, con la maleta de coser al lado del sofá, la labor en el regazo y la aguja entre los dedos. Todo era de lo más satisfactorio, con excepción de una cosa: aún no disfrutaba de la privacidad que ansiaba y por la que había trabajado con tanto ahínco. Las labores del hogar fluían, por supuesto. Pero parecían fluir solo en dirección a ella.

Primero fue Fred, que entró a encender el fuego, una tarea que al parecer no le gustaba en absoluto. Observó cómo colocaba los troncos y los encendía, le dio las gracias efusivamente y esperó a que se marchara. ¿Podría dejar la aguja ya? ¿Levantarse del sofá y comenzar a investigar, que era lo que quería? El buró de la esquina prometía bastante, sería el primer mueble en el que echaría un vistazo. Era el

sitio en el que su querida amiga Eliza, la madre de Isabella, se sentaba a leer y contestar la correspondencia cada mañana. Seguro que cualquier cosa que tuviera importancia para ella estaría allí… Se trasladó hasta el extremo del sofá. Y en ese momento entró Dinah.

—¿Se encuentra usted cómoda, señorita Austen? —Tras haberla librado el destino de su cercanía en los armarios y gozando de la soledad de la que al parecer tanto disfrutaba, Dinah estaba de lo más amistosa. Con un paño húmedo en la mano le quitó el polvo a todos los objetos, desde los candelabros hasta una vasija de adorno. Eso sí, siempre charlando—. Esta habitación es muy tranquila. —Sí que lo era, sí… antes de su llegada. Levantó el cojín en el que Cassandra tenía apoyado el codo y lo sacudió—. Aquí nadie interrumpe lo que una esté haciendo. —Movió el cristal que había delante de la chimenea y añadió una mancha más a las muchas que ya había—. Aunque la verdad es que, desde la muerte del señor Fowle, Dios lo tenga en su gloria, toda la casa está siempre muy tranquila.

Cassandra hizo ruidos guturales para mostrar su asentimiento y agarró el dedal. Estaba claro que no se quedaría sola durante un buen rato.

—Y hoy parece que nadie va a venir de visita. Los parroquianos ya no se acercan por aquí a pedir consejo para sus problemas. Nada de hombres de Hunt o del Kennel, de esos que entran con las botas llenas de barro.

Dinah se trasladó al buró y lo frotó con escasísimo entusiasmo. ¿Lo abriría y revelaría su contenido? Cassandra se incorporó expectante.

—Desde luego que sí, ahora estamos de lo más tranquilos en casa. El reverendo la llenaba por completo con su imponente presencia. ¡Qué gritos cuando se enfadaba! Se podían oír en todo el pueblo. —Negó con la cabeza sonriendo y sacó brillo, aunque sin aplicar cera. Cassandra tuvo que reprimir la necesidad de levantarse y buscarla para hacerlo ella misma—. A veces hasta le bramaba a la señorita Isabella. ¡Bramaba! —Rio entre dientes y centró la atención en los cercos de las ventanas—. Le vino el ataque después de que le arrojara su bastón. El esfuerzo fue lo que lo causó, eso es lo que dicen. —Se detuvo un momento y echó un vistazo para evaluar el resultado de sus esfuerzos—. Sí, señorita Austen, ha sido una pérdida terrible. Una pérdida terrible para todos nosotros.

Una vez realizado su trabajo y alcanzado el nivel de exigencia que consideró pertinente, Dinah salió de la sala de estar. Pero antes de que Cassandra pudiera siquiera empezar a reflexionar acerca de las barbaridades que había escuchado —¡cómo un hombre tan cariñoso

con sus perros podía tratar de esa manera a su hija!—, Isabella se dejó caer junto a ella con uno de sus suspiros. ¡Ah, Isabella! ¿Por cuántas cosas habría tenido que pasar la pobre mujer?

—¿Estás bien, querida? —preguntó, apoyando la mano en la rodilla de la mujer.

—Supongo que sí —contestó, jugueteando con la borla de un cojín —. Lo que pasa es que no sé en qué centrarme. Estaba preparando la vajilla que se va a llevar mi hermano, pero en ese momento he pensado que quizá debería hacer otra cosa, algo más urgente… — Isabella, que era bastante más joven que Cassandra, miró a su alrededor como si buscara auxilio.

—Pero seguramente tus hermanas podrían ayudarte ahora, ¿verdad? —dijo Cassandra.

—Pues… Elizabeth está tan ocupada en la guardería…

Cassandra alzó la mano.

—Sí, lo entiendo. —Siempre pasaba lo mismo. Por muy amplia que fuera una familia, el papel de organizadora, cuidadora y ayudante siempre recaía en una única persona—. Es como si la naturaleza solo aportara una persona capaz de apoyar a la siguiente generación. En mi familia siempre he sido yo.

Isabella era la viva imagen de la tristeza.

—Así que compartimos desgracia.

—¡Ni mucho menos! —exclamó Cassandra—. Tener una familia que nos necesita es nuestra mayor fortuna. Es nuestro deber, y también nuestro placer. ¡Nuestro orgullo!

—Pero Cassandra, creo que tú has sido mucho más útil de lo que yo seré en toda mi vida.

No había pasado muchas horas en esa vicaría, pero sí las suficientes como para calibrar las capacidades de su anfitriona para las tareas domésticas. Por lo tanto, le resultaba difícil discutir, y casi imposible controlar su deseo de promover la competencia y el orden, de combatir esa deprimente falta de eficacia. Con palabras amables y animosas, invitó a Isabella a que continuara guardando la vajilla para que terminara lo que había empezado. La mujer suspiró, con mucha fuerza esta vez, e hizo lo que le había indicado.

Cassandra se sentó y oyó cómo se alejaban las pisadas de ella, así como el ruido de la puerta del salón cerrándose. Aprovechando el momento, sujetó la aguja en la labor, se levantó con dificultad del sofá y se acercó al rincón en el que estaba el buró.

La señorita Austen no estaba acostumbrada a violar la privacidad de los demás, por lo que le parecía que el corazón se le iba a salir del

pecho. Esa incomodidad tan poco habitual hizo que se quedara quieta donde estaba. Durante un momento se limitó a mirar fijamente el mueble. Era una pieza de nogal magnífica y delicada, con una tabla a modo de mesa que se podía apoyar sobre unos salientes y tres cajones a la vista. Había sido el rincón privado de Eliza en esa casa grande y siempre bullendo de actividad. Fulwar disponía de un estudio, cómo no, al que nadie podía atreverse a entrar sin permiso. ¿Guardaría allí algún secreto? Quizá los suyos propios, pero difícilmente los de los demás. Por su parte, Eliza, la maravillosa Eliza, era una mujer que desbordaba comprensión. Todos sabían que podían confiarle sus secretos y hacerle cualquier tipo de confidencia.

¿Cuántas palabras de advertencia y cuántos consejos se habrían dado desde ese escritorio? ¿Sobre cuántos asuntos personales se habría leído, y escrito, allí? Ahora que lo miraba, se dio cuenta de que era imposible que ese pequeño mueble contuviera todo lo que Eliza sabía… Empezó a dudar de su decisión, y casi decidió detenerse en ese mismo momento para encontrar una aproximación más decorosa al problema, una que pudiera defender con la cabeza bien alta. Se serenó. Era un asunto que afectaba a los Austen. La familia siempre lo presidía todo.

Tanto Jane como ella habían enviado muchas cartas de contenido íntimo a esa vicaría. Seguramente aún estaban allí. Ella era la albacea de las pertenencias y del legado intelectual y vital de su hermana, la que debía mantener viva la llama, la protectora de su figura. En el tiempo que le concediera la vida, estaba decidida a encontrar y destruir cualquier prueba que pudiera comprometer la reputación de Jane. Era su deber inexcusable evitar que cayera en manos inadecuadas.

Envalentonada, dio un paso adelante y abrió el mueble. Solo vio tinta, papel y una pluma. Abrió el primer cajón: mechones de pelo infantil, algún diente, dibujos de niños. Oyó unos pasos que se aproximaban. Abrió el siguiente: listas de la compra, de la colada, detalles de préstamos de la biblioteca circulante. Alguien estaba cruzando el salón. En el último solo había papeles con información sobre obras de caridad y trabajos de reparación en el pueblo. Todo muy organizado. Eso no era lo que había esperado encontrar. Cerró el mueble e, inmediatamente, Fred cruzó el umbral de la puerta.

—No estaba más que estirando mis pobres piernas.

Fred asintió sin mostrar el más mínimo interés. No había ido a verla, sino a vigilar su propio trabajo. El fuego, que había empezado mal, ahora estaba todavía peor. Lo miró con cierto grado de

satisfacción profesional, como si lo decepcionante fuera su ambición en la vida, y con una mínima inclinación de cabeza, dejó a Cassandra sola en medio del frío.

Regresó al sofá y volvió a enfrascarse en la labor que la ocupaba. No tenía por qué desesperarse. Después de todo, ¿qué era lo que había dicho Isabella durante el desayuno? Que desde el día de su fallecimiento, no habían tocado siquiera las pertenencias de Eliza. Así que todo debía de seguir por allí, en alguna parte. Solo necesitaba algo más de información antes de reemprender la búsqueda.

No tuvo que esperar demasiado. A los pocos minutos Isabella ya estaba allí con ella.

—Lo he hecho. He guardado la mayor parte de la vajilla. Bien. —Puso las manos en el regazo—. Bueno, algo de la vajilla. De hecho, las salseras. ¡Todas y cada una!

Cassandra había vivido toda su vida en pedanías de pueblo, y sabía perfectamente cuántas salseras podía aspirar a acumular una persona normal en ese entorno. La respuesta era muy clara: pocas.

—Vaya, eso sí que es algo, desde luego. —Era como tratar con los niños de una guardería, la de Godmersham por ejemplo—. O sea que ya solo quedan los platos soperos, los principales, los de postre, los cuencos… Supongo que es así, ¿verdad?

—Los juegos de té y café, y todo lo demás —añadió Isabella con los hombros caídos—. Son demasiadas cosas, así que quizá sería mejor dejarlo para otro día. —Se detuvo, como si precisamente Cassandra fuera a ser capaz de aprobar semejante aplazamiento. Pero finalmente confesó—. Lo que pasa es que, ahora que ha llegado el momento, he descubierto que me cuesta mucho desprenderme de ella. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. He utilizado esa magnífica vajilla prácticamente todos los días de mi vida. De repente se ha convertido en algo muy… significativo para mí. —Sollozó—. Sé que debo parecerte patética, porque me lo parezco a mí misma, pero es que no puedo soportar la idea de que no vaya a verla más.

Estiró la mano para agarrar la de Isabella. ¡Qué inmenso poder tienen las pequeñas cosas cuando las grandes, como la casa o la familia, se vuelven frágiles! Se acordó de la señorita Murden limpiando sus pequeños pastorcitos, y de Jane aferrándose a su caja de escritura, de la que no quería desprenderse de ninguna manera.

—Lo sé, Isabella, lo sé. Déjalo para después y ahora siéntate. Charlemos un rato. Me sentía muy culpable estando aquí sentada mientras tú… trabajabas. ¿Es que no hay nada que pueda hacer sentada, sin tener que levantarme muchas veces? En el despacho de tu

padre, por ejemplo. —Aunque la verdad era que no le apetecía nada entrar en esa oficina.

—Está todo en orden, al menos por lo que yo sé. El año pasado padre lo estuvo ordenando todo, por supuesto con ayuda del coadjutor, que es un hombre muy concienzudo en su trabajo. —Hizo un gesto melancólico—. La verdad es que resulta de lo más útil tener un coadjutor en la vicaría, ¿no te parece, Cassandra? Ahora que lo pienso, nunca he vivido sin un coadjutor cerca. —La palidez retornó a su rostro—. Supongo que tendré que acostumbrarme.

Una vez más, la entendía perfectamente. Y es que para la familia, y fundamentalmente para las mujeres solteras, dejar una vicaría era como si te expulsaran del Jardín del Edén. Por delante solo quedaban problemas y privaciones.

—Y, por supuesto, padre estaba preparándose. Sabía que el fin estaba próximo. Nuestra pobre madre acababa de dejarnos. Había que preparar el momento.

—Qué triste. —Cassandra se agachó para agarrar la labor—. ¿Y sus papeles? ¿Os podría ayudar con eso? No sería una intromisión, supongo. Somos muy amigas, y desde hace muchos años.

—Gracias, pero no. La tía Mary ha pedido expresamente encargarse de eso. Por lo que sé, su hijo, James Edward, parece que siente mucho interés por la historia de la familia. ¡Hasta habla de escribir un libro algún día! —Alzó los ojos al techo ante tamaña locura—. Como si no se hubieran escrito ya bastantes libros en el mundo. —Sonrió, segura de que el acuerdo con sus palabras sería total—. Y como si la historia de los Austen pudiera interesarle a alguien.

Cassandra le devolvió la sonrisa.

—No podría estar más de acuerdo, querida. Como sabes, no puedo dedicarme más a mi familia y a su historia, pero debo admitir que somos un grupo de lo más aburrido y normal, en el que nunca ha ocurrido ni ocurre nada interesante. —¡Exactamente lo que se temía! Era fundamental que Mary no se hiciera con esas cartas antes que ella.

Isabella prosiguió.

—Mi tía está más que convencida de que es responsabilidad suya estudiar los papeles de la familia y decidir qué es lo que se debe guardar y lo que no. Solo suya. Todavía sufre por la muerte de mi madre. Dice que es mucho más doloroso perder a una hermana que a uno de los padres, pero yo eso no lo sé.

Cassandra se centró en la labor para no que no se trasluciera lo irritada que estaba. Independientemente de quién estuviera en el ataúd, Mary Austen siempre se autonombraba plañidera mayor. Y eso

porque no podía asumir el papel del fallecido…

—¿Ha empezado ya?

—No, todavía no. Está deseando hacerlo, pero tiene muchísimas cosas que hacer, es algo tremendo… No sé muy bien cómo, pero siempre tiene mucho más que hacer que el resto de nosotras. Siempre hay algo que se interpone en su camino.

Con energías renovadas, Cassandra le sugirió que, como recompensa a su esfuerzo mañanero, saliera a dar una vuelta por el pueblo. No tuvo que esforzarse demasiado para convencerla: que si Dinah ya había salido a hacer recados, que si sería una falta de educación dejar sola a su invitada… Pero no le costó mucho llevarla a su huerto, y al cabo de unos segundos Isabella salió en busca del abrigo y del sombrero. ¡Por fin parecía que podría disponer de toda la casa para ella!

Metió todas sus cosas en la pequeña maleta que siempre la acompañaba y se dirigió al vestíbulo. Todo estaba tranquilo. A mitad de las escaleras se asomó para mirar por la ventana. No había nadie en el jardín, ni en el camino hacia la orilla del río. Cuando llegó al descansillo volvió a aguzar el oído, por si se presentara otra asistenta de días alternos que aún no hubiera llegado. O por si alguien estuviera trabajando en las habitaciones de la planta de arriba. Cassandra no detectó ninguna presencia más, y eso que había aún muchísimo trabajo por hacer. Entró en la antigua guardería y miró por la ventana de atrás. Allí estaba Fred, en un rincón cubierto del antiguo patio de aves. Unos cuantos pájaros famélicos picoteaban perezosamente entre la suciedad, mientras él masticaba tabaco y movía una vara.

Siempre había admirado esta vicaría, pues la consideraba un modelo de eficiencia doméstica. Siempre se había gestionado como ella misma lo hubiera hecho. Es más, toda su vida había trabajado bajo esos principios de eficiencia y economía. Por eso le sorprendía tanto la indiferencia que ahora reinaba en ella, la facilidad con la que todo se había venido abajo. Ansiaba tomar el control, aunque solo fuera por mantener la reputación de Eliza, quien viniera a ocuparla no debía encontrársela en un estado tan penoso. Y, desde luego, lo haría, aunque más adelante. De momento, este caos le venía bien a sus objetivos. Con bastante más confianza que al principio, entró en la habitación de la señora.

La puerta estaba abierta, como si Eliza acabara de salir. La cama estaba hecha, cubierta con su precioso edredón de retacería. El gorro de dormir de su amiga descansaba junto a la lámpara que estaba sobre la cajonera. La mesa auxiliar junto a la ventana estaba llena de peines

y cepillos de pelo, dejados allí de cualquier manera, y había cintas sobre el espejo del tocador. Un camisón colgaba del respaldo de una silla. Cassandra se dejó caer pesadamente sobre el banco de madera de roble que estaba contra la pared, muy afectada por el cuadro que contemplaba a su alrededor: la vida se había paralizado y lo que veía era un momento suspendido y congelado en el tiempo.

Revisó los muestrarios de patrones de bordados que Eliza había escogido para mirar cada mañana, al despertarse: oraciones sencillas y cortas, lemas infantiles. «En ningún sitio como en casa», leyó, y negó con la cabeza: trivial, y muy mal bordado. No era nada propio de su amiga fallecida hacer las cosas así, y menos aún convivir con ellas. Pero esas eran las pequeñas indignidades que debe asumir la maternidad: hasta una mujer con tanto gusto a veces se ve forzada a adorar lo que ni siquiera merecería tolerarse. Una de las muchas bendiciones de la soltería era que al menos las paredes que te rodean son tus propias paredes. Ese pensamiento hizo que reviviera. Se levantó y continuó con la búsqueda.

Bajo la mesa solo había montones de polvo. En el guardarropa no había más que polillas y, por supuesto, ropa. Aunque la otomana prometía, no guardaba más que sábanas. Miró a su alrededor y le llamó la atención el viejo banco-baúl. Era un mueble viejo y feo, que seguramente había llevado a la casa la primera generación de Fowles. En cualquier caso, un banco tan enorme, hecho de madera oscura de no se sabía qué, estaba absolutamente fuera de lugar en el dormitorio de una dama culta y adelantada a su tiempo. Pero de repente, tuvo una inspiración y entendió por qué estaba allí.

Cruzó la habitación, levantó el almohadón del asiento y lo colocó en el suelo y se arrodillo sobre él. El esfuerzo de levantar la tapa casi fue demasiado para ella. Tuvo que hacer mucha fuerza, mucha más de la que pensaba que fuera capaz de ejercer. Se le aceleró mucho el pulso pero, al cabo de unos momentos, su esfuerzo obtuvo recompensa. Con un crujido sonoro, se rindió y le reveló su contenido. La lucha había terminado. Se agarró a la madera y miró hacia abajo.

Ante ella se encontraba la correspondencia de toda una vida.

La cena de esa noche fue extraña: anodina y nada agradable. Cassandra sospechaba que había sido testigo, en la suciedad del patio de los Kintbury, de los últimos momentos de la vida de lo que ahora se

estaba comiendo aunque, en cualquier caso, no tenía el menor interés en lo que le servían. Solo albergaba un deseo en ese momento: irse a su habitación a la mayor brevedad posible, encerrarse y volver a concentrase en las cartas.

—No puedo entender por qué estoy tan cansada —dijo dejando los cubiertos sobre un plato que no había vaciado del todo—. No he hecho apenas nada en comparación contigo, Isabella. Sin embargo, me temo que voy a tener que retirarme muy pronto.

No esperaba objeciones. Después de todo, el silencio y la ausencia se hacía pasar por cortesía cuando los presentes era huéspedes indeseados. La pobre señorita Murden pasó la mayor parte de su vida fingiendo ser feliz en esa misma habitación. Por eso le sorprendió la reacción de Isabella.

—¡Todavía no, Cassandra, por favor! Voy a tardar horas en dormirme, y no quiero estar sola tanto tiempo. —La mujer había vuelto muy animada de su paseo por el pueblo, y ese nuevo estado de ánimo le había durado justo hasta ese momento. Ahora estaba deprimida de nuevo—. Si no tengo nada que hacer y estoy sola, lo paso muy mal.

—Perdóname, querida. ¡Qué falta de consideración la mía! Por supuesto que me quedaré contigo si es eso lo que quieres. —Ya se las arreglaría, pensó para conformarse. Con la vejez, la necesidad de horas de sueño disminuye, así que, si hacía falta, se pasaría la noche leyendo. Ahora lo que más le empezaba a preocupar era la situación de Isabella. ¿Que lo pasaba muy mal cuando estaba sola? ¡Pero si era una mujer soltera! La soledad era algo intrínseco a su condición.

Se levantaron de la mesa en dirección a la sala de estar para tomar el té.

—Estoy deseando preguntarte algo, querida. ¿Qué tienes pensado respecto de tu propio futuro?

—Todavía no está claro del todo qué va a pasar conmigo. —Isabella sirvió el té y le pasó una taza.

—Pero supongo que, por supuesto, te irás a vivir con alguna de tus hermanas. —Cassandra no pudo evitar sentirse irritada consigo misma por su penosa autoconmiseración. No todas las mujeres solteras tenían una familia amplia en la que apoyarse—. Solo me preguntaba con cuál.

—Sí, supongo que me acogerá alguna de ellas, si es lo que yo decido finalmente. Podré acomodarme en casa de Mary Jane, o juntarme con Elizabeth para vivir en una casa pequeña en el pueblo, que yo mantendría, pues ella casi nunca va a estar allí. Esa fue la

última petición, y muy explícita, de mi padre. Tenía las cosas muy claras a ese respecto. Bueno, tenía las cosas muy claras a todos los respectos, ya lo sabes, y yo nunca en mi vida he hecho nada que no le complaciera. Pero por lo que se refiere a esto… por una vez… tengo mis propias ideas.

Cassandra estaba perpleja. ¿Negarse a una petición de su padre, formulada en su lecho de muerte o casi? ¿Y con qué objetivo? Al fin y al cabo, esas mujeres eran hermanas. En este mundo no existía un vínculo más fuerte.

—Cualquiera de las dos me parecen muy buenas soluciones, por lo que quizá deberías estar un poco más agradecida.

—¿Agradecida dices…?

—Por supuesto. Y si quieres añadir a tu propio bienestar saber que estás haciendo lo que tu querido padre deseaba que hicieras, el resultado solo puede ser bueno… para todos los implicados.

—Tienes razón, pero ese es el punto precisamente: lo que mi querido padre deseaba que hiciera. No tengo otra alternativa que cumplir su voluntad. Pero tengo que confesarte que no es un futuro que contemple con el más mínimo entusiasmo. Si te digo la verdad, creo que las dos daremos lástima.

Cassandra dio un sorbo al té. Se había quedado sin palabras. No era la primera vez que escuchaba un razonamiento parecido: que la divina presencia masculina hacía que un hogar fuera superior, más habitable, más deseable. ¿Pero viniendo de una mujer a la que habían dado golpes en la cabeza con una vara? ¡Eso era una auténtica novedad! Isabella no se daba cuenta de cuál era la auténtica realidad de su situación: sus hermanas eran su futuro, ya que las mujeres solteras solo cuentan consigo mismas y con sus iguales. Para la mayoría, el apoyo mutuo era su único medio de subsistencia financiera, aunque también atraía ciertos beneficios de otro nivel, como compañía, consuelo e incluso alegría. Isabella tenía que darse cuenta, que aprenderlo, y sería ella, Cassandra, quien se lo enseñaría. Había un objetivo más que lograr antes de marcharse de aquella casa.

—Todo se pondrá en su sitio, estoy segura de ello. Pero de momento, leamos un poco para liberarnos de todos estos problemas —propuso con alegría y firmeza—. No creo que estas largas veladas sin hacer nada y permaneciendo en silencio te convengan. No hay decaimiento que no pueda vencer una buena novela.

—¿Una novela? —Isabella dejó su taza como si le quemara—. Creo que ya te lo he dicho, no me gustan las novelas.

—No te estoy sugiriendo que nos zambullamos en *Peveril del pico,*

por decir algo. Eso no serviría de nada, te lo aseguro. Estaba pensando en una de las de mi hermana. Estoy segura de que ya las conoces...

Isabella negó con la cabeza sin mostrar entusiasmo alguno.

—Creo que mi madre las leyó, y que le gustaron. Pero mi padre no consintió que se leyeran en voz alta, al menos que yo recuerde. Había oído decir que no resultaban de mucho interés. —Pensó por un momento—. Pero la verdad es que yo tampoco encuentro que leer a *sir* Walter Scott lo tenga.

—Mi querida Isabella. —Cassandra se agachó, abrió su maleta y sacó uno de los libros que siempre llevaba encima—. Ahora que tu padre no está aquí para ofrecernos guía y consejo en las muchísimas materias en las que era… tan y tan experto, creo que ha llegado el momento de que nos embarquemos en el desarrollo de tus propios gustos. —Abrió el libro por el principio—. Por supuesto, yo tengo mis propios y obvios prejuicios, pero me parece que esto te va a gustar. —Daba igual que sus ojos ya fueran viejos, o la luz tenue. Cassandra se sabía de memoria aquellas palabras.

—«*Sir* Walter Elliot, de Kellynch Hall, condado de Somerset, era un hombre…»

Isabella se sentó a mirar las llamas de la chimenea y escuchar, aunque de momento sin dar señal alguna de que estuviera disfrutando. Suponía que se aburriría, estaba claro. Estaba inquieta, y suspiraba de vez en cuando.

No obstante, insistió sin hacer caso de eso.

—«Tres hijas, las dos mayores de dieciséis y catorce años, eran un mal legado para una madre, más bien una carga, y con mucho prefería dejar dicha carga a la autoridad de un padre presuntuoso y estúpido…».

Príamo presentó su prominente estómago al fuego y soltó un bufido. Sin embargo, la persona que la estaba escuchando empezó a mostrar atención, para su satisfacción.

—«… era solo Anne…».

Isabella tenía los ojos fijos en ella, podía sentirlo.

—«… su flor se había marchitado demasiado temprano…».

Puede que fuera solo su imaginación, pero estaba casi segura de que su pequeña e inicialmente reticente audiencia estaba muy pendiente de sus palabras, podría decir incluso que prendida de ellas. No obstante, leer interpretando era bastante agotador, y todavía tenía mucho que hacer antes de poder descansar. Tras cuatro capítulos, dejó *Persuasión* sobre la mesa auxiliar y miró a «la enemiga de las novelas». Ya no parecía que fuera hostil a ellas, como sí le había parecido al

principio.

—¿Vas a parar aquí? ¡Vaya! Para mi sorpresa, Cassandra, la estoy encontrando bastante interesante. Anne es una persona muy agradable y sensible, el tipo de heroína que a mí me gusta. No es tan dramática como las de otros libros. A mí no me llena demasiado el drama, y no termino de entender por qué se escribe tanto sobre él. Después de todo, en la vida apenas ocurren cosas dramáticas, ¿no crees? Por favor, antes de que te vayas a la cama, dime una cosa: ¿al final las cosas le salen bien? ¿Le espera un final feliz?

—Mi hermana no escribía novelas inconsistentes, Isabella. Esa es una de las razones de su genio. —Cassandra volvió a guardar el libro en la maleta—. Pero a ver, desde tu punto de vista, ¿en qué consistiría un final feliz?

—¡El matrimonio, por supuesto! —respondió la mujer muy convencida—. ¿Habría otro posible?

Cassandra alzó la vista, levantó una ceja y no dijo nada. Podía mostrarse en desacuerdo y decir algo así como: «¡Mírame, Isabella! Yo he conocido la felicidad. Sin matrimonio, sin un hombre, he conocido una felicidad auténtica y sublime». Pero ¿quién iba a créela? Ahora era una mujer mayor, y ese tipo de declaraciones no eran de su estilo.

—Ya… —dijo como sin darle importancia, utilizando el brazo de la silla para tomar impulso y levantarse—. Entonces es una tragedia que haya en el mundo tantas mujeres solteras, si no hay ninguna vía abierta a su posible felicidad. —Tomó la mano que le ofrecía su acompañante y recorrieron juntas el camino hasta la escalera—. Buenas noches, querida. Retomaremos la historia de Anne mañana por la noche. Y te prometo que conocerás el final antes de que me marche y sabrás todo lo que pasa. Todo.

Una vez en la cama, ya lavada y cambiada, con el largo cabello gris cepillado, y sintiendo por fin alivio, se apoyó sobre la dura almohada y se tomó un momento para disfrutar de la privacidad que le ofrecía esa pequeña y casi desnuda habitación que ahora era la suya. Estaba cansada de la actividad del día, y exhausta de lidiar con Isabella y compañía. No obstante, esa noche apenas habría descanso: quedaba mucho trabajo por hacer.

De todos modos, también estaba contenta, porque al revisar el banco donde Eliza guardaba la correspondencia, se había dado cuenta

de que su querida amiga había adelantado mucho trabajo. Todas las cartas estaban organizadas en paquetes individuales, sujetos con cinta azul. Arriba del todo estaban las cartas de y para los muchos hijos que tenía su amiga. Luego había mirado debajo y había descubierto las cartas de su propia madre, pero no se detuvo a echarles un vistazo, pues probablemente no habría nada en ellas que pudiera interesarle en estos momentos. Conocía los detalles sin necesidad de leerlas: notas expertas sobre cría de animales, sugerencias útiles para casos de confinamiento, detalles interesantes acerca de síntomas de enfermedades y dolencias menores... Siguió hacia abajo, y encontró un montón bastante grande de cartas de Martha, ¡la muy querida Martha!, que en ese momento significó un obstáculo. Sacó el paquete y lo dejó a un lado, y así pudo llegar a otro que le pareció familiar, pero al mismo tiempo difícil de ubicar. Le costó un momento, pero al final la realidad prácticamente la arrolló: se encontró cara a cara con ella misma, cuando era casi una niña, pequeña y feliz. Tembló ligeramente y suspiró. En algún momento las examinaría, por supuesto, pero no ahora. En esos momentos tenía otra prioridad. Sacó el paquete y allí abajo justo al lado, encontró la letra de Jane, y una oleada de amor le recorrió todo el cuerpo.

Jadeó sin poder evitarlo. Su hermana llevaba muerta muchos años ya; en Chawton se habían recogido todos sus efectos personales. Hubo un tiempo en el que, todavía muy afectada por el luto, se habría abalanzado sin esperar sobre cualquier dato nuevo, cualquier efecto personal, lo habría examinado de inmediato y con voracidad. De hecho, inmediatamente después de la muerte de su querida hermana, no podía hacer otra cosa que sostener contra el pecho cualquier objeto inanimado que le hubiera pertenecido, o que le recordara a ella, y llorar desconsoladamente. Pero aquel tiempo había pasado. El dolor se había amortiguado. Y en ese momento ya solo quería ser práctica y hacer las cosas bien.

Agudizando su buen juicio, recogió, guardó y organizó todo lo que consideró de interés. Además, ideó un plan de acción. Regresó a su habitación y lo guardó todo debajo del colchón, incluyendo su propia correspondencia: ya la leería cuando tuviera tiempo. Pero lo primero era estudiar las cartas de Jane tan pronto como fuera posible.

Llegado el momento de hacerlo, se dio cuenta de que su resolución se había reducido un tanto. De todas formas, levantó la colcha y agarró el paquete. ¿De verdad iba a ser tan maravilloso pasar varias horas removiendo de nuevo el recuerdo de su hermana? Tenía alguna duda al respecto. Volvió a apoyarse en el respaldo. Habría sido mucho

más fácil para ella pasar sus últimos años disfrutando del presente, en lugar de enfrentarse a su propia vida desde la perspectiva de la de Jane. Si hubiera podido disfrutar de Chawton, sin más preocupaciones que las rosas, las gallinas y la iglesia…

Pero en fin, no había alternativa. Esa obligación, probablemente la última que pesaba sobre ella, no era más que el coste, muy asumible, de un enorme privilegio. Se incorporó, se preparó para transportarse al pasado a través de esa niebla que ahora cubría ese mundo que una vez fue el suyo propio.

Desató el nudo y empezó a leer.

Capítulo 3

Rectoría de Steventon
1 de mayo de 1795

Mi querida Eliza:

Seguro que si rebuscas en tu corazón hallarás la forma de perdonar mi tardanza en responder a tu última carta. Lo cierto es que nuestra antes pacífica rectoría últimamente se ha visto consumida por una fiebre de celebraciones que hacen difícil siquiera encontrar un sitio con la suficiente tranquilidad para escribir. Me he escondido en un rincón del vestidor que, al menos por el momento, se encuentra libre de miembros de mi familia, que aparte de derramar continuas lágrimas de felicidad, también celebran con expresiones mucho más ruidosas que el llanto. Y he cerrado la puerta a cal y canto, con la vana esperanza de mantenerlos a raya. De verdad te lo digo, Eliza: se respira tanto gozo que estoy empezando a sentirme enferma y hasta, como vas a comprobar enseguida, un poco agobiada.

Ya ni puedo recordar cómo empleaba mi tiempo la época anterior al compromiso de mi hermana. Pero parece que, de ahora en adelante, lo único que se requiere de mí son felicitaciones, y tan abundantes y constantes como me permita la respiración: a mis padres por el excelente partido que ha conseguido su hija mayor; a Cassy por la perfección de su futuro marido; a Tom Fowle por la perfección, o en este caso «las perfecciones», de su futura esposa. Y cuando creo que he acabado, resulta que tengo que empezar de nuevo… Se me ocurre que, antes de morir de agotamiento por tanta felicitación, también debería felicitarte a ti, mi muy querida Eliza.

Y es que después de todo, cuando la boda se haya celebrado por fin, Cassy se convertirá en una Fowle, y compartirás conmigo el honor de llamarla hermana. ¡Ni te puedes imaginar las maravillas que te aguardan! Es la hermana más magnífica, más inteligente, más amable y más cariñosa de la tierra. Y si en alguna ocasión se te ocurriera decir algo ingenioso, te garantizo que se reirá hasta no poder más.

No obstante, nuestra insufriblemente feliz pareja va a tener que sufrir al menos algo: un larguísimo periodo de compromiso. Un coadjutor debe ser siempre paciente; y la novia de un coadjutor todavía más. La economía es eterna enemiga del romance. Pero algún día cambiará la suerte de Tom, y se casarán. En ese momento mi alegría por ellos será enorme, pero también me sentiré algo apenada por mí misma. Porque este perfecto arreglo tiene también su lado malo, aunque por supuesto jamás se me ocurrirá mencionarlo delante de mi en estos momentos triunfal familia; y es que tendré que vivir sin mi hermana, sea como sea. Así que te felicito, Eliza, y también a toda la familia Fowle. Sois los ganadores. Por supuesto, nos queda el consuelo de que Cassy será feliz en todo momento. Tú vas a tener la suerte de tenerla siempre cerca, ¡y ella es la mejor de nosotros!

Cuídala, por favor. Es muy valiosa para mí.

Tuya afectísima:
J. AUSTEN

Era una tarde de miércoles de lo más normal en la rectoría Steventon. Cassy estaba muy ocupada con su labor, Jane con las cartas del escritorio junto a la ventana, la señora Austen inclinada sobre un calcetín aún por zurcir; en ese momento, Tom Fowle entró en la sala de estar como un huracán.

—¡Amor mío, traigo noticias! —anunció casi sin aliento dirigiéndose a su asombrada prometida—. ¡Magníficas noticias! Y he venido a dártelas en persona. —Tom agarró de la mano a Cassy, saludó con un gesto rápido a la familia, solicitó permiso para hablar a solas con su novia y tiró de ella hacia la puerta del jardín.

Era una tarde gris y algo ventosa de septiembre. Cassy tuvo que correr para mantenerse a su altura.

—¿Qué ocurre? ¿Me lo vas a contar o no? —le preguntó riendo encantada—. ¿Cuál es la gran revelación, querido mío?

La verdad era que no esperaba que se tratara de nada importante, aunque no quería decepcionar su entusiasmo. Sabía que su Tom era más tortuga que liebre, nada famoso por sus sorpresas, o al menos no hasta ese momento.

—Espera solo un poco más. —Tom siguió tirando de ella por la senda—. Espera a que estemos debajo de nuestro árbol.

Habían pasado seis meses desde que le pidió matrimonio, meses que Cassy había pasado en la cima de la felicidad. En su condición de prometida, había recibido tantas atenciones de la familia y tanta notoriedad en el vecindario que no dejaba de disfrutar de ellas. Sabía que debía tener paciencia, que eso era lo que se esperaba de ella, y así lo hacía sin ningún esfuerzo por su parte. Nada exigía prisa para dar el siguiente paso, por lo menos en lo que a ella respectaba.

Sin embargo, a Tom le pasaba todo lo contrario. La perspectiva del matrimonio había desatado en él los primeros ataques de ambición, por lo que sí que le costaba la espera, mucho más que a ella. De repente sintió la necesidad imperiosa e inmediata de ir adelante, de llevar una vida propia junto a su futura esposa.

Llegaron al lugar. Tom se detuvo y se dio la vuelta inmediatamente para mirar a Cassy.

—La semana pasada tuve una entrevista con lord Craven. —Tom parecía hinchar el pecho mientras hablaba—. Y durante la misma, aceptó… ¡oh, amor mío!, ¡aceptó actuar como mi protector!

Su propia familia no tenía nada que ofrecerle. Había cometido un pecado capital, nacer el segundo, y ahora tenía que expiarlo.

—¡Oh, Tom! ¡Es una magnífica noticia!

Cassy había oído hablar mucho de lord Craven, un vecino lejanamente emparentado con los Fowle. Era un terrateniente joven, rico y con una personalidad fuerte, o al menos eso era lo que se decía de él. No había tenido el privilegio de verlo en persona, por supuesto. Pero lo que sí sabía, dado que había leído ya muchas novelas, era que semejantes augustas criaturas nacidas nobles no eran demasiado dignas de confianza.

—¿Y te ha hecho una oferta?

—¡Sí! Me la ha hecho…

El corazón de Cassy estuvo a punto de pararse.

—¿Una casa? —¡Ya! ¡Tan pronto!—. ¿Vamos a tener nuestra propia vicaría?

Tom le sonrió.

—Sí, mi amor. —Se detuvo un momento para encontrar las palabras adecuadas—. Con el tiempo. Pero, de momento, me ha

pedido, y yo he aceptado, que lo acompañe en su próxima expedición.

—¿Expedición? —Cruzó por su mente un viaje de varias semanas a Escocia, o quizás al canal de la Mancha.

—Dentro de poco tiempo su señoría va a encabezar un contingente de su regimiento que se dirigirá a la islas Windward. No termino de entender qué intereses tiene allí, la verdad. Como te puedes imaginar, cuando me lo explicó me sentí superado por la situación. Nunca había estado a solas con un hombre de su categoría…

—Las islas Windward… pero Tom… —El miedo la atenazó—. Esa islas están en las Indias Occidentales.

—Eso me han dicho. No estaré más de un año fuera.

—Fuera más de un año… —repitió Cassy con voz temblorosa.

—Recibiré una magnífica paga, mucho más de la que conseguiría si me quedara aquí. Y me ha prometido un puesto excelente cuando regresemos. ¡Podremos establecernos! ¡En solo un año! Cassy, sin esto tendríamos que esperar muchísimo más.

—Dese luego que sí. Estábamos de acuerdo, ya lo habíamos hablado y estábamos preparados para esperar… Sabíamos que iba a ser duro, pero sin peligros. Estoy segura de que ese plan implica riesgos. —¿Se había comprometido a todo eso sin reflexionar? ¿Solo porque «lord Craven» se lo había propuesto?

—Seré su capellán privado. No será una tarea demasiado dura, seguro que estarás de acuerdo.

Cassy se había quedado sin palabras. No era aventurera por naturaleza. De hecho, se había comprometido con un coadjutor y se sentía feliz con eso. ¿Quién era este marinero, este héroe romántico con el que estaba hablando?

Tom le besó la mano.

—Cassy de mi vida, considéralo una inversión en nuestra futura felicidad. El barco zarpa de Portsmouth dentro de quince días. He venido a despedirme.

La familia Austen se mostró muy comprensiva con la situación de la joven pareja y, siempre que fue posible, les permitió el grado de privacidad que requerían. La última mañana de Tom antes de zarpar, Cassy bajó de su habitación y se encontró con un ambiente ya de por sí bastante agitado. Sabía perfectamente qué tareas debía cumplir ese día. Se dirigió a la sala de estar, donde su hermana estaba cosiendo.

Su hermano Frank estaba ahora en la Marina y necesitaba camisas nuevas. Las dos chicas estaban actuando con la mayor celeridad y eficacia posibles para proporcionárselas a tiempo. Cassy se dirigió a su silla habitual, pero Jane la espantó de allí riendo.

Así que salió de las zonas de trabajo para dedicarse a la que consideraba la segunda tarea más importante del día: había que embotellar el vino naranja. Si no se hacía pronto, no dispondrían de él en Navidad, así que el trabajo era muy urgente. Su madre ya estaba allí, con el delantal puesto, la cara arrebolada y el pelo algo alborotado. ¡Y Martha, la amiga de Cassy, estaba con ella!

—No nos hace ninguna falta que estés aquí, Cass. —La señora Austen tomó una porción de muselina—. Alguien que ha venido desde Ibthorpe me ayuda, y con eso me basta y me sobra. —Echó un pronunciado vistazo a la ventana—. Hace una mañana fresca pero agradable. Tom y tú deberíais aprovecharla.

La muy querida Martha, que siempre se sentía feliz ayudando a que los demás lo fueran y que nunca había disfrutado del placer de dar un paseo del brazo de un joven caballero en una fría mañana de invierno, primero la abrazó y después prácticamente la empujó hacia la puerta, echándola de la cocina.

En realidad el día estaba un tanto revuelto, pero la pareja se abrigó bien e hizo lo que todos en la casa les sugerían. El jardín estaba muy húmedo y los senderos casi impracticables; aunque se estaba empezando a formar barro en el camino de la iglesia, todavía se podía andar por él sin excesivas dificultades. Cassy se equilibró sobre los zuecos de madera y, una vez fuera del alcance de las miradas que llegaban desde la rectoría, Tom le ofreció el brazo.

Resultó un paseo conmovedor para ambos. Tom Fowle había acudido a vivir con la familia Austen al cumplir dieciséis años, con el fin de que lo educara el señor Austen. Allí había aprendido todo lo que sabía, había crecido y se había hecho un hombre y se había ganado el cariño de todos en la rectoría. Pero desde el principio, su compañía habitual, con la que compartía conversaciones, a quien aportaba y de quien recibía comprensión, fue Cassy. Se habían pasado años recorriendo juntos los senderos, desde que ella era una niña y él estaba empezando a convertirse en un hombre. Al crecer, la belleza de Cassy floreció hasta el punto de convertirse en extraordinaria; su crecimiento se detuvo en el punto justo como para no competir en estatura con él. Cualquier observador los consideraría la pareja de jóvenes perfecta. Tom ya era considerado un miembro más de la familia. Steventon era su casa casi tanto como la de ella.

—Voy a echar mucho de menos este lugar —dijo el joven con tristeza.

—¡Oh Tom! Este lugar…, nosotros, yo… te vamos a echar mucho de menos.

Y se pusieron a hablar, de la misma forma que habían hablado siempre que estaban solos, sin nadie que los molestara o les tomara el pelo, y siempre acerca de su futuro, planificándolo hasta el más mínimo detalle. El tema favorito de Cassy eran los niños. Lo mucho que los deseaba, lo mucho que ansiaba tenerlos en sus brazos, sentir el peso y la calidez de sus propios hijos. Para eso había nacido, estaba segura, para estar rodeada de niños, para criarlos, para cuidar de ellos. Hablaron de los nombres que les darían: la primera niña se llamaría Jane, como su hermana, cosa que era de una lógica aplastante; el primer hijo varón se llamaría Fulwar, como el hermano de Tom, lo que a ella no terminaba de… e inmediatamente pasaron a referirse al lugar en el que crecería toda esa familia menuda. Pero en ese momento la conversación empezó a volverse un tanto extraña.

—Podríamos vivir en Shropshire, claro —dijo Tom como quien no quiere la cosa.

—¿Shropshire? —Cassy no pudo evitar un resoplido. El cielo se había encapotado por completo, y empezaban a caer algunas gotas. Se habían refugiado bajo el gran roble, frente a la casa de los Digweed. Las hojas dejaban caer algunas gotas sobre ellos.

—Pues sí, claro. Lord Craven lo mencionó. —Volvió a hincharse de orgullo. La influencia de su protector no tenía límites—. No le basta con medio condado de Berkshire, ¡también tiene una mansión allí!

Desde que se comprometieron en matrimonio, Cassy había concebido su futuro dentro de los límites de Berkshire. En sus mejores sueños, aquellos en los que su imaginación de joven romántica dibujaba cuando se dejaba llevar por ella, siempre había casitas de ladrillo rojo y paredes con hiedra, suaves paisajes ondulantes y una casa parroquial firme y cuadrada. Y en los alrededores, daba igual la dirección pero siempre cerca, habría miembros de la familia Fowle y, lo que era más importante, algunos Austen también en las cercanías. ¿Y ahora las cosas eran distintas? ¿De verdad? Se sintió muy inquieta.

—El campo es magnífico por allí —indicó Tom, aunque de inmediato pareció dudarlo—. ¿No es así? Creo que alguien me lo ha asegurado… ¿Quién ha sido? —Cassy sabía que Tom nunca había tenido mucha facilidad para recordar los detalles de las conversaciones—. Creo haberlo escuchado, de verdad.

—Sí. Quizá yo lo haya escuchado también. —La verdad es que,

delante de Cassy, nadie en toda su vida había hecho mención de las bondades del campo de Shropshire, ni de ningunas otras. Nadie, nunca —. Lo que pasa es que… seguramente… lo que de verdad importa y que vas a conseguir al unirte a la expedición… el verdadero premio será… En fin, viviremos más lejos de lo que había imaginado, eso es todo…

—¡Ah! —exclamó Tom—. Sí. —Su tono fue triunfal. Se le había ocurrido algo, sin duda—. Eso resultaría muy conveniente por Ludlow.

Conveniente por Ludlow. Cassy lo pensó durante un instante, y no fue capaz de seguir el razonamiento. Se trataba de una persona agradable, nada difícil, pero le costaba pensar que pudiera encontrarse algún consuelo gracias a ella.

—Bueno, al menos razonablemente conveniente. —La confianza de Tom en su hallazgo empezaba a descender de forma vertiginosa—. Aunque no estoy seguro de hasta qué punto, la verdad.

Cassy había vivido siempre en Hampshire, que para ella era algo así como la patria chica de Dios. Había aceptado con coraje que el destino la llevara a Berkshire. Por supuesto que debía casarse, que Tom Fowle iba a ser su marido, ese era su destino, y el hecho le producía una gran dicha. Así que Berkshire era el lugar, por muy exótico que le resultara. Ese era el límite máximo de su escasísimo espíritu aventurero. ¡Pero Shropshire! Eso era el extranjero, sin lugar a dudas.

Soltó un profundo suspiro, más que audible.

—Estaba pensando en mi familia, en nuestras familias, y en la posibilidad de visitarlas o que nos visitaran.

—Ya, claro, desde luego… nuestras familias. —Tom pareció ponderarlo, y a Cassy le sorprendió mucho que no lo hubiera pensado antes—. Bueno, con la ayuda y la bendición del Señor, pronto tendremos una familia propia de la que ocuparnos. El lugar en el que vivamos, esté donde esté, se convertirá en nuestra casa, ¿no te parece?

—¡Pero seguiremos queriéndolos a todos! Aunque siempre nos tengamos el uno al otro, y, Dios mediante, a nuestro propios hijos. No puedo imaginarme como vamos a ser capaces de ver regularmente a nuestras familias, ya que vamos a estar a varios, a muchos días de distancia. —Como siempre, la mente de Cassy se centró en los aspectos prácticos. Su talento radicaba en encontrar soluciones, pero en este caso lo único que era capaz de ver eran dificultades, o peor aún, realidades duras e insuperables. ¿Cómo iba a poder ir a visitarla su hermana? ¿Cuál de sus hermanos renunciaría a su tiempo para acompañarla hasta allí? ¡Pasarían años separadas! ¿Cómo podría soportarlo? ¿Qué haría Jane?

Tom extendió la mano para comprobar que la lluvia escampaba.

—Puede que finalmente las cosas no vayan por ese camino —reflexionó—. Ni hablemos de ello. Al fin y al cabo, primero tengo que ir, y volver, de las islas Windward.

Se sintió abrumada y horrorizada por la magnitud de su propio egoísmo. ¿Cómo se atrevía a pensar en los inconvenientes de su vida en Inglaterra cuando él estaba a punto de enfrentarse a peligros inimaginables?

La condujo de vuelta al sendero.

—No nos dejemos llevar por las ilusiones antes de que se conviertan en realidad. Además, sé que voy a ser feliz en cualquier parte, siempre que tú estés a mi lado.

Una vez más, Cassy decidió no pensar en ello, ni mencionárselo a Jane. Sería malo para los nervios de su hermana, y se deprimiría. ¿Por qué preocuparla por algo que aún no era seguro? Avanzaron del brazo por el sendero mojado y la conversación volvió a tomar intensidad. Tendrían una vaca para alimentarse, y un poni para los niños. Tom dejaría de ir de caza después de casarse, pues de no hacerlo pasaría mucho tiempo sin dedicarse al trabajo… ni a su esposa. No obstante, seguiría yendo de pesca, si a ella no le importaba. Cassy le dio su aprobación, y él se lo agradeció. Y es que se sentía especialmente en paz estando en la orilla del río con una caña en las manos.

La fiesta que se celebró por la tarde fue bastante alegre. Y es que los Austen se alegraban de todo lo que la vida les deparara, fuera lo que fuese. La alegría y el buen humor eran las señas de identidad de la familia.

—Esas dos piernas que tienes son las de un verdadero marino, Tom Fowle, así que no te preocupes, porque te van a servir bien. —La señora Austen, que acababa de dar cuenta de una buena porción de empanada de ternera, estaba ahora meciéndose con suavidad en la silla frente al fuego—. Solo me hace falta mirar a un hombre para darme cuenta de si es o no un buen marino. Es un don que tengo, y que nunca me ha fallado. Hijo, eres marino. Estoy segura.

—Puedo asegurarle que no tengo la menor preocupación al respecto. —Tom también estaba muy a gusto tras la fiesta que se había celebrado en su honor. Cassy lo miró con cierto recelo. Desde su compromiso él había empezado a comportarse con ese toque de

superioridad masculina, muy normal en la mayoría de los hombres, pero que a él no le pegaba en absoluto—. Después de todo, he pasado toda mi vida cerca del agua.

A Cassy no le hizo ninguna gracia. Su hermana, a su lado, no paraba de emitir risitas. Y sus hermanos bufaban audiblemente.

—¡Sí! ¡Vives junto al enorme y cuidadosísimo río Kennet! —exclamó Henry dándole un golpe en el muslo.

—Aunque la verdad es que no es famoso por sus mareas, ni por sus tempestades —añadió James.

—No seas injusto, hermano. Recuerda aquel día en el que tuvimos que remar. —Cuando Henry vislumbraba apenas una oportunidad para hacer el bobo, la aprovechaba costara lo que costase—. Esos nenúfares que avanzaban amenazadores hacia nosotros… ¡eran como el mismísimo diablo!

—¡Dejad de bromear, chicos! —cortó su madre con tono de reproche—. Una vez tuve que ir en una barcaza por el Cherwell y hasta temí por mi vida. Además, lo que quería decir… —Estaba claro que quería devolver a la conversación el tono feliz y agradable de antes, dejando lo burlón— era que Tom navegará sin dificultades, tanto a la ida como a la vuelta. Y antes de que nos podamos dar cuenta, nuestra querida pareja estará casada y vivirá en su propia casa. —Se removió ligeramente en la silla, como si no estuviera cómoda. Cassy temió que fuera a tener una digestión difícil—. Siempre he sabido que no serías coadjutor toda tu vida, mi querido Tom. El destino nunca se opone al logro de la felicidad. Recuerda mis palabras: el Señor siempre provee.

—Si no el Señor con mayúscula, sí al menos «un señor»… mi estimado benefactor —indicó con orgullo Tom—. Y, de hecho, —miró a su alrededor y sonrió en dirección a Cassy—, muy pronto nos estableceremos, sea en Berkshire o en Shropshire.

—¿Shropshire? —dijo Jane en un tono extrañamente agudo. En pocos segundos pasó de la alarma a la vergüenza, y finalmente se encogió de hombros como sin darle importancia—. Pero, por favor, Tom, puedes llevarte a Cassy todo lo lejos que desees, pero ¿por qué solo a Shropshire? Seguramente podrías escoger algún otro lugar incluso más lejano, más salvaje y más inadecuado. ¡Más al norte! Hasta podrías llevártela a Irlanda, y mira que me molestaría.

—¡Oh, no! —reaccionó de inmediato Tom mirándola alarmado—. ¡A Irlanda no! Hay muchas serpientes, no me gustan, me dan miedo…

Al oír eso ni siquiera las jóvenes pudieron evitar estallar en carcajadas y, dado que a su madre no le gustaba que se rieran así

estando en compañía, se abrazaron para moderar el ruido.

—Mi querido Tom —Henry le dio unos golpecitos en el hombro—. Nunca nos defraudas. Voy a ser yo quien te lo diga: ¡En Irlanda no hay serpientes! ¿No te parece una magnífica noticia?

James, que en ese momento ya era clérigo y disfrutaba dando sermones, se aclaró la garganta para adoptar su tono más lúgubre.

—Dice la leyenda que san Patricio…

Henry lo interrumpió de inmediato.

—Muchas gracias, James, pero todos estamos al tanto de los hechos de los santos, y también de sus milagros. Bueno, todos excepto uno. ¿Quién en esta sala se hace responsable de la educación de Tom Fowle?

El señor Austen, que estaba sentado al lado de la ventana, levantó la cabeza del libro que estaba leyendo.

—He hecho lo que he podido —dijo con voz suave—. Logramos llevarte a Oxford, ¿verdad, Tom? Afortunadamente, los eminentes profesores de esa universidad se preocuparon y lograron enseñarle latín, aunque no tanto la distribución geográfica de los reptiles.

Tom volvió a dirigir una sonrisa a Cassy.

—Y tú me has ayudado mucho con eso. —Cassy volvió a ruborizarse. Solían trabajar juntos muchas horas después de que su ahora prometido se pasara las mañanas en el aula del ático. El gerundio no terminaba de anidar en él, mientras ella lo dominaba en todas sus vertientes. ¡Pero qué considerado había sido por agradecérselo! Pocos jóvenes eran tan generosos. ¡Ese sí que era el Tom de antes que ella conocía!

La señora Austen dio otro sorbo de vino, lo cual añadió aún más color a sus mejillas.

—Todo ha salido de maravilla —proclamó muy contenta—. No podemos estar más satisfechos de vosotros. Te queremos mucho, Tom, tanto a ti como a tu maravillosa familia, lo sabes muy bien. Y recuerda esto cuando estés recorriendo los siete mares: nunca vas a encontrar una fruta mejor que nuestra Cassy. Es maravillosa, no comete errores. Una esposa tan perfecta como mi hija mayor siempre será un activo muy importante para cualquier clérigo joven.

—Aquí viene mi parte… —dijo Jane en un susurro dirigido a Cassy.

—Sin embargo, la pobre Jane… —susurró a su vez Cassy con un tono tragicómico que imitaba el de su madre.

—Sin embargo, la pobre Jane… —continuó la señora Austen con un suspiro, lo que fue acogido con deleite por las hermanas. La dama alzó un poco la voz—. No sabemos muy bien qué es lo que será de ella.

—Madre —dijo Cassy con tono de urgencia, aunque conteniendo la risa—. Jane está aquí, con nosotros. En la habitación. Escuchándola.

—Lo único que estoy diciendo es que cuando una joven es excepcionalmente competente…

—¡Vaya, madre! —protestó Jane—. No es tan malo ser «tan competente».

—No te creas, Jane. Ese tipo de jóvenes apenas tienen oportunidad de casarse… una entre diez mil, diría yo. Si dejaras de perseguir tanto la perfección, podrías terminar como Cassy, o como yo misma, casada con un hombre de la Iglesia, con una gran familia y, aunque con recursos limitados, tendrías la oportunidad de poner en práctica tus cualidades. Tu padre puede explicarte cuántas veces, gracias a mi duro trabajo y a mi eficiencia, hemos mantenido alejados los problemas en esta casa.

El señor Austen cerró su libro y se puso de pie. Ni se le ocurrió hacer lo que su esposa le había sugerido.

—El Señor nos ha bendecido con dos hijas brillantes, señora Austen, aunque sin duda esa brillantez se manifiesta de forma distinta en cada una de ellas. Y, en mi opinión, creo que cualquier hombre sería muy afortunado si tuviera a su lado a cualquiera de ellas.

—Padre, gracias por decir algo tan bonito. —Jane inclinó la cabeza hacia su padre.

—Yo me siento así —exclamó Tom, radiante.

—Y ahora, señora Austen —proclamó el reverendo George Austen, como si estuviera en el púlpito—, he decir que solo disponemos de unas pocas horas antes de despedir a nuestro futuro yerno. Creo que debe empezar a sonar la música, ¿no es así?

Jane se dirigió al piano, y los hombres arrinconaron el sofá para hacer sitio. Tom y Cassy bailaron por última vez en bastante tiempo.

Todavía no había amanecido cuando llegó el carruaje a la mañana siguiente. George Austen estrechó con fuerza la mano de Tom, le deseó que el Señor lo acompañara siempre y, sin dejar de ser el maestro que siempre sería, prácticamente le exigió que registrara en un diario todas las maravillas que tuviera la fortuna de observar en su viaje al otro extremo del mundo. ¿Había envidia en esos ojos ya algo envejecidos? Cassy creyó encontrarla. Su padre siempre había tenido un lado aventurero que la vida no fue capaz de ofrecerle. ¡Cómo

deseaba, por su propio bien, que Tom Fowle compartiera esa cualidad! Porque sabía que no era un hombre preparado para enfrentarse a la vida y dominarla, y eso incluía encarar situaciones desconocidas en islas lejanas. No, su amado coadjutor no era ese tipo de hombre. El que hubiera sido elegido para ello era un giro cruel de la fortuna.

Su padre se retiró finalmente. Cassy se ajustó el chal de lana y se adentró en la fría mañana para despedirse. Fue un momento muy tierno, y también muy doloroso: un momento duro, nada bueno, pero inolvidable. Cerró los ojos cuando Tom le besó la mano por última vez. Y al instante siguiente ya se había subido al coche, ya había cerrado la puerta con un golpe seco y ya trotaban los caballos por la calle, alejándolo de ella. Cassy los vio desaparecer. Estaba conmovida, sí. Era una joven que acababa de decir adiós a su prometido. Por supuesto que tenía un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Pero, para su sorpresa y alivio, también sintió una oleada de confianza. Cassy ya era una mujer fuerte y con mucho instinto. Y, muy dentro de ella, en las entrañas y en la sangre que ahora enrojecía sus mejillas, sentía que Tom regresaría. Sabía que algún día volvería a verlo.

El viento arreció tras la partida del carruaje. Los Austen observaron la tormenta desde las ventanas de la rectoría y pensaron en el joven y en la bienvenida cruel que le estaba dando el mar. Lord Craven y sus hombres zarparon, pero las condiciones se tornaron muy peligrosas; se enfrentaron al desastre. Tras muchas noches de insomnio, que Cassy pasó escuchando el rugido del viento, maldiciendo y renegando de su inane confianza, y de la de su madre, por fin llegó una carta. Dirigida a la señorita Austen. De puño y letra de Eliza Fowle.

Cassy la abrió con manos temblorosas.

Capítulo 4

Rectoría de Kintbury
24 de noviembre de 1795

Mi querida Cassandra:

Sé lo consumida por la preocupación que debes estar, lo mismo que lo estamos todos nosotros. ¡Qué tremendo horror! Así que te lo diré de inmediato: hace unos momentos hemos recibido noticias de Tom, ¡y está a salvo, mi quedísima Cass! Además, ya en estos momentos, en tierra firme. Nuestro hogar rebosa de alegría, de oraciones de agradecimiento y de alivio.

Habíamos oído tantas cosas, huracanes azotando a la flota en el Canal, barcos hundidos, cuerpos llegando a la orilla…, tantas, sí, que casi habíamos perdido toda esperanza en el regreso de Tom. Pero ahora nosotros, y tú, y tu querido Tom, somos los afortunados. De alguna manera, aún no sabemos cómo, su barco pudo regresar a Portsmouth, y desembarcó ayer. Gracias a Dios, todos los hombres están a salvo, aunque el buque ha sufrido muchos daños. El viaje no se reemprenderá hasta que el barco haya sido completamente reparado, y se espera que vuelvan a hacerse a la mar en enero.

¡Así que somos doblemente afortunados! Tom volverá a Kintbury enseguida, la semana próxima. He hablado con la señora Fowle y ha dado su consentimiento, si tu familia lo permite, para que tú, Cassy, te unas a nosotros durante las fiestas navideñas. Teneros a ti y a Tom con nosotros… ¡Sería nuestro particular milagro navideño! Por favor, escríbeme informándome de vuestra reacción.

Tu esperanzada amiga:
E. FOWLE

A Cassy le daba vueltas la cabeza. La semana anterior estaba en Steventon y, de repente, casi sin darse cuenta, ahora se encontraba en Kintbury. Su vida nunca se había desarrollado a semejante velocidad, y en el momento de la llegada se sintió algo fuera de sí. ¿Era eso lo que llamaban ser atolondrada? No era consciente de haberlo sido en ningún momento de su vida pasada.

Se decidió que su hermano James la acompañara, cosa que el joven aceptó encantado. Y es que todos los chicos Fowle, y no solo Tom, se habían educado en Steventon y habían jugado con los Austen como si fueran de una sola familia. Tan pronto como el carruaje llegó al camino de grava que conducía a Kintbury, los Fowle acudieron a recibirlo. James abrió la portezuela y saltó al suelo incluso antes de que se detuvieran los caballos. La bienvenida fue de lo más sonora, llena de manos que se estrechaban y de abrazos. Cassy observaba riendo desde el interior. Los chicos jóvenes, cuando se encontraban, volvían a comportarse como niños pese a ser ya hombres hechos y derechos.

Mientras esperaba echó un vistazo a los alrededores, y los encontró encantadores, tal como los había imaginado. A un lado, casitas de piedra y ladrillo; por detrás, un paisaje verde y ondulado, y, frente a ella, la casa parroquial, sólida y de base cuadrangular.

—¡Aquí la tenéis! —exclamó James volviéndose. Cassy observó un brillo de orgullo en los ojos de su hermano, que le ofreció su brazo—. Señor y señora Fowle, permítanme que les presente a mi hermana, la señorita Austen, la siguiente novia que se casará en Kintbury.

—¡Querida mía! —La señora Fowle se acercó a ella y la tomó de las manos. Era esa mujer pulcra y menuda la que había sido capaz de dar a luz y criar a aquellos robustos hijos, y que destilaba calidez y ternura. El señor Fowle, al que Cassy ya conocía bien, pues era amigo de su padre desde que coincidieron en Oxford, seguía tan sobrio como siempre, eso sí, exquisitamente correcto y amable. Ambos se colocaron a su lado y la acompañaron al interior de la casa.

La casa hervía de actividad, y se sintió algo abrumada. Además de Tom, que se había quedado en un rincón, tímido como siempre, estaban Charles y William, que habían acudido a pasar la Navidad con sus padres. Fulwar, el hijo mayor, y su esposa Eliza vivían allí junto con sus tres hijos. Los dos niños eran encantadores y abiertos, mientras que la pequeña Mary Jane se escondió primero detrás de su

padre y después casi se colgó de las faldas de su madre.

Todos se habían reunido para dar la bienvenida a Cassy, como si de un espectáculo se tratase. Alguien le quitó el abrigo de color claro, con lo que quedó expuesta en toda su modestia a las miradas de la familia. Lo cierto es que, aunque no era muy adecuado para viajar, se había puesto su mejor vestido, el azul, previendo que pudiera ocurrir algo parecido a lo que estaba pasando y con el ánimo de causar la mejor impresión posible. Y así fue: el murmullo de aprobación se dejó sentir. Fue un gran momento.

Y esa fue la cumbre de toda la quincena, y no precisamente por la altura alcanzada. ¡Pobre Cassy! Era su primera visita, un rito fundamental para cualquier joven heroína. Pero había llegado a un hogar atenazado por la miseria y el miedo.

La última vez que había visto a Tom este estaba a punto de embarcarse para un viaje de un año con un ánimo ignorante y despreocupado. Una semana vagando por el canal lo había convertido en un ser apocado, nervioso, de mirada huidiza y aún asustado por los horrores que había vivido. Sus padres, que ya de entrada habían tenido muchas reservas sobre todo el asunto, ahora estaban horrorizados ante la perspectiva de que volviera a embarcarse al mes siguiente. Hasta la esposa de Fulwar, Eliza, con la que Cassy contaba como apoyo, tampoco mostraba el mejor de los ánimos. Los tres pequeños la tenían exhausta, y el nuevo embarazo no se estaba desarrollando demasiado bien.

La Navidad en Kintbury fue la más sombría de las que Cassy había vivido hasta ese momento. Tras la ternera y el pudín (se preguntó si el pudín de Steventon habría salido bien sin su colaboración, así como el vino naranja), todos se reunieron en la sala de estar. William y Charles prepararon el tablero y las piezas del ajedrez, y las damas su labor. Tom se sentó junto al fuego al lado de sus padres, contemplando atentamente las llamas.

Solo uno de los presentes se mostraba activo y alegre. Por su propia naturaleza, Fulwar no soportaba el vacío ni el silencio, así que se colocó en medio de la silenciosa habitación y comenzó una perorata alegre y potente sobre el único tema en el mundo acerca del que Cassy no quería saber nada en esos momentos.

—Te envidio, Tom —empezó, colocándose delante del fuego e impidiendo que el calor alcanzara al resto de los reunidos—. ¡No sabes cuánto! Ahí fuera, frente a las olas y acompañado por la tripulación. La camaradería que se fragua en un barco, según me han dicho, no tiene parangón posible. —Miró soñador al horizonte que

proporcionaba la pared amarilla—. ¡La brisa del mar! ¡Los camarotes! Un conocido mío estuvo en el *Victory,* ¿sabes? Y me dijo que las bromas son constantes y magníficas, del todo insuperables. —Sonrió ante la referencia, por mucho que no fuera propia.

Cassy pensó que, con ese espíritu, era una pena que Fulwar no hubiera disfrutado en primera persona de las maravillas de la vida militar, e incluso del combate. Por el contrario, su destino era suceder a su padre en el trabajo como guía espiritual de aquella encantadora comunidad.

El propio señor Fowle tuvo que intervenir para poner las cosas en su sitio, o al menos intentarlo.

—No creo que Tom disfrutara mucho de las bromas cuando el barco estuvo a punto de naufragar y quedar destrozado. Ni tampoco de las olas haciendo que diera bandazos y casi a punto de zozobrar.

—Bueno, supongo que no sería tan terrible —replicó Fulwar, pese a haber sido testigo de varios desastres cercanos que habían afectado a los parroquianos de Kintbury—. Y el hecho de que abandonaran el barco dice mucho acerca de lo en serio que se toma lord Craven la seguridad de sus hombres. Hasta creo que fue un exceso de precaución.

Cassy miró disimuladamente a su prometido sin siquiera entreabrir las pestañas. Parecía tranquilo. ¿Por qué no reaccionaba? Sabía que era una persona calmada y equilibrada; de hecho, ambos se parecían en ese aspecto. Pero hasta ese momento no se había dado cuenta de que, hasta en una situación como esa, fuera capaz de conservar la calma y el equilibrio.

Eliza se inclinó hacia ella.

—Igual te parece que, en comparación con tu familia, nosotros, quiero decir la mayoría de nosotros, hablamos poco en las veladas…

—¡No, qué va! —Cassy se sonrojó. ¿Acaso estaba dejando traslucir sus pensamientos?—.. Para nada. Todo es muy agradable. ¿Podrías prestarme un alfiler?

Eliza sonrió, le pasó su cesta de labor y volvió a preguntar.

—¿Qué estarán haciendo ahora en Steventon? ¿Te lo imaginas? Me han dicho mis hermanas que siempre estáis jugando.

—Sí. —Cassy notó cómo crecía su malestar, y se refugió en la labor —. Supongo que habrán empezado ya las payasadas. —Sin duda Jane ya estaría pasándose un poco de lista, y su padre partiéndose de risa al escuchar lo que decía. Era mejor no pensar en ello—. ¿Vosotros no lo hacéis aquí? Quiero decir en momentos más felices, entiendo las dificultades que estáis pasando ahora…

—Pues no solemos, la verdad —contestó Eliza en tono apagado—. Mi marido, cuando pierde a algo, o le llevan la contraria, no se lo toma bien. Aunque a algunos de nosotros sí que nos gusta jugar cuando tenemos tiempo.

—El mar no me preocupa tanto como el clima y las fiebres —intervino la señora Fowle, y le dio un golpecito afectuoso a Tom en el brazo—. Se habla bastante de las enfermedades tropicales.

—¡Ja! Querida Madre, usted siempre ha vivido preocupada. ¡Pero mírenos! Mire a los cuatro seres indestructibles que ha traído usted al mundo. —De hecho, Fulwar tenía un aspecto muy distinto al del resto de sus hermanos. Era bajo, encorvado y rubicundo. Los demás eran más altos, aunque Tom algo más delgado que el resto—. Los pobres salvajes con los que se va a encontrar la expedición me preocupan más que mi hermano —continuó Fulwar—. Pero tampoco me quitan el sueño, y os voy a decir por qué.

Cassy procuró concentrarse en la aguja, preparándose para lo que sabía que venía.

—La insurrección que se está desarrollando en todos los rincones del globo… —Extendió la mano señalando todos los rincones de la habitación.

Cassy empezó a reflexionar acerca de Fulwar: en su propia casa era una persona absolutamente distinta, o al menos se comportaba de forma diferente a como lo hacía en casa de los Austen. Su familia no admitía los comportamientos pomposos, ni los aires de superioridad. En cuanto hubiera abierto la boca para transmitir ideas como las que estaba profiriendo en ese momento, se la habrían cerrado a fuerza de bromas y burlas.

—Es de vital importancia que nuestros hombres tomen las armas.

Charles y William, que no levantaban la cabeza del tablero de ajedrez, tampoco se comportaban como los hombres que ella pensaba que eran. En Steventon eran vitales y juguetones, participaban en todo, y si había discusiones, pretendían ganarlas a fuerza de hablar cada vez más alto. Pero aquí siempre parecían subyugados, inactivos, sumisos.

—Se deben proteger a toda costa los intereses de nuestros terratenientes…

Por lo que respectaba a su Tom…, ¿acaso no le alteraba aquel ambiente? Sin duda estaría preocupado por el viaje; lo entendía, todos lo estaban. Y nunca había tenido un espíritu gregario, lo que sin duda era algo bueno. Miró a Fulwar durante un momento. ¿Qué joven podría casarse con un marido gregario? Por primera vez en su vida se

dio cuenta de hasta qué punto podía Tom ser callado.

—Hay que hacer entender a todos esos rebeldes que no deben poner las manos sobre esas propiedades…

A Cassy habían dejado de importarle los argumentos de Fulwar, tanto en la forma como en el fondo. Su pensamiento derivó hacia lo que en esos momentos estaría pasando en su casa. ¿Habrían empezado ya a bailar? Jane tocando el piano, los muebles colocados a un lado. Se volvió de nuevo hacia Eliza.

—¿Qué pasa con la música? —Seguro que era eso lo que hacía falta, un poco de música—. ¿Ya no te apetece cantar?

Eliza la miró muy sorprendida, como si se hubiera olvidado por completo de que había nacido con una voz angelical.

—¡Oh, no! Por las noches estoy tan cansada de atender a los niños que ni se me ocurre. Además, aquí no hay instrumentos.

Así que nada de música, ni de juegos. ¡Ni siquiera lectura, o conversaciones interesantes! Era la primera vez que Cassy estaba en un lugar sin alguien de su familia cerca de ella. Siempre había sabido que los Austen eran especiales, pero ahora empezaba a pensar que en realidad eran más que eso, quizá eran únicos.

—La economía de este gran país, bajo la dirección de nuestro rey, debe defenderse a toda costa, incluso hasta la muerte, si hiciera falta. ¡La muerte no es un precio demasiado alto en comparación con lo que podría sobrevenir!

Y llegó a la conclusión de que las circunstancias de otras familias eran misterios insondables. No tenía sentido observar desde fuera, ni siquiera hacer esfuerzos para entender, incluso desde dentro. En cuanto volviera a casa, comentaría ese pensamiento con Jane.

A la mañana siguiente se juntaron para una jornada de caza, y cuando Cassy salió de su habitación para bajar a desayunar, la casa parecía abandonada, como si todos los hombres se hubieran ido a la guerra. Al llegar al descansillo vio que la puerta de la habitación de Tom estaba abierta, y sin pararse a pensar en si era apropiado o no, se acercó a mirar.

La cama estaba deshecha. En la palangana había una toallita de afeitado sucia sin recoger, y los restos de jabón formaban una corteza en el fondo del recipiente. Aún se podía respirar en el ambiente cierto aroma masculino, lo cierto era que no del todo agradable. Miró

alrededor, fijándose en los objetos de uso particular: una Biblia, libros de enseñanza del latín… pero ni una sola novela. Tampoco había recuerdos de la escuela, ni de Oxford. El objeto que podía calificarse de más personal era una publicación sobre caza.

Permaneció de pie un momento, mirando a su alrededor, y le invadió un sentimiento de lejanía, de desconocimiento, como si aquel cuarto no fuera el de Tom, sino de un perfecto desconocido. ¡Pero conocía a este hombre desde que era un niño! En Steventon le era familiar, cercano; y sin embargo aquí, era… ¿cómo era exactamente? Cassy había dejado de estar segura de lo que sabía.

Por primera vez se sorprendió a sí misma mirando más allá del compromiso, algo que había sido recibido por todos con gran satisfacción, y adentrándose con la imaginación en el matrimonio. Pensó en ellos, solos, en su propia vicaría, adecuada para Ludlow. A muchas millas de todo el mundo; y, fundamentalmente, lejos de Jane. Cassy tendría que renunciar al único mundo propio que hasta ese momento había conocido: el dormitorio que compartía con su hermana. Se acabaron las risas, los susurros, las inacabables confidencias. Apenas volvería a verla en persona, y su relación, a partir de ese momento, pasaría a ser casi exclusivamente epistolar. A cambio, Cassy tendría solo a Tom. Y, en lugar de todas las habituales delicias femeninas, lo que vería serían toallas de afeitado, restos de jabón, publicaciones sobre caza…

Se le contrajo el corazón. En su casa de Steventon siempre había risas y conversaciones. ¡Y muchos chistes y bromas! Ella no gastaba demasiadas, la verdad. Y es que, aunque como afirmaba a menudo su madre, era una de las Austen más inteligentes, en realidad no era de las que tenía más chispa. Pero se reía mucho. ¡Y le encantaba hacerlo! Y Tom también se reía allí. ¡Claro! ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero ¿y cuando estuvieran ellos dos solos? Intentó imaginarlo, pero no lo logró. ¿De qué hablarían? ¿Jugarían a algo? ¿Disfrutarían con la música? ¿Se reirían? ¿Con quién? ¿De qué?

Ya tenía nostalgia, echaba de menos la casa de su familia. ¡Y eso que aún no se había casado!

—Estás muy pensativa, querida. —Cassy se volvió hacia Eliza, que la miraba con ojos cariñosos y amables, resplandeciente en su embarazo y con un crío agarrado de cada mano. Al devolverle la mirada se animó un poco. Su amiga había aparecido en el momento adecuado, como una especie de visión, un ángel que hubiera bajado del cielo para decirle que esa era la esencia de todo: la construcción de una familia, de una vida juntos. Esa era la cuestión, para todos

nosotros.

Agarró en brazos a Mary Jane, que protestó y se debatió, hasta que por fin tanto los niños como las dos mujeres se echaron a reír y fueron a desayunar.

La visita pasó deprisa, como casi siempre ocurre con las visitas. En Kintbury, la pareja apenas pudo gozar de momentos de intimidad. Nadie daba importancia a su privacidad. La casa parroquial, dadas las fechas, rebosaba de la lógica actividad, y les resultaba complicado encontrar un rincón tranquilo. La climatología también se puso en su contra, sin dar tregua para paseos, aunque fueran cortos. Y la señora Fowle, ¡pobre señora Fowle!, se iba poniendo cada vez más triste conforme se acercaba el día de la nueva partida. Siempre quería tener a su hijo cerca.

Pero la última tarde de Tom al fin lograron quedarse solos un rato. Cassy, con sus acuarelas, estaba intentando hacerle un buen retrato, pero no le resultaba tan fácil como otras veces. No quería captar el gesto desalentador de la mandíbula, ni los círculos oscuros alrededor de los ojos, ni ese miedo que llevaba tan dentro, pero que asomaba en todo momento. Lo malo era que apenas podía recordar su aspecto sin todo eso.

Le gustaría pintarle soñando despierto, aunque… ¿quién podía saber con qué soñaba Tom en esos momentos? Parecía estar a gusto sentado en un sillón sin hacer nada, por lo que se sorprendió al verle levantarse de repente.

—¡Vamos! Ya llevas suficiente tiempo intentando dibujar mi anodina apariencia. —Se acercó a mirar el dibujo—. ¡Ah, vaya! ¡Qué bien está! Siempre me sorprende cómo es posible que seas tan buena en todo lo que haces, amor mío. —La verdad es que eso no parecía alegrarle demasiado en los últimos tiempos—. Me maravilla que una joven tan magnífica y con tanto talento quiera casarse con un caso perdido como yo.

—¡Vamos, Tom…! —Cassy empezó a guardar los pinceles—. No es ni mucho menos uno de mis mejores dibujos. No está nada bien. —Se volvió a mirarlo, y mantuvieron la mirada durante un buen rato. Ese comentario de ella, tan escaso, tan inoportuno, tan inadecuado, parecía estar flotando entre ambos.

Tom se adelantó para tomarla de la mano.

—Vamos a dar un paseo. Ya llevamos demasiado tiempo sentados. Tengo todavía algo que atender. Por favor, ven conmigo.

Se protegieron adecuadamente, con la señora Fowle moviéndose alrededor e insistiendo en que no tardaran mucho, y salieron a la luz del crepúsculo. Emprendieron una corta caminata hacia la iglesia. El frío era intenso y los charcos estaban helados. Tom no miraba hacia ningún sitio; seguramente no se sentía a gusto caminando entre las tumbas a esa hora, y la agarraba con fuerza del brazo.

—El caso es que he cometido un error mientras ayudaba a mi padre. Y el nuevo coadjutor se dio cuenta. ¡Menudo pájaro! Tiene ojos de halcón… —Se detuvo junto al porche de la iglesia y abrió la vieja y pesada puerta de roble, invitándola a entrar—. La verdad es que no le gustó nada lo que hice. ¿Solo sería porque se trataba de un trabajo que glorificaba a Dios? Me hubiera gustado preguntarle. ¿Acaso un par de fechas y de apuntes significan algo en el conjunto de la gran obra divina?

Cassy apenas escuchaba, pues su mente aún estaba en la sala de estar: seguía enfadada consigo misma por lo que le había dicho. ¿Por qué se había comportado de esa manera con un hombre al que amaba tanto, y desde hacía tanto tiempo? Era tan poco habitual en ella que ni siquiera podía explicárselo. Además, durante toda su vida había tenido la virtud de decir as palabras justas y en el momento adecuado. ¿Por qué no lo había hecho hoy, en su último día juntos?

Entraron en la iglesia, él encendió una vela y caminaron hacia el registro.

—No anoté el año en una de las amonestaciones, ni tampoco el nombre de pila en la nota de un sepelio, y el nuevo coadjutor me lo dijo. —Tom encontró las páginas correspondientes, y preparó la pluma para hacer las correcciones.

Mientras lo hacía, Cassy echó un rápido vistazo a las entradas del libro de registro anotadas con la familiar letra de su prometido.

—Este bautizo de aquí… —dijo señalando una línea con el dedo índice—. Puede que esté equivocado. Igual se trata de la fecha de nacimiento, ¿no?

Tom leyó lo que indicaba.

—Ah, sí. ¡Muy bien, Cass! Acertada como siempre. Te fijas incluso más que el coadjutor. Cuando tú me ayudes en todas las tareas diarias voy a ser mucho más competente.

Cassy sonrió y se separó de él, quedándose en el pasillo entre los bancos para permitir que hiciera lo que debía. Era una iglesia bonita, pequeña y sencilla, aunque los ventanales estaban sucios. Miró hacia

arriba, a la zona por la que todavía entraba una escasa luz vespertina invernal y, gracias a la quietud del momento, vivió un momento de comunión con el Creador, al que rogó que mantuviera a salvo a Tom y que a ella le concediera la fuerza necesaria para soportar su ausencia; al cabo de un momento él se le acercó y los jóvenes prometidos permanecieron juntos, muy quietos, frente al altar. Él la tomó de la mano.

—Mi queridísima Cassandra —empezó—, sé que no soy el más elocuente de los hombres, pero hay cosas que debo decirte antes de partir. —Su gesto era grave—. Cosas que quiero que sepas, por si no regresara.

A lo largo de las semanas de preparación, incluso durante los largos días de la primera visita, ambos habían evitado cuidadosamente abordar este tipo de conversación.

—¡Tom! —Cassy no sabía si lo iba a poder soportar—. Vas a regresar. Dependo de ello. No hablemos de esto, no lo contemplemos ni siquiera como posibilidad… Es demasiado horrible…

La agarró de los brazos.

—Debemos hacerlo. Quiero que sepas que he hecho testamento, y que te he dejado a ti la totalidad de… bueno, del escaso dinero que he sido capaz de acumular.

—No me digas eso, por favor… —Luchó contra las lágrimas, pero la derrotaron.

—Quiero que sea tuyo. Voy a irme, y en mi ausencia vas a darme tu constancia. Tienes que recibir una… compensación si no soy capaz de regresar.

—Pero estamos prometidos. Lo he querido yo.

—Quiero garantizarte cierta seguridad, aunque no esté en condiciones de ofrecerte mucha —continuó Tom—. Y quiero que me prometas que este legado no supondrá que te aferres a mi recuerdo. —Su tono era urgente, perentorio—. Que si no te casas conmigo, debes sentirte libre para casarte con otro.

Tenía las mejillas húmedas del llanto, y habló con voz rota por la emoción.

—Tom, te prometo… —Sacó fuerza de dónde no la había para hacer su declaración, sobre todo porque siempre había creído que él era su destino, y un poco por cómo se había comportado recientemente—. Te prometo ante Dios, en su morada, que nunca me casaré con ningún hombre que no seas tú.

Todos en la cena tenían claro que era la última de Tom, pero nadie sabía qué decir.

Fulwar, aprovechando la situación como solía, empezó a recitar una relación de hazañas de caza en las que, mira por dónde, él era el único héroe.

—Estaba fuera, con *Vizcaya.* ¿Sabéis por qué le llamo así?

Todo el mundo lo sabía, pero nadie respondió.

—¡Porque es un magnífico alazán, valiente y poderoso! Llevábamos cabalgando desde la salida del sol. —Fulwar, a la hora de contar historias, no le daba la menor importancia a que fueran novedosas, y se repetía de manera constante—. Los sabuesos corrían a toda prisa, un colega cabalgaba al lado y estábamos llegando al seto…

Hasta Cassy se sabía el final de la historia.

—¡Me rompí la pierna izquierda y perdí la mitad de los dientes!

Tom ni siquiera fingía escuchar.

—¿Creéis que me metí en la cama?

Toda la mesa parecía hundida en la miseria.

—¡No! ¡Bebí como un cosaco en la cena esa mismísima noche!

En ese momento, Eliza, la inteligente y sensible Eliza, introdujo la fórmula perfecta con la que poder hablar de la inminente partida de Tom.

—Me pregunto cuántos años tendrá este niño que está en camino la primera vez que vea a Tom. —Se miró el vientre mientras hablaba.

La señora Fowle se iluminó al pensar en su próximo nieto.

—Espero que todavía esté en la cuna. —Habló con convicción, muy enfáticamente—. No será un viaje muy largo, ya lo veréis. Lord Craven no os mantendrá lejos más allá de un año, estoy segura.

Dado que la única responsabilidad de Tom era cuidar de las almas, Cassy esperaba y deseaba que su futuro marido no tuviera ningún enfrentamiento con nadie.

—Seguro que volverás antes de que nos demos cuenta de que te has ido. —Fulwar apuró la copa de vino.

—Ahora que estamos todos aquí, juntos, ¿por qué no acordamos posponer el bautismo de este bebé hasta el regreso de Tom? —propuso Eliza—. Y otra cosa, Tom, nos gustaría mucho que fueras su padrino, si eres tan amable.

—Sería un gran honor —accedió él con cariño—. Y eso supone una especie de reto: quiero estar aquí antes de que aprenda a andar.

—Y, por supuesto, a tiempo de enseñarle a pescar —aportó el señor Fowle. Cassy se emocionó al ver que el padre de Tom hacía lo posible por parecer alegre y esperanzado. No era nada habitual, pues en su casa casi nunca se mostraba así, ni siquiera en los momentos más felices—. Nadie lanza la caña como nuestro Tom. ¡Una razón más para que vuelva con nosotros cuanto antes!

—Yo tengo otra, la más importante para mí —dijo el aludido desde el otro lado de la mesa. Miró a Cassy, sonrió y no añadió nada.

Eliza miró a su alrededor, muy feliz por el tono familiar de la charla.

—¡Qué suerte tienen mis hijos de tener un tío tan magnífico! —Le apretó la mano a Cassy bajo la mesa—. Y dentro de nada, una tía, por supuesto.

Inmediatamente antes del amanecer Cassy bajó a despedirse de Tom en el último momento. Soplaba un viento gélido, y la escena estaba iluminada por la fría luz de la luna. Allí estaba ya la señora Fowle, por supuesto. Formaban un trio de lo más triste, invadidos por la tristeza y la tensión del momento. Esta vez le tocó a Cassy despedirse en el vestíbulo. La señora Fowle se quedó de pie junto a ellos, esperando pacientemente a que terminaran. En esas circunstancias, su espera no duró demasiado.

—Te escribiré —susurró Tom.

—Yo también. Y sabes que estaré atenta a tus progresos. Cuídate.

—Te garantizo que lo haré. Cuida de Eliza como solo tú sabes hacerlo.

Le besó tímidamente la mano, se volvió y se acercó a su madre.

Cassy se quedó allí de pie un momento, observando las sombras de madre e hijo junto al carro, hasta que pensó que se estaba entrometiendo en la despedida, por lo que subió las escaleras hasta su cuarto. Esperó a sentir el habitual optimismo, el soplo de instinto positivo tan normal en ella, pero solo pudo identificar pesadez, desencanto, miseria. Pena sincera.

Lo peor estaba por llegar.

Al llegar al descansillo, una criada la abordó y le dijo que Eliza

estaba retorciéndose de dolor y llamándola. Corrió hacia su habitación y se encontró con una escena tremenda.

—¡Lo estoy perdiendo! —La mujer se contorsionaba y no paraba de sollozar—. ¡Es demasiado pronto para que nazca! ¡El niño está llegando demasiado pronto!

Inmediatamente, Cassy asumió su papel. Ya había atendido otros partos antes, aunque por supuesto más fáciles, y sabía muy bien lo que había que hacer. Las horas siguientes fueron terribles, una secuencia interminable de administración de paños húmedos y calientes y de láudano, todo ello salpicado de miedo cerval. El bebé, un niño muy esperado, llegó al mundo con ese aire distraído de alguien que aún no ha decidido cuánto tiempo se va a quedar en él.

Fue tarea de Cassy salir de la habitación hacia el descansillo, que Fulwar no paraba de recorrer como un desesperado, para exponer la situación. El miedo y la ternura que sentía, el amor y la preocupación por su esposa por una vez estaban pudiendo con él, y resultaron aleccionadores. En ese momento entendió que, independientemente de que los quisieran manifestar o no, los hombres también tenían los sentimientos a flor de piel.

Cassy no paró de hacer de enfermera, de consolar y de trabajar prácticamente todo el día. En un momento dado, alrededor de las cuatro de la tarde, Eliza cayó en un sueño profundo, y se quedó sola en la silla de lactancia, con el niño bien envuelto entre sus brazos. Lo acunó y lo apretó en su pecho, con cariño y desesperación, como si así pudiera hacer algo para que sobreviviera. Porque ese pequeño proyecto de ser humano era el niño por el que Tom tenía que volver a casa. Tenía que vivir. Era clave. Porque, de lo contrario, ¿qué tipo de augurio había traído consigo?

Capítulo 5

Kintbury, marzo de 1840

Cassandra se despertó pronto esa mañana. Le dolía todo el cuerpo, pues se había quedado dormida apoyada en el cabecero y con las cartas en el regazo. ¿Qué había soñado? No era capaz de recordarlo, aunque sabía que había sido algo oscuro y lúgubre. Se puso de pie, se vistió e, incapaz de mudar de estado de ánimo, y pensando que podía permitirse no hacerlo, cruzó el descansillo y abrió la puerta del dormitorio de Tom.

Fue como si se hubiera trasladado de repente a la infausta y lejana Navidad. Le volvieron a invadir todos los sentimientos vividos aquellos días, sobre todo la perspectiva de matrimonio y el temor de perder el contacto cercano con su familia. Aquel momento había supuesto una mancha indeleble en su historia personal. Incluso ahora, el sentimiento de culpabilidad era enorme, abrumador; aún le hacía sentir que le faltaba el aire. No obstante, en un intento de mostrarse amable por una vez, como si en lugar de consigo misma estuviera tratando con una sobrina, ¿acaso no había sido víctima de los acontecimientos, como siempre a lo largo de su vida?

Y es que, si dichos acontecimientos se hubieran desarrollado de otro modo, del modo opuesto al que sucedieron, los oscuros pensamientos de aquellos momentos solo se habrían clasificado como dudas, puras y simples, las dudas lógicas, razonables y respetables que puede tener una joven que está a punto de casarse. De haberse desarrollado así su vida, las habría considerado de lo más naturales. Y

es que las mujeres, todas sin excepción, nos preocupamos por todo, y en especial por el matrimonio. Al fin y al cabo, ¿acaso hay algo más importante? Podría haber mirado hacia atrás, desde la comodidad de su butaca junto al fuego y con su marido al lado, en las cercanías de un cuarto de juegos llenos de hijos propios y muy queridos, y considerar que esos pensamientos no habían significado nada. Tan solo un pequeño tropezón en el camino de rosas que conduce a la felicidad conyugal.

Pero la vida no lo había hecho así. La había atracado, se había llevado su capital personal, y, al hacerlo, había eliminado también cualquier amago de presunción de inocencia. Y, cada vez que pensaba en aquella mañana, cosa que tampoco sucedía demasiado a menudo, intentaba suprimir el recuerdo, y lo único que contemplaba era su propia apostasía, lo único que creía era que sus dudas habían sido escuchadas y tomadas por maldiciones. La vergüenza la inundaba.

Entró en el dormitorio. Sencillo, casi vulgar. Había sido el trozo de hogar de muchos jóvenes Fowle desde aquél… Toda una generación había crecido en él, y después había volado. Ahora no quedaba ni rastro de Tom. Aunque… dejó a un lado el pesado armazón de la cama, miró y… ¡allí estaba! Aquel anodino e impersonal grabado de caza. Quizá nunca lo habría llevado con él a su vicariato cerca de Ludlow. Ella no debía haberse preocupado por el hecho de vivir con ello.

El espejo basculante de la hornacina que había junto a la chimenea se había añadido posteriormente: un testimonio de la vanidad de las nuevas generaciones. Su Tom nunca habría sentido la necesidad de tener algo así. Se miró, y el espejo le devolvió su rostro de anciana. Y allí, por encima de su hombro, vio también los ojos astutos y poco amigables de Dinah.

Cassandra dio un respingo.

—¡Dinah! ¡Por Dios bendito! —Se volvió para mirar a la criada—. ¡Me has dado un buen susto!

—Señorita Austen. —La casi inapreciable inclinación, acompañada de un resoplido seco—. ¿Puedo hacer algo por usted, señora? Desorientada de nuevo, ¿verdad?

Otra referencia a su incipiente senilidad.

—No, ni mucho menos. Solo… —Pero en realidad era más fácil fingir que se trataba de eso—. Sí. Lo siento. No recuerdo por qué he entrado aquí.

Dinah pareció satisfecha.

—Estaba buscándola, señora. Me preocupé al no encontrarla en su

habitación. —¡Su habitación! ¡Las cartas! ¡Sin esconder…!—. ¿Entonces no necesita ayuda?

—No, Dinah, gracias. Estoy perfectamente. De hecho, esta mañana creo que voy a dar un paseo antes de desayunar.

—Como usted quiera, señora. —La rodilla de Dinah crujió antes de que desapareciera escaleras abajo.

Cassandra regresó a su habitación y, aunque pensaba que el mal ya podría estar hecho, recogió todas las cartas y las escondió debajo del colchón. Se dio cuenta de que lo que de verdad necesitaba era un poco de aire fresco. Un buen paseo siempre revitaliza.

Llegaba un delicioso y prometedor aroma desde el horno de pan, pero por lo demás la casa estaba de lo más tranquila. Seguramente Isabella seguía en la cama. Cassandra no se encontró con nadie en el descansillo, y rodeó con cuidado a *Príamo,* estirado encima de su alfombra de una manera inverosímil. El perro se levantó con dificultad. Ni lo saludó ni lo invitó a que la acompañara. No obstante, la siguió. Juntos sortearon el caos del vestíbulo y salieron a la mañana.

A la izquierda, más allá de la iglesia, estaba el pueblo, que en ese momento ya sería un hervidero de actividad. Seguro que habría un montón de rostros familiares deseosos de dejar por un momento lo que estuvieran haciendo para pararse a hablar. Pero Cassandra se caló el abrigo y torció a la izquierda, con su compañero perruno al lado. Cruzó el río por el puente y bajó por el sendero junto al canal. En su propio pueblo de Chawton tenía un montón de vecinos con los que hablar. Pero, pese a la agradable charca de los patos, sus paseos habituales tenían sus limitaciones: no podía disfrutar de la alegría que proporcionaba caminar junto al agua.

¡Cómo habían cambiado las cosas desde aquella Navidad que pasó aquí con Tom! Entonces solo había un pequeño y modesto río. Pero ahora el canal, lleno de embarcaciones y salpicado de comercios y negocios, era un avance, aunque también un foco de controversia. Recordó las discusiones al respecto mientras, todas las tardes, cosía junto a Eliza en el cuarto de estar. Ni que decir tiene que Fulwar estaba absoluta y sonoramente a favor de su creación. Para variar, recorría la habitación a grandes zancadas, vociferando consignas: ¡El avance del progreso! ¡La maravilla de las comunicaciones! ¡Las nuevas formas de empleo! Mientras tanto, el anciano señor Fowle, sentado en su silla, expresaba su preocupación ante la corrupción y la delincuencia que iba a acarrear. ¿Y Tom?

A Tom le interesaba la ingeniería gracias a la cual se había

desarrollado el proyecto del canal, aunque, por lo demás, no tenía una opinión formada respecto a las consecuencias. Le gustaba imaginar el futuro de ambos como proyecto familiar, sin embargo no hablaba demasiado del futuro en general. Ahora que Cassandra se paraba a pensar en ello, lo cierto es que nunca había mostrado interés en el nuevo siglo que se acercaba, ni en los cambios y las revoluciones que pudiera traer consigo. Qué extraño que no lo hubiera notado antes. Un muchacho delgado la adelantó corriendo, saltó a una barcaza de carbón y se hizo daño en la oreja al caer. Cassandra se detuvo, alzó los ojos y se fijó en los rayos de sol reflejándose en el agua. Después volvió la cabeza hacia la isla, en la que una pata estaba sentada sobre sus huevos mientras el macho se afanaba a su alrededor con el pico lleno de ramitas. Soltó un fuerte suspiro y, al escucharse a sí misma, casi se preguntó quién podría estar tan cansada o tan triste como para suspirar así. Y entonces se acordó de que era una mujer mayor. Con tantos recuerdos, se había olvidado por completo de ese hecho. ¡Qué absurdo ir de acá para allá, con tanta humedad, a esas horas de la mañana! Si se quedaba quieta seguro que pillaría un resfriado, y, en ese caso, ¿qué sería de ella? Pensó en avanzar hacia el muelle, pero parecía demasiado abarrotado a esa hora de la mañana. Quizá lo que debería hacer, después de todo, era darse la vuelta e ir al pueblo.

Miró hacia el puente que estaba delante de ella y se fijó en una figura oscura. ¿Por qué estaría allí Isabella? Así que, después de todo, no estaba en su habitación sin hacer nada útil.

—¡Señorita Fowle! —Cassandra pensó que podían volver a casa juntas—. ¡Señorita Fowle!

Su débil voz no pudo superar el ruido del canal. También intentó llamar su atención agitando la mano, pero Isabella no pareció darse cuenta.

—¡Señorita Fowle! —*Príamo* ladró, intentando ayudar.

Isabella bajó la cabeza cuando un caballero se le acercó. Cassandra no estaba lejos y pudo verlo con más claridad. No lo reconoció. De hecho, ¿era en realidad un caballero? No podía asegurarlo. No era alto, sino bajo y fornido. Isabella y él estaban enfrascados en una conversación y no prestaban atención a nada más. Cassandra abandonó el sendero y llegó a la calle. ¿Necesitaría ayuda Isabella? Si al menos pudiera andar un poco más deprisa…

—¡Señorita Fowle! —Había llegado al puente—. ¡Isabella! ¡Estoy aquí!

Pero… ¡qué extraño! Isabella y el misterioso «caballero» ya no estaban allí.

El desayuno transcurría en silencio. Isabella no había mencionado su paseo ni a ningún caballero, y parecía triste y hundida; tenía los ojos hinchados y la expresión apenada. Era evidente que había estado llorando. Puede que echara de menos a su padre, en realidad su opresor, algo bastante más allá de la comprensión de todo el mundo. Dinah, que esa mañana se mostraba anormalmente atenta, no paraba de dar vueltas alrededor. Isabella bebió poco a poco el té pero no probó la comida, y cuando el reloj dio las siguientes campanadas, se excusó y se marchó. A Cassandra le extrañó que ese paseo tempranero no le hubiera despertado el apetito. Ella, por el contrario, estaba muerta de hambre, y la calmó, aunque en soledad. Al acabar, se dirigió al vestíbulo.

La puerta del estudio de Fulwar estaba cerrada, pero a través de ella se oían voces. Era raro. No había notado que viniera nadie. Extrañada, Cassandra se acercó y aguzó el oído.

—Siete por seis, cuarenta y dos —recitó una voz infantil.

—¿Y la siguiente? —Isabella parecía recuperada.

—¡Siete por siete, cuarenta y nueve!

—Muy bien, Arthur. Esta semana sí que has estudiado y practicado. Te felicito.

¡Claro! Isabella daba clases particulares. Su madre la había educado para ser una buena hija de la casa parroquial, y ella se había convertido en eso mismo.

¡Cómo iba a echar de menos el pueblo a esta familia! Perder a un vicario apreciado por todos ya era un gran golpe, pero perder a las mujeres que lo acompañaban era aún peor. Fulwar era un predicador admirado, además de un activista político al menos pasable. Pero también era verdad que se pasaba muchos días a la semana entrenando a perros de caza y conduciéndolos. Eran las mujeres las que atendían de verdad a los parroquianos: las que cuidaban a los enfermos, vestían a los pobres y enseñaban a los que no sabían. Cassandra sonrió satisfecha y pensó de nuevo que los Fowle se parecían a los Austen en muchas cosas.

Viendo que la casa no parecía tener mucha necesidad de su cooperación en ninguna tarea, se dirigió otra vez a su habitación. Una criada había estado en ella: habían vaciado el orinal y puesto agua limpia en el aguamanil. Se acercó rápidamente al colchón y lo levantó. Sí, las cartas seguían allí, sanas y salvas y a buen recaudo. Lo único

que parecía haber tocado la señorita Murden era el viejo sillón de debajo de la diminuta ventana. ¿Sería ella la que lo había dejado tan raído como estaba? Cassandra se preparó para continuar con su lectura.

Capítulo 6

Rectoría de Steventon
4 de octubre de 1796

Mi querida Eliza:

Me alegra muchísimo saber que te encuentras mejor y más fuerte, al menos físicamente, y siento de verdad que sigas con los ánimos bajos, aunque lo entiendo muy bien. Por supuesto, no tengo experiencia propia en relación con la pena que te aflige, pero sí siento empatía y me lo puedo imaginar. Dicho esto, te transmito que no puedo estar de acuerdo con el resto de tu familia. Has sufrido una pérdida igual de profunda que la que provoca cualquier muerte, y ni siquiera ha pasado un año de ella. El hecho de que tu pobre bebé solo viviera un día es algo anecdótico. El amor no se mide en función de las horas que se pasan con el ser amado. Debes saber que estás siempre en nuestros pensamientos y que rezaremos por ti.

Y dicho esto, parece que no me siento capaz de escribirte una carta en la que solo haya tristezas y condolencias. Una vez con la pluma en la mano, tengo muy claro que debo intentar entretenerte y hasta divertirte, o al menos iluminarte un poco, aunque solo sea por un momento. Lo siento. Perdóname. No puedo evitarlo, es una debilidad que tengo. Además, por aquí están pasando tantas cosas que creo que podrían divertirte que me es imposible resistirme a contártelas.

¡Y es que últimamente nuestra pequeña casa, habitualmente tan tranquila, se ha convertido en un mercado matrimonial de lo más activo y floreciente! Para una experta en dramas domésticos como yo, es casi imposible no prestar atención. Los

ojos se me van continuamente y, si pudieran, seguro que abandonarían mi cabeza para seguir los acontecimientos de forma permanente. No hace falta que te diga que yo no participo de la acción en ningún momento, salvo para observar... eso sí, encantadísima de hacerlo. Todo es cosa de mi madre y mi hermana, y las dos están disfrutando muchísimo. Seguro que no te sorprende que la señora Austen se dedique con tanto ahínco a celestinear, pues sabes que lo prefiere a cualquier otra ocupación. Sin embargo, la participación de Cassy resulta bastante más sorprendente, por inesperada. Solo puedo achacarlo a que ha elevado su estatus: es una mujer prometida en matrimonio. Ella va a tener un marido, por lo que todo el mundo debe tener uno; lo mismo pasa cuando una estornuda y tose: resulta de lo más reconfortante ver que a otros les pasa lo mismo.

Debo dejar claro que no ha habido ningún intento de buscar pareja para mí, al menos que yo haya percibido. Puede que un día de estos me despierte y me vea colocada delante de un altar, pero tiendo a sospechar que no va a ser así. Me alegra informar de que mi propio destino se ha dejado a un lado. De hecho, querida Eliza, tus dos hermanas son el objetivo de toda esta febril actividad. Y ahora, por favor, confiésalo: ¡esto te divierte! ¿A que sí? ¡Lo sabía!

Déjame empezar por la mayor. Las Austen, madre e hija, han decidido que tu querida hermana Martha se case con mi no menos querido hermano Frank. Sí, sé tan bien como tú que este arreglo presenta ciertos problemas. Él es más joven que Martha, está muy lejos a bordo de un barco, lleva años viudo… en fin, pequeños inconvenientes, o minucias como dicen mi madre y su cómplice. También existe el pequeño detalle de que, al menos que yo sepa, Frank jamás ha expresado ninguna opinión acerca de Martha, ni mala ni buena. Pero eso me importa menos, porque, ¿quién no se enamoraría de una mujer tan amable e inteligente como ella? ¡Hasta yo me casaría con ella si pudiera! Pero, aun teniendo en cuenta todo esto, el matrimonio se va a producir sin remedio, o al menos eso se me ha asegurado. En la próxima visita de Frank, ¡pobrecillo, no tiene ni idea de lo que le espera!, también le informarán de su situación. Espero que tenga el buen sentido de aceptarla.

A más corto plazo, la trama para unir a tu hermana Mary con mi hermano James avanza a toda máquina. Instigada por

mi madre, Mary se ha quedado con nosotros una semana, de modo que James no tiene forma alguna de evitarla cuando viene por aquí. ¡Y sea por mera coincidencia o fruto de una cuidadosa preparación (me inclino por lo segundo), resulta que nos visita todos los días, sin falta! El entusiasmo de la señora Austen podría considerarse que ha llegado al paroxismo y, por una vez, no creo que sea solo fruto de sus deseos y de su imaginación. Porque cada vez que habla con nosotros, James no para de mirar a Mary discretamente… o al menos eso cree él. Sus ojos parecen cosidos a ella. Cuando sale de la habitación, no deja de mirar a la puerta para ver si vuelve. Creo que todavía no es amor, o al menos eso me parece (aunque no debes confiar mucho en mi criterio, ya sabes), pero sí un profundo interés. La está observando y evaluando de esa forma tan suya tan seria, lenta y mesurada.

Debo advertirte de que hay otras jóvenes en el condado que han puesto los ojos en él. ¿No te parece interesante que un viudo de escaso humor tenga tanto donde escoger, mientras que tus alegres hermanas tengan tan poco? Pero no te preocupes. Mi madre ha decidido que tu hermana va a ganar y, como ya sabemos, cuando mi madre ha decidido algo, el destino se ve obligado a abandonar sus designios e ir por el camino que ella marca. Y, por nuestro bien, y sobre todo por el de ese pequeño suyo huérfano de madre, James debe casarse de nuevo cuanto antes.

Mañana por la noche acudiremos todos a la reunión de Basingstoke (¡Martha viene con nosotros!), y tengo la sensación de que ese asunto va a alcanzar su conclusión. Y, de ser así, estaré tan encantada como toda mi familia. Además, me tomaré la revancha contigo, Eliza: ¡tú te vas a quedar con mi querida hermana, pero yo me quedaré también con una de las tuyas!

Como siempre:
J. AUSTEN

La pista de baile empezaba a llenarse, se oía un creciente rumor de conversaciones, y las cuatro jóvenes, Cassy y Jane, junto a Martha y Mary Lloyd, esperaban de pie con cierta ansiedad.

—¡Ahí tienes! ¡Lo sabía! Justo lo que me temía… —Mary Lloyd se derrumbó sobre una silla, con gesto de decepción absoluta. Las tres acompañantes se sentaron también, aunque de una forma menos

exagerada—. Desde que hemos llegado no me ha mirado ni una sola vez.

Todos esos ojos femeninos buscaron entre la multitud la figura de James Austen. Allí estaba, casi en el otro extremo del salón, y vuelto de espaldas. En ese momento departía animadamente con sus amigos, como si fueran las únicas personas que había en la fiesta; como si no hubiera nadie más en el salón.

—Estoy segura de que lo único que está haciendo es saludar a los Terry. —Cassy fue rápida a la hora de animarla.

—No es tan raro que James se comporte de una manera sociable —intervino Jane con cierta brusquedad—. Al fin y al cabo, esto es un encuentro social. —Abrió el abanico. La noche solo acababa de empezar, pero Cassy notó que a Jenny estaba a punto de agotársele la paciencia.

Martha le dio unos golpecitos en la rodilla a Mary: el gesto de una hermana mayor, amable, preocupado, reconfortante.

Pero Mary seguía inconsolable.

—No debí concebir tantas esperanzas —se lamentó—. ¿Por qué iba a fijarse en mí un hombre como James? ¡Oh, Cassy! —Suspiró dramáticamente—. Si fuera tan elegante y tan bonita como tú…

Martha se miró las manos como si buscara algún defecto letal en ellas. Jane levantó una ceja.

—Nunca te había visto tan elegante como esta noche —dijo Cassy, todo calidez. Todas habían pasado horas contribuyendo a la preparación de Mary. Se había adquirido en la farmacia un bálsamo milagroso, el último avance científico para eliminar, o al menos disimular, las pequeñas cicatrices de la viruela que tanto la atormentaban. Pero su aplicación había resultado bastante complicada. —Incluso me atrevería a decir que estás rutilante. —De hecho, el bálsamo, o mejor se diría «la pasta», empezaba a literalmente a rutilar, en los puntos en los que se le había administrado. La cosa empezaba a volverse alarmante. Cassy temía que el calor que hacía en la habitación pudiera tener un efecto pernicioso.

—Y ese color azul pálido te favorece muchísimo —añadió Martha —. ¡Lo que me gustaría encontrar un color que se adecuara tan bien a mí! Me temo que este rosa ha sido un error.

Mary, animada por sus palabras, acarició la muselina de su vestido, pero no devolvió el cumplido.

La orquesta atacó un cotillón, y los asistentes empezaron a organizarse. Jane se puso de pie.

—Bueno, os diré que yo, por una vez, no tengo intención de pasarme toda la noche mirándole la espalda a mi hermano. ¡Vamos a bailar!

Cassy lo estaba deseando, pero la desgarraba un conflicto interno. Evidentemente, Mary no estaba por la labor, y ella se sentía un tanto responsable. Pero antes de que tuviera tiempo para decidir, se abrió la puerta de repente. De la negrura de la noche surgió un nuevo elemento, que se adentró en las luces del salón de baile. Al volverse a mirar, contempló en el umbral una nueva y muy seria amenaza para el desarrollo adecuado de la noche. Una amenaza de la que se había hablado mucho y a la que se temía aún más. A Cassy el corazón le dio un vuelco tan fuerte que hasta le pareció que sonaba.

Inmediatamente, se colocó delante de Mary para bloquearle la visión.

—¿Y por qué no damos una vuelta por el salón?

Pero ya era demasiado tarde.

—¡No es posible! ¡Ha venido! —gimió Mary, cuyo cuello se enrojecía por zonas y por momentos—. ¡Cassy, dijiste que estaba fuera del país! Pero ahí la tenemos. ¡Estoy hundida!

—¡Bobadas! —replicó Cassy con firmeza. Tiró de Mary para que se levantara e instó calladamente a las demás a que la ayudaran—. No parece que James se haya dado cuenta siquiera de la presencia de la señorita Harrison. Ni me lo ha mencionado.

Las jóvenes empezaron lo que parecía un desfile por el salón, con las hermanas Lloyd por delante y las Austen, firmemente agarradas del brazo, detrás de ellas. Cassy suspiró con pesadez.

Jane se inclinó y habló en un susurro mínimo y casi inaudible.

—Cassy, ese plan tuyo de unir a Mary a nuestra familia, ¿tienes del todo claro que es algo… con fundamento?

—¡Pues claro! —contestó Cassy—. Madre cree que…

—¡Vaya, madre dices! —interrumpió Jane—. No recurras a madre. Ella simplemente está a favor del matrimonio en general, como idea fuerza para el desarrollo de la humanidad. No lo puede evitar, es así. ¿Pero qué opinas tú, Cassy? ¿Qué opinamos nosotras? ¿De verdad queremos que Mary se convierta en nuestra hermana?

—¡Jane! —Cassy rio—. Las Lloyd son nuestras mejores amigas, ¿no? Y hermanas de Eliza. Todas formaremos parte del mismo clan. No podría encontrarse un arreglo mejor.

Rodearon a los que bailaban avanzando junto a la pared.

—Se podría decir que Martha es una gran amiga nuestra, es cierto —concedió Jane—. Y también Eliza, por supuesto. Pero Mary… ¿no te

parece que es de una naturaleza… más difícil?

—¡Vaya, Jane! ¿Por qué tienes que ser siempre tan pesimista? La gente saca el carácter a la luz cuando es necesario. Y lo que ahora muestra Mary se debe, en mi opinión, a la fragilidad de su confianza en ella misma. Una vez establecida y tranquila, Mary florecerá. Madre y yo estamos seguras de eso, las dos. —Habían alcanzado el otro extremo del salón, y Cassy se volvió a mirarla a los ojos—. En estos momentos, lo único que me preocupa es que esta noche esté a punto de convertirse en un completo desastre. Hay que evitarlo por todos los medios. ¿Dónde está James?

Recorrió el salón con la vista. Y allí estaba James, departiendo animadamente con la señorita Harrison, que a veces sonreía, a veces reía con ganas… parecía que sus penas de viuda habían pasado a la historia. Miró de soslayo a Mary, que precisamente en ese momento tenía una lágrima surcándole la mejilla, una pena, y formando un sendero rojizo a lo largo de la blancura general de su rostro..

—Se me ha ocurrido otra idea —dijo Cassy en voz alta, superando el ruido ambiental—. Tenemos que salir. No falta mucho para que se sirva la cena. No me gustaría llegar tarde y que nos tocara un mal sitio.

Llegaron las primeras, por lo menos veinte minutos antes que nadie. Tres de ellas desplegaron una falsa animación, mientras que Mary no paraba de sonarse la nariz. Por fin llegó James. Venía solo. Cassy se levantó de la mesa y se abalanzó sobre su hermano de inmediato.

—Una velada bastante agradable, he de confesar que para mi sorpresa. —Estaba extrañamente contento—. Espero que lo estéis pasando bien. ¡No os he visto desde que nos bajamos del carruaje!

—Sí, parece que la reunión está siendo un éxito —empezó Cassy con cautela—. Aunque la verdad, me sorprende que todavía no hayas sacado a bailar a Mary.

—¿A Mary? —Parecía que a James se le había olvidado incluso el mero hecho de su existencia.

—Sí, a la señorita Mary Lloyd. —Cassy sonrió—. Me parece un poco extraño, hermano, dado que es nuestra huésped y que últimamente habéis pasado mucho tiempo juntos. Creo que lo lógico sería que le prestaras algo de atención. —Hizo una pausa para recobrar el aliento. No iba con su carácter decirle a su hermano cómo debía comportarse, y hasta ahora nunca había sido necesario, la verdad. No estaba muy segura de cómo recibiría aquella sugerencia.

Por suerte, el nuevo estado de ánimo y buen humor de James

resultó ser robusto e impenetrable.

—Por supuesto, Cass. Si tú lo dices, es que tienes razón. —La tomó del brazo y la condujo hacia el pequeño grupito de féminas—. ¿Hay sitio en esta mesa para un hombre hambriento? ¿Puedo unirme a vosotras?

La actitud de Mary se transformó por completo en el escaso tiempo que empleó James en trasladar una silla y sentarse junto a ellas. Cuando estaba allí de pie, era la viva imagen de la tragedia; pero cuando se sentó, pasó a ser la personificación de la alegría. Solo un hombre sin rastro de vanidad hubiera sido incapaz de notar la diferencia entre las dos Marys, o de creer que dicha diferencia no se debía a él. Pero aparte de otras excelentes cualidades, entre las que se contaban la inteligencia, la elocuencia, la lealtad y la piedad, lo cierto es que a James Austen no le faltaba su ración de vanidad. Por supuesto que se dio cuenta, y le gustó.

—Espero que estén disfrutando de la sopa, señoritas. Pero me da la impresión de que no voy a ser capaz de tomar un plato en este momento. He entrado en calor con el baile y, como siempre, aquí hace mucho calor.

Mary dejó a un lado su taza y asintió muy seria.

—Cuánta razón tiene, señor Austen, y cuánto me alegra oírle decir eso. Mi hermana hablaba hace un momento de lo buena que es la cerveza que se está sirviendo. Y yo le dije: «¿La cerveza? ¿Qué cerveza?». ¿Y a que no sabe qué añadí? Pues dije: «Aquí hace mucho calor. ¡Como siempre!». ¿No es una gran coincidencia, señor Austen? ¡Los dos hemos utilizado la mismísima frase.

A Janes se le iluminó el rostro de alegría. Cassy, que no recordaba ninguna conversación anterior acerca de la cerveza, se sorprendió de lo halagado que se sintió su hermano por el apoyo. Continuó con una opinión acerca de la música que estaba sonando esa noche.

—Desde luego, ha mejorado en comparación con la última vez que estuve aquí.

—¡Una vez más, cuánta razón tiene! —Mary parecía asombrada por la brillantez de su comentario—. Ni me había dado cuenta hasta que lo ha dicho usted. Me asombra que no haya caído en ello antes. Pero la mejora respecto a la última reunión es impresionante. No puedo estar más de acuerdo.

Jane gruñó y se oyó. El humor de James mejoró todavía más.

—Me alegra mucho que coincida conmigo, señorita Lloyd. Cuando hemos llegado he tenido una charla con el joven Terry acerca de la temporada de caza. Lo único que he dicho es que esperaba que fuera

mejor que la del año pasado, que para mí fue bastante aburrida. Así que imagínese mi sorpresa cuando me vi enfrascado en una discusión al respecto. El señor Terry parece recordarla como una especie de feroz campaña contra la fauna de Hampshire, cosa que ni mucho menos me pareció así. Incluso había empezado a dudar de mí mismo.

—¡Por favor! ¡Sus recuerdos son los correctos, caballero! —insistió Mary con mucho énfasis—. Yo no sé nada de caza, por supuesto, pero he escuchado atentamente todas sus conversaciones sobre el asunto. Quiero decir, todas aquellas en las que he tenido la suerte de estar presente. Y sus reacciones siempre fueron de decepción. Espero de todo corazón que esta temporada disfrute más —concluyó, sintiendo lo que decía.

—Mi querida hermana, tengo que felicitarte: tuya es la victoria —susurró Jane al oído de Cassy mientras regresaban al salón de baile.

—¿Eso crees? —Por alguna razón, Cassy estaba sufriendo una momentánea pérdida de fe en su propio plan.

—Desde luego que sí —confirmó Jane riendo entre dientes—. Mary ha jugado sus cartas con enorme maestría. No tendremos que volver a preocuparnos ni por su falta de suerte, ni por su cutis reseco. Para un hombre como nuestro hermano, no hay mayor prueba de superioridad femenina en lo que se refiere a encanto, sabiduría e inteligencia que el acuerdo total con todo lo que diga.

Al reanudarse el baile James condujo a Mary a la pista, con lo que por fin el resto de las jóvenes pudieron disfrutar, aunque, eso sí, sin dejar de vigilar atentamente lo que sucedía, como tías ansiosas al cargo de una debutante. Al ver que la pareja seguía bailando una y otra vez, empezaron a relajarse e incluso a sentir algo parecido a la confianza.

Cuando Mary regresó con ellas, la multitud ya se dispersaba. Estaba arrebolada, tanto por el ejercicio como por su propio color natural, dado que la pasta por fin se le había desprendido de la cara y ahora descansaba sobre el suelo de la pista de baile. Y, sobre todo, arrebolada por la sensación de éxito.

—Muy bien —murmuró Martha con admiración mientras le daba unos golpecitos de felicitación en la espalda—. Ha sido toda una conquista, Mary. No cabe la menor duda.

—¡Oh, Martha! —Mary le apartó la mano—. En caso de necesitarlo,

ya le pediré consejo a Cassy, ¡ella está prometida! ¿Pero tú, mi pobre hermana? ¿Qué puedes saber tú de todo esto?

Capítulo 7

Kintbury, marzo de 1840

CASSANDRA había escogido olvidar, y no disfrutó recordando su otrora enérgica implicación a la hora de promover la causa conyugal de Mary Lloyd y su hermano James. Como no podía ser de otra manera, Jane fue capaz de ver desde el principio los problemas inherentes a tal unión. Una joven que despreciaba tanto a su hermana no era digna de confianza, no podía serlo; de hecho, nunca compartió la confianza de Cassy en la lógica y la sabiduría de los muchos planes de su madre. Desde muy pequeña desplegó un gran talento a la hora de analizar el carácter de las personas, y también para predecir los desastres con antelación. De hecho, se parecía bastante a la Cassandra de la mitología clásica. Uno de sus chistes favoritos era que el nombre de Cassandra realmente le pertenecía a Jane por naturaleza.

La carta de Jane no ayudaba; debía eliminarla. Porque al convertirse en Mary Austen, Mary Lloyd había reescrito su propia historia. Y en su propia versión, su vínculo con James siempre tuvo como fundamento el amor, un amor inevitable y que se lo llevó todo por delante. Si llegara a leer esta prueba que demostraba que todo respondió a una elaborada trama de conveniencias, el resultado solo podía ser desastroso.

Cassandra dobló la carta, se levantó, alzó la esquina del colchón bajo la que la iba a esconder y, en ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Está aquí. —Era Dinah. Asomó la cabeza para echar un vistazo,

puso los ojos en blanco y se tocó la frente con la mano, como si se acordara de algo—. Perdón. —Se balanceó ligeramente y añadió—: Señora.

Cassandra alzó la cabeza horrorizada. ¡La había sorprendido en su habitación con las manos en la masa, rodeada de papeles que no tenía derecho a ver, y menos a poseer! Empezó a recogerlos a toda prisa mientras Dinah la miraba.

—Será mejor que deje todo eso ahora, señora. La señorita Fowle la necesita en el piso de abajo. Con urgencia.

La acompañó escaleras abajo, y se sintió por una vez tan aturdida como Dinah la imaginaba.

—¿Pero quién ha venido, Dinah?

En ese momento estaban en el descansillo principal. En el vestíbulo había cierto revuelo.

—Insistí mucho en que tal cosa no debía ser posible. —El tono estridente de la voz era inconfundible.

Se acercaron a las escaleras.

—Que ningún miembro de mi familia vendría aquí sin informarme previamente. Es un insulto a mi reputación siquiera sugerir lo contrario. No tenía más remedio que defenderme con todos los medios a mi disposición. —Era evidente que la persona que hablaba se sentía agraviada.

Se acercaron a la ventana.

—La señora Bunbury y yo hemos discutido al respecto. Una discusión que va a ser difícil superar. Se dijeron muchas cosas. Hubo una escena. Fue de lo más desagradable.

Llegaron a la entrada. La atmósfera estaba enrarecida.

—Y, a toro pasado, no fue culpa mía, ni mucho menos. Ya veremos con el tiempo si… ella tiene a bien disculparse…

Al fin se descubrió su presencia.

—¡Ah, vaya! Aquí estás. Así que es verdad. Has venido, Cassandra. Bien. Menuda sorpresa. Y, para decir claramente lo que pienso, y creo que puedo hacerlo con libertad dadas las circunstancias, no es una sorpresa enteramente agradable.

—Querida Mary. —Cassandra se aproximó y se inclinó para abrazar a su cuñada, bajita y regordeta—. Es un gran placer verte. Me alegro mucho de que hayas venido.

Isabella, agradeciendo la protección, se puso a su lado. *Príamo* se quedó junto a ellas y gruñó a la que consideraba una intrusa.

—¡Cómo he dicho ya muchas veces, este perro está asilvestrado! Isabella, ahora que tu querido padre se ha ido, deberías impedir que

entrara en casa.

Cassandra acarició a *Príamo* en la cabeza y le frotó la oreja con un afecto renovado, como por sorpresa. Después, propuso que pasaran al salón.

La visita no fue agradable para nadie. Mary Austen llegó con una larga lista de agravios y un impulso ingobernable para airearlos.

—Se supone que somos hermanas —le recriminó—, aunque sé muy bien que nunca me has considerado lo suficientemente buena como para serlo. ¡Fred! ¿Dónde está Fred? ¿Pero dónde se esconde este hombre? ¡Qué fuego tan miserable!

Isabella pidió café, cosa que Cassandra lamentó: no eran precisamente estímulos lo que necesitaba su visitante.

—¡Y tengo entendido que hasta pasaste junto a mi prado sin ni siquiera decírmelo! Sean los que fueren los delitos que pienses que he cometido contra ti, creo que no me merezco semejante comportamiento por tu parte.

Dinah entró llevando una bandeja y con cara de diversión.

—¿Es esta la mejor vajilla que habéis dejado aquí? Si es así, supongo que habrá que conformarse.

—Mary, siento muchísimo lo desconsiderado de mi comportamiento. La verdad es que llegué ayer… —Cassandra empezó el ritual de expiación.

—Según el cochero de la señora Bunbury, que resulta que habló con el oficial del peaje, y que, muy consciente de sus obligaciones, informó a mi vecina, que disfrutó mucho informándome a mí, llevas aquí… ¡dos noches ya! ¿Puede ser eso posible? ¿Lo vas a negar ahora? —Hizo una pausa y, por primera vez desde que entró, miró a su alrededor—. Isabella, querida, ¿qué has estado haciendo? ¿Por qué no se ha vaciado todavía esta habitación?

Tras un breve almuerzo que, como era de prever, no satisfizo a todas las presentes (Dinah debe de tener muy claro ya que jamás hay que servir nada después del queso), pareció que Mary llegaba a la conclusión de que debía marcharse.

—Tienes que disculparme, tía Mary —estaba diciendo Isabella

mientras acompañaba a su visitante por el vestíbulo—. Como tú misma has señalado, me queda mucho por hacer.

—Eso es evidente —concedió Mary—. Lo que pasa es que no tenía la menor idea de lo mal que estabas gestionándolo todo.

Dinah la esperaba con la ropa de abrigo y se la encasquetó a toda velocidad.

—Pero volveré —amenazó hablando por encima del hombro. En el umbral, el perro la empujaba con el hocico como si fuera una oveja—. Mañana por la mañana. Y traeré conmigo a Caroline. —Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor con mirada gélida—. Y sí, estoy tremendamente ocupada pero creo que, si redoblo esfuerzos, podré darle un buen empujón a todo esto. Nos quedaremos todo el día.

Tras su marcha, todos se sintieron exhaustos, secos, como los cuerpos que pelean contra la fiebre. Dinah volvió a la cocina e Isabella se desplomó en un sillón. Cassandra marchó escaleras arriba. Al día siguiente no tendría la más mínima privacidad, y decidió avanzar todo lo que pudiera durante lo que aún quedaba de día.

Rectoría de Steventon
13 de febrero de 1797

Mi querida Eliza:

Sabemos por el registro que el barco de Tom Fowle acaba de zarpar de Santo Domingo, y nuestra casa ha recobrado el entusiasmo. ¡Ni me puedo imaginar la emoción que sentiréis en Kintbury! Tantos meses sin Tom y, por fin, ya podemos contar en semanas, o incluso en días, lo que falta para su regreso. ¡Qué alivio verse libres de la enorme preocupación y la falta de noticias! Y ahora, dada mi costumbre de ir más allá de las cosas mientras los demás simplemente disfrutan con ellas, me sorprendo a mi misma preguntándome: ¿qué aspecto tendrá ahora? Tras el viaje, la campaña, la experiencia, ¿seremos capaces de reconocer siquiera a este nuevo Tom Fowle? ¡No sabes cuánto lo deseo, Eliza! Siempre ha sido un encanto de hombre. Rezo por que regrese sano y salvo, por supuesto, pero además de por eso, rezo también por que no haya cambiado.

Por aquí sigue haciendo mal tiempo. El granizo de la mañana

se ha convertido en nieve. A mi hermana y a mí no nos importa, pues justifica que hagamos lo que tanto molesta a los demás y a nosotras nos hace tan felices: quedarnos a solas en nuestra habitación. Yo entretengo con palabras a Cassy, y ella se enfrenta a la elaboración de su ajuar con renovados ánimos y una nueva sensación de urgencia. Ahora está adornando un sombrero con el lazo que le ha regalado nuestro hermano Edward. Es espléndido y lujoso, demasiado para una humilde señorita Austen, pero sin duda apropiado para la muy orgullosa futura señora Fowle.

Conforme se acerca el barco de Tom y, a continuación, su propia boda, mi hermana está cada vez más agitada. Para mí, que reclamo el honor de ser la persona que más la quiere, aparte de nuestro Tom, por supuesto, es una delicia ver cómo recupera el ánimo. Pero debo confesar que yo también vivo mi propia agitación. El momento de nuestra separación está cada vez más cerca, y finalmente obtendré mi estatus de «hija única». No me provoca ninguna alegría, es algo que tendré que sobrellevar.

Aunque, por supuesto, tengo una nueva hermana, Mary, viviendo muy cerca de mí. Eso será un consuelo, sin duda. Ella y James son el paradigma de la felicidad marital (la felicidad marital está de moda), y debo confesar que nos visitan muy a menudo, bastante más de lo que habríamos podido sospechar. En parte se debe a mi sobrinita Anne, que todavía prefiere quedarse con nosotros en la rectoría, aunque creo que solo se trata de una cuestión de costumbre. Hemos intentado varias veces devolverla a Deane, pero, de algún modo, siempre vuelve. No tardará en darse cuenta de que Mary es su nueva madre, y que es su familia. Al final todo irá bien, no temas.

Voy a terminar, y volveré a nuestro nido fraternal, del que aún puedo disfrutar a mis anchas. No me cabe duda de que puedo contar con volver a verte muy pronto en persona durante las celebraciones de la boda. Será un acontecimiento muy feliz, y no dejes de aclararles a todos que mis lágrimas van a ser de orgullo y felicidad. No solo porque mi Cass va a ser la más bella de las novias, sino también la mejor esposa que ha existido.

Tu querida amiga:
J. A.

Cassandra temblaba. Tanto que la carta se le cayó de las manos. Se había sumergido en un mar de autoconmiseración absolutamente abrumador. Se había prohibido a sí misma tal sentimiento, que siempre evitaba como fuera. Pero ahora no era capaz ni siquiera de empezar a controlarlo. Volvió a leer la fecha de la carta. Sí. El mismo día, y, por qué no, hasta podría haber sido el mismísimo momento. Se rindió sin luchar, dejando que la emoción la embargara. ¡Ojalá pudiera viajar en el tiempo y consolar entre sus brazos a aquella pobre y joven Cassy!

A mediados de abril la primavera empezaba a reinar en el parque que rodeaba el pueblecito. En mitad del condado de Hampshire, todo era nuevo, reciente y renacido. De todas maneras, por las tardes las hermanas Austen no salían siempre que pudieran evitarlo. A lo largo de los oscuros meses invernales de espera lo habían pasado muy bien en el vestidor de la habitación que compartían. Habían expandido la cercanía de la niñez y adolescencia, estrechándola y desarrollándola hasta una profundidad que suponía un gran enriquecimiento para ambas. Las dos preferían la compañía mutua por encima de cualquier otra. Se había establecido un hábito.

—Hoy estás escribiendo muy deprisa, Jane. —Cassy estaba arrodillada, marcando con alfileres la silueta de un adorno sobre un vestido de color lila que, una vez que se convirtiera en la señora de Tom Fowle, se pondría habitualmente—. Ten cuidado con la letra. ¿Crees que serás capaz de descifrarla cuando leas para nosotros esta noche?

—Soy una novelista con prisas, Cass. —La pluma de Jane se deslizaba a toda velocidad, mientras hablaba con tono distraído—. Quiero terminar esto antes de las bodas y las despedidas que se me vienen encima. —Levantó la vista para sonreír a su hermana—. ¡Cuánto te voy a echar de menos, querida mía!

—Y yo a ti. —Cassy tragó saliva con dificultad y volvió a fijar los ojos en la aguja—. Al principio será raro para las dos, no me cabe duda. Pero es algo por lo que pasan la mayoría de las hermanas, ¿no? Y, según parece, sobreviven…

—¿La mayoría de las hermanas? ¿Eso es como crees que somos tu y

yo? —Jane estaba de buen humor—. Pues entonces perdóneme, señorita Austen, por haberle contado tantas intimidades. Había asumido erróneamente que significaba mucho más para usted.

—¡Oh, Jane! —Cassy alzó una mirada horrorizada—. Sabes muy bien que…

—Claro que lo sé —suavizó Jane—. Por supuesto. Y precisamente es por amor a ti por lo que me estoy dando prisa con esto. Estoy ahorrándote la agonía de la frustración, porque, ¿cómo podrías soportar que te arrancaran del nido sin haber escuchado esta obra maestra hasta su final? —Miró un instante por la ventana e inmediatamente volvió a centrarla en la página.

Cassy levantó una aguja.

—Querida, me has aportado mucha paz durante esta época tan complicada. Lo mismo que los Bennet, por supuesto. —Hablaba a través de hilos sujetos entre los labios—. La verdad es que todo ha sido de lo más divertido.

—Eso me gratifica mucho. —Jane inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. ¿Qué otro objetivo tengo en mi vida aparte de divertir? —Trazó una raya firme en el papel y lo levantó con gesto firme—. Ya está. He terminado el capítulo. ¿Quieres escucharlo ahora o prefieres esperar a la lectura colectiva de la noche? No me ofenderé. Sé hasta qué punto disfrutas diseñando y cosiendo tu propia ropa, sobre todo la interior, mucho más que con la «diversión» que puede aportarte lo que sale de mi vulgar pluma.

—¿Es el del baile? ¡Por fin! —Cassy se levantó de un salto—. ¡Ahora, por favor! No sería capaz de esperar hasta después de la cena. —Se sentó en la silla que estaba al lado del escritorio de su hermana y la miró fijamente—. Rápido, antes de que nos interrumpan.

Entre las paredes empapeladas a listas blancas y azules de aquella habitación pequeña y acogedora, Cassy escuchó, salpicando risas y suspiros. Disfrutó al máximo, transfigurada, feliz, asombrada. Aunque cuando Jane pronunció, con la mejor voz de la señora Bennet, la frase «*Eso está pero que muy bien, niña, y basta por hoy. Ya nos has deleitado bastante*», no pudo por menos que protestar. No quería interrupciones de ningún tipo, aunque en este caso debía interrumpir.

—¡Jane! ¿De verdad tiene que llamarse Mary? ¡Es absolutamente detestable! Y nuestra Mary piensa que tiene una voz preciosa. Deberías ir con cuidado. La cosa no irá bien si se da cuenta.

—¿Pero cómo lo va a descubrir? Los gustos literarios de nuestra nueva hermana son muy limitados: de no ser por lo que escribe su marido, serían nulos. Debo mantenerlo como está.

Las dos rieron entre dientes. De las veleidades poéticas de James solo podían reírse en privado.

—La verdad es que ella nunca se sienta a escuchar nada de lo que he escrito —continuó Jane—. En cuanto empiezo, ella empieza también, pero a comprobar qué tiempo hace, a decirle a nuestro hermano que tienen que marcharse… O bien se acuerda de repente de una noticia que nos tiene que contar, o de una pregunta que debe hacerle a nuestra madre.

—Puede que sí. Pero me parece que, mirándolo con cierto grado de comprensión, no se siente del todo a gusto cuando la familia está a pleno rendimiento. Tú no te das cuenta de lo bien que se te dan las palabras, Jane, y de hasta qué punto provocas la risa de los demás. Te sale con mucha facilidad, casi demasiada.

—¡Es ella la que ha venido aquí y se ha sentado con nosotros como amiga nuestra durante muchos años! Nunca había notado que no se encontrara a gusto

—Lo que pasa es que… ya sabes, ella siente la necesidad de destacar ante su marido, y eso resulta bastante complicado estando en una habitación llena de Austens —reflexionó Cassy—. Ahora que forma parte de nuestra familia, es posible que note con mucha más claridad que está en desventaja. Desde el matrimonio…

—¡Vaya con el matrimonio! —estalló Jane—. ¡El matrimonio! La eterna excusa para los defectos del carácter. Se busca con denuedo para mejorar, y resulta que las más de las veces no es otra cosa que la raíz de un comportamiento inadecuado. Mi explicación es mucho más simple, y seguro que vas a estar de acuerdo conmigo, Cass, incluso tú, pese a que nunca sale de tu boca una mala palabra contra nadie: el entusiasmo que le produce ser la esposa de James Austen se le ha subido a la cabeza.

—Bueno… —Cassy se puso a pensar y le bastó un instante para darse cuenta de que estaba de acuerdo—. Supongo que el hecho de haberse casado con James le hace muy feliz, sí. Y quizá así, de primeras, tienda a comportarse de un modo algo… presuntuoso, podríamos decir.

Jane rio.

—¿Lo ves? Puedo resumir mi teoría muy fácilmente: resulta bastante fastidioso ser testigo de la alegría de una recién casada. Por el contrario, ¡una mujer soltera y feliz reparte alegría a su alrededor!

—¡Jane! —protestó Cassy, al tiempo que decidió para sí no comportarse nunca de esa manera cuando se casara—. No puedes hablar en serio.

—De acuerdo, de acuerdo. —Avanzó hacia su hermana y la tomó de las manos—. Hermanita, sé que tú vas a ser la combinación perfecta de felicidad matrimonial y nobleza de espíritu. Serás un ejemplo para el resto de este desgraciado y desagradecido mundo. —Dicho eso, regresó a sus páginas—. Y te prometo una cosa: si todo mejora, es decir, si Mary se recupera del atolondramiento que le ha producido su… deslumbrante promoción personal, cambiaré la novela. Pero hasta que eso ocurra, permíteme mantener esta pequeña broma privada. —Regresó a la lectura para delicia de su hermana.

Cassy la escuchaba sentada en su habitual sillón azul, tranquila y embriagada de felicidad por su buena fortuna. La luz de la tarde entraba por la ventana calentando el aire. Su prometido navegaba en dirección a casa. Pronto estaría casada con uno de los mejores, más amables y más dulces hombres que podían existir.

Sí, desde luego que debía admitir que estaba no solo un poco, sino bastante nerviosa. Y sí, estaba preocupada por Jane. Todos sus hermanos se habían marchado ya de la casa familiar para desarrollar sus propios y sin duda gloriosos senderos. Cuando ella se marchara, Jane se quedaría sola con sus padres, la última flor del ramo. Ser la hija soltera que se queda sola con los padres era una posición ignominiosa, desde luego, y le garantizaba que pasaría muchos momentos de soledad…

Se recompuso y apartó de ella esos oscuros pensamientos. A ella le esperaba un destino no menos glorioso, todo lo contrario. Sería famosa. Su matrimonio sería el mejor de los matrimonios posibles, todo iría bien. Y por encima de todo lo bueno que sin duda les esperaba, las dos hermanas habían disfrutado de unos meses de felicidad perfecta. En esos momentos no sabía cómo podía ser posible que la felicidad conyugal superara los momentos que habían disfrutado juntas en ese pequeño vestidor. Pero así sería, lo presentía. Finalmente había conocido la felicidad: qué gran suerte, desde luego.

Esa nueva historia de Jane era cautivadora, y vivía como un auténtico privilegio ser la primera en disfrutarla. Estaba deseando volver a escuchar el capítulo esa noche, con el placer añadido de observar las reacciones de su familia. Le encantaba saber lo que les esperaba y anticipar su regocijo.

«*… incluso Lydia estaba demasiado fatigada como para hacer otra cosa que exclamar de vez en cuando "¡Pero qué cansada estoy!", al tiempo que lanzaba un sonoro bostezo…*»

En ese momento, alguien llamó a la puerta con fuerza.

—¡No! —gimió Cassy—. Sabía que esto ocurriría. ¿Quién ha venido

a fastidiar la diversión? ¡Echa de inmediato a quien sea! ¡Dile que estamos tremendamente ocupadas!

Jane se puso de pie riendo y abrió la puerta.

Mary Austen estaba en el umbral, bien plantada y con gesto de determinación. Tras ella, con el semblante grave y gris de un verdugo obligado, acechaba James.

Capítulo 8

Kintbury, marzo de 1840

A la mañana siguiente, Cassandra se sentía ligeramente indispuesta, le pesaban las articulaciones y tiritaba por el catarro, pero sabía que tenía que aguantar. Bajó a desayunar y se dio cuenta de que estaba sola. Le dijeron que Isabella tampoco se encontraba bien. Su larga experiencia le decía que las dos estaban físicamente sanas, sin ninguna duda. Solo sufrían los síntomas de un malestar más profundo y tristemente incurable: Mary Austen iba a pasar el día con ellas.

Dando un sonoro suspiro, se sentó a la mesa, con el té, el jamón, los huevos y Dinah como únicas compañías. Mientras bebía a sorbos, pensó en las muchísimas cosas que tenía que hacer y que ni siquiera había empezado. Pensaba que al menos tendría algunas horas de libertad antes de que llegara la funesta visita.

—Gracias, Dinah. —Miró a la criada mientras esta le servía más té —. Estaba pensando en ir a visitar a la señora Dexter después del desayuno.

—¿Va a ir usted allí? —dijo Dinah golpeando la tetera al dejarla sobre la mesa—. Bueno, si le apetece… —Se volvió hacia el aparador musitando audiblemente—. Allá cada cual…

—Dinah, me preocupa el asunto de dónde va a ir a vivir Isabella. Lo más lógico sería que se fuese a vivir con su hermana. Pero parece como si esa posibilidad estuviera en punto muerto.

—¿Así lo califica usted? No me corresponde a mí decir tal cosa…

En efecto, no le correspondía, aunque Casandra había llegado a la

conclusión de que su posición en la casa, con solo una señora al cargo, iba más allá de la de una mera sirvienta.

—… pero últimamente la señora Dexter no ha sido demasiado… digamos amable con la señorita Isabella. Eso sí que se lo puedo decir.

Cassandra volvió a suspirar. Ella y sus hermanos eran una fuente mutua y constante de amor y apoyo, sin fisuras. Era muy triste comprobar que en otras familias no pasaba lo mismo.

—Pero seguramente si la señorita Isabella y la señora Dexter vivieran juntas y pasaran más tiempo la una con la otra, se darían cuenta de que hay más cosas que las unen, ¿no cree?

Dinah la miró con gesto de lástima, no demasiado diferente a los que le echaba Jane cuando Cassandra se mostraba demasiado optimista respecto a la redención de los demás. Hubiera jurado que la lástima pasó a ser casi burla; finalmente, retiró la mermelada.

—Ah, sí, gracias, ahora que caigo ya había terminado con ella. —Era bastante lamentable, pues le apetecía mucho tomar mermelada—. ¿Y qué ocurrirá contigo? ¿Hay algún puesto nuevo para ti?

—Me quedo con la señorita Isabella —contestó con firmeza—. Llevamos demasiado tiempo juntas como para cambiar ahora.

—Ya. ¿Y las dos podréis ir con la señora Dexter?

—Yo no voy a ir allí.

—Así que tu prefieres que la señorita Isabella vaya con su otra hermana, la señorita Elizabeth, y que esta consiga un empleo en el pueblo.

—No, tampoco. —Y después, a regañadientes:—. Pero al menos se ha portado con ella un poco mejor que la otra.

—Bueno. —Cassandra se levantó de la mesa y plegó la servilleta—. Me parece a mí que esas son las dos únicas opciones.

—Si usted lo dice. —Dinah recogió todo lo que quedaba en la mesa que pudiera ser tentador—. Usted sabrá, señora. —Y salió de la habitación.

Puede que fuera Dinah, la tremenda Dinah, la que estuviera obstruyendo cualquier tipo de progreso a ese respecto. Pero fuera cual fuese el impedimento, era imprescindible solucionar el asunto sin más dilación. Y es que Cassandra sabía por experiencia que para una soltera con ingresos limitados, lo que era el caso de la gran mayoría de las solteras, al menos las que ella conocía, los momentos de mayor peligro eran los de la transición. La tormenta podía llegar sin anunciarse, llevarse el techo que te protegía y quitar de en medio la mesa a la que te habías sentado todas las noches. E incluso, si te descuidabas o tenías mala suerte, quitarte la comida del plato en tus

propias narices. Era un peligro inherente a la soltería. Hacía falta ser rápida de mente, tener valor y, a veces, algo tan poco valorado como la astucia para poder sobrevivir.

El truco era encontrar un poco de orden en el caos, trazar el camino hacia el destino propio y seguirlo sin dudar. Cassandra se había visto forzada a descubrir eso antes, aunque ahora, mirando hacia atrás, tenía que reconocer que le había costado su tiempo, y que había cometido algunos errores. Pero la pobre Isabella, hasta ese momento, siempre había estado protegida por la vida familiar… ¡y tenía cuarenta y un años! Estaba claro que nunca había tenido la oportunidad de pensar en cómo conseguir su propio confort, ni había desarrollado un instinto para lograrlo.

Sí, había que resolverlo. La señorita Austen se ocuparía de ello hoy mismo.

La casa de Mary Jane Dexter, una construcción baja, grande y antigua, estaba un poco más allá del final de la valla del otro lado de la iglesia. Era una de las viviendas más cercanas a la vicaría, y Cassandra no podía entender cómo era posible que dos hermanas, Isabella y Mary Jane, estuvieran tan cercanas físicamente pero en realidad tan alejadas. Entró por la entrada principal de la verja, se acercó a la casa, llamó y, una vez más, esperó a que le abrieran la puerta.

Al cabo de un buen rato oyó una voz profunda que venía del interior.

—¿Quién está llamando? —Mary Jane había pasado gran parte de su vida de casada en la India, y esa experiencia le había dejado un poso de desconfianza.

—Señora Dexter, querida, soy yo, la señorita Austen —aclaró, sintiendo que la situación era un tanto absurda—. He venido a hacerte una visita.

Hubo una pausa a lo largo de la cual se descorrieron los cerrojos y, tras un sonoro crujido de los goznes, que parecía que no se hubieran abierto desde hacía décadas, la pesada puerta de roble se abrió. Cassandra traspasó el umbral.

—Perdóname. —Las dos mujeres se abrazaron y de inmediato Mary Jane asomó la cabeza para echar una mirada al patio y sus alrededores en busca de posibles amenazas. Después condujo a Cassandra al interior del vestíbulo—. Cualquier precaución es poca. —

Se repitió el proceso de rearmado de cerrojos—. No deberías haber venido sola, Cassandra. Nunca se sabe, estos andurriales pueden ser peligrosos a veces.

—¿De verdad? —Menuda sorpresa—. Pues a mí Kintbury me parece de lo más pacífico.

—Con todos mis respetos, tú no viviste los disturbios de hace diez años.

—No los viví, es cierto. Y tengo entendido que fueron bastante graves. Pero solo duraron uno o dos días, ¿no es así?

—Todo se hace largo cuando se está en peligro, te lo aseguro. En mis tiempos ya viví bastantes cosas… —Mary Jane era una mujer baja y fornida, de rostro cuadrado y rojizo y peinado práctico, sin adornos. Iba vestida… bueno, Cassandra no era quien para juzgar su atuendo. Baste decir que iba bien preparada para enfrentarse a condiciones climáticas que nunca se habían dado en West Berkshire—. Duermo con el arma de mi difunto esposo debajo de la almohada —afirmó alzando la barbilla con gesto desafiante—, y no dudaría a la hora de usarla si fuera necesario.

Pasaron a la sala de estar y, una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Cassandra echó un vistazo al interior. La señorita Austen no había viajado demasiado. Nunca había llegado más al este del condado de Kent, y en ningún caso al golfo de Bengala. De pie en esa habitación estilo Tudor, le alegró descubrir que tampoco lo necesitaba, pues la región de Bengala, en una buena parte, sí que se había trasladado hasta allí.

Varios tigres le enseñaban los dientes, seguramente muy amenazadores en su momento, y un elefante los colmillos. Una serpiente, cubierta por un cristal y al parecer disecada, por suerte, parecía dispuesta a atacar en cualquier momento. Casi en cada rincón o superficie plana había un número suficiente de espadas como para cortar la cabeza a una multitud de trabajadores del campo lo suficientemente insolentes como para reivindicar un salario justo al terrateniente de turno. Se respiraba una fragancia especial en el salón, que le recordó alguna receta de Martha. Apostaría a que era curry, pero también con toda probabilidad había algún ingrediente parecido al almizcle. Miró a su alrededor con la esperanza, no muy grande, de encontrar un sitio donde sentarse entre tanta fauna y tanto armamento para acabar con ella.

—Siéntate aquí.

La invitada obedeció, cómo no, mientras su anfitriona se acomodaba en el suelo, con ciertas dificultades dado que tenía las

piernas bastante cortas. No obstante, al fin logró cruzarlas y agarró su cachimba.

Cassandra se la quedó mirando durante un momento. Al igual que pasaba con Isabella, Mary Jane no era lo que uno podía esperar como vástago de Eliza. Su amiga había sido guapa y elegante. Seguramente esas hijas produjeron cierta decepción, pues ninguna de ellas había sido bendecida con siquiera alguno de los muchos encantos de su madre. Sin duda, para una hija tenía que ser una losa el haber nacido de una madre perfecta y sentir que no iba a aportar nada al progreso ni de la estirpe en particular ni de la humanidad en general. Igual eso las había afectado. Jane y ella habían tenido más suerte en ese aspecto. La señora de George Austen había sido extraordinaria en muchos aspectos, por supuesto, pero no precisamente en lo que se refería a acentuar sus escasos encantos físicos, ni a disimular sus defectos.

—Había oído decir que estabas aquí, Cassandra. Perdóname por no haber ido a visitarte —decía en ese momento Mary Jane—. No me atrevo a correr ningún riesgo en esta época del año, en la que los días son tan cortos. ¡Podría quedarme atrapada fuera de aquí! ¡En la oscuridad! —Sus pequeños ojos pardos brillaron de horror ante semejante posibilidad.

—Lo entiendo muy bien. E Isabella está cuidando de mí de forma impecable.

Mary Jane apisonó la cachimba.

—Una chica muy valiente. Tiene la bravura y el corazón de un toro. No me puedo ni imaginar cómo se las apaña allí sola. —Dio una profunda calada—. En cualquier caso, se vendrá a vivir conmigo cuando por fin haya que abandonar la casa. Aquí estará a salvo. Lejos del alcance de los nativos.

—¡Ah! ¿Entonces eso ya está acordado? ¿Va a vivir contigo? No estaba segura de que…

—¿Qué otra posibilidad hay? —replicó Mary Jane, enfadada de repente.

A Cassandra su tono la dejó de una pieza.

—Bueno…

—¡No me digas que hemos empezado otra vez con esas estupideces! —Ahora gritaba—. ¡Mis padres no lo tolerarían! ¡Se revolverían en sus tumbas!

—¿Estupideces? ¿Qué estupideces? —Estaba empezando a ponerse nerviosa. Era como si Fulwar hubiera resucitado milagrosamente y estuviera delante de ella, transfigurado en Mary Jane—. No sé si te

estoy entendiendo bien…

Mary Jane se calmó.

—¿Ah, no? Entonces no pasa nada. —Siguió dando caladas a la pipa—. Ningún problema.

Cassandra solo se quedó el tiempo mínimo que marcaba la cortesía, ni un minuto más. Regresó a la vicaría con un enorme alivio, más contenta que de costumbre por el hecho de ver a su sobrina Caroline, la encantadora hija de Mary, esperando en el vestíbulo.

—¡Tía Cass, qué alegría…! —Cada vez que podía, es decir, cuando no estaba con su madre, la saludaba con cariño y de manera muy cordial—. ¡Cielos! ¿No se encuentra bien? No tiene muy buen aspecto…

No le gustaba nada hacer el ridículo, por lo que se recompuso inmediatamente.

—No es nada, tranquila. Ya no se puede decir que rebose salud casi nunca, pero hoy estoy lo suficientemente bien. ¡Qué alegría que estés aquí!

—No tanta, tía, no tanta. —Caroline bajó la voz y señaló con la cabeza hacia un lado—. Mi madre está ahí. Hemos venido a… trabajar.

—Ya. —Cassandra se quitó el gabán y el sombrero, se estiró y se dirigió hacia el salón, es decir, hacia la batalla. Muy animada, saludó —: ¡Buenos días, Mary! —Pero inmediatamente rectificó el tono—. ¡Por Dios!

Mary yacía en el sofá, con una pierna apoyada sobre varios almohadones. En la mesa auxiliar había todo un arsenal de medicinas.

—Maldita suerte, Cassandra. Me he despertado feliz esta mañana, tenía por delante un día de trabajo productivo, pero nada más poner el pie en el suelo me he dado cuenta de que estaba lesionada… Ha sido horrible.

—¿El pie? —Se acercó a la paciente y la examinó a conciencia, pero no fue capaz de descubrir la más mínima señal exterior de lesión alguna—. Qué raro.

—Pues sí, de lo más raro. Como sabes, y por difícil que parezca, nunca he tenido problemas en la zona de los pies. La señora Bunbury sufre mucho con los suyos. No para de quejarse, hasta el punto de que resulta difícil compadecerse de ella. Por encima de todo, se debe

valorar la bravura de los demás. Aunque no soy ajena a las dolencias, los pies son una de las mejores partes de mi cuerpo. Hasta ahora no tenía ni idea de la tremenda agonía que pueden producir. —Levantó una pierna, gimió, y la dejó caer de nuevo—. El resultado de esto es que yo no puedo hacer nada hoy, excepto yacer aquí tumbada. No obstante, mientras sufría el dolor, he elaborado una lista de tareas que el resto de vosotras deberéis cumplir bajo mi dirección y control. —Le pasó el papel a Cassandra, se acomodó aún más en el sofá y remató la faena—. ¡Ah! Y por favor, dile a Dinah que, pese a todo, nos vamos a quedar a cenar. Sé que ninguna de vosotras quería verme volviendo a casa a toda prisa en un estado tan penoso.

Gracias a Dios, el día transcurrió deprisa. La verdad es que la casa avanzó bastante en lo que se refiere al orden general. Y la misteriosa condición de Mary la mantuvo en el piso de abajo, lejos de las cartas, y también de la mesa a la hora de cenar. Dio cuenta de la cena en el sofá, mientras que las otras tres apacibles mujeres comieron solas, tan a gusto.

Al final, y no sin cierta renuencia, se trasladaron a la sala de estar. Caroline, la más endurecida a la hora de batallar con su madre, abrió la marcha, mientras que Cassandra la cerró. Se detuvo en el umbral para darle las gracias a Dinah.

—De nada, señora. —La criada asintió mientras apilaba los platos en una bandeja—. ¿Qué tal ha transcurrido su mañana? Espero que la señora Dexter la haya recibido bien.

—Todo ha sido muy agradable, sí, muchas gracias —contestó Cassandra, todo urbanidad—. Tenía muchas ganas de ver por fin su… fascinante casa.

Dinah dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó a la señorita Austen.

—No habrá dicho usted nada, ¿verdad señora? Nada que sugiera que vamos a ir allí…

Cassandra siempre había sido de lo más amable con el servicio. Al cabo del tiempo terminaba desarrollándose de forma inevitable una cierta intimidad entre criadas y señoras que, si se gestionaba de forma correcta, mejoraba la eficiencia de la gestión casera. No obstante, una insubordinación de este calibre no solo era sorprendente, ¡e intolerable!, sino que con absoluta seguridad crearía dificultades.

Había que acabar con ella a la primera y de una vez por todas.

—Gracias por tu interés, Dinah. Por supuesto que no se me va a ocurrir revelar lo que se ha dicho en una conversación privada. Vamos a tomar el té junto al fuego, por favor. Prepáralo y tráelo. Ahora.

Cassandra observó como las dos primas se afanaban en preparar el té y servirlo, y le llegó al alma la magnífica conexión entre ellas. Isabella y Caroline eran más o menos de la misma edad y de aspecto parecido, las dos delgadas y de estatura similar. Nadie podría poner el más mínimo reparo a su aspecto.

Y, pese a ello, las dos compartían el mismo destino, o más bien, la falta de él: una soltería empleada en servir sufridamente a sus padres y hermanos, y consecuencia de dicha servidumbre, al menos en parte. No es que hubiera ningún problema con la soltería, ella podía decir con cierta autoridad que todo lo contrario. Pero cuando la propia soltera renegaba de su condición, como pasaba con estas dos mujeres, era una verdadera pena.

Sospechaba que Isabella, en cierta medida, había sido una víctima del descuido parental. Fulwar y Eliza habían empleado muchas de sus energías en asegurar un buen matrimonio para su hija mayor, Mary Jane, y cuando el único candidato insistió en el traslado a la India afrontaron el disgusto con valentía y se cuidaron muy mucho de dejar que se les notara. Por el contrario, no prestaron tanta atención a las perspectivas de sus dos hijas pequeñas, que sin embargo tenían un carácter mucho más fácil de llevar.

El problema con Caroline, que conocía por haberlo presenciado de forma directa, fue de control materno. Pese a que la propia Mary se había beneficiado hasta límites casi insospechados de la institución del matrimonio, la verdad es que no se volcó con su hija de una forma acorde. En todo momento quería tenerla junto a ella, y no era muy proclive a la vida social.

En cualquier caso, se había dado cuenta de que ni Isabella ni Caroline habían tenido pretendientes en ningún momento. Después de todo, muchas mujeres menos atractivas que ellas estaban casadas, y otras muchas menos empáticas y agradables habían tenido hijos. Y, por lo que fuera, ninguna de las dos había conseguido que la Vida, con mayúscula, se fijara en ellas. Simplemente, las había dejado atrás.

¿Habían hecho algo por gustar? ¿Había pensado alguna de ellas en

eso siquiera? Las dos carecían de la fuerza personal que inspiraba a los demás. De hecho, para pintar a Isabella Cassandra solo utilizaría el carboncillo. Con la excepción de los brillantes ojos azules y el pelo castaño claro, todavía sin canas, era en realidad una criatura monocroma. Por el contrario, con Caroline sí que tendría que utilizar colores, y cuanto más brillantes, mejor. Y es que se ruborizaba intensamente si atraía hacia sí la más mínima atención. Hasta el más habitual saludo de buenos días hacía que cambiara de color.

De hecho, ahora mismo se había ruborizado al hacerle una pregunta a Isabella. Hablaba en voz baja, pero la habitación era todo oídos.

—¿Y has visto al buen doctor desde el funeral?

—¿Doctor? —La voz de Mary rasgó el aire desde el sofá—. ¿Tú también estás enferma, Isabella?

—No, tía Mary. Estoy perfectamente, gracias. Aparte de la ansiedad que me provoca la situación actual, claro está. —Isabella hizo algo de ruido con las tazas al servir el té.

—Ah, entonces Caroline debe estar hablando del doctor que atendió a tu padre, ¿verdad? —Mary se volvió hacia Cassandra—. Debes saber que Caroline prestó un apoyo incalculable a la familia cuando Fulwar estaba muriéndose. La pobre chica acabó molida, estaba aquí todo el tiempo.

—No lo sabía —dijo Cassandra con cariño—. Pero no sabéis lo que me alegra oír que alguien ayudó a llevar la carga.

—¡Pero madre, si yo solo vine unas cuantas tardes! En realidad fue Isabella la que lo hizo todo. En ningún momento se apartó del lado de mi tío.

—Tonterías, querida. Tengo muy claro que estuviste aquí de forma casi permanente durante el periodo más duro. Caroline es… —Paseó la vista por la habitación—… como su madre, siempre dispuesta a entregarse.

—¿Queréis que leamos? —preguntó Isabella ilusionada—. Cassandra y yo hemos empezado *Persuasión,* la novela de la tía Jane. Supongo que la conoceréis bien, por supuesto. Yo no. ¡La verdad es que es muy entretenida!

—Siempre que te gusten las novelas, claro —replicó Mary—. Para mí la poesía garantiza experiencias más… profundas. La poesía y la prosa poética. Caroline, pásame mi bolso. Resulta que llevo el diario de mi marido. La obra de tu tía Jane está produciendo muchos comentarios, sí, pero valdría la pena recordar que no era la única escritora de la familia. Y, desde luego, tampoco la mejor, según dice

bastante gente. Yo afirmo que mi James Edward será el más grande de todos. Tiene el talento de su padre, e incluso más. Recordad mis palabras: algún día escribirá algo con lo que dejará al mundo atónito. Y el apellido Austen pasará a la historia.

A Cassandra empezaron a dolerle los huesos, primero la espalda y después la ingle. No lo atribuyó a otra cosa que a una profundísima irritación. ¿Por qué hacía referencia a un «diario», si no era eso en absoluto, ni tenía nada que ver? El álbum de cuero rojo que en esos momentos estaba abriendo Mary con actitud reverente no era otra cosa que un cuaderno de recortes, lleno de fragmentos con escritos de James. La ignorancia de muchas mujeres en todo lo que se refería a la literatura era tan profunda y llegaba tan lejos que ni siquiera sabían lo suficiente como para darse cuenta de lo equivocadas que estaban.

—Creo que deberíamos escuchar su poema sobre Kintbury, sería de lo más adecuado, ¿no os parece? Supongo que tú ya lo conoces, ¿verdad, Isabella? Sin duda podrás recitarlo palabra por palabra. ¿Dices que no? ¿No lo conoces? Entonces, ¿qué hacían mi hermana y mi cuñado con sus hijos, cómo empleaban su tiempo? Me lo he preguntado muchas veces. No todas las familias tienen a su disposición tales palabras, esas piezas poéticas tan excepcionales, ¡y además escritas sobre ellos y para ellos! Si semejante cosa se hubiera creado en mi honor y para mi propio gozo, lo celebraría, sin duda. Bueno, me alegro de haber traído el diario, no puedo decir otra cosa. Además, creo que esta va a ser la última vez que nos sentemos en esta sala de estar, por lo que, por encima de cualquier otro, es el mejor sitio para escucharlo. Pero prepárate, querida Isabella, prepárate bien. Te aseguro que es conmovedor. —Se apretó la nariz con el pañuelo—. Excepcionalmente conmovedor. No creo que haya existido un escritor capaz de conmover a sus lectores como mi Austen. —Se aclaró la garganta y empezó a recitar con su habitual tono plano y deslucido.

> *En mitad de las tranquilas horas de la seria noche*
> *a menudo deseaba dejarme llevar, pensativo,*
> *allá donde me transportaran las cristalinas aguas del Kennet límpido,*
> *a través de los prados de Kintbury que el viento mueve con su roce…»*

Mary, transida por la emoción, tuvo que detenerse un momento.

—La seria noche, el Kennet límpido... ¿No es asombroso? —Negó con la cabeza—. Solo Austen. Solo mi queridísimo Austen. —Se

recuperó y continuó.

Y, con los ojos de la mente, paréceme ver
La alegre familia del pastor del pueblo…

—¡Habla de los Fowle, querida, de tu familia!

El padre serio y grave, de seco proceder,
dando respuestas concisas y rápidas por doquier;
La siempre atareada madre, atenta al hogar,
siempre capaz del virtuoso círculo cerrar.
Siempre hospitalaria, siempre contenta,
Evitando los problemas que amenazan su hacienda.

—¡Así era tu abuela, Isabella! ¡Evitando problemas en su hacienda! ¡Qué forma más adecuada y brillante de explicarlo! ¡Tan explicativo de lo que hacemos todas las mujeres… casadas, por supuesto! —Miró a su alrededor, deteniéndose en todas y cada una de las mujeres solteras que había en la habitación y mirándolas con pena. Se encogió de hombros y citó por anticipado—. «Y también un grupo más alegre, cuatro varoniles hijos». Ahora habla de vuestro padre y de sus hermanos, ¿veis? ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!

Y también un grupo más alegre, cuatro varoniles hijos,
siempre entretenidos, disfrutando de juegos caseros,
promesa de un futuro que Dios con antelación bendijo,
y aliviando el inevitable luto de los tiempos venideros…

Caroline e Isabella miraron a Cassandra con cara de susto. La generación más joven de la familia se cuidaba mucho a la hora de hacer la más mínima referencia a Tom en presencia de ella, que hasta ese preciso momento no había sabido si se trataba de una política previamente acordada o si simplemente se trataba de que no lo habían conocido, y por tanto no acudía a sus mentes. Ahora lo vio escrito en las caras de las jóvenes: tenían miedo a ver cómo reaccionaba.

Sentía bastante desconcierto. De haber querido oír algo al respecto, tendrían que saber que su estoicismo había sido muy celebrado en la familia. Y sin embargo allí estaban, mirando a todas partes menos a ella, como si estuviera a punto de dar el espectáculo. ¡Qué situación más absurda! Hizo un esfuerzo para parecer la pura imagen de la calma y, aun deseando todo lo contrario, centró de manera inmerecida

su atención en Mary con gran dignidad.

Uno de ellos reposa donde el océano siempre brama,
Y riega con sus olas las Indias Orientales.
¡Hermano de mi corazón! ¡Amigo del alma!

Para su sorpresa, este verso le pareció nuevo. ¿Acaso se había olvidado de él? ¿O simplemente nunca se había fijado? Sea como fuere, temía que Mary se adentrara sin freno en la falta de tacto.

Tenía preparada una gloriosa bienvenida,
Para cuando regresaras a tu tierra querida…

Por supuesto, la falta de tacto era algo así como el hábitat natural de Mary. Por otra parte, se dio cuenta de que tanto Isabella como Caroline parecían ahora desconcertadas, incómodas.

Tenía grandes y fundadas esperanzas,
que el cruel destino mostró tan vanas.
Pero nuestra amistad, tan duramente truncada,
se convirtió en un lazo de eternidad soñada.

Cassandra se dio cuenta de que ella también se sentía incómoda, cosa que por supuesto se debía a la atmósfera que reinaba en la habitación. Pero también, tenía que reconocerlo, aunque solo y siempre para sí misma, por la sin duda execrable calidad de los versos.

Y siempre he vivido con la confianza de unir
la trémula mano de una hermana con…

Se puso de pie para poner fin de una vez a tamaña tontería, a semejante pantomima pretendidamente literaria. Era la forma de escribir de su hermano en su máxima y más deleznable expresión. No merecía que se leyera en voz alta en familia, ni siquiera merecía el papel en el que estaba escrita.

—Perdonadme, por favor. Estoy agotada por la actividad del día. Excusadme, queridas, pero me voy a ir a la cama un poco antes que vosotras. —¡Y pensar que podían haber disfrutado de algún capítulo de *Persuasión*! Mary era una auténtica pesadilla.

Dio las buenas noches y salió lo más deprisa que pudo.

Cassandra sintió un gran alivio físico al recobrar la soledad absoluta en su habitación, pero le llevó unos cuantos minutos paseando por ella para recuperar la paz de espíritu. Sacó el montón de cartas de debajo del colchón. Abrió la maleta de las labores, retiró los retales, comprobó los papeles que había bajo ellos y volvió a cerrarla. Se cepilló el pelo, se lavó la cara y se asomó por la ventana un momento para contemplar la negrura de la noche sin estrellas. Por fin logró recuperar el ritmo cardiaco habitual, y los miembros dejaron de temblarle como hojas en otoño. Cerró del todo las cortinas, se instaló en el sillón, agarró las cartas y procuró decidir cuál era la mejor forma de aprovechar el precioso y corto espacio de tiempo que tenía por delante.

Era evidente que podía ahorrarse leer la siguiente. Tras una brevísima mirada a la fecha, 18 de abril de 1797, la dejó aparte con mucho cuidado.

Pero ¿qué era eso? En el montón de correspondencia que Eliza había compilado como las cartas privadas de Jane, había una escrita por otra mano. La reconoció al instante: era la de Mary. Se sorprendió mucho. ¿Qué significaría aquello? Parecía claro que se había guardado en donde no debía… Sería un crimen leerla, una violación de la intimidad… Pero sus ojos, sus pobres, viejos y desobedientes ojos, leyeron la fecha. Era la misma que la de la carta anterior. Por eso, siguió leyendo.

Rectoría de Deane
18 de abril de 1797

Mi querida Eliza:

Te escribo para decirte que he cumplido con el triste deber al que me veía obligada con la familia Kintbury, y debo decirte que la tarde transcurrida me ha dejado vacía, tanto física como espiritualmente. Supongo que te aliviará saber que mi querido Austen se ha portado conmigo muy bien, por lo que ahora me siento con las fuerzas suficientes como para informarte de cómo ha ido todo, tal como me pediste.

Salimos hacia Steventon inmediatamente después de recibir tu carta. Aunque mi marido, conmocionado por la noticia y

temeroso por cómo la recibiría su hermana, se inclinaba por esperar y no transmitir los hechos, yo insistí: Cass debía saber lo que había ocurrido tan pronto como fuera posible. Era algo que no se podía aplazar. Encontramos a las señoritas donde siempre están, solas en el vestidor del dormitorio y con la puerta cerrada al mundo exterior. Debo confesar que considero ese comportamiento muy antinatural y excluyente con los demás. De él no puede salir nada bueno. Pero mi Austen me ha prohibido decirles nada a sus padres, a ninguno de los dos. Nada que hacer. Tengo que guardar para mí esas sabias palabras. Así es como están aquí las cosas, siento mucho decírtelo. Nada de críticas a «las chicas». Y me atrevo a decir que la cosa irá a peor después de los acontecimientos de hoy.

Pude oír sus risas según subíamos las escaleras. En mi opinión, se ríen mucho, demasiado. Antes no me importaba, pero últimamente me causa una gran irritación. Mi pobre corazón se hundió aún más ante la perspectiva de lo que nos esperaba, pero no perdí el valor. Estaban trabajando en algo, me da la impresión que tenía que ver con el ajuar de Cass. Así que por lo menos fue una buena cosa que llegáramos tan pronto y le ahorráramos trabajo inútil. Porque, ¿de qué le sirve ahora el ajuar a la pobre mujer?

Creo que, nada más verme la cara, Cass adivinó cuál era el motivo de nuestra visita (lo cierto es que yo seguía muy pálida por la conmoción), y cuando le pedí a Jane que nos dejara a solas con ella, su semblante se ensombreció por completo. Fui al grano de inmediato. Mi marido había pensado que quizá debía hablar primero él, pero yo me temí que con eso tal vez no lograría otra cosa que prolongar la agonía. Cuando ocurren desgracias, mejor que se sepan inmediatamente, y nosotras las mujeres, en particular las mujeres casadas, somos más sensibles con lo que hace falta en una situación difícil. Por ejemplo, cuando Anna empieza a utilizar sus peores formas y trucos (he de decirte que su horroroso comportamiento no da muestras de mejorar), ¿por qué esperar a que su padre le suelte uno de sus largos sermones? Lo que hago es darle un buen palmetazo en la parte de atrás de los muslos, un golpe fuerte, rápido y sonoro. Las cosas se acaban ahí.

Así pues, cuando la puerta se cerró tras Jane, a quien, por cierto, no le gustó nada dejarnos en privado, trasladé mi mensaje, de forma rápida y directa. Tom había muerto de fiebre

amarilla, y desde hacía dos meses su tumba era el océano. Siento decir que lo que sucedió después fue desesperante. Cassandra cayó al suelo y fue presa de un ataque de pena tan tremendo que observarlo era una agonía. Debes saber que, pese a tan tremenda situación, no perdí la compostura y yo sí que me comporté con aplomo. Transmití las condolencias de lord Craven, pero ni siquiera eso logró consolarla. Y recuerdo que añadí que su excelencia no conocía la existencia del compromiso matrimonial. En tal caso no hubiera permitido la presencia en la expedición de un hombre comprometido en matrimonio. Tom no se lo mencionó a su mentor. ¡En fin, Eliza! Habría sido de esperar algún signo de comprensión hacia lord Craven y su situación. En lugar de eso, lo que predominó fue la histeria.

Estoy muy agradecida por la presencia allí de mi marido y el consuelo que me ha ofrecido en todo momento desde entonces. Es consciente de que para mí ha sido un auténtico calvario, y más coincidiendo con lo que debería haber sido el periodo de mi luna de miel, del entusiasmo y la felicidad por haberme convertido hace tan poco tiempo en la señora de James Austen (todavía me emociona escribir estas palabras). Es muy trágico que haya tenido que ser yo, entre tanta gente, la que se viera obligada a cumplir tan terrible tarea. ¿Voy a ser siempre quien soporte los dramas que esperen a mis nuevas hermanas?

Pero Eliza, en todo caso ya está hecho. Seguramente te reconfortará saber que ahora estoy sentada frente a un maravilloso fuego, con una tisana en la mesa, y que James ha tenido la delicadeza de enviar a Anna con los Austen hasta que empiece a recuperarme. La niña siempre se cuelga de su padre cuando yo estoy en la habitación. Sería muy duro para mis nervios tener que lidiar en estos momentos con los desplantes y el mal comportamiento de esa criatura tan complicada. Además, he pensado también que sería bueno para la familia cuidarla, que les distraería y ayudaría con el proceso del luto. James me va a leer las últimas poesías que ha escrito. ¡Me entusiasman, son extraordinarias! Siempre me calman y me transportan, y el cielo sabe hasta qué punto lo necesito esta noche.

Tu hermana que siempre te querrá:
MARY AUSTEN

La primera reacción de Cassandra al leer la carta fue el más puro y

genuino asombro. ¡No podía ser cierto! Tenía que tratarse de una comedia, más bien una parodia: la señora de James Austen escribía en tono satírico. Desde que empezó a leerla se la pasó por la cabeza que igual era obra de Jane. Al fin y al cabo, era muy brillante dibujando a su cuñada para su propio divertimento. De hecho, hacía pocos días, cuando estaba en Chawton, Cassandra había leído una carta cómica de queja que su hermana había escrito hacía años, cuya autora ficticia era Mary y que dirigía al pintor que le había hecho un retrato: *Sostiene que me ha captado muy bien, pero debe saber que mi propia familia opina que su cuadro presenta a una mujer simple, e incluso amargada…* Se divirtió mucho con ella y la guardó de inmediato.

—¿Pero cómo se atreve? —gritó.

En ese momento no sentía la antigua y pasiva lástima por sí misma.

—¡Cómo se atreve!

No volvía a sentir el luto y la pena por su prometido.

—¡CÓMO SE ATREVE!

Se trataba de indignación, simple y auténtica indignación, que la poseía por completo y la consumía. ¿Cómo había podido Mary esparcir esa odiosa calumnia? ¿Cómo había podido escribir, incluso ella, tamaña vileza?

Desde el momento en que le fueron transmitidas las terribles noticias, de una forma torpe, insensible, ni mucho menos como le hubiera gustado que se las trasladaran, pero no había remedio, Cassandra identificó ese momento como una oportunidad para crecer, para elevarse. Eso era lo que debía hacer. Aún tantos años después lo recordaba con una claridad meridiana. Escuchó al señor y la señora Austen, les pidió detalles, agradeció sus condolencias y su comprensión con la cabeza alta y la voz tranquila y baja, y pensando que esa forma de actuar sería la que definiría su comportamiento de ahora en adelante. No tendría otra oportunidad. Se le había negado el futuro presuntamente escrito. No habría matrimonio que disfrutar, ni vicaría que gestionar ni niños que criar. Su futuro era el de la señorita, siempre ya la señorita, Cassandra Austen. Y sabía Dios, ese Dios que, en su infinita sabiduría había decidido ponerla a prueba y destruir su anterior futuro, lo desempeñaría adecuadamente.

Y lo había desempeñado. Llevó el luto con nobleza y una tranquilidad encomiable. O lo llevó con una fortaleza que asombró a todos. Se habló acerca de ello, se escribió acerca de ello, se transmitió la admiración que despertaba en todos de forma abierta e incesante. Ante la tragedia más devastadora que podía darse había mostrado una fortaleza que la colocaba sin lugar a dudas en uno de los escalones

más altos de las mujeres fuertes. Esa era su verdad, la única verdad.

Y sin embargo Mary, que entonces estaba con ella, que lo estuvo a lo largo de aquel periodo de tristeza, había elaborado otra «verdad» enteramente distinta. ¿Hasta qué punto se había llegado a conocer? ¿Hasta dónde se habría extendido? En ese momento, se dio cuenta de la inmensidad de la tarea que había emprendido, de lo tremendamente difícil que podría resultar conseguir el control de la historia de su propia familia.

Pero al menos sí que podía hacer algo, aunque fuera poca cosa. Agarró de nuevo la carta que acababa de leer y, con toda la violencia que una anciana podía ejercer sobre un trozo de papel, la redujo a minúsculos pedacitos.

Capítulo 9

Steventon, mayo de 1797

Las siguientes semanas fueron bastante clementes por lo que al tiempo atmosférico se refiere. Era un momento del año en el que las mañanas eran soleadas y las tardes empezaban a alargarse, aunque en realidad el tiempo era lo que menos le importaba a Cassy. Vivía bajo el velo inamovible de su propia oscuridad. Aunque seguía adelante. ¡Por supuesto que seguía adelante! En ningún momento contradijo su resolución de permanecer digna delante de todo el mundo, de mostrarse siempre fuerte.

Por las mañanas trabajaba en la casa con enorme determinación, y por las tardes se sentaba a coser junto al fuego. Después de comer, Jane y ella seguían reuniéndose en el vestidor. Dejó de trabajar en el ajuar que había estado elaborando, en todos aquellos maravillosos artículos empaquetados y guardados con esmero. Puede que en un futuro, una también futura esposa con más suerte podría disfrutar de ellos. Porque, de ahora en adelante, su vida estaría presidida por el color negro.

Y el tiempo libre lo llenaban las cartas de condolencia. Su correo era casi agobiante, incluso más que al principio del compromiso. Tan concienzuda como siempre, se comprometió consigo misma a contestar con rapidez y mesura a todos. Mientras tanto, Jane seguía escribiendo. Estaba acabando *Primeras impresiones,* y además revisando un trabajo anterior, *Elinor y Marianne,* algo que a ella le encantaba. La escuchaba leyendo, y a veces sonreía. Pero ya no podía reírse.

Una de esas tardes, más o menos un mes después del hundimiento del mundo, Cassy abrió una carta y resopló.

—¿De qué se trata, querida? —Jane se levantó de inmediato y se acercó a ella. También estaba muy nerviosa tras la noticia de la muerte de Tom. Tendría que pasar bastante tiempo para que las dos hermanas, tan alegres últimamente, antes de que la tragedia se cebara en ellas, encontraran nuevas formas de confiar en su suerte.

—Es de Eliza. —Cassy agitó la mano con la que sujetaba la carta y se la pasó a Jane—. Se ha abierto y leído el testamento de Tom.

Jane leyó la carta y miró a su hermana. La verdad es que no hacían falta muchos conocimientos de aritmética para entender la cifra que figuraba en el papel, y las dos inteligentes hijas del vicario la comprendieron de inmediato.

—¡Mil libras!

—Mil libras…

—¡Cuánto te amaba!

—Qué hombre tan bueno y amable.

—Entonces está claro que el buen lord Craven pagó generosamente a Tom por su único y corto servicio. Debes recibir el dinero, querida. Iba a casarse inmediatamente.

—Creo que no —contradijo Cassy en voz baja—. Parece que no le dijo nada sobre mí a su patrón. —Sintió presión en la garganta—. O eso me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Jane.

Cassy bajó la vista.

—¡Mary! —Jane empezó a andar furiosamente por la habitación—. Sí que ha sido fiel a su deber. Te dio la noticia con todos sus detalles…

—Por favor. —Cassy levantó la mano para intentar aplacar su furia —. No nos centremos en eso. No sirve de nada. —La omisión de Tom resultaba bastante dolorosa, pero en el conjunto de su pena, se dio cuenta de que el dolor que le provocaba era más bien moderado.

Jane se tranquilizó y se sentó.

—Muy bien. Entonces mil libras. En cualquier caso, no parece tanto para un hombre de veintinueve años con una buena educción, ¿no es así?

—Me temo que la vida no lo trató bien. —Cassy hizo una mueca de dolor ante la imagen que la asaltó, como tantas veces tras la tremenda noticia: Tom moribundo, su joven y exánime cuerpo bajo la superficie del agua, sin nadie que le viera o escuchara, en esas orillas lejanas y extrañas. Escondió las manos entre los pliegues de las faldas para evitar el temblor y miró por la ventana—. Pero siempre se lo

agradeceré. Al menos ahora estaré cubierta ante cualquier eventualidad que pudiera surgir.

—Desde luego. Pero, de todos modos…

Ambas se sentaron y empezaron a hacer cálculos en silencio. Y ambas llegaron a la misma conclusión, única e irrefutable. Un millar de libras, a lo largo de una vida, utilizadas con cuidado, incluso manteniendo en reserva lo suficiente para enfrentarse a una posible calamidad, le servirían para que sobreviviera sin desahogos, eso sí, pero también sin la perentoria necesidad de que nadie la mantuviera.

Jane vio que su hermana estaba temblando, y le cubrió los hombros con un chal. Pero no temblaba por el frío, ni tampoco por la pérdida de su Tom, al menos en ese preciso momento. Temblaba por la certeza de su propia vulnerabilidad, por los años a los que se enfrentaría sola, con una protección mínima.

Jane lo entendía, por supuesto que lo entendía.

—¡Oh, Cass! ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Cómo vamos a salir adelante cuando padre ya no esté y tengamos que dejar Steventon?

Su hermana la miró con gesto de valentía.

—Tú te habrás establecido por tu cuenta bastante antes de que eso pase, querida.

—No, no va a ser así. —El tono de Jane era inusualmente bajo—. Sé que eso no va a pasar.

—¿Y qué pasa con ese tal señor Blackall, que pronto va a dejarse caer por el condado para tu alegría? Todo el mundo tiene muchas expectativas respecto a vosotros.

—Lo dudo mucho. De todas maneras, ni se me ocurriría dejarte sola ahora.

—Eso es una tontería. Ya va siendo hora de que hagas un esfuerzo y no descartes a primera vista a cada hombre que conoces. Yo voy a sobrevivir, ¡y holgadamente!, gracias a esas mil libras. Por favor, céntrate en tu propio futuro. No debes preocuparte por mí.

Cassy tenía ganas de gritar, de maldecir a la diosa Fortuna que estaba conspirando contra ella, pero no lo hizo. Por el contrario, se recordó a sí misma que debía estar agradecida y volvió a sus tareas. Contestaría a Eliza más tarde, pues el asunto era lo suficientemente delicado como para no precipitarse con él. Así que siguió con el montón de cartas.

—Mira, esta es de Edward. Me invita a ir a Kent. Henry podría llevarme… —Siguió leyendo.

—Ya, sí… pero recuerda que Elizabeth va a dar a luz pronto. —El tono de Jane era cauto—. Estoy segura de que están deseando que

vayas, pero la verdad, Cass, ahora no estás lo suficientemente fuerte para tanto trabajo.

—¿Que no estoy fuerte? —La palabra resonó como un relámpago—. Estoy muy fuerte, Jane. Además, no creo que me quieran para ayudar, según la carta. Seguro que Elizabeth ya lo tiene bien organizado. Después de todo ya sabían que no podría acudir… —Se detuvo de repente. No le habían pedido que fuera a ayudar con el bebé porque nacería precisamente en el mes de su boda—. Creo que no tienes razón, Jane. Escucha. Me dice esto: *Pienso en ti muy a menudo, querida hermana, y haría lo que fuera para tenerte aquí conmigo, para reconfortarte. Debes entender que este no es el mejor momento para que yo deje a mi familia. Pero si ayuda el que tú vengas a visitarnos…* ¿Te das cuenta? Edward solo está siendo amable.

Jane, aunque no estaba convencida, no discutió y volvió a concentrarse en su escritura. Cassy se sentó y se puso a pensar. Lo cierto era que empezaba a percibir que su situación en la rectoría era difícil. Hacía tiempo que se había acostumbrado a estar a gusto; le gustaba mirar a sus padres y ver que estaban contentos, orgullosos y satisfechos cuando cruzaba la mirada con ellos. Pero esta nueva identidad de infausta y negra reina de la tragedia la llenaba de congoja. Su padre la miraba desde la cabecera de la mesa y suspiraba; su madre estallaba en lágrimas cada vez que entraba en cualquier habitación. En esos momentos era la imagen de la pérdida.

Incluso, y por primera vez en su vida, se sentía un tanto extraña con su hermana, y percibía que la sensación era mutua. Tras esa primera tarde en la que Mary y James llevaron la noticia, Jane experimentó un estallido de pena, corto pero explosivo e incontenible. Tras él, Cassy decidió no volver a exponerla a semejante experiencia, por lo que las noches se volvieron bastante incómodas. En ese dormitorio tan pequeño, se veía obligada a fingir que dormía hasta notar que la propia Jane lo hacía. Solo en ese momento se daba la vuelta, se tapaba la boca con el pañuelo y sollozaba levemente hasta quedar harta.

Los cuatro estaban atrapados en esa situación de enorme infelicidad. Y todos necesitaban salir de ella. Así que debía ir a Kent.

—¡Mi querida hermana! —Edward Austen la esperaba de pie en el elegante porche de su casa, actuando como si nada hubiera pasado en

el mundo desde la última vez que se habían visto—. Espero que hayas tenido un buen viaje. La verdad es que el día ha sido de lo más agradable. —La guio a través del amplio recibidor—. Sé que querrás disponer de un poco de tiempo para recuperarte del viaje —Un criado recogió el equipaje y una doncella le quitó el abrigo de inmediato—. Pero debo decirte que los niños están entusiasmados. Como no vayas a la guardería ya mismo, corremos el peligro de que exploten.

Cassy estaba en las escaleras antes de darse cuenta de que su hermano no había hecho la más mínima mención a su pérdida, ni a la palidez espectral de su rostro, ni a su figura esquelética. Por supuesto, sí que había aludido a los acontecimientos en su correspondencia previa, por lo que habría pensado que no procedía repetirse. Muy aliviada por la sensibilidad de Edward, siguió a la doncella a lo largo del pasillo dejando a los lados una secuencia de soleados dormitorios. Había espacio suficiente en esa casa para acoger a un montón de jóvenes damas con el corazón roto y permitirles aislamiento y privacidad. Le mostraron su habitación, probó el colchón de la coqueta cama, cubierta con una colcha de muselina y la encontró de su agrado.

Una planta de glicinia se asomaba a la ventana. Levantó el ceñidor, aspiró a borbotones el aroma, echó un vistazo al paisaje campestre de Kent que se extendía en la distancia y después miró a la pradera por la que paseaban sus dos hermanos. Apoyó la frente en el frío vidrio y se preguntó si, como todo el mundo hacía en Steventon en los últimos tiempos, estarían hablando de ella. Pero al observar la posición de sus cabezas y los ocasionales estallidos de risa espontanea, dedujo que no. Esos dos hombres tenían asuntos más alegres de los que preocuparse y hablar, y ninguno de ellos era proclive a regodearse en las desgracias durante mucho tiempo. Y pensó que eso era precisamente lo que necesitaba. Aquí podría encontrar cierto alivio, al menos por un tiempo.

Edward vivía en un mundo por completo aparte del del resto de los Austen. Aunque no era ni el más inteligente ni el que más talento tenía de la familia, y de hecho estaba lejos de tenerlo, sin duda era el más afortunado, y con mucha diferencia. Gracias a virtudes tan simples como el encanto y una agradable forma de ser, a la edad de catorce años fue adoptado por unos familiares lejanos, una pareja sin

descendencia muy acaudalada, el señor y la señora Knight. Su casa actual, en Rowling, algo muy fuera del alcance de lo que cualquiera de sus hermanos podría soñar, no era más que un punto intermedio en el camino hacia su destino final: algún día heredaría tres amplísimas haciendas en Steventon, Godmersham y Chawton y disfrutaría de la envidiable vida de un caballero terrateniente. Mientras eso llegaba, se las apañaba bien en Rowling.

Además de la bendición de unos ingresos de lo más generosos y de una gran cantidad de acres que gestionar, podía añadir tres hijos encantadores y una bella esposa, que disponía de su propia fortuna. ¿Por qué siempre el dinero llama al dinero, si el mundo sería mucho mejor en caso de que las uniones matrimoniales fueran más aleatorias?

La esposa de Edward, Elizabeth, una mujer de exquisita educación y muy buena cuna, siempre se portaba educadamente con sus parientes Austen, aunque se reservaba el verdadero afecto para los mucho más acaudalados Knight. En realidad no aprobaba del todo a los Austen, eso Cassy lo sabía muy bien. Pensaba que Jane era demasiado inteligente y algo excéntrica y satírica, siempre leyendo; en Rowling esa forma de ser y comportarse se consideraba algo poco habitual. Y el señor George Austen… bueno, el señor George Austen. Bienintencionado, muy amable y buena persona, pero también más inteligente y hablador de lo que la sociedad de su nivel solía soportar. ¿Y ella, Cassy? Tenía la gran virtud de estar ahí siempre que hacía falta, en todo momento y circunstancia, y la tranquilidad de saber que, de necesitar a una cuñada bajo su techo, desde luego ella sería sin duda la elegida.

Durante esta visita, Elizabeth fue la compañera perfecta para Cassy. A su cuñada apenas le importaba nada salvo su marido, al que adoraba, sus hijos, cada uno maravilloso a su manera, y su casa, encantadora y muy bien decorada. De forma que el reciente y duro duelo parecía no afectarle demasiado. Cassy lo notaba, y lo agradecía.

Una mañana de finales de mayo, ambas mujeres estaban sentadas en la soleada sala de estar del primer piso. Elizabeth observaba el parque y ella bordaba una prenda para el futuro bebé.

—¡Mira Cassy, mira a Fanny en su poni! ¡Qué querubín! ¡Qué bien cabalga, ya a su edad! ¿No te parece?

Cassy se asomó y estuvo de acuerdo.

—Es una niña magnífica en todos los aspectos. Prácticamente una dama ya, y eso que solo tiene cuatro años.

Elizabeth suspiró de satisfacción y se dio unos golpecitos dedicados

al bebé que crecía en su vientre.

—Quizá tengamos aquí una niña que pueda jugar con ella. Es lo que me gustaría, después de tener dos chicos. Aunque a los maridos les encanta tener hijos varones, ¿verdad? Mmm… —Meditó profundamente—. No, la verdad es que esta vez me parecerá bien lo que venga. —Se removió incómoda—. Lo que de verdad deseo es que no se tuerza.

Cassy empezó una nueva hilada.

—Ya no puede faltar mucho.

—No, no mucho. Y no sabes lo que agradezco que estés aquí. ¡Y pensar que habría tenido que enfrentarme a ello sin ti! Tengo que confesarte que no habría podido pensar en ninguna otra posibilidad. —Sonrió complacida—. Pero ha salido bien. —Tras decir eso se dignó mostrarse azorada durante un momento—. ¡Oh, perdóname! No quería decir…

—Por supuesto que no —la tranquilizó, al tiempo que daba otra puntada.

El pequeño Henry llegó sin problemas. Su padre, como era de esperar, lo recibió encantado, y los días de Cassy pasaron a ser de lo más activos. Cuidar de la guardería se convirtió en su responsabilidad durante el confinamiento de Elizabeth. Hacía de niñera y de enfermera, jugaba con los palos chinos, a la pelota y a otros juegos con habilidad. Todo eso la consolaba, la divertía y le permitía mantener el control. De vez en cuando había algún problema con Fanny, que estaba muy unida a su entregada madre y empezaba a desarrollar un carácter fuerte, pero hasta eso le parecía bien a Cassy, que aplicaba bálsamos a las desgracias infantiles, aunque no los hubiera para las suyas. Los momentos más difíciles sobrevenían cuando los niños se echaban la siesta o estaban ocupados sin ella. Ella procuraba no estar ociosa en ningún momento, dado que de inmediato la invadía la pena, siempre acompañada de pensamientos oscuros que la consumían. Así que sustituía a la criada y lavaba, secaba y planchaba casi compulsivamente pilas y pilas de pañales de muselina.

Lo mejor de ese tiempo en casa de su hermano fue que las tardes transcurrían plácidamente. Edward y ella cenaban solos y en perfecta armonía, pues su compañía siempre era, como poco, agradable. Su hermano no era hombre de reflexiones profundas, discursos

espirituales ni, incluso, libros. No había lecturas alrededor del fuego. En vez de eso, disfrutaban de cenas excelentes, de muy buenos vinos y de conversaciones que, noche tras noche, seguían el mismo esquema:

—He hablado esta tarde con Spike. Cree que este año tendremos una excelente cosecha. —Todo esto acompañando a un plato sustancioso y de calidad; digamos, por ejemplo, que una buena ración de empanada de venado.

—Se dice que en la próxima subasta habrá una yegua joven magnífica. Aunque el establo está abarrotado, no sé si podré resistirme a pujar. —Aquí estaría dando cuenta de una buena loncha de jamón.

—Y ahora otro hijo estupendo. Además, Elizabeth está bien, y recuperándose a marchas forzadas. —Normalmente, Edward daba cuenta de dos raciones de dulce de limón helado. Y una vez que llenaba la copa hasta el borde con un buen oporto, siempre resumía sus pensamientos de la misma forma—: Sí. Todo sería perfecto si no sufriera de vez en cuando malas digestiones. Eso me irrita bastante.

Después, con un afectuoso saludo de buenas noches, se retiraba temprano. Cassandra era libre de volver a su habitación, al final del pasillo, y llorar sin que nadie la importunara.

Finalmente, al cabo de un mes de que Cassandra estuviera en la casa, Elizabeth pudo por fin bajar a la planta principal para unirse a la muy esperada cena familiar. Tras una recuperación triunfal, digna de la mismísima reina de Saba, volvió también a la sala de estar, eso sí, apoyada en el brazo de su cuñada.

—¡Qué maravilla poder estar de vuelta! —exclamó, respondiendo a la cálida acogida—. Debo reconocer que esperaba este momento con creciente entusiasmo.

Cassy la sentó en su sillón favorito y le puso una manta sobre las rodillas.

—Otra vez todos juntos. ¡Qué suerte tenemos, esposo! La señora Knight, mi madre y mis hermanas seguro que vendrán muy pronto.

Satisfecha Cassy al ver que la persona que tenía a su cargo estaba cómoda, se dio la vuelta para marcharse.

—Aunque, ¿cómo voy a poder arreglármelas durante las cenas sin tener la oportunidad de echar un ojo a mi chiquitín? La verdad es que no estoy segura…

No faltaba demasiado tiempo para la cena, y Cassy todavía tenía

que limpiar la guardería y arreglarse.

—¡Qué pestañas tan asombrosas tiene, Edward! Estoy segura de que crecen cuando las miras. ¡Cómo lo voy a echar de menos esta noche!

—No te preocupes, querida. Con la niñera va a estar perfectamente.

La sala de estar era tan grande que Cassy todavía estaba en la puerta y pudo oír la insistencia de Elizabeth.

—¡No puede quedarse solo con la niñera, Edward! ¡Es demasiado precioso! Cassy podría sentarse con él mientras yo estoy aquí. No podemos olvidar que todavía está de luto. No estaría bien que se uniera a nosotros mientras celebramos una fiesta por su nacimiento. Los criados pueden mandarle algo en una bandeja.

—Pero querida… —Cassy pudo captar la respuesta de Edward—. Es una cena de familia.

—Desde luego —dijo Elizabeth mostrando que estaba de acuerdo—. Y por cierto, ¿dónde está mi familia? Ya deberían haber llegado.

Cassandra se mordió el labio, apretó las uñas contra las palmas, subió las escaleras, recorrió el largo pasillo, entró en su habitación y cerró la puerta. Las pestañas del pequeño Henry podían seguir creciendo sin límite durante dos minutos sin que nadie las estuviera mirando. Necesitaba pensar.

De hecho, era un momento crucial para ella. Desde que era muy joven había tenido claro cuál era su propio rumbo. La habían puesto en este mundo y la vida la había bendecido, aunque en algunos momentos más bien se sentía maldita; poseía una aguda inteligencia y muchas ganas de trabajar. Parecía lógico asumir que su destino sería el matrimonio con Tom. Pero haber asumido tal cosa había sido un error triste y clamoroso.

¿Y ahora qué? Tarde o temprano, pero con absoluta certeza, llegaría el día en que sus padres faltaran y su hermana Jane se casara. Al pensarlo, sentía un desgarro por dentro, pero eso no servía de nada, lo que pensaba no dejaba de ser cierto. Sin embargo, su propio destino se la planteaba turbio e insondable, como una charca después de la lluvia, a la que se mira y se mira sin ver nada. No podía ver nada acerca de su futuro. Y de repente, por cortesía de Elizabeth, todo se hizo visible y casi palpable.

Puede que no tuviera mucho dinero, pero sí tenía algo que valía mucho más que eso: era una persona útil. Y con ese valor sería capaz sin duda de conseguir que las cosas cambiaran para bien. Elizabeth ya tenía cuatro hijos y todavía era joven. Seguro que tendría alguno más. Kent era el lugar, el único lugar en realidad, en el que ella podría vivir bien y trabajar duro, ser independiente y no una carga para nadie.

Aquí desempeñaba un papel que no tenía precio: el de la hermana y la tía soltera. Un tesoro de un valor incalculable. Así que ese podría ser su objetivo, el designio divino para ella. Porque aquí sería indispensable.

Le invadió una novedosa sensación de fría calma, y para reforzarla se salpicó la cara con agua, se ajustó el gorro y acudió presta a ocuparse de sus tareas.

Capítulo 10

Kintbury, marzo de 1840

***Desde ese** momento, el capitán Wentworth y Anne Elliot formaron parte muchas veces del mismo círculo*.

Esa noche le tocaba leer a Caroline. Cassandra había decidido no hacer caso del malestar que sentía, aunque la realidad era que no se encontraba nada bien. Tenía cosas que hacer, y bastante importantes, como visitar a Elizabeth Fowle e insistir en que se mudara a una nueva casa con la pobre Isabella, pero lo cierto era que ese día no había podido hacer nada útil para nadie.

Hasta qué punto los anteriores planes podrían renovarse y llevarse a cabo; los tiempos anteriores servirían para recoger…

Isabella y Caroline habían trabajado codo con codo vaciando las habitaciones, por lo que ella había decidido que no resultaba seguro seguir leyendo las cartas en tales condiciones, porque en su habitación podía entrar cualquiera, y en cualquier momento. Se había pasado la tarde en un sofá, sin hacer nada, algo poco habitual en ella. Ni siquiera había hecho el más mínimo progreso con su labor, ya que tenía los dedos demasiado agarrotados como para coser.

No hablaban el uno con el otro, no había conversaciones, solo los intercambios imprescindibles que marcaba la buena educación. ¡Antes significaban tanto el uno para el otro…! ¡Y ahora nada!

Lo único bueno era que Mary no había podido unirse a ellas, pues le habían afectado dos hechos malditos que se habían juntado a la vez: su misterioso dolor de pie y lo mucho que, como siempre parecía,

tenía que hacer. Así que, por lo menos, los presentes en la casa, y sobre todo el servicio, habían estado en paz.

Ahora eran como extraños; es más, peor que extraños, porque ya no podían desarrollar su relación. Estaban distanciados para siempre.

—¡Oh! —Isabella estalló—. ¡Pobre Anne! Lo siento muchísimo por ella.

Caroline dejó de leer, pues se acercaban las diez de la noche. Para ser una recién llegada a la costumbre de las lecturas en grupo, y sin duda nada habituada a escuchar y divertirse de verdad, aunque fuera mínimamente, Isabella era muy participativa. Era como si estuviera en una función de circo, en lugar de escuchando la lectura de una novela. Se le hacía imposible estarse quieta: se removía inquieta en el asiento, ávida de escuchar lo siguiente, y también se echaba hacia atrás desesperada si no le gustaba lo que Caroline leía. Cada pocas líneas reaccionaba con exclamaciones a lo que había escuchado y se preguntaba en voz alta qué podría venir después.

—¿Se unirán alguna vez? Creo que sí, que se juntarán. Pero ¿se unirán de verdad? ¿Qué será de Anne si no lo hacen?

Caroline la dejaba explayarse, y después continuaba.

Cuando él hablaba, Anne escuchaba la misma voz y discernía la misma mente…

—Tengo algo que decir —interrumpió Isabella una vez más—: tu hermana entendía los asuntos del corazón mejor que nadie, al menos que nadie que yo haya conocido. Dime una cosa, Cassandra, ¿amó alguna vez a alguien?

—No, querida, me temo que no. Cosa que en realidad no supuso ningún problema para ella. —Cassandra sonrió. Siempre aprovechaba cualquier oportunidad para hablar de Jane, y disfrutaba mucho cuando lo hacía—. Se conformaba con compartir los sentimientos de las heroínas de sus novelas, pero en la vida real no tuvo la fortuna de encontrar a un hombre que le mereciera la pena…

—¡Perdóneme, tía Cass, pero creo que en este caso está equivocada! —exclamó Caroline—. ¡Hubo un caballero, se lo aseguro!

De repente, Cassandra se sintió incómoda. ¿De dónde salía esta historia, distinta y nueva? Se aferró a la línea argumental que tanto había perfeccionado y pulido.

—Puedo asegurarte que mi hermana nunca estableció ningún tipo de relación que perturbara su existencia de ningún modo.

Caroline no dejó el asunto, cada vez estaba más emocionada.

—Me estoy refiriendo a un caballero que ambas conocisteis a la orilla del mar. Usted misma me lo contó, tía. —Se volvió hacia

Isabella—. Le aseguro que podría ser un buen material para una novela. —Y otra vez a Cassandra—. Yo se lo conté todo a mi hermano James Edward, aunque hace poco tiempo. ¿Es que no lo recuerda? Querida tía Cass, creo que nunca la había visto a usted tan confundida como la veo ahora.

—¡Ni tan pálida! —dijo Isabella acercándose a ella—. ¿Quieres subir a descansar? Estos dos últimos días no la he visto del todo bien.

A Cassandra le daba vueltas la cabeza. Se sentía débil. No recordaba haber dicho nunca nada a nadie, pero de repente le vino a la mente, como una riada, el recuerdo de la escena en su totalidad: un único momento de debilidad y mentira en toda una vida de honestidad y férreo autocontrol. En aras de su dignidad, simplemente había decidido olvidarlo.

—Debo decir que no tengo la menor idea de lo que estás hablando, Caroline. ¿Qué es esa historia que tienes en la cabeza?

—¡La que usted puso allí! Bueno, si de verdad no lo recuerda… —Caroline miraba de reojo a su tía—, déjeme que la cuente.

—Claro, cómo no —concedió, aparentando tranquilidad, pero estando de lo más agitada por dentro—. Hazlo, por favor.

—Muy bien —accedió Caroline—.Voy a hacer un resumen de lo que sé. Fue en… ¿cuándo exactamente? Pues en el 28 tuvo que ser, sí. Usted estaba con nosotros cerca de aquí, en Newtown. ¿O es que tampoco se acuerda de Newtown? Donde vivíamos con mi hermano.

—Sí, Caroline, gracias —replicó Cassandra con aspereza—. Recuerdo perfectamente Newtown.

Caroline se volvió hacia Isabella.

—Mi hermano tenía un amigo, un tal Henry Edridge, un caballero inusualmente agradable y de muy buen aspecto.

Isabella estaba muy atenta, una vez activado su interés femenino. Su prima se dirigía en exclusiva a ella.

—Por esa época estaba con los ingenieros.

—Ya, los ingenieros —suspiró Isabella.

—Y resulta que nos visitó cuando la tía Cassandra estaba pasando unos días con nosotros. La verdad es que quedó bastante impresionada con él. ¡No le quitaba los ojos de encima! Y eso también alteró un tanto al joven caballero. Parecía un gatito acorralado, diría yo…

Ambas primas se echaron a reír. Cassandra se revolvió en el asiento.

—Y a mí me sorprendió mucho que le pareciera tan bien. Porque la tía Cass poca veces muestra admiración o interés por nadie, como bien sabes.

Cassandra se preguntó, y no era la primera vez, por qué no le caía bien a Caroline. La cosa le sorprendía mucho, porque ella siempre había procurado ser la más cariñosa y entregada de las tías.

—Poco después de la visita supimos que el señor Edridge había muerto.

—¡No es posible! —gimió Isabella—. ¡Pobre señor Edridge!

—Y cuando se lo conté a mi tía, ella reaccionó de una forma muy sorprendente. Se levantó casi de un salto, pero tenía las piernas tan débiles que no la sostenían, y se dejó caer de nuevo en el sillón. —Caroline representó la escena con gestos para añadir dramatismo al relato. ¡Ojalá se hubiera olvidado también!—. Se llevó las manos al corazón. Estaba completamente aturdida, a punto de estallar en lágrimas. Y, como sabes, nadie la ha visto nunca llorar… con la excepción de mi madre, claro.

—Es verdad.

—Y después empezó a hablar a borbotones: el señor Edridge la había impresionado, lo consideraba una magnífica persona, y todo en él le agradaba.

—¡Pobre señor Edridge!

—Y le recordaba muchísimo a otro caballero que había conocido antes, a quien ella y su hermana frecuentaron durante un verano que pasaron junto al mar. Creo recordar, tía Cass, que mencionaste Devonshire.

¿Lo había hecho? ¡Qué mal!

—Dado que eso nunca ocurrió, dudo que mencionara semejante cosa. —Cassandra encontró la presencia de ánimo suficiente como para seguir negando.

—No indicaste la población, de eso estoy segura —insistió Caroline —. Es más, tengo claro que no hiciste referencia a Lyme, porque de haberlo hecho me acordaría.

—En Lyme nunca ocurrió nada, de eso doy fe. —Cassandra se aclaró la garganta—. Aunque cuando mi familia estuvo allí hubo un incendio…

—Sí, sí. —Caroline desdeñó la cansina y repetida batallita antes de que su tía la utilizara como vía de escape, y continuó—. Y ese caballero parecía sentirse fuertemente atraído por mi queridísima tía Jane. Imagínate, Isabella, conocer a un caballero a la orilla del mar… ¡y enamorarse de él!

—¡Imagínate!

—Pude saber que hubo una relación que duró varias semanas. Y llegó el momento que todos los enamorados temen: la separación.

—El peor momento, sí, ¡el peor de todos! —dijo Isabella con mucho sentimiento.

—Y él quería saber con mucha urgencia dónde iría la familia el verano siguiente, lo que quería decir que él también iría allí, fuera donde fuese.

—¡Oh!

—Y poco después supieron que había muerto.

El trágico final dejó a Isabella sin palabras y anonadada, y lo mismo le pasó a Cassandra, aunque en su caso por distintas razones. La mitad de la historia de Caroline era lisa y llanamente falsa, y en sus palabras resultaba también ridícula. La chica siempre había tenido una imaginación calenturienta, así como un gran talento para tramar historias. Y con eso estaba empleando ambas capacidades con enorme liberalidad. Pero ¿cómo podía proceder ahora? No resultaba fácil descartar como inventada del todo una historia que, al menos, se basaba en hechos reales. No reaccionó de inmediato. Era vital escoger las palabras de forma adecuada.

—Bueno, he de decirte que has elaborado una historia preciosa y triste, querida, pero la realidad no tiene nada que ver con ella —dijo finalmente, esperando que las palabras hubieran sonado con su característica firmeza—. Encantadora, lo admito. Tanto que hasta me gustaría que fuera verdad. Tu tía Jane estaría feliz de que la recordaran como una heroína romántica. —Se puso de pie con algo de esfuerzo—. Ahora que lo has mencionado, recuerdo con claridad a ese tal señor Edridge, y debo decirte que la noticia de su fallecimiento me afectó mucho. —Se agachó para agarrar la maleta—. Como ocurre siempre que desaparece una persona joven y prometedora. —Echó a andar hacia la puerta—. Supongo que la tristeza por todo ello me ha debido de producir un extraño episodio de olvido. —El solo hecho de andar se le hacía cada vez más difícil, y hasta tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta—. Esa confusión se da a veces cuando uno es mayor. Os sucederá también a vosotras cuando tengáis mi edad. Y en esos momentos no podréis contar conmigo como testigo directo y fiable de lo que ocurrió en realidad. El pasado se va volviendo cada vez más borroso, queridas. —Buscó a tientas el pomo de la puerta y se volvió desde el umbral—. Si estuviera en tu lugar yo no repetiría esa historia, Caroline. Cuando tu tía Jane aún estaba entre nosotros y disfrutaba de un éxito breve, aparecieron bastantes buitres que pretendían obtener beneficios averiguando, o directamente inventándose, historias que tuvieran que ver con ella. Sus creaciones no les bastaban. Querían hechos sobre su vida, datos, y ella no tenía la

menor intención de compartirlos. Mientras sus novelas sigan siendo populares, y espero que tal cosa dure mucho, eso será el pan nuestro de cada día. Tenemos que tener mucho cuidado con lo que dejamos que averigüen. Muchísimo cuidado.

Cassandra abrió la puerta, entró en el pequeño recibidor, que estaba muy oscuro y, al hacerlo, notó más que vio una figura que desaparecía entre las sombras.

—¡Oh! —exclamó alarmada.

—Perdóneme, señora. —La figura dio un paso al frente e hizo una inclinación—. Soy yo, señora.

—¡Por Dios, Dinah! ¡Vaya susto que me has dado!

—Estaba quitando el polvo, señora. Ya sabe, no hay paz para los sirvientes, señora.

¿Limpiando el polvo al ojo de la cerradura?

—¡Qué entregada! —comentó sonriendo. ¿Le engañaba la oscuridad o, por una vez, la criada parecía algo avergonzada?—. Pero, por favor, no trabaje tanto, Dinah.

—Buenas noches, señora.

Cassandra se dio la vuelta. Estaba muy cansada, y los escalones de la vicaría se le hacían tan empinados como una montaña alpina. Despacio, morosamente, fue escalándolos. Cuando llegó a la habitación ya estaba casi sin aliento. Cerró la puerta con firmeza, como si así pudiera mantenerse fuera del alcance de los horrores de la velada, y se dejó caer en la cama.

No pensó en otra cosa que en las trivialidades correspondientes al momento: ponerse la ropa de noche, asearse antes de meterse en la cama… La mente de Cassandra estaba saturada, le pesaba el cerebro. Una sensación recuperada e involuntaria ocupaba y consumía todo su ser: el aire del mar en las mejillas; la conmoción, ese fogonazo punzante, abrasador, cambiante, cuando su mano enguantada tuvo la ocasión de tocar la del extraño. Y esa sensación de calidez, de regreso al hogar al mirarlo a los ojos.

—¿Señorita Austen? ¡Señorita Austen! —La voz de Dinah le llegaba como si viniera de un túnel muy lejano—. ¡Qué Dios nos asista! No me digas que se ha ido, en nuestra casa… ¡Lo que nos faltaba! —Durante un momento de respiro, sintió una mano tibia sobre la frente antes de que aquella voz la azotara de nuevo—. ¡Está ardiendo! ¿Puede oírme,

señorita Austen? Quédese aquí. Voy a buscar ayuda. ¿Señorita Isabella? —La oscura habitación quedó de nuevo en un bendito silencio.

Tras recobrar un estado parecido a la consciencia, Cassandra se notó en una situación casi agónica: la cabeza le dolía y le ardía, y la garganta, y todos los miembros. Sentía la boca llena de objetos afilados. Los pulmones luchaban para obtener aire. Pero, pese a todo, lo peor era su estado anímico. ¿Qué era eso? ¿Precisamente lo que siempre había temido más que a nada? Nunca le había temido a la muerte. De hecho, a veces hasta la esperaba con impaciencia, e incluso se dirigía a ella preguntándole por qué tardaba tanto en venir. Pero cuando llegara, deseaba que la encontrase en su propia cama. Morir de visita, provocando tantas molestias, sufriendo las inevitables indignidades en un hogar extraño, sin poder echar una última mirada a las paredes de su dormitorio, o despedirse calladamente del suelo que tanto había pisado… Eso sería lo peor de todo, el peor destino posible.

Mientras procuraba levantarse con mucho esfuerzo, le asaltó con fuerza otro pensamiento que la obligó a dejarse caer de nuevo sobre la almohada: no podía irse ahora, ¡no debía! No había concluido su tarea.

—¡Cassandra! Querida, ¿puedes hablar conmigo? ¿Qué síntomas tienes?

—Debo confesar que me siento bastante mal, Isabella —intentó decir, pero no parecieron entenderla.

—Tiene fiebre, señora. Tóquela. Mucha fiebre. Voy a llamar al doctor inmediatamente.

—¡No, Dinah! No avises al doctor. —Isabella sonaba de lo más decidida—. No va a venir.

Cassandra intentó hablar.

—Pero yo tengo dinero. No te preocupes por eso, Isabella. Aunque parezca raro, ahora que soy vieja no paso ningún apuro. Es la ventaja de sobrevivir a todos mis seres queridos. Me he aprovechado desvergonzadamente de mi longevidad. Así que, por favor, no tengas en cuenta el coste. Insisto en que lo pagaré yo.

—¡Escúchela, señorita! ¡Está delirando! Seguro que está corriendo mucho peligro. Es muy mayor. Por favor, señorita Isabella. Voy a ir a buscarlo corriendo. ¡No queremos que la diñe aquí…!

Cassandra lo intentó de nuevo.

—Lo único que siento es que no voy a ser de mucha ayuda en la casa, precisamente hoy. —Pero nadie le hizo caso.

—No. —Isabella no se dirigió a ella—. No vamos a llamar al médico, no podemos, y no hay más que hablar. ¡Es impensable! La cuidaré yo misma, así que no perdamos más el tiempo discutiendo. A ver Dinah, trae láudano, ácido tartárico y toallitas. Ve a la posada y pide hielo. Seguro que tienen mucho en esta época del año.

Aunque no cabía la menor duda de que se trataba de la voz de Isabella, el tono autoritario y la eficiencia de las órdenes le resultaron del todo inesperadas. Así como su hostilidad hacia la medicina profesional. ¿No había expresado previamente una estupenda opinión sobre el doctor? Cassandra quiso abrir los ojos para confirmar sin ningún género de dudas la identidad de esa persona con tanta confianza en sí misma, pero al parecer eso no le era posible, al menos por el momento.

—Acepta mis disculpas por causar tantos inconvenientes. Estoy segura de que en cuanto duerma unas horas estaré mucho mejor.

—Inténtalo ahora y no hagas esfuerzos para hablar, Cassandra. Te vas a hacer daño en la garganta con esa voz, seguro que te duele mucho. Voy a desvestirte y a taparte con las sábanas y las mantas.

¡La primera de las muchas situaciones indignas que le aguardaban!

—No te resistas, querida. Te vas a agotar más. Soy yo, Isabella. Ya está… ¿A que ahora te sientes mucho mejor? Te voy a poner el camisón por la cabeza.

Las manos que retiraron la ropa de la cama, airearon las almohadas y ahora le refrescaban la piel con ternura, eran cuidadosas, expertas y fuertes. Cassandra quería pensar más a fondo sobre esto, para reevaluar a su anfitriona a la luz de esta nueva revelación. Pero en ese momento le abrieron la boca, derramaron unas gotas e láudano sobre la lengua y sus pensamientos se perdieron.

La enfermedad pasó sobre ella como una tempestad. Cassandra tuvo que batallar durante varios días. No iba a poder con ella, no se la llevaría, su voluntad prevalecería. Perdió por completo la noción del tiempo, pero hizo acopio de voluntad y se agarró a las pocas fuerzas que le quedaban para ganar.

Hubo falsas y breves recuperaciones, momentos en los que la enfermedad daba una tregua y su cuerpo respondía. En esos momentos veía a Dinah en el umbral, con los resentidos ojos fijos en ella, o a Caroline retorciendo las manos sin saber muy bien qué hacer.

Y *Príamo,* siempre *Príamo,* haciendo guardia junto a ella y deseándole lo mejor con su tranquila mirada.

La hora más oscura llegó cuando apareció su cuñada Mary. En ese momento surgió la voz de Jane a través de su boca, desde un rincón que sin duda guardaba recuerdos de otras enfermedades de tiempos mucho más terribles. «¿Me va a atender ella?», pensó. «Ahora sí que sé que mis esperanzas de recuperación son mínimas. Porque si viene Mary tengo claro que la muerte no puede andar muy lejos».

—Siento pena por ti, Cassandra. Debo decírtelo. —Esas eran las palabras de Mary—. Una de mis máximas en la vida es que una no puede ponerse enferma cuando está de visita. Eso es el culmen de la mala educación. Y debo decir que nunca en toda mi vida he tenido la desgracia de romperla.

Cassandra decidió que se encontraba demasiado frágil como para responder apropiadamente.

—Sí que hubo una vez en la que acompañaba a Londres a tu hermano y sufrí una neuralgia en la cara. ¡Qué dolor, Dios mío! Uno no sabe lo que es el dolor hasta que no experimenta eso. Pero yo sí que me había llevado una doncella, tuve esa suerte, y, por supuesto, un marido que me cuidaba a todas horas. Pero tú, completamente sola…

A través de las cortinas se filtraba algo de luz del tibio sol. Cassandra había perdido la cuenta de los días, pero sí que notó que, mientras había permanecido allí acostada, la primavera había asomado.

—Debes de sentirte fatal, dándote cuenta del tremendo impacto que estás provocando. La casa ya estaba de por sí manga por hombro. Debo decir que…

Por primera vez desde que había caído enferma se dio cuenta de que pronto estaría recuperada, y podría beberse esa brisa de aire fresco.

—…lo siento mucho por la pobre Isabella. Como esposa de un vicario, y después viuda, sé perfectamente lo que conlleva enfrentarse a todo lo que hay que hacer, y a las emociones que acompañan a la actividad. No olvidaré nunca, ¡nunca!, la alegría de tu hermano Henry cuando le tocó hacerse cargo de Steventon. No resulta agradable presenciar el alborozo del sucesor apropiándose de lo que tú acabas de perder. ¡Y sin el más mínimo pensamiento ni consideración dedicada a «nuestros» sentimientos! ¡Sin respeto a nuestra casa y nuestras posesiones! Solo un deseo rapaz, ¡rapaz, sí!, de apropiarse de todo lo que pudiera.

El dolor se había aliviado, pero pidió de todas maneras una dosis lo más fuerte posible de láudano. Deseaba ansiosamente dormirse profundamente para no seguir escuchando.

En cualquier caso, hubo un aspecto positivo en este aviso del Creador, y Cassandra se sentía agradecida por ello. Incluso antes de las crisis de salud, había empezado a desarrollar mucho afecto por Isabella, esa pequeña y extraña romántica que sin duda jamás había experimentado el más mínimo soplo de relación de ese tipo. Y a ello tenía que añadir ahora un enorme respeto.

Daba por descontada la falta de capacidad de Isabella para las tareas domésticas. Pero, después de todo, se dijo a sí misma que gestionar una casa, aunque importante y necesario, alguien tenía que hacerlo, no era lo único que medía la valía personal. Desde el día que llegó deseaba que saliera a la luz la verdadera naturaleza de su anfitriona. Y ahora, gracias a su desafortunada enfermedad, ya la conocía.

Isabella había nacido para cuidar a los enfermos, eso estaba claro. Los remedios que preparaba no tenían nada que envidiar a los del boticario más fiable, y los aplicaba con tal seguridad que parecía que se hubiera formado para hacerlo. Lo hacía con amabilidad pero, además, por encima de eso, lo hacía con una sensibilidad que casi podía definirse como profesional. ¡Cuánto alivio debió de procurar a sus padres cuando estaban enfermos! Y cuánto alivio le había procurado ahora a ella.

—Querida, te debo la vida —proclamó. Se trató de un estallido nada habitual de emocionado agradecimiento, aunque su voz era tan débil que toda la fuerza residió en las propias palabras.

—Tonterías. —Isabella la ayudó a incorporarse, y aprovechó para estirar un poco las sábanas—. Incluso en plena crisis detecté tu terca y profunda determinación —afirmó sonriendo de manera aprobatoria—. Tienes una fuerza extraordinaria, Cassandra. Hará falta algo más que una fiebre para vencerte. Lo tengo claro. —Se removió un poco en el sillón para acomodarse—. Y ahora, ¿quieres que te lea o te sientes preparada para conversar?

—Lo segundo, por favor. Dime, ¿cómo has pasado la mañana? ¿Qué está pasando en el mundo de los sanos?

—Hoy ha venido mi mejor alumno. Pobre joven Winterbourne.

Tiene una extraordinaria cabeza para los números.

Cassandra atravesaba ahora el lento y tedioso proceso de la convalecencia. Aún no estaba del todo bien como para bajar a la planta principal, aunque tampoco resultaba una gran molestia para el servicio. No la atendía Dinah, sino una tímida y sumisa asistenta externa, que acudía a diario.

Pero, todas las tardes, Isabella se sentaba con ella, y ese era siempre el mejor momento del día. Los mejores momentos de su vida habían transcurrido en compañía de mujeres de primera. Y, por desgracia, todas ellas habían desaparecido ya. ¡Cómo las echaba de menos, cuánto pensaba en ellas! Y a una por encima de todas, naturalmente.

—Su madre no se ha recuperado, pero creo que él sí que podrá seguir adelante. Mi plan es sacar de él lo más que pueda, y después presentárselo a mi buena amiga de la farmacia Hungerford. Si pudiera entrar de aprendiz, esa infortunada familia tendría alguna posibilidad de salir adelante…

Ahora, aquí, en esta vicaría, Cassandra había topado de la manera más inesperada con otra mujer de primera. Ya había olvidado esa sensación tan profunda, alegre y enriquecedora que traía consigo una buena compañía femenina. ¡Qué bendición volver a gozar de ella una vez más!

Al cabo de pocos días Cassandra se sentía lo suficientemente bien como para levantarse de la cama durante unas cuantas horas, y sentarse al sol en un sillón. Pensaba que pronto tendría fuerza suficiente no solo para sujetar una novela entre las manos, sino también para leerla. Isabella salió a toda prisa para escoger una y estuvo fuera un rato.

—Lo siento, no he encontrado lo que buscaba. —Isabella dibujó un gesto de autorreproche—. Me temo que esto ha sido lo único que he podido encontrar.

—Ah. *Peveril del Pico*. —Cassandra evaluó el peso del volumen. Casi no podía con él—. La verdad es que no lo he leído, y me sorprende un poco que tú, siendo mi doctora, me lo estés sugiriendo. Como tenga una recaída irremediable, ya sé a qué y a quién echar la culpa.

Isabella rio y la dejó sola, mientras ella hacía un esfuerzo por empezar a leer. Pero no parecía estar de humor como para aguantar a *sir* Walter. Seguramente eso era buena señal. Dado que nunca se había

sentido inclinada a hacer tamaña estupidez, lo normal es que estuviera recuperando las fuerzas y el carácter.

Dejó el libraco en la mesa auxiliar. ¿Estaría de nuevo en condiciones de remprender su proyecto? Había perdido mucho tiempo, y no podía prolongar su presencia aquí durante mucho más tiempo. Se puso de pie, esperó a que pasase el ahora habitual pequeño mareo y se acercó a la cama, deslizó la mano bajo el colchón, palpó, palpó de nuevo… al cabo de un momento estaba buscando frenéticamente a lo largo de toda la cama. Bajo las almohadas. Entre las sábanas y cobertores. Por toda la habitación. No había nada. Jadeó y se agarró a uno de los postes para no caerse. Tuvo un mal presagio.

Las cartas no estaban.

Capítulo 11

Kintbury, marzo de 1840

A lo largo de tres días se sintió inerme. Todo lo que pudo hacer fue quedarse en su habitación y lamentarse de lo que estaba pasando. La posibilidad de pedir explicaciones era inimaginable. Después de todo, las cartas no eran de su propiedad. No tenía derecho a quedarse con ellas. Pero ¿que hubieran desaparecido sería simplemente cuestión de la inocente limpieza casera o detrás de aquel hecho se escondería algún motivo siniestro?

Por fin llegó una tarde en la que se sintió de nuevo casi del todo bien. Isabella entró en la habitación y reaccionó al ver a su invitada completamente vestida.

—¡Vaya, ya estás recuperada! ¡Fíjate! De vuelta a la vida. —Le puso la mano en la frente y afirmó que la temperatura era normal; después le examinó los ojos y los declaró en perfecto estado.

—Muchas gracias, querida Isabella. Y quiero disculparme otra vez por las molestias que te he causado. Se qué mantenerme en mi habitación y tener que cuidarme te ha producido un gran trastorno en la situación actual.

—No, ni mucho menos. —Isabella miró alrededor para evaluar el estado de la habitación. No tardó demasiado—. Me hubiera gustado que su lugar de descanso fuera más confortable, la verdad. Y soy yo quien debe disculparse. Puede que no le haya agradado pasar tanto tiempo aquí. Pensábamos… Bueno, estábamos equivocadas. —Pasó el dedo por el arcón—. Y no voy a decir que durante tu enfermedad se

ha limpiado a fondo la habitación. De hecho, la asistenta no es famosa por emplearse a fondo en la limpieza.

Cassandra empezó a cavilar. Eso reducía a dos personas la lista de sospechosas. Por un lado Mary, que sin duda había tenido la oportunidad de hacerlo. ¿Por qué habría pedido tanto láudano cuando vino de visita? ¡Fue como abrir las puertas de par en par! Y Dinah, la difícil Dinah, que sabía tanto lo que escondía como dónde lo hacía.

—Y no hace falta que te quedes conmigo, Isabella. ¿Por qué no das una vuelta por el pueblo? Estoy segura de que tendrás bastantes cosas que hacer.

—Pues ahora que lo dices… tengo que ir a casa de los Winterbourne a por jalea de ternera. ¿De verdad que no te importa quedarte sola?

De hecho, lo agradecería mucho, por lo que insistió. Tenía muchas cosas que hacer.

Al cabo de un rato, Cassandra se levantó y, por primera vez en semanas, se sintió capaz de reencontrarse con el mundo. De pie en el descansillo, experimentó ese tipo especial de silencio que solo se siente en un hogar vacío. Todo era distinto cuando no había nadie de la familia: las sensaciones, el ruido, el olor… La personalidad de la casa era distinta. Se preguntó cómo sería cuando el nuevo vicario sustituyera a los Fowle. Se alegraba mucho de que Steventon hubiera quedado en manos de su familia, y no tener que ser testigo de cómo trataba su rectoría una familia extraña.

Durante la ausencia de Cassandra se habían hecho muchos progresos, si es que «progresos» fuera la palabra adecuada. La vicaría de Kintbury, ahora a medio vaciar, se encontraba oficialmente en un periodo de interregno. Los cuadros de los Fowle se habían retirado, y las paredes desnudas aguardaban pacientemente los de los nuevos habitantes. No había cortinas en las ventanas al bajar la escalera. La habitación de Tom estaba vacía. Se acercó cautelosamente a la de Eliza. Las muescas del suelo eran el único testamento de una cama que había estado cerca de un siglo en esa habitación. Marcas negras en la pared indicaban dónde habían estado las cortinas. Pero el pesado arcón de roble permanecía en su sitio.

Cassandra tenía la esperanza de que las cartas se hubieran devuelto al lugar en el que las había encontrado. Eso demostraría sensibilidad y

comprensión; de hecho, era la única explicación lógica. Se reprendió a sí misma, ¡estúpida anciana!, por haber pensado que pudiera haber otra. En las circunstancias en las que estaba, le costó todavía más levantar la tapa: la enfermedad había mermado sus fuerzas. Pero estaba decidida y bastante segura de que el esfuerzo traería su recompensa. Y después de pelear bastante, la tapa cedió. Miró dentro.

Todo estaba exactamente como lo había dejado. Encima, las cartas de los hijos Fowle, las de su madre al lado, junto con las de Martha. Buscó la zona donde debían de estar las de Jane, pero no estaban… Miró a fondo en el sitio en el que deberían encontrarse. Empezaban a sudarle las manos. Escritos de Fulwar… de Mary… de dos hermanos Austen… Lo dejó todo a un lado. En la zona más alejada solo alcanzaba a ver cartas de letra desconocida, sobre papel que amarilleaba: cartas sin interés, insignificantes.

Cassandra perdió toda esperanza. Le crujieron las articulaciones al incorporarse, se apoyó en la pared y se paró a pensar un momento con la mayor tranquilidad que le posible aplicar. Las cartas se habían retirado de su habitación, y se trataba de un acto deliberado de obstrucción, eso estaba claro. Su correspondencia privada, y la de Jane, estaba en manos de otra persona. Sus emociones y pensamientos íntimos, cuya privacidad había buscado salvaguardar a toda costa, estaban ahora al alcance de una persona extraña. Cassandra había ido a Kintbury con un objetivo: proteger la figura y la memoria de su querida hermana. Y había fracasado. Escondió la cara entre las manos y se dejó llevar por la desesperación.

Aunque resultaba tentadora la idea de pasarse la tarde lamentándose de lo que había perdido, de que era una anciana desvalida, de que había estado enferma, de que estaba acabada… no se podía permitir el lujo de perder el tiempo. En cualquier momento podía llegar alguien. Había un montón de cartas por el suelo, tenía que borrar las huellas de su presencia. Suspiró y empezó a colocar todo donde lo había encontrado. Pero no recordaba exactamente los detalles: ¿James junto a Mary, o Mary debajo de Martha? Cubrió un pequeño hueco y allí, para su enorme sorpresa, encontró otro montón de cartas de Jane.

Cassandra evaluó el peso del paquete y se lo llevó al regazo. ¡Era algo extraordinario! ¡Un regalo más valioso que el oro! Y además, como pasa con los mejores regalos, absolutamente inesperado. No tenía ni idea de que Jane y Eliza se hubieran carteado con tanta frecuencia. Eran amigas, sí, pero no tan cercanas. ¿Cómo es que Jane había tenido tanto que contarle?

Sin dejar de maravillarse por el hallazgo, Cassandra cerró el viejo arcón y volvió a su dormitorio.

Rectoría de Steventon
19 de septiembre de 1900

Mi querida Eliza:

Estamos encantadas de saber que diste a luz sin complicaciones hace poco, y que el bebé se desarrolla muy bien. Le habéis puesto un nombre precioso, la pequeña Isabella solo puede tener un futuro heroico, como podría ser convertirse en reina de España, aunque supongo que no debe de ser ese el destino que más nos guste para ella. No. Isabella Fowle será una heroína que viva grandes aventuras, pero limitadas a los confines del gran condado de Berkshire, y no a los de la gran Europa. Ardo en deseos de saber de ella gracias a las cartas que puedas enviarme en un futuro próximo. Mientras tanto, asegúrate de que crece sana, eso es lo único que, por ahora, espero y requiero de la pequeña.

Todo nos va bien por aquí. Por lo que respecta a los habitantes de la rectoría de Steventon y Deane, la salud es la única noticia. Y del resto de los Austen más alejados, todo lo que puedo contarte es bueno, así que tengo que dar gracias a Dios. Mis hermanos, los que están navegando, siguen llenando de gloria el apellido de la familia. ¿Sabías que a Frank lo han ascendido a capitán de navío? Seguro que sí. No me cabe duda de que en Kintbury habréis recibido tantas cartas para glosar la noticia que la vicaría estará enterrada en papel, y apenas podréis abriros camino entre las hojas. El hecho de escribir sobre ello me emociona tanto que no puedo resistirme. Y ahora que ya se ha labrado una posición y un futuro, lo único que debe desear es buscar esposa. Todavía albergo esperanzas de que Martha sea la escogida. Mi familia es ambiciosa, Eliza, y no se contenta solo con una de tus hermanas. ¡Las queremos a todas! Además, Martha ya lo es, salvo en el apellido. Mañana estará aquí con nosotros. No tenemos nada en mente, salvo el habitual festival de lectura de libros, charlas y paseos, muchos paseos si el tiempo acompaña. Se podría decir que nosotras tres somos paseantes desesperadas. Seguramente no es la idea que tiene la gente del mayor de los placeres, pero como somos de lo más raras,

disfrutamos mucho con esos.

Espero que su visita distraiga a Cass de sus miserias, al menos durante unos días. Han pasado ya tres años desde la muerte del pobre Tom, y sus ánimos siguen por los suelos, y sin trazas de mejora. Cosa que entiendo, por supuesto, lo que pasa es que me gustaría que no fuera así. La ansiedad que siente ante sus perspectivas de futuro es muy natural. Después de todo lo que pasó, ¿qué va a ser de ella? Ahí queda la pregunta. Lo que te voy a decir ahora es estrictamente confidencial, querida Eliza, porque esa pregunta lleva directamente a otra: Después de todo lo que pasó, ¿qué va a ser también de mí?

Antes de perder a Tom no había ninguna razón para dudar de que el futuro de Cass se situaba lejos de mí, y que ella, ellos, iban a ser felices. Y ahora, casi de repente, parece estar ya encima de nosotros, y viene acompañado de una amenaza latente. Un día, quizá cercano, tendremos que abandonar Steventon. ¡Oh, no, no te preocupes! Mi padre sigue estando muy bien, como siempre, pero ni siquiera él puede aspirar a ser rector perpetuo. Y nosotras dos, hijas pobres y dependientes, tendremos que abandonar la rectoría y salir a un mundo que no creo que nos reciba con la más cálida de las bienvenidas. No puedo fingir que la perspectiva sea agradable.

¡Perdóname! Esto ha empezado con una gran celebración y, sin darnos cuenta, ha dado un giro brusco y horrible. No tengo remedio: ponme en medio de una tarde de cielos azules y sol brillante y no te preocupes, que ya encontraré una nube, para mí nubarrón, que ofrecerte. Olvídate de los últimos párrafos y dale todo el amor del que seas capaz a tu pequeña Isabella.

Siempre tuya,
J. Austen

—¡Oh, no! —El chillido de Jane perforó el aire de las colinas que rodeaban Steventon—. ¡Por favor, Cassy! ¡Martha! Parad ya, os lo pido por favor, porque si no me voy a morir de la risa, como decíamos cuando estábamos en la escuela. Y en ese caso tendríais que acarrear mi pobre cuerpo sin vida de vuelta a casa.

—Lo siento mucho, pero es verdad —arguyó Cassy—. ¡Es cierto! Tenía un aspecto ridículo, no hay otra forma de describirlo.

—Desde luego que sí —confirmó Jane riendo de nuevo—. Pero también es cierto que hemos analizado la velada tan minuciosamente

que ya no queda ningún motivo para reírse. Sin embargo, cuando estaba allí me pareció bastante agradable. Y ahora, gracias a vosotras dos, todo lo que soy capaz de recordar es su enorme cuello y a su rosado marido, y ambas cosas, en estos momentos, me resultan horrorosas.

—Muy bien —reconoció Cassy—. Si lo pasaste bien, me alegro por ti. Por mi parte, me divierto mucho más analizando el acontecimiento mientras estuve en él.

—Querida Cass —dijo Jane agarrando del brazo a su hermana y poniéndose seria—, antes te encantaban los bailes, las fiestas y los encuentros sociales.

—¿De verdad? —Le costaba recordarlo en ese momento—. Entonces será que soy demasiado mayor para eso.

—Yo soy mayor —señaló su gran amiga Martha—, y me divierto en todas partes, siempre que vaya con vosotras.

Llegaron a la cima de la colina, se detuvieron para recuperar el aliento y contemplar Steventon desde esa altura.

—Nuestra casa. —Jane dio un suspiro de felicidad—. ¿No os parece una vista maravillosa?

—Es perfecta, sí —reconoció Martha—. ¿Acaso hay algo mejor que un pequeño pueblo en el campo? —La brillante luz del sol otoñal iluminó el campanario—. Allí está vuestro padre. —El señor Austen recorría a grandes zancadas el sendero que llevaba a la casa parroquial—. Qué hombre tan magnífico. A su edad, no sé cómo es capaz de gestionar con tanta soltura la iglesia y las tierras.

—¿Padre? —espetó Jane en tono burlón—. ¡Siempre en plena forma! Tanto que pondría en ridículo a cualquier joven que quisiera hacerle sombra.

Encabezó la marcha colina abajo.

—¡Y seguirá mucho tiempo así! —aventuró Martha desde atrás, bajando más despacio—. Pero probablemente esté deseando que James se haga cargo pronto de la rectoría, me atrevería a decir.

Cassy captó algo en su tono de voz, como si supiera más de lo que sabían ellas.

—Es cierto que no está tan ágil como antes —dijo pensativa—. Y la salud de madre empieza a resentirse. Me pregunto si…

—Está cambiando el tiempo. Nos vamos a mojar, chicas.

—¿Y qué más nos da a nosotras la lluvia, Martha? —Jane trotó a su alrededor con los brazos extendidos. La capa se movía a su alrededor como las alas de una mariposa—. ¡Sigamos paseando! Por los menos nos queda una hora antes de tener que volver a casa.

Pero Cassy prefirió regresar sola para poder ayudar a su madre a preparar la cena.

Cuando llegó a la puerta de atrás, Cassandra estaba calada. Se quitó la capa y las botas, las puso a secar y subió a su habitación para cambiarse. Al pasar por la sala de estar, escuchó la conversación que tenía lugar en el interior. Su hermano James y su cuñada Mary habían llegado pronto, ¡qué sorpresa! Acercó la mano al pomo de la puerta con la intención de darles la bienvenida, pero la voz de James hizo que se detuviera en seco.

—Pues sí, padre, tengo, tenemos, muchas ganas de dar el paso. Una vez alcanzado mi treinta y seis cumpleaños, creo que es el momento adecuado para asumir mayores responsabilidades y desempeñar en su totalidad mi papel de hombre de la iglesia. Espero que estés de acuerdo con el hecho de que mis capacidades superan, o al menos igualan las tareas que tengo por delante.

—Mi hijo querido, no necesito que me asegures semejante cosa —proclamó el señor Austen—. Sé que eres un magnífico coadjutor, y que serías un rector ejemplar para la parroquia.

—Ejemplar —repitió Mary con fervor, y añadió algo en voz baja pero urgente—. Y además, Austen… ¡la casa! Recuerda: la casa.

—¡Ah, sí! La casa. Yo… quiero decir, nosotros… parece que nuestra creciente familia…

—Ahora tenemos un hijo. —Mary no desaprovechaba ninguna oportunidad para recalcar su triunfo a ese respecto.

—Tienes dos hijos, querida —rectificó la señora Austen—. No olvidemos a Anna.

—Sí, por supuesto. Solo quería… recalcar que ahora tenemos un… varón.

James tomó el relevo.

—Y habíamos pensado… o, más bien, yo había pensado que quizá tanto espacio os resulte excesivo a vosotros, ahora que solo están las dos chicas. Una casa un poco menos amplia, y por tanto que le diera menos trabajo, madre, quizá sería más apropiada para unas necesidades decrecientes.

Oyó como su padre se levantaba y empezaba a pasear por la sala de estar.

—Hace tiempo que llegamos al acuerdo de que heredaras la casa, y

no vamos a cambiarlo ahora, por supuesto. No obstante, en lo que se refiere al momento de llevarlo a término… quizá nos esté confundiendo el hecho de que esté envejeciendo y aún así disfrute de tan buena salud.

—¡George, querido, por favor…!

—Es un hecho, amor mío. Hasta ahora pensábamos que el Señor se encargaría del asunto, pero parece que tiene otros planes para nosotros. Gracias por haber sacado el asunto a colación, James. No tengo la menor intención de interponerme en el camino de un buen hombre, como lo eres tú. No puede ser esa la intención de nuestro Señor. Déjame que hable de esto a fondo con tu madre, en privado y, guiados por el Señor, tengo toda la confianza en que nos conducirá con suavidad y facilidad a una conclusión que sea buena para todos nosotros.

Cassy retrocedió y subió a su habitación en silencio, aunque a todo correr. El corazón le latía desbocado cuando se echó en la cama para digerir lo que no debería haber oído. No le había sorprendido, no. Era algo que, tarde o temprano, tenía que ocurrir. Lo único que pasaba es que no lo esperaba en ese momento. ¿Adónde irían todos? No lo sabía, y tampoco esperaba que le pidieran opinión. Era decisión de sus padres, y solo de ellos. Si no se casaban, las hijas no tenían nada que decir a tal respecto. Cassy podía aceptarlo, se trataba de su nueva forma de vivir: ayudando de forma inadvertida, invisible. Contemplaba su propio futuro con gran indiferencia. Pero… ¿y Jane?

Para Jane sería un golpe terrible.

Esa tarde, a requerimiento de George Austen, Jane leyó un pasaje de *Elinor y Marianne*.[1] Sus padres estaban sentados el uno frente al otro al lado del fuego, ambos con las manos en el regazo, ambos con gesto de placer, ambos con los viejos rostros gastados y arrugados, dulces y ensimismados. ¡Cómo disfrutaban oyendo leer a Jane!

> *—¡Estimarlo! ¡Gustarte! Elinor, qué corazón tan frío. ¡Oh, peor que frío! Sin atreverte a que sea de otra forma. Como vuelvas a decir eso, no volverás a saber de mí.*

De vez en cuando Mary se inclinaba hacia su suegra en un intento de involucrarla en una conversación hogareña («¿Ha enviado el cerdo el carnicero? Podríamos hacer su receta de salsa agridulce…»). Pero la

señora Austen la hacía callar de inmediato, solo estaba interesada en la lectura.

> *—Perdóname —le dijo— y puedes estar segura de que no ha sido mi intención ofenderte al referirme por escrito con palabras tan mesuradas a mis propios sentimientos. Puedes creer sin temor a equivocarte que son más fuertes que cómo los he descrito; considéralos, en fin, adecuados a los méritos…*

Cassy estaba sentada cosiendo, y se sentía tranquila. Como le pasaba siempre, las palabras de Jane eliminaban de su mente los malos pensamientos, y le devolvían el optimismo. Puede que se sintiera incluso casi contenta, aunque los movimientos impacientes de James y su sonrisa de suficiencia impedían que lo lograra del todo. Pero los celos, incluso siendo escasos, estúpidos e indetectables, siempre envenenan el humor, pasando por encima incluso de las buenas compañías.

> *—… las muchas y variadas dificultades que encontraría en su camino si deseara casarse con una mujer que no fuera de gran fortuna o de alto rango.*

Al cabo de una media hora, James no pudo soportarlo más y se levantó, decidido a interrumpir la lectura de alguna manera.

—Muy inteligente por tu parte, Jane, debo reconocerlo. Y has sido muy valiente al atreverte a utilizar el estilo epistolar, un recurso que no usan mucho ni siquiera los… buenos escritores.

—¡Muy cierto! —intervino Mary, feliz de que el tedio se acabara de una vez—. ¡El estilo epistolar! —repitió como lo haría un papagayo, y entendiendo lo mismo al respecto que entendería un papagayo sobre lo que estaba diciendo—. Muy exigente, estoy segura de ello.

—Es todo un elogio —dijo Jane alzando la vista del libro y sonriendo—. Lo agradezco, viniendo como viene de un escritor como tú.

—Así es. Me pregunto si no deberíamos volver a casa ya, querida. —Recorrió la habitación tomando de nuevo el mando—. Por el tiempo y esas cosas…

—Pero lo único que hemos hecho ha sido escuchar la lectura, Austen. Ni siquiera tengo la sensación de haber pasado aquí una velada. Tengamos un poco de conversación. O… —le brillaron los ojos —, igual podías leer tú para nosotros, mi amor. —Se dirigió a la

habitación—. Se que a «todos» nos encantaría.

—¡Sí, James, por favor! —dijo Jane levantándose, todo entusiasmo —. Muéstranos lo que has escrito.

—Bueno, si insistís… —Hubo insistencia—. Adelante entonces. —De repente, el regreso había perdido cualquier sensación de urgencia —. Podría leeros el *Soneto al otoño,* sería muy apropiado. —James se sentó y empezó sin más dilación.

> *Ninfa con corona de paja y pálido abrigo,*
> *llega el bendito otoño que tanto esperabas;*
> *al atravesar la amarilla llanura, trae contigo*
> *las ligeras corrientes que la tierra abarcan…*

Cassy, que hacía poco que había recobrado la calma mentalmente, volvió a inquietarse, hasta el punto de sentirse agobiada. ¿Qué vendría después? Conforme avanzaba el infame soneto, no dejaba de repetirse la pregunta. ¿Qué le depararía el tortuoso viaje? ¿Adónde les conduciría la vida?

1 N. del Trad.: La citada novela de Jane Austen pasó a titularse más adelante *Sentido y sensibilidad*.

Capítulo 12

Paragon, Bath
7 de mayo de 1801

Mi querida Eliza:

Mi madre y yo hemos llegado a Bath —sin duda vas a querer felicitarnos por este logro tan colosal—, y respecto a nuestra fallida parada en Kintbury para veros, no hace falta que nos reprendas, pues ya lo hacemos nosotras mismas con prodigalidad más que suficiente. Tenemos una excusa: se decretó que «El Viaje» durara solo un día, y a nosotras, humildes pasajeras, no nos quedaron fuerzas para discutir, y menos para rebelarnos. En cualquier caso, pese a lo agradable que hubiera sido estar con la muy querida familia Fowle, lo cierto es que nosotras también estábamos deseando llegar a nuestro destino.

Muchas gracias por tu compasión, pero tras haberse convertido mi vida en un estado de estupor continuo al que nunca me voy a acostumbrar, debo decir que nuestra marcha de Steventon ha sido casi un alivio. Y, tal como predijiste con gran acierto, tengo que agradecérselo a tu hermana. Aunque su euforia evidente no alivió nuestra pérdida, el deleite de Mary al poner los pies en nuestra casa atravesando la puerta principal prácticamente nos empujó a nosotras a salir de ella por la de atrás y, por si fuera poco, a perder todas nuestras pertenencias mientras lo hacíamos. Nuestra prisa era tal que no pudimos esperar, y nos rendimos en cuanto pudimos. Espero que sean tan felices allí como ella espera. Sé que mi hermano será un buen párroco, y ya sabemos por activa y por pasiva que la casa es muy adecuada para los niños. James Edward tendrá pronto su

poni, y a Anna le encanta el sitio, así que la pobre pequeña al fin se sentirá como en casa en el seno de su familia.

Por lo que se refiere a Bath, no estoy en condiciones de compartir las grandes expectativas de mis padres, aunque no sé quien podría, pues su exaltación es enorme. El señor G. A. y señora han decidido regalarse un retiro glorioso, rodeados de las mejores compañías posibles y con el mejor cuidado de la salud al alcance de personas de su edad; mientras que a nosotras, las jóvenes señoritas, se nos ha prometido un interminable despliegue de espléndidos pretendientes. Ya veremos. Pero en caso de que así fuera, tengo que dejarte clara una cosa: estaré ciega a cualquier despliegue de encanto, buen carácter, belleza física y hasta garantía de bienestar para nuestras familias, y me centraré en los más ricos sin pérdida de tiempo. Tengo la intención de dejarme mimar de la forma más repulsiva posible, así que tú, pobre y humilde Eliza, no podrás aspirar a verme nunca más.

Mientras tanto, hasta que llegue ese inevitable momento, ya llevamos aquí tres días y aún no he encontrado ningún caballero que no haya cumplido los cien años de edad. Y hasta ahora, incluso la ciudad manipula mis afectos. Su piedra se niega a refulgir con la cálida luz del sol, al contrario: lo que hace es mirar amenazadoramente entre una horrible, densa y continua niebla. Pero debo darle tiempo, aunque solo sea porque no me queda más remedio. Ahora mi futuro está aquí, y tengo que hacer lo que pueda con él.

Al menos tengo algo que me distrae mucho, y son las cuestiones referentes a nuestra instalación definitiva. Estamos buscando unos aposentos permanentes, que esperamos encontrar lo antes posible. Puede que a partir de ese momento esta ruidosa ciudad nos empiece a parecer adecuada para vivir. Después de eso, lo que sigue es el primero de nuestros «Grandes Planes del Verano», y, como las multitudes de Cowper, estaremos «cansados de tierra firme, deseando adentrarnos a toda prisa en el mar». ¿Puedes creer que estas alegres y despreocupadas criaturas sean ni más ni menos que los Austen de Hampshire? Bueno, pues entonces yo tampoco.

Eres muy amable al preguntarme con tanto interés por mi querida Cassy. Ahora que el mundo ha cambiado desde que perdiera a su prometido para llevarla hacia otros destinos, todo parece indicar que tú y yo somos las únicas que la

acompañamos en su duelo. Si te sirve de algo, te puedo decir que dejar nuestra casa no le causado especial aflicción, pero al mismo tiempo te haré partícipe de mi propia lectura: la infelicidad de mi hermana es tal que el lugar donde esté es lo que menos le importa. Me temo que las esperanzas de mi madre por que empiece a salir y a frecuentar la vida social no tienen fundamento. Sigue vistiendo de luto y solo hace los esfuerzos estrictamente imprescindibles para cuidar su apariencia. Ya la verás cuando acuda a visitaros con mi padre. Mira a ver si puedes convencerla de que cambie, te admira mucho. Su situación actual es casi intolerable, y muy dolorosa para esta espectadora que tanto la quiere. Implica todo el dolor de ser viuda, pero sin el consuelo de haber sido antes esposa.

Te informo de que llegará el día 22 de este mes, y mi padre poco después. Espero que ambos te encuentren bien y feliz, igual que a los niños, y espero impaciente recibir noticias por medio de ellos. Por lo que se refiere a nosotras, intenta por favor que mi hermana se abra, y hazme saber lo que averigües cuando se hayan marchado.

Como siempre:
JANE AUSTEN

Cassandra estaba estupefacta. Eso no era ni muchísimo menos lo que se esperaba. Puede que el trauma de la mudanza hubiera hecho que la pluma de Jane se soltara. Se echó hacia atrás para digerir lo que acababa de leer: el tono confidencial, incluso indiscreto, le resultaba increíble. Sabía que eran amigas, pero no que lo fueran hasta ese punto. ¿Y el hecho de que Jane hablase de sí misma en tales términos? Se removió incómoda, pensando que era bastante raro. Echó un vistazo rápido a algunas de las otras cartas. Todas estaban salpicadas de referencias a Mary, sobre todo acerca de su forma de tratar a Anna: «*Ha sobrepasado los límites…*» «*¿No podrías hablar con ella, por favor?…*» «*Ojalá pudiera quedarse contigo en Kintbury…*» «*La actitud de James al respecto nos provoca un dolor especial…*» «*Observar que un hombre sigue la forma de actuar de su esposa generalmente es una buena noticia y produce alegría, pero en este caso…*».

Esta penosa historia no reflejaba bien la situación de la familia. Cassandra se estremeció. Siempre había temido que los Austen se convirtieran en una especie de espectáculo, pero al menos que eso no traspasara ciertos límites. Y lo que ahora mismo se traía entre manos

era algo que perseguía precisamente ese fin. Respecto a Jane, el objetivo era que, acompañando a las novelas en su camino hacia el éxito, se la recordara como una persona que había vivido una corta vida sin dramas, de forma que los escasos cambios que se produjeron no supusieron ni crisis ni rupturas en el devenir de su existencia. Todo lo demás no era de la incumbencia de la posteridad.

Recogió las cartas y las metió en la maleta de costura, que en esos momentos era ya el único escondrijo que le quedaba. Pero al hacerlo, hubo una página que captó su atención. ¿Qué era eso? Ni fecha, ni lugar de franqueo y una caligrafía anormalmente apresurada.

Mi querida Eliza:

Te envío esto tras mucho darle vueltas y con gran urgencia, así que perdóname si paso de inmediato al fondo del asunto. Sabes que espero que se haya superado la epidemia de sarampión en Kintbury. A lo que voy: necesito compartir con alguien lo que te voy a decir, y ese alguien eres tú. Reconozco que no tendría que hacerlo, pero… Ni siquiera mis padres están del todo al tanto, ni lo estarán hasta que haya visos de llegar a alguna parte. ¡Oh, Eliza! ¡Mi hermana está profundamente enamorada!

Capítulo 13

Sidmouth, 1801

—¿**QUÉ VAMOS** a hacer hoy, tía Cass? —Anna estaba de pie en el umbral de la puerta, mirando con los ojos muy abiertos la vista que se extendía frente a ella.

Corría el año 1801, y los Austen estaban disfrutando del primero de sus Grandes Planes de Verano. A sugerencia de Cassy, su sobrina pequeña los acompañaba.

—Bueno, para empezar, nos vamos a poner bien el sombrero. —Cassy se inclinó para anudar la cinta bajo esa dulce y prominente barbilla de ocho años—. Parece que va a hacer calor, y el sol es de lo más intenso en Hampshire. Seguro que no quieres enfrentarte a él y terminar en la cama con una insolación. Bueno, esto ya está. —Se irguió—. ¿Y a ti qué te apetece hacer, Anna? ¿Qué es lo primero de tu lista?

—No lo sé. —Anna se mordió el labio y adoptó esa expresión preocupada que tanto molestaba a sus tías—. Nunca había estado antes a la orilla del mar. —Había desarrollado un gran recelo a la hora de dar su opinión sobre cualquier cosa, y estos días incluso parecía temer decir algo—. No estoy segura, así que decide tú por mí, tía Cass.

La tía la tomó de la mano y la condujo a la zona comercial.

—Empecemos por la lonja del pescado. Cuanto antes lleguemos, más tendremos donde escoger. Tu abuelo ha dicho que quiere caballa para cenar. —La niña asintió mientras respondía a los saludos de buenos días que iba recibiendo durante el paseo—. La tía Jane ya está

en el mar, bañándose.

Otearon el horizonte, pero las figuras que se veían a lo lejos eran indistinguibles.

—¿Es agradable bañarse? Lo parece. ¿Los niños pueden bañarse?

—Puedes remar, querida, pero más tarde y si eso es lo que quieres. Tu tía te enseñará, le encanta el agua. No te puedo decir por qué, pero a mí no me entusiasma el mar. —Cassy miró con desagrado en dirección a la clara y tranquila bahía: a la cabeza solo le venían imágenes de muerte y cadáveres flotando—. Yo prefiero quedarme en tierra firme. Pero tú puedes hacer lo que te parezca, el tiempo te pertenece. Si yo fuera pequeña todavía… —Anna miró asombrada a su tía de veintiocho años—. Lo fui, lo creas o no. Pero nunca fui tan importante como para que me trajeran a veranear en Sidmouth. —Le apretó la manita con cariño—. De estar en tu lugar, creo que empezaría a coleccionar algo, lo que sea. Podemos encontrar muchos tipos de conchas…

—¡Conchas! —La niña por fin había bajado la guardia.

—¡Sí! —Cassy también se entusiasmó. Anna era una criaturita alegre y llena de vida que últimamente no había disfrutado del mundo exterior—. Y la verdad es que esta costa es bastante especial. Se dice que pueden encontrarse rocas marcadas con formas de animales antiguos y raros..

—¿Animales antiguos y raros?

Se detuvieron para mirar a los acantilados de tonos azul grisáceo que se elevaban al final de la playa, sin que ninguna de las dos se creyera del todo eso que se decía.

—Bueno, eso dicen. —Cassy se encogió de hombros y siguieron avanzando—. Tendremos que verificarlo nosotras mismas. Pero de momento, aquí estamos. —Habían superado el salón de té y ahora estaban frente a las casitas bajas de los pescadores, con redes de pesca secándose al sol y barcas cercanas a la playa. La captura del día se guardaba en grandes cestas, y muchas personas se apiñaban alrededor.

—Fíjate… —susurró Cassy al oído de la niña para que solo ella escuchara—; incluso algo tan habitual como comprar la cena se convierte en un pasatiempo estando a la orilla del mar. Agárrate fuerte a mi mano, no me sueltes.. Vamos.

Cassy se concentró tanto en la elección de la caballa que no se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en una atracción en sí misma. No obstante, cuando el pescador estaba envolviendo el pescado en papel para que se lo llevara, notó esa extraña sensación de incomodidad que aparece cuando alguien te está observando. Se dio la vuelta, atrajo a

Anna hacia sí y miró alrededor. Captó la figura de un caballero que, al notar que se volvía, echó a andar para alejarse rápidamente.

Al volver por la playa de guijarros, el calor empezaba a apretar otra vez. Cassy se ahuecó al blusa de muselina de color amarillo pálido para airearla. Por fin había accedido a no vestir el caluroso y pesado negro del luto. Buscaron conchas con mucha dedicación y exclamaciones de alegría al encontrar ejemplares interesantes y que merecía la pena guardar. Componían un cuadro muy emotivo: una mujer alta, delgada y atractiva con una niña encantadora, ambas dedicadas a una alegre e inocente actividad. Muchas personas en el paseo las miraban encantados, pero sobre todo una en particular. Ellas no se dieron cuenta, estaban muy ocupadas.

—Esta es mi favorita. —Anna señaló una pequeña vieira incrustada de madreperla.

—Sí, es una preciosidad —dijo Cassy mostrando que estaba de acuerdo—. Pero solo ha sido la primera mañana. Si nos tomamos esto en serio, encontraremos muchas más. Casi he perdido la noción del tiempo… ¡tenemos que volver a casa con tu abuela! Pero primero nos pasaremos por la librería para comprar un cuaderno de notas. —¡Cómo le gustaba dejar constancia de lo que hacían!—. Así podrás anotar tus hallazgos día a día, y quizá hacer dibujos de las conchas que más te gusten… Si quieres, te puedo ayudar a hacerlo.

El plan les apetecía mucho a las dos, pero incluso más a la propia Cassy. Se alejaron de la playa charlando animadamente, cruzaron el Mall y se acercaron a la papelería que había frente a la biblioteca pública. La puerta de la tienda estaba cerrada. Cassy agarró el pomo con la cara vuelta hacia atrás, pues le estaba explicando algo a Anna. Sonó la campanilla y notó que tocaba la mano de alguien… Dio un respingo al notar el contacto, se volvió y miró hacia arriba. El mundo se volvió del revés.

¿Cuánto tiempo llevaban allí de pie? Igual pudo ser toda una vida, pero lo más probable es que solo transcurriera un instante. Cassy bajó los ojos, se fijó en que llevaba un libro debajo del brazo y leyó el título en el lomo, *Elementos de Conquiliología,* sintiendo una pequeña punzada de decepción al darse cuenta de que no era precisamente una buena novela.

—Discúlpeme. —Pequeña inclinación de cabeza y toque con el índice y el corazón en la estrecha ala del sombrero—. Que tenga usted un buen día, señora.

Ella contestó con una desgarbada inclinación.

El caballero saludó también a la niña con una sonrisa.

—Señorita. —Señaló la mano de Anna con un gesto—. Perdone la intromisión, pero debo decirle que esa concha es excelente.

Dicho esto, desapareció tragado por la multitud que aprovechaba la preciosa mañana para pasear y hacer recados.

—¡Qué maravilla! —Exclamó Jane desabrochándose el sombrerito, que reveló el pelo desarreglado y un cutis resplandeciente—. Esta mañana el agua estaba mejor que nunca. ¡Cómo me gusta esto! Muchísimo más que esa insufrible Bath. Bueno, queridas, decidme qué aventuras habéis corrido. Tengo que decirte que tienes un aspecto estupendo, Cass, incluso radiante. No me apetece nada decirte esto, pero a pesar de tus esfuerzos, parece que estás recuperando el esplendor. —Agarró a Anna de los hombros y la miró a los ojos—. ¿Y tú, mi niña? ¿El mar ha ejercido ya su magia contigo? ¡Me parece que no! Confiésalo todo, Anna. ¿Dónde has pasado estos últimos meses? ¿En una caverna, dentro de una chimenea? ¡Vamos, confiesa tus secretos más oscuros!

Anna soltó una risita, la primera desde su llegada.

—¡En Steventon, tía Jane, te lo prometo!

—Pues es que estás más que pálida —dijo, dejando el sombrero sobre la mesa—. Cuando tu tía Cassy y yo vivíamos en la rectoría, dábamos un paseo cada tarde. Rigurosamente, casi religiosamente. Para nosotras no hacerlo era incluso de muy mala educación. Parece que ahora las jóvenes pensáis de otra manera.

Cassy también rio con ganas, sin pensar en los perturbadores acontecimientos de la mañana. En ese momento lo que sentía era una gran pena por la pobre niña. Dejar Hampshire había sido duro en muchos aspectos, pero quizá lo peor fue eliminar el contacto diario con Anna. Se refugiaba en ella para olvidar sus problemas con Mary, con la que siempre había tenido dificultades. Pero ahora, tras la llegada del bendito y ansiado niño, la situación era insostenible. Fue un triunfo conseguir que les acompañara durante el verano. Iban a recuperarla, Cassy estaba segura de ello. Mientras el resto de la familia se divertía, ella le devolvería la vida a esta querida niña.

—Subo a ver cómo está nuestra madre —dijo Cassy—, y después haremos planes para lo que queda del día.

—¿La abuela está muy malita? —preguntó ansiosamente Anna.

—No, querida —la tranquilizó Jane—. No hay por qué preocuparse.

A tu abuela le gusta probar la cama cada vez que llega a un sitio nuevo. Es su manera de sentirse como en casa. Prueba el colchón, se pone en contacto con los mejores médicos de los alrededores, compara los remedios del boticario local con los que ella conoce, y así sabe perfectamente qué puede esperar si realmente se pone enferma. Cosa que, por cierto, nunca ocurre. Pero igual su sabiduría consiste precisamente en eso: más vale prevenir que curar. Como pasa con todos los enfermos imaginarios, nos va a sobrevivir a todos.

—Jane, eso no es del todo justo. Madre lleva sufriendo una crisis hepática desde que salimos. Viajar le sienta mal…

—O no. —Jane se encogió de hombros sonriendo—. Y en ese caso, mi hipótesis sería cierta.

Cuando Cassy regresó, su hermana y su sobrina estaban muy enfrascadas en un juego: una de ellas era pirata y la otra una pobre damisela que había naufragado. Las dos se partían de risa. La libreta nueva yacía abandonada en la alfombra. La recogió, desplegó su labor y esperó a que terminaran de jugar.

La noche siguiente, la señora Austen se declaró lo suficientemente recuperada como para acudir al punto de encuentro social de la población. La enfermedad había desaparecido con la misma velocidad con la que había llegado, y sin dejar ni huella ni efectos secundarios, salvo cierta ansia por mejorar la actividad comercial de la localidad. Toda la familia aceptó la situación con alegría.

Eran las seis de la tarde y el sol, ya rojizo, estaba cayendo por el cielo de color violeta, en dirección a la línea del océano. Todo Sidmouth estaba en las calles, disfrutando del fresco de la tarde. Jane y su padre caminaban a buen paso, el uno al lado del otro, y pronto se adelantaron. Cassy los veía de espaldas, observando cómo se reían y saludaban a sus nuevos vecinos, y escuchaba distraídamente a su madre.

—Gracias a Dios, tengo los intestinos mucho mejor, después de haber sufrido lo que sin duda sabes mejor que nadie que ha sido una diarrea horrenda. Creo que me va a gustar ese boticario. Tiene sensibilidad con mi aparato digestivo.

Cassy se iba fijando en los paseantes con los que se cruzaba con un interés apenas anecdótico, o al menos de eso quería convencerse a sí misma. No esperaba ver a ninguno que presentara algún mérito

especial, no. Ninguno de ellos.

—Creo que volveré a visitarle mañana, para profundizar en el asunto. Después de todo, me parece que es bastante firme, pero no lo suficiente, al menos para mi gusto. Si al menos pudiera librarme de estos aires tan turbulentos…

Y de repente, apareciendo de la nada, allí estaba junto a ellos. Más alto de lo que recordaba, más amistoso de lo que le había parecido por la mañana. Esta vez sonrió, revelando unos dientes sanos, blancos y bien alineados. Y, un vez más, reconoció en él algo especial. Como recordando alguna posible conexión en una vida anterior. El hombre levantó el sombrero, ella inclinó apenas la rodilla, llegaron a un acuerdo acerca de lo magnífica que era la tarde. Y, también de repente, desapareciendo hacia la nada, ya no estaba junto a ellos.

—¿Quién es ese caballero tan agradable? —La señora Austen se detuvo y se la quedó mirando. Cassy deseó que no lo hubiera hecho.

—Debo decirle que no lo sé. —Agarró del brazo a su madre y continuó el paseo.

—No obstante, él sí que parece conocerte de algo… —Se sintió observada con ojos entrecerrados y maliciosos—. Y también sentir cierto interés, si no me equivoco. Ya sabes que tengo buen olfato y no se me pasa ni una. Bueno, bueno, bueno… —Aceleró el paso como si se sintiera revitalizada—. Esto está muy bien, ya hace casi cuatro años, querida mía. Seguro que Dios no quiere que guardes luto toda la vida. —Cassy detestaba ese cansino curso de la conversación, pero su madre no lo captaba—. Ni tampoco lo quiere Tom, de eso estoy segura. —De todas maneras, la prefería a hablar acerca de los intestinos, su comportamiento, su equilibrio y los remedios pertinentes para llevarlos por el buen camino—. No sabes hasta qué punto deseamos tu padre y yo que os establezcáis, hijas mías, antes de que el Señor nos llame a Su lado. Y con este estómago mío tan delicado, eso podría ocurrir cualquier día. —¡Aquí estaba, un nuevo círculo del infierno que Dante no había descrito!: la fusión de la soltería con los problemas digestivos—. La próxima vez que sufra una diarrea de esa magnitud…

Cassy lo soportó con enorme estoicismo hasta que por fin llegaron a la puerta de la taberna *London Inn*.

Capítulo 14

Sidmouth, julio de 1801

—¿**FALTA MUCHO** para llegar todavía?

Bajo la cálida manta de la inusitada amabilidad familiar, la pequeña Anna iba ganando en confianza. Ya se sentía capaz de pedir salir a pasear y a solicitar juegos y entretenimientos, por cierto cada vez más costosos para los adultos, como cualquier otra niña activa y feliz. Disfrutaba de helados, acariciaba caballos, observaba maravillada las mágicas vueltas de las ruedas de los molinos de agua y hasta casi llegaba a aburrirse de la playa. Por desgracia, el Gran Proyecto de la Conchas terminó quedando en nada, pero Cassy se las arregló para atenuar su desaliento y pasar a otras actividades.

—No es tan fácil andar sobre guijarros.

Esa mañana se decidió ir a los acantilados. Por la mañana, durante el desayuno, Anna hizo saber que deseaba explorarlos. Quería encontrar alguno de esos «animales antiguos y raros» de los que le habían hablado. El señor Austen reaccionó de inmediato, y se ofreció a acompañar a la niña. Inmediatamente procedió con una corta lección introductoria sobre el misterio de los fósiles. Cassy no prestó demasiada atención, pues el asunto no le resultaba de excesivo interés. Empezó a pensar qué podría hacer para aprovechar ese repentino e inesperado tiempo libre. En Potbury esperaban telas nuevas, así que Jane y ella podrían acercarse juntas… y en esos momentos su padre pronunció las palabras «elementos» y «Conquiliología». Y, de repente, pensó que en realidad sí que estaba interesada en los acantilados.

Igual iría con ellos, después de todo. Puede que los fósiles sí que fueran fascinantes. Desde luego, al menos merecería la pena echar un vistazo…

—Ya no falta mucho, niña. Mira, los acantilados están justo ahí. —El entusiasmo académico de su padre hacía que avanzara a una velocidad absolutamente impropia para sus años. El cabello, blanco y largo, le asomaba bajo el sombrero—. Me han dicho que no hará falta escalarlos. Hay muchas posibilidades de encontrar algún tesoro por aquí mismo, entre los guijarros de la playa.

Cassy y Anna luchaban con denuedo por mantener su ritmo, pero fue él el primero en llegar al objetivo escogido. No podían verlo, pero sí que oyeron su alegre saludo…

—¡Muy buenos días también a usted, caballero!

¡Vaya! Alguien iba a acompañarlos en su búsqueda. Rodearon la roca y llegaron al claro.

Y allí estaba él.

—Señoritas. —Hizo una pequeña inclinación tocándose el sombrero, y se dirigió a Anna—. Si no es usted la orgullosa dueña de esa excelente concha marina…

—¡Ah! ¿Entonces ya se conocían? —intervino su padre.

—No exactamente. —Sonrió—. Todavía no nos hemos presentado. Soy el señor Hobday. El señor Henry Hobday, para ser precisos. —Repitió la inclinación.

—Soy el señor Austen. Y me acompañan esta mañana mi hija y mi nieta, las señoritas Austen. Esta mañana hemos salido a buscar fósiles.

—Las señoritas Austen, entiendo... Bueno, pues están ustedes en el lugar más adecuado para esa búsqueda. —Agitó el pequeño martillo que llevaba en la mano—. Por aquí he encontrado algunos ejemplares interesantes. Venga conmigo, señorita Austen, se los voy a mostrar.

Pero, una vez más, sus palabras se dirigieron a Anna. Los tres avanzaron entre las rocas dejando sola a Cassy, que decidió no seguirlos, dado que probablemente tendrían que trepar. Prefirió quedarse donde estaba, apoyarse en una gran roca y seguir con los ojos al disparejo y curioso grupo. El señor Hobday, Henry Hobday según él mismo había aclarado, y su padre parecían haberse convertido de repente en muy buenos amigos. Su padre era un hombre muy inteligente que no se dejaba deslumbrar fácilmente, por lo que

por fuerza había que deducir que el señor Hobday también lo era.

Conforme pasaba el tiempo Cassy comprobó, para su sorpresa, que Anna no perdía en absoluto el interés, todo lo contrario. El señor Hobday procuraba incluir a la joven aspirante a científica en todos los aspectos de su exploración, y la capacidad de concentración de la niña, que hasta ayer resultaba casi patéticamente limitada, se había ampliado muchísimo. Cassy se apoyó en la roca, suspiró, miró hacia el mar y empezó a sentirse un poco molesta debido a la situación en la que se encontraba. El sol calentaba de lo lindo. Los gritos de las gaviotas resultaban molestos, casi enervantes. Así que había acertado de pleno en su reacción inicial: los fósiles eran aburridos. O, en otras palabras, producían aburrimiento. Además, todos se habían olvidado de que ella estaba allí de pie, esperando sin poder hacer nada útil. En esos momentos ni recordaba por qué había ido con su padre y su sobrina.

Seguro que no había sido debido al deseo de ver al señor Hobday, no, no podía ser por eso. El señor Henry Hobday, para ser precisos. Era un bonito nombre, no cabía duda. Pero no le cuadraba, de eso estaba segura. Puede que fuera atractivo…, sí definitivamente lo era, y seguro que tenía cualidades de interés. ¿Y qué? Ella era la señorita Austen, lo sería para siempre. Los hombres atractivos y con cualidades de interés habían dejado de existir para ella. Metafóricamente, claro. Pero en ese momento se le ocurrió una idea: ¿podría ser adecuado para Jane?

Ahí podía haber un plan. Su hermana siempre había rechazado con firmeza a los desafortunados admiradores que habían intentado cortejarla, lo que había dejado de ser motivo de diversión para sus padres y se había convertido en causa de irritación. Ella siempre se había sentido un poco incómoda respecto de esa situación, pues entendía a ambas partes. Por un lado, nunca aparecía un hombre lo suficientemente interesante; por el otro, Jane no podía comportarse así durante mucho más tiempo. Sus padres tenían la intención de viajar lo más que pudieran durante los años siguientes, pero también tendrían que disponer de alguien que los atendiera. Cassy se sentía, si no feliz, sí al menos hecha a la idea de que ella sería ese alguien, y después sería Kent quien la reclamaría. ¿Pero Jane? No era la persona adecuada para cuidar de nadie y, sobre todo, necesitaba estabilidad. Un modo de vida contemplativo y peripatético le afectaría pronto, y mucho. Se pondría de mal humor y los problemas se multiplicarían. Pero si este tal señor Hobday, señor Henry Hobday para ser precisos, fuera de verdad tan inteligente y divertido como aquella mañana

parecía que era, entonces…

Suspirando, Cassy se inclinó hacia la cesta de la merienda y sacó las pinturas. Dibujar la tranquilizaría, siempre la tranquilizaba cuando se sentía triste, y tenía que admitir que, sin tener idea del porqué, en ese momento, y de repente, se había puesto muy triste. Dibujaría la escena actual. Delineó los acantilados con el carboncillo y empezó a dibujar las figuras, aunque el resultado no le satisfizo, pues como modelos eran bastante difíciles. Anna no paraba de soltar risitas ni de moverse de acá para allá; el señor Henry Hobday, para ser precisos (sonrió sin poderlo evitar), tampoco se estaba quieto ni un segundo. Así que tuvo que conformarse con su viejo y siempre agradecido padre.

Estaba en pleno proceso de colorear cuando el grupo se acercó a ella.

—¡Mira, tía Cass! —dijo Anna con entusiasmo al tiempo que le enseñaba una roca.

—Ya veo… —En efecto, miró, pero lo que vio no terminó de impresionarle mucho.

—¡Tiene forma de gusano!

—Sí, ya....

—El señor Hobday dice que tiene miles de años de antigüedad.

—Muchos miles, de hecho —precisó el señor Hobday—. Esta criatura vivió en este suelo hace mucho, mucho tiempo, incluso antes que cualquier hombre.

Cassy volvió a mirar la roca y sintió cierta pena por ella. A ella no le gustaría nada que la enterraran y después la desenterraran tantísimo tiempo después.

—¿Qué has dibujado, querida? —Su padre se aproximó y echó un vistazo—. ¡Es precioso! —Se dirigió al señor Hobday—. Mi hija es una artista. Tiene mucho talento.

—¡Papá! —Cassy se sonrojó por su obvia exageración.

—Perdóname, pero es verdad. Mire, señor Hobday. Lo ha representado a usted con mucha brillantez.

—¿Me permite? —Se acercó, y Cassy se sintió enormemente incómoda. Había empleado mucho más tiempo en dibujar a su padre. Pero al volver a mirarla, se dio cuenta de que la figura del señor Hobday parecía alzarse de forma imponente. ¡Qué cosa tan peculiar!

—Solo es un boceto. —Lo guardó de inmediato—. Nada especial, se lo aseguro. Y ahora, jovencita, tenemos que llevarte a casa, no vaya a darte demasiado el sol.

Esta vez tomó el brazo de su padre por si necesitaba apoyarse en él

para regresar. Tanto ejercicio sin duda lo habría agotado. El señor Hobday era más joven y, seguramente, bastante más vigoroso. Anduvo despacio, sin dejar que su padre se apresurara, de forma que el caballero, con Anna dando saltos a su lado, avanzaba por delante.

Una vez en el paseo se despidieron cordialmente y, para alivio de Cassy, no se hicieron planes para posteriores encuentros. El caballero se perdió entre la multitud casi de inmediato.

—¡Qué joven tan agradable! —dijo su padre mientras avanzaban por la calle, con casas adosadas a ambos lados—. Me ha parecido que atesora todas las virtudes posibles en un caballero.

—¿Eso cree? Le aseguro que no me he dado cuenta.

Su padre rio entre dientes.

—Te aseguro que Anna sí, por descontado. El señor Hobday ha sido especialmente amable y divertido con ella.

—Hagamos algo, por favor. —Cassy dejó la labor con gesto y sensación de impaciencia. Esa mañana le estaba resultando difícil calmarse—. ¿Qué os parece que vayamos al paseo marítimo cuando baje nuestra madre?

—Mmm… —Jane siguió escribiendo—. Más tarde, Cass, más tarde. En este preciso momento el señor Thorpe se está comportando de forma particularmente desagradable. Me está divirtiendo muchísimo. Mientras él navegue a toda vela, no tengo más remedio que seguir escribiendo.

Cassy se levantó y miró por la ventana a lo largo de la hilera de casas. Anna y su padre estaban allí fuera, en algún sitio. Había hecho mal en no aceptar su invitación a salir. ¿Qué más daba si se encontraban con cualquier caballero… que le produjera desasosiego? Después de todo, a ella no le había hecho ningún caso, pues estaba más que claro que prefería extraer a esas pobres criaturas fosilizadas y enterradas desde hacía mucho… no, muchísimo tiempo. Y ella podía quedarse tan a gusto en un lugar fuera de peligro. No le podía pasar nada malo. No había sido nada inteligente quedarse en casa, como si se escondiera. Todo lo contrario.

Observó a distancia el desfile de transeúntes, así como una embarcación de recreo salir a navegar desde la playa. El mundo parecía muy activo y feliz sin ella. Suspiró y se sentó de nuevo. ¿Cuándo iba a aparecer su madre?

El inesperado sonido de la aldaba de latón de la puerta principal le hizo dar un respingo. Se puso de pie y aguzó el oído con interés, por si se tratara de una visita. Pero de la corta conversación pudo deducir que era un sirviente. Así que se volvió a sentar y procuró controlar su desesperación.

—Una nota para usted, señorita Austen. —La doncella entró, le entregó el papel y se marchó.

—¿Una nota? —Jane levantó la vista y no pudo evitar darse cuenta de que a su hermana le temblaban las manos—. ¿De qué se trata?

—Nada de interés —respondió Cassy en voz baja—. Vuelve con tu desagradable señor Thorpe.

—¿De quién es?

—De nadie, de verdad. Nadie que yo conozca. De una tal señora Hobday —reveló por fin mientras leía—. Por lo que veo, una enferma que reside en el Crescent. Me pide que vaya a visitarla esta mañana.

Jane se había levantado de su asiento y leía por encima de su hombro.

—Esto es un poco extraño, ¿no te parece? Si no la has conocido… ¡Ah, ahora lo entiendo! Dice que has conocido a su hijo.

—Pero apenas. Es el caballero del que hablamos ayer. Lo conocimos en los acantilados. El señor Hobday. El señor Henry Hobday, para ser precisos.

—¡Cassy, estás sonriendo!

—Desde luego que no. Te puedo asegurar que no lo conozco, apenas nos hemos visto una vez. De hecho ni sabía que tenía madre…

—En general, casi todos los hombres tienen una —afirmó Jane con convencimiento—. Y, por lo que se ve, la de este tiene muchas ganas de conocerte. Lo cual sin duda lo separa del resto.

Cassy se acordó de su plan.

—¿Por qué no vienes conmigo? Puede que el propio señor Hobday esté allí, y estoy bastante segura de que será de tu agrado.

—No, gracias. —Jane ya estaba de nuevo enfrascada en sus páginas, con la pluma en la mano y la cabeza en otra parte—. Estoy muy ocupada con esto. Esta mañana la cosa va viento en popa. —Escribió unas cuantas palabras, y al pasar el dedo por la pluma, habló distraídamente—. Y no.

—¿Y no qué?

—No será de mi agrado. Sabes que nunca lo son.

—¡Señora Austen! y deduzco que usted es la señorita Austen. —La señora Hobday sonrió y asintió—. Sí, está claro. Encantadoras. Y ha sido muy amable por su parte venir a visitarme. Durante toda esta semana me está resultando muy difícil salir a pasear. Mis pobres pulmones. —Se dio unos golpecitos en las perlas que reposaban en su pecho—. Estoy aquí para respirar el aire del mar, aunque este desdichado cuerpo no me permite salir fuera.

Tan pronto como llegó a sus oídos que había llegado la nota con una invitación, la señora Austen se levantó, se aseó y se vistió en un abrir y cerrar de ojos, dispuesta a rendir visita. Siendo como era una mujer parlanchina por naturaleza, no necesitaba que nadie la convenciera a la hora de aceptar una visita social. Las nuevas compañías siempre eran para ella motivo de disfrute, pero si además la persona a la que había que visitar estaba enferma, para qué quería más. ¡Los temas de conversación iban a ser absolutamente inagotables! Así que se preparó para disfrutar a fondo.

—¡No sabe lo bien que la entiendo! Cuando llegamos aquí, ahora hace justo una semana, inmediatamente me atacaron los problemas biliares que tanto me atormentan últimamente. Sufro mucho con ellos. Los pulmones no me molestan, pero el estómago… ¡Dios mío, el estómago! Señora Hobday, no se va usted a creer la…

Cassy se sentó en silencio, mortificada, y se dedicó a observar con atención a su anfitriona. Era más joven de lo que se podría esperar. Debió de tener a Henry, a Hobday, muy pronto. Este había sacado de ella sus bonitos rasgos…, bueno, sus rasgos a secas. Un magnífico pelo oscuro del mismo tono, enmarcando un rostro definido e inteligente, y parecida nariz aguileña. De vez en cuando, mientras la señora Austen recitaba la larga letanía de síntomas que la asediaban, la señora Hobday miraba a Cassy con aquellos ojos verdes curiosos e inteligentes que tenía.

Finalmente fue capaz de colocar una frase.

—Veo que está usted mirando nuestros libros, señorita Austen. ¿Le interesan las novelas?

—Sí, muchísimo. De hecho, tienen ustedes aquí algunas de mis favoritas. Mi hermana y yo nunca vamos a ninguna parte sin algo de *sir* Charles Grandison.

—Pues ya que me lo recomienda, le pediré a mi hijo que la próxima que leamos sea de ese autor. Todos estos libros son de Henry, ¿sabe? Siempre tiene la gentileza de leer para mí por las noches, y yo se lo agradezco muchísimo. Aunque la verdad, tengo que decirle que él disfruta bastante más.

—¿Al señor Hobday le gustan las obras de las señoras Burney y Edgeworth?[2] —Cassy estaba asombrada—. No sé por qué, pero pensaba que se inclinaba más por los temas científicos.

—¡Ah! —La orgullosa madre sonrió embelesada al pensar en su hijo —, en realidad es científico, artista, filósofo y «aficionado»[3] a la novela. —Movió la mano derecha como si abarcara el universo entero —. Me da la impresión de que podría hacerse cargo del mundo si no insistiera en cuidar a su madre enferma.

Era como si lo hubiera creado un novelista siguiendo las especificaciones de Jane. La mente de Cassy bullía de actividad: por una parte, intentaba discurrir la mejor forma de organizar un encuentro, y por otra analizaba las posibles razones de su creciente irritación. ¿Era posible que el señor Hobday, el señor Henry Hobday para ser precisos, fuera de verdad tan perfecto? Tanta maravilla pondría de los nervios a cualquiera.

—Nuestra relación es muy cercana. A veces pienso que hasta demasiado. Mire… —Se volvió hacia la señora Austen, previendo que lo que iba a decir resultaría de su interés—, perdimos a su padre hace cinco años.

Y dio en el clavo.

—Lo siento mucho. —Su madre se inclinó hacia delante, como un perro que espera su hueso—. ¿De alguna enfermedad en particular…?

Un tumor.

La respuesta desbordó sus mejores expectativas.

—¡Un tumor!

—Consultamos con los mejores médicos, pero no había nada que hacer. —La señora Hobday sonrió con tristeza—. En cualquier caso, lo sucedido me dejó cierta falta de confianza en la profesión médica.

—Lo entiendo, es de lo más razonable. No obstante, creo estar en condiciones de recomendar al boticario de aquí. No sé si ha tenido ocasión de contactar con él desde que llegó a Sidmouth…

—Creo que ya es algo tarde para eso, señora Austen.

—¡Oh! Señora Hobday, lo siento mucho…

—No, señora Austen, no se preocupe —dijo tras reír con ganas—. No me estoy muriendo, al menos todavía y que yo sepa. Lo que pasa es que nos vamos mañana por la mañana, nada más levantarnos. Mi hijo ni cree que en Devon no tengo ninguna oportunidad de curarme, y ya ha organizado un viaje a Europa. —Dejó de hablar un instante para mirar a Cassy—. Aunque sospecho que ahora se está arrepintiendo.

—¿A Europa? —La señora Austen estaba horrorizada—. ¡Pero, mi

querida amiga, hay una guerra! No tiene sentido…

—Sí, ya lo sabemos, muchas gracias por preocuparse, señora Austen. Quédese tranquila, no tenemos la intención de pasar por Francia. No obstante, si llegado el momento fuera necesario, mi hijo no es un hombre que vaya a dejarse amedrentar si un botarate como Napoleón se cruza en su camino. —La cara sonriente de la señora Hobday se puede decir que era de suficiencia.

—No lo dudo. Entonces debo decir que es una lástima —dijo la señora Austen con tono apenado—. Acabamos de conocernos.

—Muy cierto. A nosotros también nos parece un tanto precipitado. Pero puede que ustedes vuelvan el verano próximo, ¿o no?

—Por desgracia no. La verdad es que esto es muy agradable, y estamos disfrutando mucho. Pero estamos jubilados, y nuestra intención es viajar mucho, ¿sabe? Nuestra próxima visita veraniega será a Dawlish.

Poco después, Cassy se dio cuenta de que se estaba cansando de Sidmouth. Los placeres que procuraba la playa se habían agotado: una sociedad vacua, sin nada en la cabeza y solo pendiente de la moda. Y tampoco tenía ganas de volver a visitar los acantilados. Ni siquiera la asamblea semanal resultaba de interés. Y es que, en realidad, ¿cuál era el objetivo de un baile? No lo encontraba, y por eso se quedó en casa con Anna… y con un libro.

El tiempo fue a peor, a juego con su decepción, y se reflejó en ella. Llegaron las nubes y también la lluvia, de modo que las espléndidas vistas en las que dominaba el azul pasaron a la historia. La brisa que llegaba del mar venía con frío. La muselina amarilla ya no resultaba apropiada en ningún caso. Así que Cassy volvió a refugiarse en el negro, cálido y pesado.

2 N. de la Ed.: Se refiere a Frances Burney y Maria Edgeworth, dos de las autoras favoritas de Jane Austen.

3 N. del Trad.: En español en el original.

Capítulo 15

Kintbury, abril de 1840

Cassandra necesitaba aire. Debilitada por su enfermedad y conmocionada por los acontecimientos, no podía soportar más aquella pequeña habitación, rodeada de esas inquietantes cartas y asediada por los recuerdos. La actividad social sin duda la distraería, y poder sentirse útil, aunque fuera mínimamente, le devolvería el ánimo. Decidió levantarse y acompañar a Isabella a su paseo por el pueblo.

Tan pronto como hubo bajado al vestíbulo, *Príamo* desplegó un espectáculo de bienvenida tan exuberante que casi parecía que había perdido el juicio, si es que se pudiera decir tal cosa de un perro. A Cassandra le sorprendió mucho lo emocionada que se sintió al ver su reacción. Hacía muchos años, incluso décadas, que no provocaba una respuesta tan entusiasta en ningún ser vivo. Le dio unos golpecitos afectuosos y le acarició la zona de las orejas. Por supuesto que solo era un perro. No obstante, y teniendo en cuenta la limitación que planteaba la especie a la que pertenecía, que en realidad ya no tenía claro si era mucha o poca en comparación con otras, la humana incluida, era evidente que se trataba de un ejemplar magnífico, casi excepcional. Esta vez lo invitó a acompañarla, y le encantó que el perro la aceptara sin dilación.

Salieron juntos de la vicaría y avanzaron por el sendero del pueblo. Su idea era alcanzar a Isabella en casa de los Winterbourne. La familia vivía en un laberinto de viviendas que había detrás de la zona de tiendas, cerca del acantilado que se cernía sobre el canal. El avance

fue arduo, pues la colina no era tan fácil de subir como recordaba, pero ni mucho menos desagradable. La luz del sol le calentaba la espalda e iba acompañada del alegre canto de los pájaros. *Príamo* acompasaba sus pasos a los de ella, como cualquier caballero educado, y su mente se iba volviendo más clara a cada paso que daba.

Ya en la calle, intercambió saludos con el herrero, al que le preguntó por su hijo, y la inevitablemente prolija respuesta la obligó a detenerse un rato, cosa que por otro lado le vino bien para descansar. Después se adentró en el tortuoso camino que conducía a las casas, que ocupaban anárquicamente casi cada centímetro cuadrado de terreno, de modo que a una persona ajena a la zona le sería muy difícil encontrar el camino adonde quiera que se dirigiera. Pero la señorita Austen sabía perfectamente dónde iba. Siempre rendía una visita a esa familia cuando estaba allí.

William Winterbourne había sido uno de los cabecillas de las revueltas agrícolas que habían tenido lugar hacía diez años. Cassandra no lo había conocido personalmente, pero había oído que se trataba de un individuo muy trabajador y bastante apacible, y tendía a creérselo. El hecho de que enarbolara un martillo frente al magistrado al calor de los acontecimientos no le ayudó nada, y no se podía culpar a Fulwar de haberlo apresado y entregado a la justicia. Lo que nadie podía esperar era que fuera a ser colgado por su delito. Pero así es el destino, y desde entonces había sido una fuente de malestar colectivo para la conciencia familiar.

Por fin llegó al oscuro rincón que albergaba a lo que quedaba de la familia. La puerta estaba abierta, y se asomó.

—¿Se puede?

Aguzó la vista en la oscuridad. Había un montón de ropa de cama sobre el suelo de barro. No había señal alguna de Isabella ni de ningún niño. Solo vio a la señora Winterbourne, que yacía entre la ropa con un tarro de jalea de ternera en la mano. Cassandra fijó la vista en lo que se había convertido la mujer tras la desgracia que asoló a su familia y, como siempre, sintió una gran angustia y un no menos tremendo enfado. ¿Qué clase de justicia era esa, que sentenciaba a una buena mujer a una existencia de miseria por una única estupidez cometida por su marido?

Se produjo una súbita perturbación. Una forma cuadrada y sólida ocupó el umbral. Un caballero, o al menos un hombre, entró en la casa.

—Señora. —La saludó con una ligerísima inclinación de cabeza y cruzó la habitación con paso decidido, colocándose delante de ella. A

la escasa luz del lugar, no pudo ver bien su rostro, y sintió cierta aprensión.

El individuo se puso de rodillas junto a la señora Winterbourne.

—A ver qué tal vamos. —Su acento de Berkshire era muy marcado. Dejó en el suelo lo que parecía ser un maletín médico y le tomó la mano a la mujer con ternura—. ¿Cómo estamos hoy? ¿Llevas toda la mañana levantada?

¿Era este el médico del que le había hablado Isabella, el que había atendido tan bien a Fulwar en su lecho de muerte? En una situación normal, Cassandra hubiera intentado entablar algún tipo de conversación, realizar el ritual de intercambio social que se produce al conocer a alguien, siempre con el fin de aportar un poco de orden a este mundo tan difícil y complejo.

—A ver si puedes tomar un poco de esta estupenda jalea.

Pero conversar no parecía lo más apropiado. El doctor no tenía el más mínimo interés en ella. No se había presentado siquiera, su cortesía era de lo más rudimentaria. Pero no le podía poner ninguna pega a su comportamiento con la enferma, que estaba siendo ejemplar. Hacía lo que podía por alimentarla, ahora que había vuelto la cabeza hacia la pared.

—¿Qué enfermedad sufre?

—¿Qué enfermedad sufre? —El doctor se llevó las manos a las caderas y miró a su alrededor—. Por desgracia, nada que yo pueda curar, ojalá pudiera. Pobreza, desgracia, abandono... Un sistema que trata a los que son como ella sin la más mínima justicia ni consideración. —Sonrió con gesto de disculpa—. Discúlpeme si lo que he dicho le parece demasiado revolucionario, pero usted ha preguntado. —Se encogió de hombros.

—Desde luego que sí, aunque en realidad ya conocía la respuesta —replicó Cassandra—. Nuestros puntos de vista apenas difieren. Gracias por ayudarla.

—No voy a dejar que se nos vaya, no señor.

El doctor siguió con su tratamiento. Lo miró atentamente, y quedó impresionada con su dedicación y conmovida por su actitud amable, hasta cariñosa. Después se retiró y salió de nuevo a la calle, justo delante de la taberna *Plasterer's Arms*. ¿No era en una de sus habitaciones donde Elizabeth Fowle gestionaba su guardería? ¡Ahí estaba su oportunidad para volver a ser útil! Desde el primer momento tuvo la intención de visitarla, era el momento.

Cruzó la calle y entró por el callejón que conducía a la parte trasera de la posada. Tanto el patio como las paredes de atrás estaban llenas

de barriles y cajas, algunas de ellas rotas; encontró un estrecho paso entre ellas. Ni que decir tiene que *Príamo* sabía muy bien adónde ir. Cassandra caminó junto al perro, guiada no solo por él sino por las voces de los niños, todas emocionadas aunque a distintos niveles. Por fin encontró la puerta.

—¡Señorita Austen! —La hermana de Isabella, Elizabeth Fowle, estaba de pie, con un pequeño en cada brazo—. ¡Mirad, niños, tenemos una visita! —La única luz que iluminaba la oscura habitación, atestada de niños, parecía irradiarla ella. —¡Vamos!— Acarició varias cabezas y secó unos cuantos lagrimones—. Tenemos que recordar nuestros mejores modales. ¿Qué es lo que decimos cuando alguien es tan amable de hacernos una visita?—. Para Cassandra era la viva imagen de una santa: brillante, bendita, redimida.

Una niñita se adelantó e hizo una inclinación; a Cassandra le pusieron en los brazos un niño, que la miró con interés. *Príamo* se tumbó y aceptó convertirse en tranquilo juguete viviente de varios niños algo mayores. El resto —¿cuántos habría? Cassandra contó como mínimo diez— continuó con sus actividades habituales.

—¡Elizabeth, querida! —Cassandra avanzó un poco, y las dos mujeres se dieron un beso—. ¿Entonces es aquí donde te has estado escondiendo?

—Por supuesto. Y no sabe el placer que me produce poder enseñárselo. Siento no estar casi nunca en casa. Estoy muy ocupada aquí, y no encuentro el momento...

Elizabeth encontró un silla para que se sentara y le pidió a una ayudante que le preparara un té.

—Los niños empiezan a llegar sobre las cinco de la mañana, así que figúrese. Es la hora a la que sus madres entran a trabajar en el molino, y se pasan allí muchísimas horas. —Agarró una galleta y la colocó en una manita. —Cuando vienen a recogerlos no me queda energía para hacer otra cosa que arrastrarme a la cama. —Señaló una escalera que conducía a una planta alta. —¡Hasta que vuelva a amanecer! —No obstante, la actividad parecía satisfacerla mucho.

Cassandra escuchaba bastante sorprendida. Estaba impresionada, no podía evitarlo, y como consecuencia de ello se veía obligada a revisar una opinión consolidada desde hacía bastante tiempo, lo cual era un proceso que nunca le resultaba agradable. Pero hay que dar al César lo que es del César, y esta hija del vicario, a la que había conocido como una persona callada, sumisa y oscura, debía reconocérsele una transformación personal tan notable como positiva.

—Vamos, chiquitín —dijo tomando en brazos a un niño que lloraba.

No eran sus hijos, y la habitación presentaba un aspecto destartalado y caótico; y sin embargo, ante Cassandra parecía una madre con sus propios hijos, con la misma paciencia, el mismo cuidado y ese pozo sin fondo de comprensión materna.

—Vamos, vamos, precioso.

De alguna manera, Elizabeth había encontrado una solución al problema que se le había planteado, y eso era digno de admirar. Había aprovechado la soltería, convirtiéndola en una ventaja. Su recompensa eran estos días, muy largos, sí, pero con un propósito, e incluso, por lo que veía, también llenos de amor. Era una prueba fehaciente de la lección que Cassandra quería enseñarle a Isabella: en cualquier parte se pueden encontrar finales felices, entremezclados con la madeja de la vida. Solo hay que saber buscar los detalles, seguir los modelos y encontrar el patrón que le conviene a cada uno.

Ese pensamiento le recordó a qué había ido allí.

—Me gustaría hablar contigo acerca de Isabella y de su futuro, si es que puedes dedicarme un poco de tiempo.

—Ah, por supuesto —contestó Elizabeth al tiempo que ponía servilletas limpias en la mesa—. La gran conversación acerca del futuro de Isabella que nunca tiene visos de terminar con una conclusión. Es estos momentos no puedo dejar de hacer lo que estoy haciendo, pero sí ofrecer uno de mis oídos. —Empezó a desvestir a una niña.

A Cassandra le asombró el tono.

—¿Entonces es algo de lo que ya habéis hablado en familia?

—Yo he procurado mantenerme al margen —dijo Elizabeth sonriendo entre pañales—. La consecuencia más placentera de la actividad que he elegido —dijo señalando la guardería con un amplio movimiento del brazo— es que me permite no participar en los dramas familiares de los Fowle. Y de hecho, hubo una época en la que apenas hablábamos de otra cosa.

—¿Cómo? ¿Incluso antes el tema era tan urgente? Perdóname pero no lo entiendo. ¿Por qué hay tanto que decir acerca de algo tan evidente?

Elizabeth se la quedó mirando.

—Creo que ya lo he dejado meridianamente claro: no quiero verme envuelta en eso, y por eso he decidido no hacerlo, en ningún momento. Y le diré una cosa… —Se volvió un momento para poner un pañal en un culito desnudo—…, había, y desde luego sigue habiendo,

ciertas personas de mi familia que son enormemente persuasivas, todo el mundo lo sabe. Y mi hermana, a la que por otra parte quiero muchísimo, tiene el defecto de ser fácilmente influenciable, lo que no redunda en su propio bien. Y, más allá de esto, no tengo nada más que decir. —Se incorporó y se colocó al bebé sobre el hombro.

Cassandra, perpleja, intentó sacar alguna conclusión acerca de aquel críptico pronunciamiento, pero nunca había sido nada buena para las adivinanzas. Así que renunció enseguida, pero la consecuencia fue poner en cuestión la opinión recién formada acerca de Elizabeth: aunque sea de admirar el que una mujer salga adelante por sí misma, abandonar a la familia es una actitud imperdonable.

Así que decidió decir lo que había pensado inicialmente. Estaba empezando a ser una losa para ella, y tenía que liberarse.

—La verdad es que no pude quedarme mirando cómo Isabella se queda en una situación precaria. Mi deber es…

—¿Puedo preguntar por qué? —Interrumpió Elizabeth inclinando la cabeza hacia un lado y mirándola con expresión incrédula—. ¿En qué le afecta eso a usted?

Cassandra se quedó de piedra.

—Perdóneme, y no piense que soy grosera, por favor. Mi pregunta era absolutamente sincera. Debe saber que la nuestra no es una familia que pueda consentir que una hermana termine viéndose obligada a ir al asilo para pobres. Nuestro padre nos ha dejado algo de dinero. Mi hermana Isabella no puede mirar mucho más allá, aunque tampoco creo que esté en una situación de peligro inminente. Pero supongo que, para intentar avanzar, la pregunta podría plantearse así: ¿Por qué está usted tan preocupada al respecto?

La pregunta tenía todo el sentido. Cassandra se había visto forzada a reflexionar acerca de su propia posición. ¿Se estaba comportando como una vieja entrometida? Había una línea invisible entre ayudar y entrometerse, y ella sabía perfectamente cuáles eran los peligros de cruzarla. Se detuvo un momento a autoevaluarse hasta que, una vez satisfecha con sus hallazgos, empezó a evacuar su informe.

—Elizabeth, tú no eres una mujer como las demás. Creo que tienes mucha suerte, porque te sientes feliz con tu trabajo; aunque, por otra parte, tu hogar te resulta indiferente, no afecta a tu estabilidad. Isabella, como he comprobado desde que llegué aquí, es una mujer para la que la estabilidad doméstica es un prerrequisito a la hora de funcionar con normalidad. Dejar la vicaría le está rompiendo el corazón, y no saber lo que va a ser de ella le está fracturando también el alma.

Elizabeth dejó a un niño en el suelo e inmediatamente agarró a otro para cambiarle los pañales.

—En ciertos aspectos, me recuerda a mi propia y muy querida hermana —continuó Cassandra—. Como sabes, pasamos muchos años, con tu tía Martha también, por supuesto, yendo de acá para allá sin establecernos adecuadamente. Ninguna de nosotras disfrutó, pero a Jane esa situación le hizo bastante más daño que a Martha y a mí, y seguramente un daño bastante profundo. El recuerdo de ese tiempo todavía me persigue. Algunas veces me pregunto si, de haber tenido la oportunidad de establecerse como es debido antes, no hubiéramos podido disfrutar de ella un poco más de tiempo, incluso algunos años más. Yo creo que la preocupación y la ansiedad se cobran su peaje. —Se detuvo para recomponerse—. No pude ayudar a Jane, apenas teníamos dinero y ni el más mínimo poder, pero sí que me gustaría ayudar a Isabella. El que se sienta contenta está al alcance de nosotras. Si tú consientes en compartir una casa con ella, podrá quedarse en el pueblo. Me doy cuenta de que estás tremendamente ocupada aquí, pero seguramente ella también encontrará en qué emplear el tiempo. Tiene sus alumnos y sus obras de caridad, según he podido saber. Así que creo que todo podría ir bien —concluyó esperanzada.

—Estaré encantada —dijo Elizabeth, aunque su tono dejaba entrever reticencias—, si es que eso es lo que mi hermana desea de verdad. Pero no quiero que se me obligue a forzarle a aceptar el arreglo, ni tampoco puedo ayudar mucho. Como ha podido ver, estoy muy ocupada. Y ahora, si no le importa, se acerca la hora de la merienda para los niños y…

Un momento después, tanto Cassandra como *Príamo* habían salido de allí.

El perro hizo que se acercara hasta la vicaría. Cassandra no se fijó ni en la ruta ni en el paisaje. Tenía muchas cosas en las que pensar, y la mayoría de ellas complicadas. Le habría gustado descifrar los crípticos mensajes de Elizabeth acerca de los deseos de Isabella, pero todo era demasiado misterioso y, además, francamente increíble. Nunca había oído hablar de «dramas familiares de los Fowle» hasta entonces, ni en voz alta ni en voz baja, y estaba segura de que, de haber existido, Eliza le habría hablado de ellos. Concluyó que Elizabeth Fowle era una mujer un tanto histérica, cosa provocada por la sin duda excesiva

exposición a la obra de *sir* Walter Scott. El único hecho que cabía considerar ahora y al que agarrarse era que había accedido a vivir con su hermana. En ese aspecto, había hecho su trabajo.

Esas reflexiones dieron paso a los inquietantes recuerdos de su propia hermana, removidos en primer lugar por las inesperadas cartas recién descubiertas y después por el argumento de la conversación anterior. La salida de la vicaría, la incertidumbre que la aguardaba después… Cayó en la cuenta por primera vez de por qué le afectaban tanto los apuros de las hermanas Fowle. Lo que estaba pasando en Kintbury evocaba en muchos aspectos a lo que había pasado en Steventon, y la trasladó a aquellos turbulentos primeros años del siglo.

Jane quedó conmocionada por la jubilación de su padre y su partida a Bath, pero pareció revivir en Sidmouth. No obstante, el deterioro reapareció el invierno siguiente. Su padre aún estaba vivo, y todavía cobraban la pensión que los mantenía. No había el menor signo de los apuros económicos que pronto sufrirían, ni tampoco se veían forzadas a vivir de la buena voluntad de sus hermanos: aún no habían tenido que poner el sombrero para pedir caridad. No obstante, Jane no se sentía a gusto en sociedad, ni tampoco estaba tranquila en casa.

El verano siguiente empezó a mostrar los primeros síntomas de comportarse como la más molesta de las criaturas, incluso a sus ojos, que siempre la veían a través de un halo de comprensión absoluta. Era el vivo ejemplo de una mujer infeliz que se negaba en redondo a dejar de serlo.

Capítulo 16

Dawlish, julio de 1802

YA HABÍA sonado la última llamada y en la pequeña iglesia del pueblo el servicio acababa de comenzar cuando entraron y encontraron un banco libre en la parte de atrás.

—Después de ti, querida. —El señor Austen cedió el paso a su esposa, aunque el gesto no la complació ni poco ni mucho.

—Todo esto es muy poco satisfactorio —dijo la señora Austen al tiempo que tomaba asiento, con el rostro rojo y congestionado por los esfuerzos y por haber perdido el aliento—. No voy a poder ver a nadie aquí encerrada.

Cassy y Jane se sentaron también, agarraron el libro de salmos y, sin ponerse de acuerdo, le pidieron a Dios que su madre permaneciera callada durante el servicio.

—Tampoco puedo oírle. ¿Usted sí, señor Austen? —Siempre era una maravilla de la ciencia el que un susurro viajara a tanta velocidad y se oyera en la iglesia con una claridad absoluta…— ¿Es bueno este predicador?

Había pasado un año, y la familia, una vez más, había decidido establecer su residencia a la orilla del mar durante las vacaciones de verano. La vieja iglesia estaba en mitad del campo, y para llegar a ella era necesario atravesar jardines y campos. Nadie esperaba que la señora Austen realizara el esfuerzo que entrañaba acudir al oficio esa mañana, pues la distancia era tal que, sin duda, Dios la perdonaría. Sin embargo, estaba del todo decidida a acudir al oficio.

Y es que Dawlish resultó no parecerse nada a Sidmouth en lo que a actividad social se refiere. El aire puro y la belleza de la bahía se bastaban para atraer visitantes, no cabía duda. Su objetivo era pasar de ser una aldea de pescadores a un elegante refugio turístico a la orilla del mar, pero la transformación aún no se había completado. Así que, aunque estaba llena de casetas de baño y de médicos dedicados al cuidado de los que se preocupaban por su mala salud, no se había producido ninguna reunión social con baile y cena ni ningún otro entretenimiento para los que gozaban de buena salud.

—Esperaba ver algunas caras nuevas. Y lo único que veo son sombreros y espaldas.

Era su primera semana allí, pero la señora Austen ya estaba preocupada por las limitaciones del lugar. No a cuenta de ella, por supuesto, que se sentiría completamente a gusto pasando un verano tranquilo con su queridísimo marido y mejorando su salud. Pero sí debido a las aburridas y penosas perspectivas para sus hijas. Las chicas tenían que conocer gente nueva, y hasta quizá establecer una relación más profunda, una nunca debe perder la esperanza. Por tanto, en un lugar con tan poco que ofrecer, era un desperdicio desaprovechar la oportunidad que siempre brinda un servicio dominical. Y en cuanto averiguó que el párroco era soltero, estuvo claro que la distancia a la iglesia no era otra cosa que un agradable y revitalizante paseo.

El soltero empezó su sermón.

La señora Austen se inclinó hacia delante.

—¿Tiene buen aspecto?

Cassy lo observó con ojo crítico. A ella también le gustaría encontrar alguna persona de interés, sobre todo con la idea de sacar a Jane de su abatido marasmo. ¿Podría ser este un hombre capaz de lograrlo? No resultaba fácil decirlo, pues lo que veía era una cara normal en un púlpito. Pero en ese momento el vicario se lanzó a la carrera.

E inmediatamente Jane se volvió hacia ella poniendo los ojos en blanco como si mirara al cielo de la Iglesia Anglicana. ¡Otro evangelista! ¿Es que tenían que estar en todas partes? Se acabó la esperanza, por mínima que fuera. Suspiró. No había esperanza.

Pasado el tiempo, que transcurrió muy despacio, fueron capaces de librarse de la amenaza de los tormentos del infierno y salir a la soleada mañana. Allí fuera, en el jardín de la iglesia, podrían evaluar a los asistentes. La señora Austen deambuló despacio, deteniéndose muchas veces para mirar a su alrededor, ansiosa por ver y dejarse ver por cuantas más personas mejor. Cassy y Jane avanzaban unos pasos

por delante, fingiendo paciencia y recobrando el calor perdido en la húmeda y fría iglesia.

—¡Señora Hobday! —La voz de su madre destacó notoriamente sobre el murmullo de las conversaciones—. ¡Ni que nos hubiera seguido usted!

—¡Madre! —Cassy se volvió como un resorte—. ¡Por favor!

Allí estaba él.

—¡Tranquila, querida, solo ha sido una broma inocente! ¿Por qué mis hijas se alarman tanto cuando me atrevo a hablar? Estoy segura de que su hijo no es tan duro con usted, señora Hobday. —La señora Austen miró al caballero que estaba junto a ella—. ¿Es él? ¿Cómo está, señor Hobday? Bueno, me da toda la impresión de que lo vi en Sidmouth. Pensaba que no, pero ahora lo recuerdo con toda claridad. En el paseo comercial, mientras paseaba con mi hija mayor. —Se volvió para agarrar a Cassy, a la que atrajo sin miramientos—. Fue una tarde.

El señor Hobday hizo una reverencia.

—Nunca podría olvidarlo.

—¿Puedo presentarle a mi hija pequeña? —añadió la señora Austen para cubrir todas las posibilidades en caso de que una diferencia de tres años en la edad supusiera un problema.

Se completaron todas las presentaciones, también entre los caballeros.

—La verdad es que ha sido una coincidencia, y puedo decir que de lo más feliz. ¡Qué alegría volver a verla! Tiene usted muy buen aspecto este año, señora Hobday. Parece que el invierno le ha sentado bien. ¡Han estado en Europa, señor Austen! ¿Te imaginas? Nosotros estamos pensando en hacer una escapada al norte de Gales. —La señora Austen hizo una pausa—. Que también está muy lejos —añadió.

—¡Muchas gracias! El aire de los Alpes era precisamente lo que necesitaba. —La señora Hobday dio unos golpecitos cariñosos a su hijo en el brazo—. Como siempre, mi querido hijo tenía toda la razón. Tengo mucha suerte de tenerlo como protector. Su juicio es poco menos que impecable en todos los aspectos.

Fue el turno del señor Hobday para sentirse un tanto avergonzado. A Cassy le habría gustado mucho menos si no hubiera sido así.

—¿Cómo ha llegado usted aquí esta mañana, señora Austen? Le confieso que solo el hecho de pensar en la caminata me dejaba exhausta, así que hemos venido en una carreta. Estoy segura de que a Henry no le importará cederle su asiento para el regreso. Lo lógico es

que nosotras dos, las personas mayores, vayamos cómodas, y que los demás vuelvan andando.

A la señora Austen le encantó el plan desde todos los puntos de vista posibles: facilitar el regreso; pasar tiempo sola con una dama de buena cuna con la que quería entablar amistad a toda costa; y, por supuesto, explotar la posibilidad de que el joven caballero entablara conversación con sus dos hijas, o al menos con una de ellas. Las miró a ambas, y Cassy le leyó el pensamiento sin albergar la menor sombra de duda: la elección sería de él, según su propia preferencia. A su madre le daba bastante igual.

—¿Qué les ha parecido el servicio de esta mañana? —preguntó el señor Hobday.

—Creo que el joven no lo ha hecho mal. —El señor Austen se apoyaba en el bastón mientras recorría el largo camino. Dejaron atrás el gran grupo de gente y se internaron en los campos—. Yo no me encontraría del todo cómodo en una congregación que fluctúa tanto. Esta mañana, la iglesia ha estado llena, pero en invierno, a tal distancia del pueblo, si viniera un hombre con su perro incluso me daría por contento.

—Igual eso explica su histrionismo en el púlpito —apuntó Jane con tono desdeñoso—. Puede que esté intentando desarrollar una cierta fama para incrementar la asistencia.

—No, querida —la amonestó su padre—. Tiene derecho a predicar del modo que quiera, y no tenemos ninguna razón para dudar de su fervor.

—Mi padre está siendo educado —indicó Jane mirando al señor Hobday—. El sermón no ha sido de nuestro gusto.

—¡Jane! —exclamó Cassy poniendo la mano sobre el hombro de su hermana para tranquilizarla—. No conocemos la opinión del señor Hobday al respecto. —Bajó la voz—. No deberíamos ser ofensivos. —Se volvió hacia el señor Hobday—. Señor, le ruego que perdone a mi hermana. —¡Era la primera vez que se dirigía a él como era debido, y lo hacía para disculpar a su hermana! Qué inadecuado—. Normalmente no es tan… franca.

El señor Austen soltó una sonora carcajada.

—¡Pues yo me temo que sí que lo es, y mucho!

—Por favor, no se preocupen por mí. Hablar claro no me asusta, se

lo aseguro. Tampoco ha sido de mi gusto el sermón, pero cuando uno viaja tanto como lo hemos hecho nosotros últimamente, no se suele poder escoger. —El señor Hobday sonreía ampliamente y sin la menor afectación—. Y ahora que, al parecer, estamos abrazando la causa de la confianza mutua, ¿qué opinan ustedes de Dawlish?

—Muy agradable —contestó Cassy educadamente.

—Como destino de vacaciones, deficiente —aseveró Jane.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclamó el señor Hobday—. Ayer por la tarde, durante nuestro primer día de estancia, acudí a la biblioteca. Fue penoso. No he venido con un buen surtido de mis propios libros, así que no puedo ni imaginarme qué voy a hacer…

Cassy sonrió con expectación, ya que se trataba de una oportunidad perfecta para que su hermana y Hobday coincidieran plenamente. La furia de Jane por las carencias de la biblioteca circulante había sido constante desde su llegada. Así que esperaba que se produjera un acuerdo inmediato. Pero la espera, aunque corta, fue en vano.

Finalmente, su padre rellenó el hueco.

—Entonces le envidio, señor. Tuve que ceder mi propia biblioteca cuando dejamos la rectoría el año pasado, lo que me causó un gran dolor. Perder los libros propios es como perder una parte del alma.

—Y sin ellos nos convertimos en meros mendigos —remachó Jane suspirando de un modo teatral.

—¡Jane! —volvió a amonestarla Cassy.

Pero el señor Hobday parecía divertirse.

—Hay pocos mendigos que puedan permitirse la buena suerte de alquilar una casa en Dawlish para todo el verano.

—Bueno, no vamos a pasar aquí todo el verano —le corrigió Jane —. Mi hermano va a llegar pronto…

—El capitán Charles Austen, de la Royal Navy, a bordo del *Endymion* —puntualizó el orgulloso padre—. Ha estado embarcado durante varios años, persiguiendo a Napoleón. —Lo dijo como si la guerra hubiera sido un duelo personal entre ambos hombres—. La bendición de la paz ha llegado justo a tiempo. Ya está de vuelta en estos momentos.

—Y padre, me atrevo a decir que no aguantará demasiado tiempo aquí en Dawlish. Es un hombre de mundo, acostumbrado a todo tipo de entretenimientos y aventuras. Un lugar como este, en compañía únicamente de la familia, no resultará adecuado para un carácter como el suyo.

En ese momento Cassy agarró del brazo a Jane, tiró de ella y ambas se dirigieron al mar y a su alojamiento en silencio.

Una vez en casa, Jane se sentó inmediatamente en su escritorio con aire de enorme satisfacción. Había repelido al señor Hobday con eficacia de experta, y ya podía regresar tranquila a su mundo de ficción.

—Lo he pensado mucho, y he llegado a la conclusión de que puedo aprobar a tu señor Hobday —dijo Jane dirigiéndose al espejo mientras Cass le cepillaba el pelo antes de ir a acostarse esa noche.

—Pues seguramente podrías demostrárselo de una forma más adecuada —se burló su hermana.

—¡Vaya, Cass! ¿Estuve muy grosera? —preguntó Jane apretando los labios, como si realmente le importara algo.

—Si. Casi dabas miedo. —Su hermana jugueteó con los rizos.

—¿Tan grosera como con el señor Blackall?

—No —reconoció Cassy riendo—. En toda la historia de los encuentros sociales entre ambos sexos, nadie ha sido nunca tan grosera como lo fuiste tú con el señor Blackall. Con él estableciste unos estándares de grosería inalcanzables en la práctica para cualquier miembro del género humano.

—Muy bien, lo puedo admitir. Entonces esta mañana, ¿tú considerarías mi rudeza como la equivalente a… la mitad de la «dosis Blackall»? —dijo Jane acercando el índice y el pulgar de la mano derecha como si estuviera midiendo.

—No, ni mucho menos. Yo diría que un tercio, si llega. Pero si tu madre hubiera estado allí…

Cassy no pudo prolongar mucho su enfado. Todos los días discurrían según el mismo patrón. Jane solo tenía dos estados de humor: taciturna y silenciosa o nerviosa y retorcida. Tampoco era agradable con el servicio, y solo ella era capaz de manejarla. De hecho, la señora Austen estaba casi desesperada, aunque no se daba cuenta de una cosa que sí que percibía Cassy: esos estados de ánimo se disipaban en el momento en que la dejaban tomar la pluma en la mano y escribir. Después de una hora o dos escribiendo sin trabas ni interrupciones regresaba en una situación semejante a la calma. Y esa noche, con ambas solas en su habitación, estaba absolutamente feliz.

Cassy le entregó el gorro de noche.

—En cualquier caso, no termino de entender por qué le tienes que llamar «mi» señor Hobday. No hay por qué. Ni mucho menos. —Se

desplazó al otro lado de la cama y se arrodilló—. Hasta he pensado que podría ser adecuado para ti. —Escondió la cara entre las manos.

Jane se metió en la cama y habló sin respetar las oraciones de Cassy.

—Pues te aseguro sin la más mínima duda que es «tu» señor Hobday. No me cabe la menor duda. Estuvo claro desde que vi la manera como te miraba esta mañana. No me digas que no has notado lo cariñoso de su gesto. —Ahuecó la almohada—. Por lo que debo decir, tras pensarlo, que no debí ser tan hostil para con él. Seguramente me he dejado llevar por la fuerza de la costumbre.

Cassy levantó la colcha y se metió en la cama junto a ella.

—Deploro y condeno mi comportamiento. —Jane rodeó a su hermana con el brazo y la besó en la mejilla—. Fue imperdonable pero, paradójicamente, espero y confío en que me perdones de inmediato. En cualquier caso, dudo que afectara al señor Hobday de ninguna manera. Una hermana inadecuada no tiene por qué afectar al currículo. No me ha parecido un amante al que pueda frenar una arp…

—¿Amante? —Cassy se estremeció de horror—. ¿A qué demonios te refieres con lo de «amante»? Jane, no has entendido nada. Cada vez que hemos coincidido no ha hecho otra cosa que no hacerme caso. Si realmente es un «amante», como lo has llamado, su actividad amorosa, o su afecto, dejémoslo ahí, tiene que ir dirigido a cualquiera menos a mí. Mira, por este orden: en primer lugar a Anna, después a padre, y hoy, tiendo a pensar que a ti.

—¡Ahí lo tienes! Esa es la prueba definitiva. Eso, y el inconfundible ardor. Puedes estar segura de que le salían rayos de los ojos. Creo que uno de ellos hasta le dio a mi sombrero. Debido a ti y a tus encantos podría haber salido literalmente escaldada y echando humo. ¡Vamos, Cass, no seas obtusa! ¿Por qué crees que ha venido precisamente a Dawlish a pasar el verano?

—La verdad es que no puedo decir que sea tan experta en los Hobday como para dar una buena respuesta, pero presumo que ha debido de tratarse de una mera coincidencia. Tampoco es que haya tantos lugares de baño en la costa sur de Inglaterra.

—Ni tampoco muchos caballeros del calibre del señor Hobday precisamente en éste. —Jane apagó la vela de un soplido y se recolocó —. Está aquí persiguiendo a la encantadora señorita Austen. Ha caído en tus poderosas redes, no lo dudes, hermana.

—¿Cómo puedes ser tan boba? Yo no tengo nada poderoso, y menos redes —negó Cassy riendo.

—¡Pues claro que las tienes, querida! Y el que no seas consciente de ello solo hace que sean más fuertes. Nuestro pobre señor Hobday ha caído, insisto.

—Pues entonces lo siento —dijo Cassy con firmeza—. Tú más que nadie sabes que perdí al único hombre con el que podría casarme. No cabe la posibilidad de que sienta el menor interés por él, ni por ningún otro caballero, si a eso vamos.

—¿De verdad es así? —Jane se volvió y apoyó la barbilla en el hombro de su hermana—. Pobre señorita Austen, tan hermosa pero condenada a una vida sin otra cosa que hacer que ocuparse de los demás y controlar el tormentoso temperamento de su difícil hermana. —Subió las rodillas preparándose para dormir y bostezó—. Espera y verás.

Capítulo 17

Dawlish, julio de 1802

CASSY tenía la esperanza de que su madre enfermara, de nada serio, por supuesto, para poder quedarse en casa cuidándola y haciendo de enfermera en una bendita oscuridad. Pero a la mañana siguiente, para su gran decepción, la señora Austen llegó al salón de estar y se declaró sana.

—¡Qué día tan espléndido! Estoy encantada de anunciar que he pasado una muy buena noche y me he despertado sintiéndome muy bien, por inusual que sea. Así que Cassy, mientras tu padre y tu hermana están fuera, creo que podríamos salir a dar un paseo juntas, ¿no te parece?

Cassy sabía que el hecho de que le pidiera opinión no era más que una mera formalidad, por lo que recogió los sombreros sin decir nada.

—¡Espléndido! —dijo su madre acercándose al umbral—. La marea todavía está baja, así que podremos andar por la playa. Es una pena que Dawlish no tenga un paseo marítimo como Dios manda. —Apretó a su hija del brazo—. Creo que debemos aprovechar la más mínima oportunidad de pasear y disfrutar de la brisa marina, ¿no? Así que allá vamos.

En efecto, hacía un día resplandeciente: sol brillante, aire limpio, brisa agradable y cielo azul. Cassy se sumergió en él y rezó para que transcurriera en paz.

—Las condiciones son perfectas para el baño. Puede que una buena zambullida levante el ánimo de tu hermana. Confiemos en ello,

confiemos. Está muy irascible, y me preocupa mucho. Tu padre me contó cómo se comportó con nuestro encantador señor Hobday, y no me importa decirte que estoy de lo más disgustada. Tu padre, como era de esperar, lo encontró divertido, lo que me da más rabia todavía. Esa indulgencia excesiva no contribuye a mejorar las cosas, ya se lo he dicho muchas veces. Y lo que no puedo entender es por qué le gusta tanto mostrarse tan poco atractiva y sociable. —Se detuvo para tomar aliento y ambas saludaron a algunos vecinos que también estaban de paseo—. Perdona, yo tengo mi propia teoría acerca del señor Hobday. —Aunque el tono de voz cambió a un susurro, se puede decir que este siguió siendo perfectamente audible y hasta estridente—. Y es que eres tú la que ha captado su atención, querida.

Cassy se miró los pies muy avergonzada, y así siguió cuando reanudaron la marcha.

—Su madre me contó algo de lo más interesante cuando volvíamos de la igle… ¡Señor Hobday! —La señora Austen se detuvo en seco—. ¡Qué placer que volvamos a encontrarnos! Ni se me ocurrió pensar cuando salíamos que íbamos a tener tanta suerte. ¡Menuda coincidencia! Dígame, ¿qué le ha llevado a pasear por aquí hoy?

—Madre. —Cassy decidió participar en la conversación para poner un poco de calma en el melodrama—. El señor Hobday se aloja en el pueblo. Lo más lógico es que sea una feliz coincidencia, sin más. Casi todo Dawlish está disfrutando del buen tiempo que hace.

—Señorita, le ruego que no me prive de una acogida tan efusiva —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza con cortesía—. No estoy acostumbrado, pero debo confesar que me ha encantado.

La señora Austen rio entre dientes.

—Ya lo ve: mi hija reprendiéndome una vez más sin razón alguna. Le aseguro que usted siempre recibirá de mí una bienvenida calurosa. Y, por cierto, ¿adónde se dirige? Nosotras solo estábamos paseando, nos da igual hacia donde. Puede que le apetezca acompañarnos un rato.

—Madre…

—¡Qué amable! Yo también estoy simplemente tomando el aire y gozando del paisaje mientras mi madre toma su baño de mar. —Se dio la vuelta y empezó a caminar junto a ellas.

—Perdone que hable de cuestiones personales, señor Hobday, es mi forma de ser, seguro que se acostumbrará. Como el resto de la gente. Soy demasiado mayor como para cambiar ahora. Debo decirle que es usted un hijo ejemplar para con su querida madre.

—No podría ser de otra manera, ni se me ocurriría.

—En cualquier caso, no todos los hombres jóvenes pueden presumir de cumplir de esa forma con su deber. Es un placer presenciar tal devoción filial. Me recuerda mucho a la de mi hija aquí presente. —Dio unos cálidos golpecitos a Cassy—. Ella también posee unas cualidades encomiables.

—Madre, me temo que empiezas a estar cansada —intervino la joven de inmediato—. Quizá deberías sentarte un rato en ese banco. —Acomodó a su madre—. Caballero, por favor, no se sienta obligado a esperar por nosotras. Nuestros paseos suelen ser erráticos, ¿verdad, madre?

—Tiene usted razón, señorita. —Hobday sonrió—. Su madre estaba muy cansada, sin duda. De hecho, se ha quedado dormida al instante. —Se sentó junto a ella—. Por favor, permítame que me quede con usted hasta que despierte. No quiero que se quede sola.

—Es usted muy amable, pero de verdad que no necesito compañía.

—Pues entonces deje que lo haga para satisfacción propia. —Se acercó el bastón a los ojos y estudió detenidamente la empuñadura.

Cassy se sentó en silencio y simuló calma y recato, aunque en su interior se estaba desarrollando una verdadera tormenta. Lo único que los separaba era un ligero hueco solo ocupado por la brisa marina veraniega. Que no dejaba de jugar con su piel. Lo único que tenía que hacer él era estirar la mano, y en tal caso sus sentidos se incendiarían, de la misma forma que se incendiaron la primera vez que lo vio. Se estremeció al recordar ese destello ardiente y alocado… No podría con eso. Su vida estaba trazada, ya había tomado todas las decisiones que tenía que tomar. Se había prometido algunas cosas, sobre todo una. Y, pese a todo, estaba en peligro. Se había procurado un entorno de tranquilidad que le había hecho creer que todo estaba organizado y establecido. ¿Por qué se había producido entonces ese asalto repentino a las decisiones que había tomado?

Decidió que se alejaría un poco para que el momento se enfriara. Conversaría sobre cualquier cosa que a él le agradara, reflexionaría sobre la pintoresca paz que se había alcanzado con los franceses, o sobre su incomprensible amor por los fósiles, pero sin trasladar ningún tipo de esperanza. Para él sería como intentar hacer que una piedra sangrara.

—¿Puedo preguntarle por la salud de su querida sobrina Anna? Pienso en ella bastante a menudo, y en la agradable mañana que pasamos en la playa.

No era eso lo que esperaba, ni mucho menos. La conmoción la derritió.

—Gracias por preguntar por ella, caballero. Creo que está muy bien.

—Y espero que también feliz. Me pareció apreciar en ella cierta melancolía, o quizá inseguridad, que me resultó inquietante en una niña de su edad.

—Perdió a su madre siendo muy pequeña, y me temo que le afectó mucho. Aunque me sorprende que alguien que no la conoce sea capaz de percibir tal cosa.

—La pérdida de un progenitor es una losa muy pesada, se lo aseguro —dijo suspirando—. Y más siendo tan joven.

—La señora Hobday nos informó ayer de que usted perdió a su padre. Lo siento mucho.

—Gracias, señorita. Mi padre era un hombre magnífico, y le echamos mucho de menos. A mi madre le afectó enormemente su fallecimiento, y eso explica nuestros continuos viajes. Le resultaba demasiado doloroso permanecer en nuestra hacienda, donde está nuestra casa. No obstante, espero y deseo que cuando haya recobrado las fuerzas, podremos regresar a ella, este mismo otoño.

Se dio cuenta de que su madre daba un respingo al escuchar las palabras del caballero; seguramente la palabra «hacienda» había penetrado en su recóndito subconsciente.

—Por lo que a mí respecta, creo que nuestro luto ya se ha prolongado demasiado. No solo se trata de que estoy deseando hacerme cargo de mi herencia; además, la llamada de Derbyshire es demasiado potente como para poder resistirse a ella.

—¡Derbyshire! —exclamó Cassy.

—¿Derbyshire? —Presa de la excitación, la señora Austen olvidó que estaba dormida.

—¿Entonces lo conocen? —El señor Hobday parecía complacido.

—Bueno… la verdad es que no, para nada. —Cassy se sintió bastante ridícula—. Lo que pasa es que mi hermana tiene en la cabeza que ese lugar es perfecto.

—Pues entonces su hermana tiene mucha intuición. Es un lugar bendecido por Dios, estoy convencido de ello.

La señora Austen se puso en pie con dificultades.

—Nos encantaría escuchar cosas sobre él, ¿verdad, Cassy? Adelante, sigamos con el paseo.

Ambos cumplieron la orden.

—Puede describírnoslo hasta el último detalle. Somos gente del campo, señor Hobday, con mucha sensibilidad hacia la tierra. Mi hija cuida muy bien de las aves de corral, ¿sabe?... aunque, ¡por favor, qué

tontería! Supongo que ustedes tienen gente que ya se encarga de eso, ¿verdad? ¡Por supuesto! Es una hacienda, es lo que ha dicho, ¿verdad?. ¿De cuántos acres, por cierto?

La marea había subido. La ahora estrecha franja de arena, muy firme durante la primera parte del paseo, aguantaba como podía, como si su futuro peligrara. Seguramente sabía que, con el tiempo, el mar terminaría engulléndola pese a sus esfuerzos.

—¡Ah, sí que es extensa…! —Estaba diciendo en ese momento la señora Austen—. ¿Cuánto terreno es de cultivo, y cuánto es campo o bosque?

El regreso al pueblo tuvo que ser rápido. Cassy decidió no participar en la conversación, o más bien interrogatorio, pero nadie se dio cuenta. La señora Austen tenía muchas cosas que preguntar al señor Hobday, y el señor Hobday estaba más que dispuesto a contestar a sus preguntas, a todas sin excepción.

Con el entusiasmo por la llegada de Charles, la familia se volvió algo introspectiva. Todos y cada uno de ellos, individualmente, preferían la compañía de otros Austen por encima de cualquier otra. Si había un número suficiente de ellos reunidos, no necesitaban a nadie más, sobraban los encuentros sociales. Y si no podían estar todos presentes, para las damas era la situación perfecta. Cada una de ellas tenía sus hermanos preferidos, pero para todas, Charles siempre estaba entre ellos.

Era una tarde en que hacía calor, todavía lo hacía después del día caluroso que habían pasado. Jane estaba sentada junto a la ventana, abierta de par en par, y leía en alto para todos. Una suave brisa le revolvía el pelo.

—Debo decir que tu Thorpe es un auténtico patán. —Charles se puso de pie de un salto y paseó por el pequeño salón. No podía permanecer mucho tiempo quieto—. Si los «hombres de Oxford» son así de verdad, agradezco no haber ido allí. Los invitaría a subir a mi barco, iban a ver. ¡Haría que subieran una y otra vez al palo mayor!

Jane bajó las páginas escritas.

—Él nunca subiría contigo a ningún barco, Charles. El señor Thorpe no está hecho para eso, ni de cabeza ni de corazón. Ya sabemos que los marinos son siempre los mejores hombres del país…

—¡Vamos, vamos! —intervino el señor Austen al escuchar el tono

burlón de Jane—. Los franceses han sabido lo que es bueno, incluso frente a sus propias costas.

—¡Tú lo has dicho! Pero mi hermana insiste en insultarme, a mis hombres y a mí.

—¿Yo? —exclamó Jane—. Querido Charles, seguro que estás de broma. ¿Pero qué he hecho yo?

—¿No es obvio? Insistes en escribir esas historias, llenas de todo tipo de individuos perfectos, pero nunca has escrito nada relativo a una heroína bendecida por la suerte de tener un hermano maravilloso al que admira y adora.

—Eso es verdad — admitió Jane entre risas. Cassy levantó la vista de la labor y sonrió al ver a su hermana tan a gusto. Después de la lectura de su trabajo, celebrada por su familia, brillaba como nunca—. Pero para hacer lo que sugieres tendría que traicionar mis propios objetivos, ya que afectaría de forma directa a la narrativa. Debes saber que si una joven tiene la fortuna de contar con un marino maravilloso como hermano, entonces, ¿qué otro héroe podría crear para ella? Porque con semejante ejemplo en su propia familia, ¿podría enamorarse de alguien de tierra adentro, por perfecto que fuera? No habría hombre que se le pudiera siquiera acercar para igualar tales virtudes…

—¡Claro! —Charles hincó la rodilla en tierra junto a su hermana—. Así que esa es la razón por la que, al regresar, me encuentro con que aún no te has comprometido. Dime la verdad, sin tapujos. —Le tomó la mano—. ¿Es lo que me temo? ¿Qué te parece imposible encontrar un hombre comparable a mí?

—Desde luego, considero imposible encontrar a alguno tan proclive a hacer el bobo. —Jane le soltó la mano e hizo un gesto para que se alejara—. Pero tengo que decirte algo, Charles. En realidad es Cassy la que te traiciona. Tiene un nuevo pretendiente, y es tan extraordinario que un sujeto tan gris como su querido hermano marino no resiste la comparación.

La señora Austen se removió en el asiento, riendo entre dientes.

La aludida dejó la aguja y levantó la vista, horrorizada.

—¡Jane!

—¡Vaya, lo siento! Está claro que hablaba desde la ignorancia. No me hagas caso, Charles. En realidad, Cassy no tiene pretendientes después de todo. Y me gustaría señalar que, de forma específica, no tiene ningún pretendiente apellidado Hobday, Henry Hobday para ser precisos…

—… que es encantador y que, por cierto, heredará una hacienda en

Derbyshire —culminó su madre uniéndose al juego encantada.

—No, desde luego. Ella no ha hechizado a ningún caballero que coincida con esa descripción y esos datos. Ni mucho menos.

Cassy, ruborizada hasta la raíz del pelo y resentida hasta las entrañas, no dijo nada. Le encantaban las bromas en familia, pero no cuando ella era la víctima de dichas bromas.

—Estás molestando a tu hermana, Jane —amonestó el señor Austen —. Y debo señalar que no hay ninguna prueba de ese romance del que hablas.

—Eso se debe a que es un gran secreto. Tan grande que solo lo conoce todo el pueblo de Dawlish.

—¿Y tal vez el de Sidmouth?

—Sí, tiene usted razón, madre. He oído decir que hay reuniones en Sidmouth en las que no se habla de otra cosa.

—¡Ya está bien, por favor! —rogó Cassy—. Como puedes ver, Charles, Jane no ha mejorado en su comportamiento desde tu última visita. Su amor por la ficción ha saltado de sus páginas e impregnado la vida real. Me llena de tristeza afirmar que, últimamente, no dice nada más que tonterías. No se puede creer nada que salga de su boca.

Charles, aunque se estaba divirtiendo muchísimo, seguía siendo muy considerado y amable, y supo que era el momento de cambiar de conversación. Con habilidad de capitán, derivó el rumbo de la misma, entreteniéndolos con historias de su barco y descripciones de tierras lejanas.

Así, la familia recibió la puesta de sol con alegría. Cassy, ya recuperada y en calma, dejó de ser el objetivo de las bromas. Su padre no se cansaba de hacer preguntas y de indagar en las respuestas de su hijo. Su madre se balanceaba con suavidad y sonreía para sí, seguramente perdida en sus propios pensamientos. Ojalá su familia no estuviera recorriendo mentalmente los territorios de Derbyshire, aunque temía que así ocurriera. ¿Y Jane? Su hermana parecía más feliz y más viva que nunca en los últimos meses. Allí, en esa habitación, tenía todo lo que ella quería: una conversación interesante y sin inhibiciones propias ni ajenas; tiempo y espacio para escribir, y una audiencia inteligente que la escuchara; su familia arropándola, en un entorno en el que podía ser ella misma. Esas eran las condiciones de las que dependía su felicidad, o al menos su equilibrio personal. ¿Era demasiado pedir para una mujer? Solo esas pequeñas cosas. No necesitaba nada más.

Como estaba previsto, Charles no tardó en perder la paciencia con Dawlish. Tal como había predicho Jane, el agradable pueblecito no ofrecía suficientes distracciones para él. Era un hombre joven y lleno de energía, que había pasado mucho tiempo navegando y que, además, no pensaba que esa paz actual fuera a durar mucho. Le apetecía pasar un verano con vida social, gente moderna y a la moda. Y desde luego, querría que hubiera muchas jóvenes de su misma edad con las que coincidir en bailes y reuniones sociales. Así que, con esa perspectiva en mente, los Austen decidieron trasladarse a Teignmouth de inmediato.

La perspectiva proporcionó a Cassy un alivio enorme e instantáneo. Ni que decir tiene que ella no tenía ninguna necesidad de hacer vida social. Tampoco consideraba Dawlish un lugar demasiado sosegado para su gusto, todo lo contrario. Sin embargo, en él acechaba el peligro, del que quería escapar casi con desesperación. Había simulado dolores de cabeza, evitado visitas, huido a habitaciones oscuras y evitado ceder a las súplicas de su madre hasta casi la extenuación. Su comportamiento concitaba interés, y las reacciones a él eran siempre negativas. Por una vez, se dejaba actuar a Jane a su aire sin recriminaciones. La señora Austen había cambiado el foco de su atención maternal. Cassy era ahora el problema del que había que ocuparse.

—¿Y cómo te encuentras hoy, niña? —Su madre la miraba con los ojos entrecerrados desde el otro lado de la mesa del desayuno—. Espero que ya recuperada del todo, ¿no?

—Gracias por su interés, madre. Creo que algo mejor. —Cassy no se atrevió a concretar más. Lo cierto era que sí que estaba bastante más calmada, pues la sensación de amenaza había disminuido. Después de todo, ¿qué podría pasar? Iban a marcharse de Dawlish a la mañana siguiente.

—¡Fantástico! —exclamó Charles—. Os propongo que nosotros tres pongamos a trabajar estas piernas jóvenes y nos demos un buen paseo, más allá de los acantilados y hacia el interior. ¿Qué me decís?

—Nada me apetecería más —contestó Jane—. Ha sido muy triste para mí convivir con una hermana que no podía salir durante estos días. No te puedes ni imaginar lo que he sufrido, Cass, privada de tu compañía. Vayamos de pícnic para celebrar tu regreso.

Todo se acordó sin esperar a que la joven Cassandra estuviera de

acuerdo, así que pronto la vorágine de los preparativos la absorbió. No se podía confiar en ninguno de sus hermanos a la hora de recordar todo lo necesario, así que, por supuesto, fue ella la que tuvo que hacerse cargo. Preparar un buen pícnic era todo un arte, y resulta que esa era una de sus muchas virtudes.

Salieron poco tiempo después. Era la primera vez que tomaba el aire en más de una semana, y sus sentidos lo agradecieron mucho. Era cierto que las nubes ocultaban el sol y que el viento resultaba algo fresco, pero ¿acaso no eran esas las condiciones perfectas para caminar? Por no decir que tenía los mejores compañeros de caminata posibles, su hermana y su hermano. Caminaron frente al mar, torcieron hacia el pueblo y, para entonces, ya había recuperado el ánimo por completo. Reía feliz, y cualquier observador habría dicho que despreocupada. Pero en ese momento los otros dos se detuvieron y miraron a su alrededor, como si estuvieran esperando.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Os aseguro que no necesitamos nada más para el pícnic, tenemos todo lo que se nos pueda ocurrir.

—¡Aquí llega! —Charles alzó la mano y la voz—. ¡Hobday, amigo mío! Aquí estamos, encantados de que hayas podido unirte a nosotros. ¡Bonito día para caminar!, ¿no te parece?

—Buenos días a todos. —El señor Hobday se quitó el sombrero—. Estoy encantado de que me hayan invitado. Señoritas. Señorita Austen, es un placer muy especial para mí, hacía días que no la veía. Espero que se encuentre bien.

—Muchas gracias —tartamudeó Cassy, que no hizo bien la reverencia. No era capaz de controlar del todo sus extremidades.

—¡Fantástico! —exclamó Charles con gran satisfacción, como si todo marchara bien en el mundo entero—. ¡Adelante! Me han dio que si tomamos como guía este arroyo nos espera un paisaje espléndido y pintoresco. Y dime, Hobday, ¿qué haces en este pueblo? ¿Qué te parece? Yo no termino de pillarle el gusto…

Los hombres empezaron a andar a grandes zancadas, mientras Cassy se quedaba atrás. No tenía ganas de escuchar las opiniones del señor Hobday acerca de esto ni de aquello, no fuera a ser que estuviera de acuerdo con ellas. Una mañana de aprobación y coincidencia mutuas no sería de ninguna ayuda. Mejor vivir en la ignorancia para seguir albergando la esperanza de que fuera estúpido y se equivocara en todo.

—¿Te molesta mucho? —Jane, que caminaba a su lado, le puso la mano sobre el brazo.

—Sí, Jane. Me molesta mucho.

—Ha sido cosa de Charles.

—Y tú no sabías nada.

—Sí —reconoció su hermana, intentando mantenerse seria pero sin lograrlo, pues estaba demasiado contenta—. Lo sabía todo, y no veo nada de malo. Mientras soportabas tu… enfermedad, sea la que fuere, los dos se han hecho amigos. Parece que Charles se lleva extraordinariamente bien con él.

Otra conquista, pensó Cassy, irritada. ¿Por qué no la dejaba en paz?

—Lo cierto es que nadie consigue encontrar defecto alguno a tu señor Hobday. Parece el prototipo de la perfección masculina. El universo muestra su aprobación por unanimidad. Es exasperante. —Jane suspiró—. Sabes que, siendo yo una mujer con muchos y muy importantes defectos, aborrezco la ausencia de ellos en los demás. ¿Qué se puede hacer con alguien que no tiene margen de mejora?

Cassy rio.

—A mis ojos, tú no tienes defectos.

—No estoy de acuerdo, aunque me soportas mejor de lo que lo haría nadie. —De nuevo se había sellado la paz entre ellas—. Mi querida Cass, tú eres la que no tiene defectos, o al menos son tan escasos que te acercas a un estado que puedo tolerar. Mereces algo más que este precario futuro que nos espera. Esta negación de ti misma me parece absurda.

—¡Jane! ¿Por qué haces un drama de algo que ni mucho menos lo es? Nuestro futuro no se presenta precario. Tenemos a nuestros padres, al menos de momento, y Dios mediante, espero que por bastante tiempo. Tenemos cinco hermanos que nunca nos darán la espalda. Y lo más importante de todo, nos tenemos la una a la otra, al menos hasta que tú encuentres a alguien lo suficientemente bueno para ti. Pero, incluso cuando eso ocurra, no me moriré de hambre.

—¡No morirte de hambre! ¿A eso aspiras? «Aquí yace Cassandra Austen. No murió de hambre». —El tono jocoso de su hermana se volvió, casi grave—. No tengo una bola de cristal, por lo que no sé qué es lo que va a ser de nosotras, pero hay algo que sí que tengo claro: seremos pobres. Y, en poco tiempo, también viejas. Nos convertiremos en personas dignas de lástima o, todavía peor, de burla. Ese va a ser mi destino, y aunque lo temo de veras, ya lo he aceptado. Pero no tiene por qué ser el tuyo, Cass, querida mía. Te quiero por encima de todo y de todos. Pero no por eso tenemos que vivir como si fuéramos una sola. Somos dos mujeres diferentes. Te lo suplico… —Se detuvo y la tomó de las manos—. Si se te presenta alguna oportunidad de escapar a ese destino, no la rechaces.

—¿Qué tal por ahí detrás? Esto es una maravilla, ¿no os parece?

Los caballeros habían detenido la marcha, y las damas los alcanzaron.

—¡Desde luego que sí! —exclamó Jane—. Nos está encantando, ¿verdad, hermana? Nosotras estábamos celebrando nuestra buena suerte, rodeadas por tan espectacular belleza y en un día así de espléndido. ¡Qué afortunadas somos! ¡Nuestros agradecidos corazones se elevan hacia el cielo! ¡Qué gran plan haber venido aquí! ¡Qué gran idea la de ustedes, caballeros, el haber venido aquí hoy! Nuestra gratitud va más allá de las palabras que seamos capaces de pronunciar…

Fue un comportamiento tan típico de Jane que Charles, encantado, gruñó de placer.

—¿Qué te ha parecido, Hobday? En mi opinión, no lo suficientemente efusivo. ¿Estás de acuerdo?

—Lo estoy. Bastante pobre, la verdad. —El señor Hobday sonreía—. Esperaba más a la hora de ensalzar nuestra varonil excelencia. Hasta me hace pensar que tu hermana no está para nada agradecida.

—¿Podrías ofrecer un soneto, Jane? O incluso hasta dos. Dedicado a nosotros dos, a nuestra gloria. Sería muy apropiado.

—¿Un vulgar soneto? Demasiado corto, y demasiado fácil, además. Merecemos un poema épico, señorita Jane, largo y denso, al estilo romántico, por descontado. ¿Podría hacer que lo entregaran en mis aposentos esta noche?

—Empezaré a componerlo de inmediato. Se llamará *Sobre Dawlish*.

—Asegúrate de incluir esa rueda de molino de ahí —indicó Charles —. Yo mismo me siento poético al mirarla: algo así como… moviéndose como el tiempo… más o menos.

Sus hermanas estallaron de risa.

—Charles, eres incorregible.

—Bueno, bueno… pero ¿qué me decís de ese anciano de ahí, labrando el campo? Se va a romper el espinazo, el pobre.

—Ojo, Austen —advirtió Hobday—. No has apreciado la relación entre el campesino y la poesía. Me temo que, sean las que fueren sus miserias y dolores, incluso aunque sus hijos sufran o rujan de hambre, la poesía solo debe captar su pastoral felicidad, sin más.

—¿Lo ves? —casi gritó Jane—. El señor Hobday capta a la perfección el concepto. Creo que no voy a molestarme en incluir gente en mi poema. Siempre me resulta complicado y ridículo. Me implicaría en sus problemas y perdería el hilo. Un momento. —Se interrumpió y miró a ambos lados—. ¿Han visto como ilumina ese

rayo de luz la cara de mi hermana? Creo que a eso sí que le voy a dedicar una línea o dos.

—¿Y por qué no una estrofa entera? —El señor Hobday sonrió mirando a Cassy, y esta le devolvió un intenso sonrojo. Al verlo, Jane y Charles se alejaron a toda velocidad.

Y allí se quedaron, solos en la falda de la colina. El mar brillaba en la distancia. Las nubes de por la mañana habían desaparecido y el sol parecía bendecirlos. No había ningún otro paseante alrededor.

—¿Qué pasó? —Preguntó Jane en el dormitorio—. ¡Dímelo, Cassy, ahora mismo! ¿Se declaró?

Cassy estaba en la cama, procurando que su corazón se calmara. Había abandonado el sombrero en el suelo y el pelo le caía sobre el rostro.

—Sí, se declaró. —Se dio la vuelta para que no la viera y lloró.

—¿Y bien? —Jane se acercó a la cama y la sacudió agarrándola de los hombros—. ¿Y cuál fue tu respuesta? ¿Qué respondiste?

—Lo rechacé. —Ahogó las palabras hablando contra la almohada.

—¿Qué lo rechazaste? —exclamó Jane.

—¡Baja la voz, Jane! Madre está abajo. —¡Pobre madre! Había que evitar que se enterara de eso—. Sí. Lo rechacé. No me ha gustado nada que os pusierais de acuerdo para dejarme a solas con él. Pero qué le vamos a hacer. —Se sentó en la cama y se secó la cara con el pañuelo —. Ya está hecho.

Jane se puso de pie y empezó a pasear por la habitación.

—No te entiendo. No soy capaz de entenderte. ¿Pero qué defecto puedes ver en él? ¿Qué más podrías pedir? Un partido como este, a la edad que tienes… ¡ni siquiera sería creíble en una novela! —Miró por la ventana y guardó silencio durante un momento. Después se volvió y abrazó a su hermana—. Por favor, al menos intenta explicármelo — suplicó con mucha ternura.

—Yo…, yo… —El mar de lágrimas volvió a anegarle los ojos—. No puedo casarme con él. Es imposible. Le prometí a Tom que no lo haría.

—¿A Tom? —La perplejidad de Jane era genuina—. Pero si Tom no sabía nada del señor Hobday…

—En nuestro último día en Kintbury, justo antes de que partiera… estábamos en la iglesia. —Cassy luchaba contra sí misma. Nunca se lo

había contado a nadie—. Frente al altar. Estábamos ante Dios, Jane. Y le prometí con toda la seriedad y la fe que tenía, que o me casaba con él o no me casaría con ningún otro. Nunca.

Jane, horrorizada, dio un paso atrás.

—¿Y Tom se atrevió a pedirte eso, o a aceptarlo?

—No. Por supuesto que no. Me rogó que no me sintiera obligada si él faltaba. —Se sonó la nariz—. Pero yo me siento obligada, del todo. No puedo traicionar la palabra dada. O el destino volvería a castigarme.

—¡Cassandra! Te castigó, desde luego. Pero… ¿Qué vaya a castigarte otra vez? ¿Qué es esa tontería digna del Antiguo Testamento? ¿Quién es ese Dios cruel del que hablas? Podríamos hablar con padre…

—¡Nuestros padres no deben saber nada de esto! ¡Nunca! —La convicción de Cass al respecto era total—. Nunca me lo perdonarían, y además sería inútil. No voy a cambiar de opinión.

Las dos hermanas se tumbaron una junto a la otra. Jane la abrazó con fuerza, su hermana no dejaba de sollozar. Poco a poco se fue calmando.

Al cabo de un rato, cuando estaba más tranquila, no pudo resistir la curiosidad.

—Por favor, Cass, ¿me podrías contar qué fue lo que te dijo? ¿Lo hizo bien?

Cassy la miró y sonrió.

—Supongo que no te sorprenderá saber que lo hizo de maravilla. Me ama desde la primera vez que puso los ojos en mí. Fue lo suficientemente discreto como para hacer referencia a mi belleza, pero sin convertirla en el tema principal. Habló mucho más de la inteligencia, la discreción, la agudeza y el… bueno…

—¡Sigue, sigue!

—El… mi carácter y lo bueno que es, al menos desde su punto de vista. Dijo que ha percibido que tengo el don de mejorar las vidas de los que están a mi alrededor. —Movió la mano como si quisiera alejar semejante afirmación—. No obstante, no te puedo decir cómo ha podido llegar a tales concusiones.

—Sea como fuere, tiene toda la razón, es tu don, querida mía. Y ahí tienes un hombre que ha sido capaz de percibirlo. —Jane suspiró—. ¿Cómo se tomó el no?

—Pues muy bien, cómo no. Se quedó triste, pero lo respetó. No intentó persuadirme. Aunque me rogó que dejara que me escribiera en el futuro.

—¿Y le diste permiso?

—Sí, aunque ahora lo lamento mucho. Pero en ese momento… ¡Oh, Jane! Fue horrible, y me pareció que era lo menos que podía hacer.

—Entonces seguro que aún alberga esperanzas —se animó Jane—. Podría pedirte la mano de nuevo.

Jane se levantó, se recompuso y bajó a ver a la familia para decirles que las jaquecas habían vuelto y que ella misma había presenciado lo mucho que sufría Cassy.

Aceptaron lo que dijo sin más. Su hermana se quedó en el dormitorio sin que nadie la molestara.

Capítulo 18

Kintbury, abril de 1840

ERA EL FINAL de la tarde. *Príamo* la guiaba por el sendero que, atravesando el cementerio, conducía hasta el porche de la iglesia. Llegó y se sentó a esperar. Sintiendo que estaba allí por alguna razón, Cassandra abrió la pesada puerta de roble, entró e, inmediatamente, se sintió superada.

La Casa de Dios, cuando estaba vacía, se comportaba de una forma completamente diferente a como lo hacían las casas de los hombres. No perdía fuerza, no dependía de la gente, de sus personalidades ni del ambiente que proporcionaran. Todo lo contrario. Libre de devotos y de urgencias, aparecía firme en su propio esplendor, confiada en su propósito. Fría y húmeda, sí, pero rica en su magnificencia.

Cassandra recorrió el pasillo central y, sola frente a su Dios, se arrodilló en un reclinatorio para estar en Su compañía durante un rato. Se fijó en el altar, lóbrego en su atavío de Cuaresma, y regresó a aquella noche de invierno de hacía muchos años, cuando estaba decorado para la fiesta de la Epifanía y en la que estuvo allí con Tom. Los ojos de su mente conjuraron la presencia de aquella Cassy, delgada y guapa, haciendo una promesa que no debió hacer. ¡Qué irreflexiva había sido! Impulsiva, desmedida, tanto como para tentar a la suerte. Incluso en aquel entonces ese comportamiento no cuadraba con su carácter. Hubo momentos, tanto en Dawlish como después, en los que hasta le reprochó a Dios que le hubiera permitido actuar como lo hizo. Fue testigo de lo que pasó, ante este mismo altar. ¿No podía

haber actuado para que su joven hija recuperara la cordura?

Pero en ese momento, allí sentada de nuevo, vivió su propia y pequeña epifanía. Reflexionando, pudo ver que la promesa se había convertido en un regalo, que le había proporcionado una coartada y la capacidad para rechazar al buen señor Hobday. El rechazo la condujo, por caminos torcidos e insospechados y evitando senderos ciegos, a su particular final feliz. Así que incluso se podría decir que no había sido la tozudez de una joven estúpida, sino el punto clave sobre el que se fundamentó el devenir de toda su vida.

Se puso de pie, salió de la iglesia y regresó a la vicaría a paso lento, pensando de nuevo en los acontecimientos y sus consecuencias. La ambigüedad de todo hizo que se le encogiera el corazón. Se sintió débil, superada, y deseó poder sentarse. Pero cuando llegaron a la cancela, su fiel amigo canino no la condujo hacia la casa, sino hacia el puente.

—*¡Príamo!* —Cass no quería dar ni un paso en esa dirección—. ¡*Príamo,* ven aquí! —Pero tampoco podía dejarlo allí, abandonado. Sin duda conocería el camino de vuelta, pues de hecho tenía bastante más sentido común que la mayoría de los seres humanos; no obstante, no podía arriesgarse a perder una criatura tan magnífica. Así que respiró hondo y lo siguió.

Más allá del puente estaba la Avenida, una calle larga y recta, flanqueada por imponentes castaños de Indias que conducía a la casa solariega. Y allí, más o menos a medio camino, vio la somera figura de Isabella en plena conversación seria con un caballero alto y vestido de negro. Seguramente *Príamo* había captado la voz de su ama. Al acercarse, pudo apreciar que fuera lo que fuese de lo que hablaran, se trataba de un asunto complicado. También el perro debió de advertir su incomodidad. Finalmente llegaron a su altura.

—Oh, Cassandra. —Isabella estaba temblando, al borde de las lágrimas—. Me alegro de verte.

¡Por favor, no más dramas estilo Kintbury! Se le estaba agotando la energía.

—Quiero presentarte al señor Dundas, que va a suceder a mi padre y a asumir el cargo de vicario de Kintbury. El señor Dundas acaba de informarme de que le gustaría que abandonásemos la casa dentro de la próxima quincena.

—¿Dentro de la próxima quincena? —repitió Cassandra—. Pero eso es demasiado precipitado. Dos meses, señor Dundas. La familia que se va a retirar siempre cuenta con dos meses para hacerlo. Es una costumbre casi tan antigua como la Iglesia.

—Cuando se trata de una familia, sí, ese plazo de puede considerar apropiado. Pero aquí no hay una familia como tal. —El señor Dundas se expresaba con la confianza y el encanto de aquel que está muy al tanto de su posición ganadora—. En la casa solo está la señorita Fowle, así que no percibo que resulte excesivamente difícil. Estoy deseando tomar posesión de mi puesto y hacer lo mejor para la parroquia, señorita…

—Austen. —Cassandra había aprendido a estar atenta ante los despliegues de encanto. En muchos casos, el «encantador» tendía a abusar de los «encantados» en la implacable búsqueda de la consecución de sus objetivos.

—¿Señorita Austen? —El señor Dundas inclinó la cabeza—. ¿No será usted pariente de la otra señorita Austen, la gran novelista?

Asintió, y se mantuvo con la guardia bien alta, de momento.

—¡Qué coincidencia! Soy su mayor admirador.

Cassandra empezó a poner en duda su primera impresión acerca del caballero. Al parecer no solo tenía buenos modales, sino algo más.

—Por favor, permítame besar la mano de alguien que ha tocado alguna vez a nuestra admirada Jane. Es lo más cerca que estaré nunca de ella.

¡Se acabaron las dudas! Inmediatamente volvió a colocar al individuo en el mismo mal lugar que al principio, o incluso en uno peor.

—No puede ni imaginarse lo triste que me sentí al saber que nos había dejado tan temprano. Pasé varios días hundido tras saberlo.

—Entonces lo único que puedo hacer es indicarle lo mucho que me apena su gran pérdida personal —dijo Cassandra con mucha calma.

—Gracias, es usted muy amable. He leído todas sus obras. Bueno, supongo que la mayoría de ellas. ¿Cuál es la del clérigo…?

—Bueno, no resulta fácil saber a cuál de ellas se refiere. En sus obras aparecen infinidad de clérigos… Todas…

—*¡Mansfield House!*[4] Sí, esa es. Mi favorita, por encima de todas. La leo una y otra vez. Lo bueno de su hermana, y poca gente lo capta, es que su conocimiento de las personas, y de ciertos entornos, era tan profundo que resultaba único.

—¿Ah, sí? —Cassandra empezó a andar en dirección a la casa. El señor Dundas empezó a caminar junto a ella e Isabella los siguió por detrás.

—Y me parece a mí que, en cierto modo, ha debido de beneficiarse de la excelente educación que generalmente está reservada para los caballeros ingleses. ¿Cabe la posibilidad de que se educara con un

maestro erudito, y no simplemente con una institutriz? —Cassandra se dio cuenta de que se trataba más de una reflexión que de una pregunta—. Y creo también, de hecho estoy seguro, de que viajó mucho y que fue huésped de muchos de los salones pertenecientes a los mejores miembros de la sociedad. Puedo decirle con toda certeza que estuvo una vez en Bath, pues mi hermano tuvo la fortuna de coincidir allí con ella.

—¿Lo hizo? —Cassandra recordaba el momento con toda claridad. Ella había acudido al restaurante Pump Room con sus padres, pues no consiguieron convencer a Jane de que los acompañara. Así que el señor Dundas había conocido a «la otra» señorita Austen. Muy a menudo, una verdad débil no debe estropear una anécdota potente.

—¡Me dijo que era la criatura más brillante que había visto en su vida!

Al menos eso era de lo más gratificante. Pensándolo bien, recordaba que en aquel momento estaba en bastante buena forma.

—Su situación actual me da qué pensar —continuó—. No debe ser agradable, ¿verdad? A veces me pongo a pensar en la forma tan aleatoria en que se reparten las buenas cualidades dentro de una familia. Ahí tiene a su hermana, un mujer extraordinaria que, si hay justicia en el mundo, será objeto de interés para las generaciones futuras. Y a su lado usted, señora, que por los caprichos del destino… —Se detuvo un momento, y por primera vez a lo largo de la conversación pareció mostrar un atisbo de inseguridad.

—¿No despierto el interés de nadie? —completó ella adelantándose solícita—. Creo que nos vamos por aquí, ¿verdad, señorita Fowle? Si usted se dirige a su iglesia para ejercer su ministerio, algo de suma importancia, por supuesto, no queremos retenerlo más, señor Dundas.

Hicieron los gestos de despedida de rigor y él se perdió en la distancia poco después.

—Isabella, ¿vas a hacer caso de lo que te ha pedido? —preguntó Cassandra con suavidad una vez que se quedaron solas.

—No parece que me quede más remedio. —Isabella casi sollozaba —. Se ha mostrado de lo más comprensivo con mi situación, y además no cabe duda de que lo primero es la parroquia. El señor Dundas es un hombre impecable en todos los aspectos. Ha sido muy halagador con tu hermana, ¿no te parece?

—Sin duda. Estaba encantada. Pero querida, vamos a ver: ¿has encontrado ya un sitio adonde ir?

Habían legado al camino de la vicaría.

—No, ni mucho menos. —Volvió a sollozar—. Me atrevo a decir

que todo es culpa mía. Normalmente es así. Al menos, es lo que me dirían mis hermanas. Siempre he permitido sin poner pegas que otros tomasen decisiones por mí. Soy una criatura despreciable, abyecta y torpe.

Cuando llegaron se encontraron con Dinah en la puerta, que esperaba para recoger sus prendas de abrigo.

—Seguro que hay algún lugar en el pueblo que resulte conveniente —dijo Cassandra mientras se desanudaba el sombrero—. Tienes algo de dinero, Isabella. El suficiente para procurarte un techo adecuado. Recuerda eso, querida. No está todo perdido.

Isabella se desabrochó el abrigo.

—Sí, por supuesto, algún lugar. Encontraré algún lugar. —Miró el agradable vestíbulo y la autoconmiseración regresó de inmediato—. Lo que pasa es que no volveré a tener un verdadero hogar. —Buscó el pañuelo en el bolso, se sonó la nariz y se animó un poco—. De todas formas, ayer escuché algo acerca de una casa aquí en el pueblo. —Volvió el gesto de abatimiento—. No, no servirá. Está fuera del alcance de mis escasos medios. Solo podría aspirar a ella si mis dos hermanas vinieran conmigo. Gracias, Dinah, eso es todo.

La criada se quedó donde estaba.

Cassandra pensó en que sería una buena solución. Una casa para tres mujeres, de forma que todo quedara bien conectado. Era lo que venía buscando desde su llegada: la Santísima Trinidad de la perfección doméstica. Era el momento de intervenir de forma decisiva y sabia.

—¡Esta misma mañana he hablado con tu hermana Elizabeth! —declaró muy satisfecha—. Está dispuesta a compartir casa contigo si a ti te parece bien y lo quieres así.

Avanzaron hacia el salón, con Dinah pisándoles los talones.

—Y estoy segura de que también podríamos convencer a Mary Jane. Creo que no se siente del todo segura en esa casa.

Dinah salió volando de la habitación, y Cassandra rezó por que hubiera ido a preparar el té para ellas.

—¡No sabes cómo te envidio! Irse a un lugar nuevo es algo que suele entusiasmar, y además, en este caso, va a ser el primero de tu propiedad —continuó Cassandra—. Piensa en eso, querida. Muchas mujeres terminan siendo miembros marginales de sus familias, procurando no interponerse ni molestar. ¡Vas a tener un salón! Y hasta puede que un jardín. Nosotras hemos disfrutado mucho con el nuestro en Chawton. Un trocito de tierra propio, a nuestro gusto; un pequeño rincón de la gloria que constituye un pueblo de la campiña inglesa: es

lo máximo que se puede desear en esta vida nuestra.

Se sentía muy feliz por el futuro que su sobrina estaba en condiciones de afrontar. Viviendo solas, esas tres mujeres podrían descubrir los verdaderos vínculos de la sororidad y aprender que ese era en realidad el más feliz de todos los finales felices. Al fin y al cabo, los hombres no eran requisito de…

Sonó un estruendo procedente de la despensa. Isabella se levantó y salió corriendo. Cassandra permaneció sentada, intentando imaginar qué habría podido pasar. Desde luego, Dinah no era una de esas sirvientas que se lo ponen fácil a los dueños de una casa, y la aparente confianza que Isabella sentía hacia ella era difícil de explicar. En cualquier caso, no tenía por qué involucrarse en lo que sucediera entre bastidores. Había asuntos más importantes de los que preocuparse.

Volvió a su habitación, abrió la maleta y sacó la extraordinaria nota firmada por Jane. «¡Mi hermana está profundamente enamorada!». Una vez más, las palabras parecían sobresalir de la página, y se le clavaban directamente en el corazón. ¿En qué estaba pensando Jane para dejar eso por escrito? Cassandra volvió a horrorizarse, pero también se reconfortó enseguida. Seguramente había sido producto de un momento de exaltación. Seguro que no habría más violaciones de su privacidad.

Se recompuso y pasó a leer la siguiente carta del montón.

Teignmouth.
10 de julio de 1802

Mi querida Eliza:

Me has rogado que te informe acerca de la evolución de la historia, y así lo hago, aunque con todo el dolor de mi corazón. Y es que, pese al entusiasmo y optimismo iniciales, parece que, una vez más, vamos a quedar decepcionadas.

Debo decirte para empezar que el caballero no ha sido ni mucho menos el causante de la decepción. De hecho, todo lo contrario. A lo largo de nuestra estancia ha demostrado ser un buen hombre, al que los que queremos a Cassy nos hubiera gustado ver junto a ella; el último día de nuestra estancia se le declaró, tal como esperábamos. Desde el principio estuvo claro que la atracción era mutua, lo cual era incluso demasiado bueno para ser verdad. ¡Pero, pese a todo, Cassy lo rechazó! La locura que se oculta tras dicho rechazo me deja casi inerme.

Como bien sabes, no soy partidaria del matrimonio sin más, aunque sí en el caso de que el enlace sea adecuado, y este sería, hubiera sido, mucho más que eso, hubiera sido espléndido. ¡Imagínate, Eliza! A mi hermana se le ofreció un futuro más que confortable: riqueza, estabilidad, amor y respeto; sin embargo, optó por la inseguridad. Debo decirte que luché por comprenderlo. Novia afligida, hija solícita, tía amorosa… esos son los papeles que ha desempeñado, va a desempeñar y seguirá desempeñando. ¿Objeto de deseo del corazón de un caballero? Ese papel lo rechaza.

Sé que nosotros, mis padres y yo, dependemos mucho de ella. Se teme que no sepamos valernos sin su presencia y ayuda, y aunque hay algo de lógica en ese temor (yo soy culpable de un exceso de dependencia, como lo es mi madre), voy a poner todo mi empeño en demostrarle que no es fundado. Pero la verdadera razón de su rechazo radica en otra cuestión. Si a mi hermana se le puede reprochar algo es la negación continua de sí misma. Te voy a explicar el porqué de su reacción.

Al parecer, se siente en deuda con Tom, una deuda ligada a algo así como «una promesa», aunque me siento inclinada a creer que tiene que ver con el legado que le hizo, y también con tu familia. Estamos muy agradecidos, porque habéis seguido tratándola como una más de vuestra familia, y el cariño, la amabilidad y la apertura que le has mostrado en estos tiempos tan oscuros ha sido encomiable, ejemplar. Pero estoy segura de que serías feliz, al igual que nosotros, viendo como finalmente construye una nueva vida, totalmente para ella. Si hay ocasión, ¿podrías buscar una manera de transmitirle una especie de absolución por parte de los Fowle?

Si todos jugamos bien nuestras cartas, estoy segura de que él solo necesitaría un ligero empujón para volver a pedir su mano. Tiene su orgullo, como todos los hombres, pero no tanto como para renunciar a ella, por lo que es maleable. Algunos de los mejores matrimonios que conozco necesitaron al menos dos peticiones para llegar a buen puerto, ¿no te parece?

Y si eso no funciona, me veré obligada a hacer algo drástico. Prefiero sacrificar mi propia felicidad para evitar que Cassy se martirice de esa manera.

Con mis mejores deseos:
JANE AUSTEN.

4 N. de la Ed.: Se refiere a *Mansfield Park,* que fue escrita por Jane Austen entre 1812 y 1814 y publicada en mayo de este último año.

Capítulo 19

Manydown, diciembre de 1802

—¡**El auténtico** príncipe de los días, y en el auténtico rey de los condados! —exclamó Jane, tomando del brazo a su hermana—. ¡Qué alegría volver a pisar suelo de Hampshire!

Estaban en Manydown, un lugar que resultaba ser uno de los pocos preferidos de Jane, con las señoritas Bigg, que, mire usted por donde, también eran dos de las pocas personas a las que prefería. Un poco de buena suerte y un mucho de actividad conspiratoria les había llevado allí a pasar tres benditas semanas. En realidad deberían estar con James y Mary en Steventon, y habían sobrevivido casi diez días bajo el techo de la rectoría. Pero el efecto de la estancia sobre Jane, a causa del desencanto por volver a visitar su hogar de infancia y juventud, unido a la irritación de tener que soportar las normas y el gobierno de la nueva dueña, había sido tan nefasto que Cassy llegó a estar muy preocupada.

Así que emprendió la tarea de hablar discretamente con Catherine y Alethea, y las dos maravillosas mujeres acudieron al rescate. La alegre casa y la amplia y agradable hacienda obraron el milagro de inmediato. Jane ya estaba casi recuperada. Las cuatro amigas caminaban por un campo que crujía al pisar, debido a la sequedad de aquel invierno, y Cassy podía respirar hondo, aliviada y sin angustia ante la mejora del ánimo de Jane.

—¿Os hacéis una idea de lo privilegiadas que sois, chicas? Tener tanto terreno a vuestra disposición. Caminar y poder pensar en medio

de tanta y tan incalificable paz. Si no se ha conocido otra cosa, resultaría difícil darse cuenta de la maravilla que es.

—Por supuesto que somos conscientes, Jane, te lo aseguro. —Habían llegado a la escarpa. Más adelante había un puente, pero de pequeñas no lo habían cruzado nunca, y ahora preferían rehuirlo. Por su parte, Alethea se levantó las faldas y cruzó el vado de un salto. Aterrizó con gracia y suavidad y esperó a las demás.

—Siempre hay una amenaza cerniéndose sobre nosotras, lo que ayuda bastante a que nos concentremos en disfrutar de tantas bendiciones. —Estiró la mano para ayudar a Cassandra—. No podemos olvidar que, algún día, nuestro hermano querrá establecerse aquí con su esposa, que se mostrará reacia a tener a sus hermanas políticas alrededor, envejeciendo y poniéndose pesadas.

—¡Sois las mujeres menos pesadas que conozco! Aunque, en realidad, ¿quién puede ponerse pesado en Manydown? Hasta a mí se me han olvidado los dolores y las cuitas. —Jane también saltó el vado sin ayuda—. Y estoy segura de que si fuera yo la futura señora de Harris Bigg-Wither, querría tener a mi alrededor a todas las hermanas que hubiera, y después recorrer las calles para reclutar más. —Recorrió el prado con paso firme y rápido, ahuyentando ovejas según avanzaba—. En cualquier caso, tu hermano todavía es joven, le faltan aún bastantes años para casarse, y mientras viva vuestro padre podéis contar con esta hacienda como vuestro hogar. Nosotras ahora hemos adquirido una nueva dimensión a la hora de entender lo que significa esa sencilla palabra, hogar. ¿Verdad, Cassandra?

—Bueno… —Cassy la tomó del brazo una vez más, un gesto que buscaba mantener alejados los demonios—. Nuestra vida tampoco es tan mala. Bath tiene sus entretenimientos.

—¡Desde luego! —Catherine se unió a la charla—. Jane, te olvidas de lo que te aburría la vida social de Hampshire. Siempre las mismas, viejas y conocidas caras en la reunión de Basingstoke… Últimamente apenas la frecuentamos. Sin vosotras dos aquí para reírnos, las tardes se hacen interminables, no puede decirse de otro modo. Allí por lo menos tenéis carne fresca…

—¡Ag! —Jane retiró la cara con gesto de disgusto—. Ni se me ocurre, temo envenenarme. —Llegaron a lo alto de la colina y se detuvieron para disfrutar de la vista que se desplegaba ante ellas—. ¡Mirad! Un paisaje para las generaciones actuales y venideras. Esta es la sustancia de la vida. He aquí un lugar apropiado para ser feliz.

—¿Esto es todo lo que pides? —preguntó Cassy sonriendo—. ¿Solo un trozo de ciento cincuenta acres de colinas ondulantes?

Todas se rieron de su ocurrencia.

—Soy un alma cándida y simple, Cass —dijo Jane riéndose de sí misma—. De ambiciones modestas. Algo como Manydown me podría servir, sí.

La cena de esa noche fue inusualmente alegre. No eran demasiados, lo cual era una suerte, dado que Jane nunca había disfrutado mucho de las reuniones multitudinarias. Pero se trataba de una reunión feliz: solo las hermanas Austen y las Bigg, el padre de estas, el señor Lovelace Bigg-Wither, y su único hijo varón.

La fortuna había sido muy específica en el reparto de regalos a la familia Bigg-Wither: ambas hijas habían recibido gracia, inteligencia y encanto en abundancia, mientras que el hijo había sido bendecido sin más con un apellido señorial que le permitiría heredar algún día la hacienda y la fortuna familiares.

Harris Bigg-Wither era el benjamín de la familia, y de niño había padecido la indignidad de sufrir un tartamudeo terrible. Ahora, a sus veintiún años, ya no era el pobrecillo que había sido cuando las hermanas Austen lo habían visto por última vez. Había crecido mucho y la extraña distorsión del habla que tenía se notaba mucho menos. La mejora era evidente, y las hermanas Austen la celebraron debidamente. Por lo que respecta a la evolución de su intelecto, el interés de sus opiniones o la solidez de su razonamiento, eso era harina de otro costal, y no había elementos de juicio a esas alturas. Porque aunque el señor Bigg-Wither hijo había aprendido a hablar lo suficientemente bien como para no causar excesiva vergüenza propia ni ajena a los que le escuchaban, lo cierto es que hablaba lo menos posible. Su aflicción de juventud lo había convertido en un ser tímido, y la compañía de esa noche no requería de sus intervenciones: la charla estaba copada.

—Qué pena para el vecindario que vuestra familia nos haya dejado —decía el señor Lovelace Bigg-Wither—. Nunca entenderé por qué vuestro querido padre decidió retirarse tan pronto.

Cassy miró a Jane, que estaba al otro lado de la mesa, y compartieron una sonrisa. ¿Cómo era posible que un terrateniente pudiese apreciar los placeres del retiro cuando nunca había experimentado los inconvenientes del trabajo?

—Creo que ya era demasiado para él —explicó Jane—. No solo le

empezaban a pesar las responsabilidades de la iglesia y los parroquianos, sino también la gestión de la tierra. Creo que eso le pasó factura.

—Bueno, querida, si tú lo dices tendrás razón, pero yo siempre he pensado que ser el rector de una pequeña parroquia campestre es una posición de lo más envidiable. Ni comparación con la onerosa carga de gestionar una buena superficie de tierras propias. —Se metió un trozo de carne en la boca y lo masticó en pensativo silencio—. ¿Y por qué no se han establecido vuestros padres aquí, en Hampshire? ¡En Bath, nada menos! ¡Precisamente en Bath! No tiene el menor sentido.

—En eso estamos de acuerdo, señor Bigg-Wither —dijo Jane muy convencida—. He comprobado en carne propia que las ciudades en general no tienen demasiado bueno que ofrecer. ¡El ruido, el humo, la presión de la gente! Puede merecer la pena visitarlas una o dos veces, sí, pero nada más.

—Exactamente, señorita. —El señor Bigg la apuntó con el tenedor para expresarle que estaba de acuerdo, y la miró con aprobación a través del mar de pelo de las cejas—. Mi querida difunta esposa, Dios la tenga en su gloria, me arrastraba muchas veces a Londres prometiéndome incontables diversiones. Yo me encerraba en mi club todo el día, a veces dos días seguidos, y volvía aquí lo más deprisa que podía. —Pinchó una patata—. Ahora ni me acerco. ¡Londres, por Dios bendito! Pone enfermo a cualquiera.

Cassy se vio obligada a intervenir.

—Mis padres pensaron que para pasar el invierno Bath podía suponer un cambio agradable, y además están disfrutando mucho pasando los veranos a la orilla del mar.

—¡La orilla del mar! ¿La orilla del mar? —El caballero carraspeó—. Entonces es exactamente lo que me temía: han perdido el juicio. ¿Para qué quiere nadie estar a la orilla del mar? ¿Y qué pasaría con la belleza de nuestro Hampshire? No podríamos verla. Además, estando aquí, gracias al buen Dios, no podemos oler el mar. —Puso cara de desagrado—. Hasta podemos actuar como si no existiera.

—Padre, el mar está muy de moda —dijo Alethea—. Ahora dicen que es muy bueno para la salud.

—¡Ya! ¡Te matará en cuanto te tenga a tiro! —Concretó aún más su ominosa advertencia—. Solo un condenado loco puede pensar que aporte beneficios y confiar en él. —Volvió a hundirse en el asiento para seguir comiendo.

—Señor, tengo la obligación de decirle que coincido plenamente con usted. Cuando se conoce Manydown, las ganas de viajar

desparecen por completo. Si se conoce la perfección, por qué ir en busca de la deficiencia? —Las palabras de Jane buscaban que su anfitrión recuperara el buen humor—. Tengo el mismo sentimiento respecto a Steventon. Les estoy muy agradecida a mis padres por haberme permitido conocer otros lugares diferentes, pero lo único que he aprendido durante los viajes es esto: no hay ningún lugar que supere a Hampshire, al menos por lo que a mí respecta.

Las damas dejaron la mesa para que los caballeros pudieran degustar tranquilamente su oporto. Atravesaron el vestíbulo, donde el blanco y frío mármol quedaba suavizado por el resplandor de las velas, y la escalera de piedra parecía danzar y retorcerse con la elegancia de una bailarina de *ballet.* Jane suspiró y apretó del brazo a su hermana.

—¿No te parece que esto es la gloria?

—Es maravilloso, sí. —Le dio unos suaves golpecitos—. Y puede que tú hayas bebido un poquito de vino de más.

Jane gorjeó una risita.

—¿Y quién me lo va a echar en cara? Aquí se está de maravilla, y nadie sabe cuándo vamos a tener una experiencia parecida. Quiero almacenar sensaciones como un camello almacena el agua para enfrentarse a una larga e intensa sequía.

Ya en la sala de estar, Cassy se sentó junto a las demás en el sofá mientras Jane se acercaba al pianoforte y levantaba la tapa.

—¡Qué instrumento tan magnífico! —exclamó mientras acariciaba las teclas.

—¡Y qué desperdiciado con nosotras, criaturas inútiles! —dijo Alethea—. ¿Por qué no tocas, Jane? Tenemos pocas oportunidades de escuchar música.

—Me temo que ya no soy la pianista que era —dijo sentándose—. Todos estos cambios han traído consigo mucha menos práctica. Puede que te arrepientas de habérmelo pedido. —En cualquier caso, empezó a tocar una obertura de Bach que a Cassy le gustaba mucho. La trasladó al vestidor de su habitación en Steventon, es decir, a su pequeño mundo cerrado y sin peligro.

Jane seguía tocando cuando el señor Bigg-Wither padre entró y se aproximó a ella.

—Señorita Jane, le ruego que me perdone. Vengo a darle un mensaje. Si es usted tan amable, mi hijo le ruega que vaya a verlo a la biblioteca.

Cassy se puso rígida, miró a su alrededor y captó como Catherine y Alethea compartían miradas cómplices. La asaltó un presentimiento.

Estaba claro que a su hermana no.

—¿En la biblioteca? ¡Encantador! —Se levantó y rio de nuevo. Era evidente que había bebido demasiado vino en la cena—. Me encanta ir a una biblioteca, en cualquier circunstancia. —Salió de la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó Cassy a sus anfitrionas procurando aparentar calma—. ¿Por qué este misterio?

—No podemos saberlo —respondió Catherine con una sonrisa de lo más significativa—. Pero todo se revelará en su momento.

No tuvieron que esperar demasiado. El joven señor Harris Bigg-Wither hijo llegó al salón de estar al cabo de unos minutos, llevando del brazo a Jane, sonrojada.

—Padre, hermanas, señorita. Tengo el inmenso placer de anunciarles que —hizo una pausa, tanto efectista como para controlar el tartamudeo— la señorita Austen ha aceptado amablemente ser mi esposa.

La familia se acercó a la pareja para celebrar el acontecimiento. Cassy era incapaz de moverse. ¡Era una locura! Se sugirió un brindis, se llenaron vasos, se deseó mucha salud y felicidad, y ella siguió observándolo todo sin levantarse. ¿Es que nadie más se daba cuenta de que era una absoluta locura? ¡Todo estaba mal! Bueno, todo menos el escenario, desde luego. La noche, el salón de estar, la luz de las velas, el aspecto de la pareja, aturdida pero radiante. Sí, el escenario era exactamente el que debía ser.

Todo como debía ser. Y, sin embargo, a ojos de Cassy, no había nada en su sitio.

Bastante más tarde, por fin pudieron cerrar la puerta de su dormitorio y hablar sin restricciones.

—¡Jane querida! ¿Pero qué demonios has hecho?

—Bueno, por fin una reacción. ¿Es que no vas a felicitarme por el esplendor de mi emparejamiento?

—Sí, Jane, por supuesto. Te expresaré mi alegría y mis jubilosos sentimientos, y te bendeciré y besaré. Pero una vez que me asegures que estás enamorada del señor Bigg-Wither. —El tono de voz se hizo más agudo—. Y que lo admiras más y más allá que a otros caballeros. Que es el compañero que has elegido para el resto de tu vida.

—Eso no puedo hacerlo, por supuesto. —Jane se sentó en la cama y la miró con una sonrisa tensa en el rostro—. Ni tampoco él podría

decirlo de mí, me atrevo a pensar. De hecho, no estoy muy convencida de que le guste especialmente. Pero cuando cae el maná del cielo, cosa que es la primera vez que me ocurre en la vida, es absurdo no aprovecharlo.

—Pues claro que le gustas. Si no fuera así, ¿por qué demonios crees que iba a haber…?

—¡Vamos, Cass! Un chico soso y al parecer corto de luces que crece junto a dos hermanas tan inteligentes es poco probable que actúe según su propia voluntad. Me da la sensación de que, simplemente y por decirlo de alguna manera, me puse a tiro, él pensó que el enlace satisfaría a la familia y que, posiblemente, sería tan adecuada como cualquier otra de sus conocidas.

—Y entonces, ¿qué estás haciendo? —Cassy se arrodilló a sus pies —. Esto va contra todo lo que sientes y piensas. Es una burla a todo lo que has escrito y dicho sobre el matrimonio y el amor… en especial sobre el amor.

—¿Y cuánto sé yo? ¿Cuánto sé yo sobre el amor, o sobre cualquier otro asunto, si a eso vamos? —Jane estaba casi gritando—. Si te digo la verdad, cuando echo la vista atrás y recuerdo mi trasnochada confianza en mí misma, me estremezco. Antes de que nos marcháramos de Steventon, no entendía nada del mundo, de su malicia. ¡Las cosas que escribí, por Dios! —Se tapó la cara con las manos—. ¡Qué chica tan ingenua y estúpida! ¡Sí, estúpida! —Reflexionó un momento—. Y, después de todo, esto no supone una renuncia a mis, llamémosles, «principios». Siempre he mantenido la imposibilidad del amor sin el dinero, por lo que debe seguir albergándose la esperanza de que, con dinero, el amor puede aparecer y crecer con el tiempo.

—¿Y crees de verdad que eso podría pasar en este caso, que podrías llegar a amar al señor Bigg-Wither?

Jane suspiró.

—No puedo predecir tal cosa, por supuesto. Admito que es improbable. Es todo lo que puedo decir, y no es la primera vez que lo digo. —Agarró de las manos a Cass—. No podemos seguir así. Una de nosotras tiene que hacer algo que nos saque de esta lastimosa situación. ¿Por qué tiene que importarme qué tipo de hombre es en lo que se refiere a lo que piensa, o a sus hábitos? Apenas importa. Es de muy buena familia. No puede ser tan malo. Y piensa en esto, Cass: sus hermanas pueden quedarse aquí. ¡Estaremos a salvo! ¡Y juntas! —Miró de frente a Cassy y le acarició la cara—. Y ahora tú eres libre, mi niña querida. Libre de casarte con el señor Hobday.

—¡Jane! —¿Qué era lo que había detrás de todo esto? Se separó de ella y se puso de pie. ¿De verdad deseaba su hermana desatar una desastrosa competición entre ellas para provocar una situación que, al parecer, consideraba que sería mejor que la actual? Cassy nunca podría ser libre en un lugar extraño para ella como Derbyshire, especialmente si su hermana estuviera a muchas millas viviendo una vida miserable…

Se sentó de nuevo. Era la primera propuesta de matrimonio que recibía Jane, lo más cerca del matrimonio que se había encontrado en su vida, y en ese momento estaba demasiado trastornada como para considerarla con la seriedad debida. Cassy, por el contrario, lo había vivido ya dos veces, por lo que tenía la presencia de ánimo, la experiencia, la edad y la capacidad como para analizarlo todo adecuadamente y ver lo que de verdad implicaba. La imagen de los artículos para el afeitado sucios de Tom la asaltó como si fuera hoy… Por supuesto, había alguna posibilidad de que se llevara bien con el joven señor Bigg-Wither, aunque en realidad todas las pruebas apuntaban a que no sería así. Si estuviera segura y decidida de veras, no la alertaría. Pero, siendo la verdadera causa del matrimonio, sabiéndose la auténtica justificación del mismo… ¡Era impensable! No podía, ni quería, ni debía formar parte de todo esto.

—Tengo que decirte ahora que, sea lo que sea que hagas, eso no hará que me case con el señor Hobday. Lo he rechazado. Se acabó. Además, ya ni siquiera pienso en él..

No era cierto. Por supuesto que pensaba en él. Muy a menudo. Por medio de sus cartas estaba pasando de ser un extraño imposible de conocer a algo parecido a un amigo. Pero, de ser necesario por el bien de su hermana, dejaría por completo de pensar en él y de recibir sus cartas.

—Además, ¿cómo voy a dejar ahora a nuestros padres? —continuó Cassy—. Padre está mayor y enfermo. A madre no se la puede dejar sola. Tengo el deber de cuidar de ellos…

Eso por lo menos sí que era verdad. Si Jane finalmente se iba, a ella no se le podía pasar por la cabeza marcharse también.

—¡Por Dios, Cass! ¡Tú y tu infernal sentido del deber! Te lo ruego, olvídate por una vez de él y piensa en ti para variar.

—¡Si hiciera eso no sería yo! Sin mis principios no sería nada, sería otra mujer por la que no sentiría el más mínimo respeto.

Jane se echó hacia atrás en el colchón y empezó a llorar. Cassy acudió a abrazar a su hermana.

—Si puedes ser feliz aquí, yo también seré feliz sabiéndolo, querida.

Tumbadas una al lado de otra, se perdieron en sus propios pensamientos. Al cabo de un buen rato, Jane le hizo una pregunta, en voz tan baja que apenas pudo entender al principio.

—¿Y tú crees que podré ser feliz aquí?

—Pues… —Cassy se sentó para analizar la pregunta y la respuesta. En esa cualidad superaba a su hermana: era capaz de analizar, de ponderar, de aplicar raciocinio a las situaciones complejas—. Estás enamorada de Manydown, y el lugar donde vivas tiene especial importancia para ti, para tu sensación de bienestar. Pero pasarías a ser la señora de la casa, con todas las implicaciones en el día a día, pequeñas y grandes, que eso conlleva. ¡Creo que eso no es para ti! —Sonrió—. Aunque Catherine y Alethea te ayudarían mucho, no me cabe duda.

—¿Tanto como me ayudas tú?

—Seguramente no tanto, querida. El control final de la casa, todas las decisiones que hay que tomar, recaerían sobre ti, porque de lo contrario no estarías cumpliendo con tus deberes de esposa y señora de la casa.

Jane estaba pálida.

—Y después estarán los niños, por supuesto. Presumo que el señor Bigg-Wither querrá tener un montón de ellos. Cuando hay de por medio una hacienda con muchos dormitorios que llenar, los hombres tienden a quererlos. —Rezó para sí misma para que, de ser necesario, su hermana fuera lo suficientemente fuerte como para resistir lo que eso implicaba.

—Estaré de parto el resto de mi vida… —susurró Jane anonadada.

—Sí… ¡pero te encantan los niños! —replicó Cass—. Son un regalo para ti.

—Los de los demás.

—A los tuyos los querrás muchísimo más.

Jane se sentó y apoyó la cabeza en el hombro de Cass.

—¿Qué más? ¿Qué otros factores debería considerar?

Cassy era reacia a continuar. La conversación discurría por aguas cada vez más turbulentas, por lo que sería más inteligente echar el ancla en ese momento.

—Es un poco tarde para ir más allá, querida mía. Además, ¿tengo que recordarte que ya has aceptado? La familia lo sabe. El acuerdo está cerrado.

Pero la mente de Jane volaba por sí misma.

—No tendré tiempo para mí misma, para pensar. Para escribir. No volveré a escribir nada, solo cartas, y pocas...

—Eso no lo podemos saber. —Pese a lo que dijo, Cassy se temía que lo que su hermana afirmaba sería lo más probable.

—Tendré un marido. Un amo.

—¡Vamos, Jane! Hablas como si estuvieras entrando a servir en la casa, no a casarte. No parece que el señor Bigg-Wither sea una persona cruel, ni especialmente autoritario.

—De ser algo, diría que es pusilánime.

—¡Hora de dormir! —ordenó Cassy—. Ha sido una noche de lo más ajetreada. Creo que a las dos nos va a venir bien dormir un poco.

Una hora antes del amanecer, Jane despertó a Cassy sacudiéndola por el hombro.

—No puedo hacerlo. Lo he estado pensando toda la noche, Cass: no puedo hacerlo.

Su hermana se levantó como un resorte.

—Pero si ya está hecho, Jane. ¡Ya está hecho!

—¡No! —Jane estaba pálida como un fantasma y cercana a la histeria—. Fue un error. Un error espantoso. No sé en lo que estaba pensando. Se lo diré esta misma mañana.

—¡Oh, querida! —Cass se dejó caer de nuevo sobre la almohada—. Pero va a ser una calamidad. Las chicas. El padre. El propio señor Bigg-Wither…, ¡pobre muchacho! ¿Estás segura? ¿No puedes segur adelante?

—No, de ninguna manera. —Se levantó y se acercó al guardarropa —. Nos iremos de aquí esta misma mañana.

—¿Y adónde? ¿A esa vida que tanto odias, que no puedes soportar? Recuerda las razones por las que aceptaste.

Jane se estaba quitando el gorro de dormir y ahuecándose el pelo.

—No son suficientes. Y esa no es la respuesta. Estaré contigo, y juntas lo superaremos todo, sea lo que sea. —Se volvió a su hermana sonriendo—. Citaré a una filósofa que conozco: no me moriré de hambre.

Se vistieron, buscaron a Alethea, se sinceraron con ella y le rogaron que lo comprendiera y las ayudara. Su amiga demostró la clase de mujer que era, un magnífico ser humano y una amiga extraordinaria. Se llamó al señor Harris Bigg-Wither y Jane y él pudieron hablar a solas. Cassy no buscó detalles; no quería conocerlos.

Después se pidió un carruaje y las hermanas Austen volvieron a

Steventon esa misma mañana. Todos en la rectoría se asombraron por su repentina aparición y su aspecto agitado. Sobre todo Mary.

—¿A qué viene tanto drama, una vez más? ¿Qué habéis hecho ahora?

Para su enorme enfado y disgusto, las hermanas se limitaron a decir que debían regresar a Bath de inmediato, y le pidieron a James que las acompañara. Mary estaba hecha una furia.

—¿Un sábado? —exclamó su hermano—. No puedo, por supuesto. Estoy ocupadísimo, es imposible.

Pero estaban tan afectadas que, inopinadamente, Mary intercedió y le rogó que lo hiciera. No pudo negarse.

Una vez de nuevo con sus padres, y en la relativa tranquilidad de su alojamiento, al menos en comparación con las últimas horas, Cassy se sentó a escribir una última carta para el señor Hobday. Después de analizarlo a fondo y pese a lo dicho previamente, había llegado a la conclusión de que debía cesar cualquier tipo de correspondencia entre ellos. Le agradecía mucho sus atenciones y su trato, y si le causaba una gran decepción, lo sentía mucho.

No podía fingir ante él que su estado de ánimo se acercara ni siquiera un poco a la felicidad. Le deseaba lo mejor para el futuro, y hacía extensivo ese deseo para su madre, a la que mandaba muchos recuerdos. Era una decisión final y cerrada. No volvería a escribirle.

Capítulo 20

Kintbury, abril de 1840

CASSANDRA LLEVABA un rato sentada en su sillón. El objetivo de su visita a Kintbury había sido eliminar cualquier cosa que pudiera influir negativamente en Jane o en su legado. Ese era el resumen que había grabado a fuego en su mente. Lo cierto era que las cartas en las que se hacía referencia a Tom y al señor Hobday no eran incriminatorias para nadie; pero sí para su intimidad. ¿Era eso suficiente para que se las quedara?

Se imaginó a su cuñada Mary leyéndolas, informando de su contenido, incluso pasándolas de mano en mano. Se imaginó a las generaciones venideras examinando sus huellas, como si fuera un fósil del sur de Dorset. Seguro que les llamaría la atención a sus descendientes, y hasta se reirían de que su vieja tía, ya disecada, hubiera vivido semejantes romances. Sabrían que, después de todo, tampoco había sido tan absolutamente fiel a la memoria de su querido prometido, el bueno de Tom Fowle.

Incluso le daba más miedo que las cartas cayeran en manos de un extraño. Cassandra seguía albergando la esperanza de que algún día se desatara una pasión general por las novelas de Jane, lo que despertaría un nuevo interés por la biografía de su autora. Eso le daba auténtico pánico. Y ahora, en ese momento, le asaltaba el miedo a otro peligro. ¿No existía la posibilidad, en caso de futura explosión del interés por Jane, de que su propia vida, como hermana, fuera estudiada? Era una posibilidad casi ridículamente remota. Pero la vida

de Jane y la suya propia eran inseparables, estaban ligadas de tal forma que formaban una historia única en sí misma. Las vidas individuales habían sufrido vuelcos en función de la de la otra. Sintió un escalofrío en la espalda.

Solo tenía una alternativa: tan pronto como estuviera de vuelta a casa, en Chawton, sola y sin que nadie pudiera verla, no como allí, las quemaría. Se arrodilló, sacó el cofre de debajo de la cama, lo abrió y escondió lo mejor que pudo las cartas que le habían parecido problemáticas hasta ese momento.

Y ahora llegaba el aspecto crucial de la cuestión, el difícil segundo acto del drama, el asunto innombrable. Sería doloroso leer sobre ello y muy difícil recordarlo, pero había que hacerlo. Y para enfrentarse a ello de manera adecuada, necesitaba las cartas que ella misma escribió a Eliza. Sabía lo mucho que había compartido con ella en aquellos momentos, y también que debía censurar su contenido. Era imperativo hacerlo ya, pues pronto habría de dejar la vicaría. No podía dejarlo pasar más.

Decidida, bajó a la planta principal y llegó hasta la puerta que conducía a las zonas de trabajo de la casa. Se estaba produciendo una animada conversación. Las voces eran de Dinah y de un hombre al que, de entrada, no reconoció. Se detuvo un momento para reunir el coraje suficiente como para entrar. En ese momento se abrió la puerta desde dentro.

—¿Puedo ayudarla, señora? —preguntó Dinah.

—Ah, Dinah, eres tú.

Cassandra pudo ver la mesa, en la que vio un buen trozo de empanada de cerdo con un huevo duro. Se retiró hacia el salón para que Dinah la siguiera.

—Me preguntaba si podríamos hablar un momento.

La criada salió y se colocó delante de ella, con ese aire paradójico tan suyo de respetuosa insolencia que hasta podría patentar.

—Creo que estás al tanto de que yo tenía en mi habitación algunos papeles privados.

—¿De verdad, señora?

—Sí, de verdad. Y cuando estuve enferma se… extraviaron.

—Siento mucho escuchar eso, señora. ¿Una persona entrometiéndose en los asuntos privados de otra? Es algo con lo que no puedo, señora. Sería una intromisión. —Chasqueó la lengua—. No está bien.

Pese a todo, Cassandra presionó.

—Me preguntaba si sabrías algo sobre dónde podrían estar.

—¿Yo, señorita Austen? ¿Piensa usted que la entrometida soy yo?

En ese momento le quedó claro como el agua que la mujer era la responsable de la desaparición, y que ella, Cassandra, estaba recibiendo su castigo por no sabía qué.

—¡No, por Dios! Ni mucho menos, Dinah. Aunque quizá sí puedas tener alguna idea sobre la razón por la que se los llevaron.

—No puedo decir que lo sepa, señora. —La criada la miró a los ojos —. A no ser que…

—¿Sí?

—Bueno, a no ser que alguien hubiera pensado que usted misma, señora, se estuviera entrometiendo un poquito… Por supuesto, yo jamás me atrevería a pensar semejante cosa, Dios me libre… Pero ya sabe, tal vez otras personas… Malos pensamientos, sea como fuere.

La mujer era indignante. No había «otras personas», y Cassandra no se estaba entrometiendo en los asuntos de nadie, solo en los suyos propios.

Decidió jugar el as que tenía bajo la manga.

—Desde luego, recuperarlas me permitiría dejaros en paz en cuanto se me presentara la primera oportunidad. Sé que los tiempos son difíciles. Pero debo decirte que no puedo plantearme mi partida de ninguna manera hasta que vuelva a tener esas cartas en mi poder. — Se dio la vuelta y la dejó con la palabra en la boca.

Esa noche la cena fue agradable, aunque corta, ya que acudió su sobrina Carolina. Dinah estaba ausente, por lo que fue Fred quien sirvió una comida fácil, sin ambiciones más allá de poner a bien el cuerpo con el alma. Cassandra, mientras pensaba con cierta nostalgia en la empanada de cerdo que había visto hacía un rato en las dependencias de la cocina, picoteaba su plato sin intervenir demasiado en la conversación, que versaba sobre las vidas de algunos parientes de los Fowle. Su interés en el asunto era bastante limitado. A su edad lo había perdido, y no pensaba corregir la situación. Los miembros de su propia familia, todos ellos sin excepción, le parecían mucho más interesantes: historias más completas, caracteres personales más elevados y distinguidos. Los demás mortales, por cuyas pobres venas no corría la sangre de los Austen, siempre aparecían desdibujados a sus ojos.

Una vez de nuevo en el salón de estar, sacó la labor y se puso a

coser, mientras las dos jóvenes primas hablaban en el sofá. Hasta que Isabella, al parecer agotado el tema de conversación, se inclinó hacia ella.

—Cassandra, tu labor es impresionante. Cuando llegaste pensé que lo único que estabas haciendo era juntar retales, sin orden ni concierto. Pero ahora veo que es mucho más que eso, ¿verdad?

—Un buen trabajo de retacería siempre empieza pareciendo desordenado. Es una de las maravillas de hacerlo. —Cassandra, en ese momento, cosía un ramito de flores rojo junto a otro azul—. Pero a fuerza de imaginación, los distintos elementos, que parecen escogidos al azar, se van convirtiendo en otra cosa, con belleza propia. Este trabajo tendrá ciento cuarenta puntos de simetría cuando lo termine… si vivo lo suficiente, por supuesto.

—¡Madre mía! ¡No me lo podía ni imaginar! ¿Trabajas con un modelo?

—No, qué va. No lo necesito. —Se tocó la sien con el dedal—. Lo tengo todo aquí. De hecho, no lo veré físicamente hasta que lo haya terminado. Será demasiado grande para poder desplegarlo en Chawton. En mi casa no hay un espacio adecuado. Esperaré al verano para desplegarlo en el jardín. Ya lo disfrutaré entonces.

—¿Entonces tienes guardado ese diseño tan complejo en la memoria? ¿Eres capaz de mirar esas piezas pequeñas y, de alguna manera, ver el conjunto en tu imaginación?

—Al principio no del todo, pero según evoluciona lo voy viendo poco a poco.

—Eres muy inteligente, Cassandra.

Tenía demasiada edad para la falsa modestia, por lo que no lo negó. Era inteligente, sí, y había tenido la suerte de crecer en una casa en la que la inteligencia de las hijas se valoraba, no había que pedir disculpas por ella ni esconderla.

—¿No te parece inteligente tu tía, Caroline?

La aludida se limitó a contestar sin entusiasmo especial.

—Todos los Austen son inteligentes.

Cassandra sonrió: la chica estaba empezando a parecerse a su madre.

—Mi querido padre tenía un intelecto formidable —afirmó con complacencia—, igual que mi hermano James Edward.

—Y mi hermana, naturalmente. —Cassandra se chupó el pulgar, pues con el momentáneo enojo se había pinchado—. ¿Y qué es la inteligencia cuando se une a la brillantez? Todos estamos a la sombra de los que brillan con fuerza. Yo siempre he estado a la sombra de tu

querida tía Jane, y además bien contenta de que así fuera.

—Ah, claro —concedió Caroline—. Y la tía Jane.

—Estamos a mitad de lectura de *Persuasión,* Caroline —indicó Isabella—. Me tiene maravillada. No me podía imaginar que una novela pudiera ser capaz de cautivarme tanto. Es la obra de un genio, o al menos a mí me lo parece. Me hubiera gustado saber más acerca de tu tía mientras todavía estaba con nosotros. Solo recuerdo vagamente sus visitas, pero con poca claridad. Dime, ¿cómo era? Porque se dice que el genio muchas veces va acompañado de un temperamento difícil. —Se encogió de hombros—. O al menos eso decía mi padre muy a menudo.

Cassandra dejó la labor y se removió en el sillón, preparándose para contestar. No había nada en el mundo de lo que le gustara más hablar, o de lo que pudiera hacerlo con más autoridad. Aunque, por supuesto, debía escoger las palabras con mucho tino.

—Pues…

Pero Caroline la interrumpió inesperadamente.

—¡La tía Jane era la mejor de todas mis tías! Desde luego, mi favorita, y tuve la suerte de que yo también lo era para ella. —Se sonrojó al decirlo—. Teníamos un vínculo poco habitual, incluso desde que yo era muy pequeña.

Cassandra se quedó atónita. Jane quería mucho a todos sus sobrinos, y desde luego que tenía favoritos. Una de ellas era Anna, por supuesto, y otra la hija de Edward, la muy querida Fanny. Pero a veces le preocupaba que Caroline mostrara rasgos heredados de su madre, y acertó con ese presentimiento, como con tantos otros.

—Le enviaba las historias que yo escribía, y se las tomaba muy en serio, como si fuera su heredera natural. —Caroline sonrió—. Voy a buscarlas. Puede que le interesen a James Edward, son documentos familiares.

«Yo no lo haría», pensó Cassandra para sí. Podría darles poco valor y recibirlas con condescendencia.

—¿Y su carácter?

—¡Ah, su carácter! —Caroline aplaudió—. En eso tu querido padre estaba completamente equivocado. Era genial, y sin embargo bastante impasible, salvo su alegría y buen humor habituales. Yo siempre esperaba con entusiasmo las visitas a Chawton cuando la tía Jane todavía estaba allí. Con toda seguridad me esperaban muchos juegos y mucha diversión. Las cosas ya no son así. Echo mucho de menos aquellos días, lo confieso. Ahora, cada vez que voy a Chawton, lo hago con tristeza, casi con miedo. Lo mismo le pasa a mi primo. Resulta

duro recordar la alegría que reinaba antes en esa casa.

Isabella miró a Cassandra horrorizada. Cassandra, la única residente que quedaba en Chawton, y al parecer causa de miedo y tristeza para toda una generación, hacía verdaderos esfuerzos por no echarse a reír. Por supuesto que su pequeña casa de campo había sido un lugar muy alegre durante el tiempo en el que las dos hermanas vivieron juntas en ella. Pero el que dicha alegría fuera el estado de ánimo habitual de Jane no se acercaba a la verdad. La fuerza de la reputación vino acompañada de una muerte demasiado temprana y, solo un poco, de fama y de éxito. No obstante, mientras recopilaba sus cosas, Cassandra decidió no desafiar la leyenda, ya que eso era lo que había querido enviar a la posteridad. La impasible Jane Austen. Qué magnífica imagen. Se levantó del sillón. Lo que quedaba por hacer era destruir cualquier prueba que demostrara lo contrario. Esperaba que le hubieran devuelto esas cartas.

—Debo dejaros, queridas. Caroline está en condiciones de darte una imagen real y completa de Jane, Isabella. Tu interés está a salvo en sus manos. Me voy.

—¡Pero creía que íbamos a leer unas páginas de *Persuasión*! —protestó Isabella—. Acabamos de llegar a Lyme…

—Y vas a disfrutar mucho —dijo Cassandra con voz suave—. Lee con tu prima. Yo me sé la novela de memoria.

Abrió la puerta y entró al vestíbulo y prácticamente atropelló a lo que parecía ser una forma humana.

—¡Ay! —gritó Cassandra—. ¡Eres tú! ¡Pero qué demonios…!

Dinah se recompuso sin excusarse.

—¿Todavía hay polvo? —dijo Cassandra con una sonrisa ladeada—. Tampoco hay que pasarse con eso. El brillo excesivo deslumbra. Buenas noches.

Durante la larga y empinada ascensión por las escaleras, Cassandra pensó en la importancia de cumplir con el deber. Había dedicado muchos años a Caroline y su familia, igual que a todos los Austen. El hecho de que no se hubiera tenido en cuenta no la sorprendía en absoluto, ni le provocaba rencor ni pena de sí misma. Con sus acciones nunca perseguía ni la buena fama ni el reconocimiento, sino que actuaba por el interés de los demás. Cassandra era solícita, muy posiblemente había nacido con esa cualidad, así que no podía ser de

otra manera. No sabía actuar de otra forma. Y la recompensa la encontraba, por supuesto, en la constante satisfacción del deber cumplido.

No era la única, ni mucho menos. Sabía muy bien que el mundo estaba lleno de buenas mujeres como ella que dedicaban su tiempo, sus cuerpos, sus pensamientos y sus corazones al servicio de los demás. Y si no recibían ningún reconocimiento por ello, ¿qué más daba? Lástima de aquellos que no tenían ojos para ver.

De vuelta en su habitación, bajó la maleta y rebuscó en ella. Nada había cambiado. Con cierta confianza cerró la puerta y levantó la esquina del colchón. ¡Qué sorpresa! Allí estaban las cartas. Podía volver a dedicarse al servicio de aquella a la que había querido por encima de todo y de todos, y que le había devuelto ese amor y reconocido su valía. Se recompuso y decidió trabajar rápido y eficazmente con ellas.

No iba a tratarse de un proceso demasiado complicado. Habían pasado seis años sin una dirección fija o, como solía decir Jane, «andando por ahí a lo salvaje», pero no todo fue infelicidad. En realidad, lejos de eso, Cassandra ojeó los papeles y pudo captar pasajes que describían estancias cortas y felices en bastantes sitios como Manydown y Kintbury, así como largas y lujosas estancias en Kent con el muy querido Edward. Volvió a revivir la gran noticia de abril de 1803, cuando Jane vendió su novela *Susan*[5] por diez libras. ¡Qué entusiasmo provocó! Tropezó con referencias al buen ánimo de Jane, recordó la conversación de hacía un rato y sonrió. Esos ánimos a veces eran incluso demasiado altos. A veces la felicidad solía tener un extremo que rozaba la histeria. Esos momentos se producían cuando estaban en el seno de hogares estables y sólidos, con amigos o familiares. En su momento, Cassandra no había compartido con Eliza esas observaciones. Había preferido guardárselas para sí.

Sin embargo, sí que había escrito acerca del otro extremo del carácter de Jane, de los interminables días en la oscuridad. Tenía que contárselo a alguien. Cassandra se mojó el dedo índice con la lengua y siguió hojeando, a la búsqueda de cartas peligrosas. ¡Esta! Enero de 1805. Ahí empezó todo. Extrajo varias, colocó el resto en el montón y empezó a leer.

Green Park Buildings, Bath
24 de enero de 1805

Mi querida Eliza:

Gracias por tus palabras de comprensión y de respeto, no podíamos esperar otra cosa de ti y nos aportaron mucho consuelo. Sí, hemos perdido un padre maravilloso, y todavía estamos paralizadas por el impacto. Pero, aunque su súbito fallecimiento ha sido muy duro para los que le queríamos tanto, al menos fue pacífico para él. No sufrió, no experimentó dolor, no le dio tiempo a reflexionar acerca de los que iba a perder, y por todo ello le damos gracias a Dios.

Ahora todos debemos empezar a vivir la vida sin él, lo cual nos produce cierto vértigo. No disponer de su sabiduría, su ternura ni su sentido del humor. Preguntaste por mi madre, y se está enfrentando a ello con valentía, aunque esto solo es el principio, y el futuro será muy duro, sin duda. El entierro tendrá lugar este sábado, en la misma iglesia de Walcott en la que se casaron hace cuarenta años. ¡Crueles casualidades de la vida! ¡Cuarenta años! Su bendita unión fue feliz y fructífera, hasta extremos difícilmente repetibles, y mi madre apenas ha pasado ningún día sin él a su lado.

En estos momentos dedico todas mis energías a apoyarla, así como a resolver lo más sencillamente posible todos los problemas prácticos que tanto tiempo consumen y que trae consigo una muerte repentina. No obstante, hay otra cuestión para la que espero disponer de tiempo. Se trata de mi hermana, que se lo ha tomado muy mal. De entrada le encargué la redacción de las cartas anunciando la noticia a la familia, cosa que hizo maravillosamente, como no podía ser de otra manera. De hecho, la actividad hasta pareció proporcionarle cierto consuelo. Pero, una vez terminadas, es como si se estuviera hundiendo. Como sabes, veneraba a su padre, y la pena de su pérdida la está superando. Además de eso, me temo que nuestra nueva situación de inseguridad le está afectando muy negativamente. Por desgracia, el cambio de nuestras circunstancias vitales es cercano e inevitable. Sí, vamos a tener que mudarnos pronto, aunque también es cierto que, al ser tres mujeres, no necesitaremos mucho para nuestro acomodo. Jane lo sabe y lo entiende, pero no lo acepta… Voy a dejar de escribir ahora, a la espera de que el tiempo ejerza su efecto sanador, pero no puedo dejar de decir que estoy más que preocupada por la profundidad de su angustia.

Tuya como siempre:
CASS AUSTEN

5 N. de la Ed.: *Lady Susan* o *Señora Susan* es una novela corta, epistolar escrita por Jane Austen en su juventud. Se compone de cuarenta y una cartas y fue escrita en 1794, aunque no se publicó durante la vida de su autora, sino de forma póstuma, en 1871.

Capítulo 21

Green Park Buildings, Bath
14 de febrero de 1805

Mi querida Eliza:

Sospecho que tu amable carta fue propiciada de alguna manera por mi hermana. No dudo de que te ha comentado algo acerca de mi estado anímico. Estoy segura también de que te ha pedido consejo. Por favor, créeme cuando te digo que, en estos momentos, no se puede hacer nada por mí. Si se pudiera hacer algo, daría con ello, no lo dudes. Soy muy consciente de mi condición de grave lastre para la familia. Mis pobres madre y hermana bastante preocupación y pena sienten como para destrozarlas más todavía. Soy una pobre desgraciada. Todos esos remedios y recetas solo sirvieron para cargar más de trabajo a Cass, pues no aportaron nada. Esas pociones no pueden curarme. Espero que no aportes más soluciones, lo único que quiero ahora es que me dejen en paz.

Tuya:
J. AUSTEN

—¿Querida? —Cassy estaba en su habitación de Bath, sentada al borde de la cama, y tocó suavemente el hombro de su hermana—. ¡Hay noticias de nuestros hermanos! ¿Jane? —La mañana ya estaba bastante entrada, pero las cortinas seguían echadas—. Tienes que hacer un esfuerzo y levantarte, querida. Tenemos que hablar con madre y tomar un montón de decisiones. Vamos. Ninguna de las dos quiere hacerlo sin ti. Estos asuntos nos conciernen a las tres.

Jane se estiró, se dio la vuelta y la miró. Su pálido rostro parecía una luna llena en la oscuridad.

—Hazlo tú, Cassy, lo siento. No puedo. No puedo soportarlo, es así de simple… —Su voz se reducía a un tenue aunque áspero susurro—. No sé qué hay que hablar sobre el asunto de la pobreza. Cuando llega no hay elecciones que valgan. Si hay decisiones que tomar, yo elijo no ser pobre. En cuanto a todo lo demás, delego en ti.

—¡Pero hay buenas noticias! Y quiero que las oigas. Por favor. Se trata de nuestro futuro, y hemos de enfrentarnos juntas a él. Las cosas no irán tan mal como te temes.

Jane se dio la vuelta de nuevo. Cassy se rindió y bajó al salón. Su madre, a la que solo había conocido en su faceta de mujer parlanchina, activa y brillante, ahora estaba sentada, semihundida en la butaca, empapada por el luto: callada, mustia, derrotada, sola. Ya habían pasado dos semanas desde el funeral, pero cada vez que la veía en esa situación tan diametralmente opuesta a su ser habitual, no podía evitar que le golpeara el corazón de hija cariñosa.

Cassy intentó recomponerse. En su interior guardaba un pozo lleno de amor y ternura por esas dos mujeres, tan profundo que era casi insondable. Deseó que también le quedara fuerza suficiente como para tirar de ellas y sacarlas adelante durante este periodo oscuro y difícil.

—Madre —dijo en voz baja—. Creo que es momento de que hablemos de nuestros asuntos, si le parece bien.

La señora Austen salió de su ensimismamiento, parpadeó y la miró.

—Perdóname, querida. Sí, nuestros asuntos… —Le tembló la barbilla y Cassandra temió un nuevo ataque de pena. Pero tragó saliva, se controló, se levantó y se sentó a la mesa.

Cassy trasladó una silla y recogió las cartas de la mañana. En ese momento captó una figura en el umbral de la puerta.

—¡Jane! —casi gritó de puro alivio—. ¡Cuánto me alegra verte aquí abajo!

Su hermana aún iba en camisón, con un chal encima de los hombros. El pelo, tras días sin cepillar, le inundaba la cara. Pálida, delgada, con la mirada perdida, su aspecto era más fantasmal que humano. Cassy la acompañó y la colocó junto al fuego.

—No creo que tardemos mucho. —Volvió a su asiento, decidida a actuar rápido. Ninguna de ellas quería emplear mucho tiempo en esas materias—. Está claro que a partir de ahora no podemos contar con los ingresos ni la pensión de nuestro querido padre —dijo a toda prisa —. Con su muerte se interrumpieron, dejando cierto, eh, déficit en nuestras finanzas. —En momentos como esos resultaba conveniente

quedarse corta—. Pero madre, me alegra decirle que sus hijos han reaccionado adecuadamente, dadas las circunstancias y la ocasión. No podíamos esperar otra cosa de ellos y de su amor. Espero que le parezca bien su propuesta, que acabo de recibir esta misma mañana.

Nadie dijo nada. Cassy se preguntó si estaban escuchando.

—Para empezar, Frank insiste en ofrecernos cien libras anuales.

—¡Oh, mi hijo querido! —Su madre se animó—. Pero es demasiado para él, incluso con la promoción que ha conseguido. Cass, lo siento, pero no puedo aceptarlo. Se querrá casar pronto, y no podrá permitirse gastar tanto en nosotras. No podemos aceptar que se comprometa de esa manera. —Se secó los ojos—. Dile que a mí me basta con que lo haya ofrecido. ¡Qué magnífica persona! Su padre estaría muy orgulloso…

—Estoy de acuerdo, madre. Todos lo estamos. Pero debo decirle que esa generosidad ha sido igualada por todos sus hermanos. Se ha acordado que Frank, James y Henry aportarán cincuenta libras anuales cada uno para tu bienestar y el nuestro. Por lo que se refiere a Edward, él se ha comprometido a aportar… ¡cien libras al año!

—¡Dios bendito! ¿Acaso hay en el mundo unos hijos tan maravillosos? —exclamó la señora Austen.

—Así es, todos ellos —continuó Cassy, sintiéndose casi como una reina en su contaduría, aunque una reina de ingresos ciertamente limitados—. Lo cual significa que…

—Perdona que te interrumpa, Cass. —Al parecer, Jane se había incorporado a la escucha en algún momento y quería intervenir—. ¿Debo entender que Frank, el abnegado marino que aún no tiene casa propia, ofreció cien libras, mientras que Edward Austen de Godmersham, Kent, accedió a contribuir con esa misma cantidad, y no con más?

A Cassy no se le había ocurrido hacer ningún tipo de comparación, ni tampoco esa, y en realidad prefería no adentrarse en semejante asunto. Prefirió alegrarse de la agudeza de Jane y darle la bienvenida como una buena señal. Después de todo, su hermana no estaba perdiendo la razón. Había algo a lo que agarrarse.

—¿Te parece que no están siendo generosos? —preguntó—. Siempre les debemos agradecer su buena voluntad y su apoyo incondicional. —Volvió a centrase en la hoja con las sumas y las cantidades—. Con esto hay doscientas cincuenta libras procedentes de los hombres, así que… si a ello le añadimos su dinero propio, madre, y el mío… eso nos deja ¡cuatrocientas cincuenta libras anuales limpias!

—A las que yo no contribuyo en absoluto. —Jane emitió un quejido

—. Ni un penique. ¡Qué desperdicio de criatura!

—Con eso podremos vivir confortablemente, ¿no os parece? Por supuesto que habrá que hacer ciertos ajustes. No podremos permanecer aquí, en Green Park Buildings, pero también es cierto que este alojamiento es mayor de lo que necesitamos. Madre, ¿sigue pensando que debemos permanecer en Bath durante los inviernos? Es una decisión crucial. Sin duda podríamos encontrar algo más pequeño y barato, y si en los meses de verano podemos ir a visitar a la familia y los amigos, eso recortaría los gastos de forma considerable. En ese caso solo tendríamos que pensar en el transporte y en pequeñeces como…

Jane se levantó de la silla e, ingrávidamente, salió de la habitación.

—Lo has hecho muy bien, querida —dijo la señora Austen tomando a Cassy de la mano—. Eres un gran apoyo para mí, tal como tu padre me decía siempre. Nos arreglaremos muy bien, estoy segura. —Se levantó para dirigirse al sillón que estaba junto a la ventana—. Sí, saldremos adelante. Tres mujeres solas… —tragó saliva—… necesitan muy poco. —Cassandra le cubrió las rodillas con un chal—. Y el buen Dios pronto me llamará con Él. Seguro que no tiene la intención de mantenerme aquí mucho tiempo más.

—¡Madre, por favor! —Cassy se quedó allí para consolar a una de las dolientes, y al cabo de un rato subió las escaleras para hacer lo mismo con la otra.

Jane estaba acostada de cara a la almohada y llorando. Cassy se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—No sabes lo que me duele verte sufrir tanto, querida. Dime, por favor, qué puedo hacer para ayudarte.

—Nada. —Jane se volvió y apoyó la cabeza en el regazo de Cass—. Nadie puede hacer nada para ayudar a una mujer que ha pasado ya treinta años en este mundo y todavía no tiene nada que ofrecer.

—¡Pero eso no es verdad! —protestó Cassy—. Tenemos tus diez libras del señor Crosby. Perdóname, se me olvidó mencionarlas, ha sido una crueldad. Esas diez libras las has ganado, querida, no son ningún legado. Eso es muy importante, de verdad.

—No merecen ni mencionarse, porque me las he gastado ya. Y al fin me estoy enfrentando al hecho clave: no saldrá nada de mi trabajo. —Al decirlo volvieron a surgir las lágrimas como un torrente.

Cassy le acarició el pelo. Por primera vez era capaz de asomarse a la verdadera y completa naturaleza de la crisis de Jane. No se trataba solo de la muerte de su padre, sino también de su trabajo de escritora, y quizá de la interconexión entre ambas cosas.

Tras la debacle con el señor Bigg-Wither, Jane no había reaccionado con desaliento y autorreproches, tal como Cassy se había temido en un principio. Había regresado a Bath sin volver la vista atrás y, sorprendentemente, con renovadas energías y casi furiosa actividad. Corrigió su último manuscrito, le encargó a Henry Austen que intentara venderlo en su nombre, cosa que éste hizo, para satisfacción de todos y no sin el correspondiente orgullo. Un tal señor Crosby, de Londres, a quien nadie de la familia conocía, había aceptado *Susan* y se había comprometido a su «inmediata publicación». Hubo un anuncio en la prensa, que todos vieron y apreciaron. Jane, en ese momento ya «una autora», se llenó de confianza y empezó a escribir un nueva obra, de título *Los Watson*.[6] Estaba de buen humor, y trabajaba mucho. La casa estaba en calma.

Pero el señor Crosby resultó no ser un hombre de fiar. Cassy no era partidaria de odiar, al menos en términos generales, y no tenía la más mínima experiencia en ese sentimiento, pero ahora sí que odiaba al individuo de Londres con la profundidad que solo el amor hacia una hermana puede provocar. Y es que Jane seguía de cerca todas las publicaciones de novelas y buceaba en las notificaciones periódicas de la biblioteca circulante, pero *Susan* no terminaba de aparecer. La familia no lo mencionaba para no ahondar en la decepción de Jane. Se limitaban a estar al tanto, a reaccionar con tristeza y comprensión y, por supuesto, a rezar.

Habían pasado casi dos años y ahora Jane, mucho más vulnerable tras la pérdida de su padre, al menos había aceptado que se trató de una falsa primera publicación. Yacía en brazos de Cass, débil y herida con un animalito maltratado, aferrándose sin fuerzas a la vida en medio de un dolor mortal.

—¡Hay que reaccionar! —la animaba Cassy—. Muchos escritores han vivido decepciones en algún momento de sus carreras. —A decir verdad, ella no conocía ninguna de las alegrías del escritor; no obstante, esas palabras podían tocar la fibra adecuada—. Y dado que sin la menor duda has vendido un libro, está claro que en cualquier momento puedes vender otro. Y, en cualquier caso, déjame que te recuerde una cosa: tú no escribes solo por dinero. Sobre todo escribes para tu propio placer, y para el de tu familia. Para nosotros eso no tiene precio. Así que álzate y sigue con la que acabas de empezar. Nos estaba gustando a todos muchísimo, sobre todo a padre, que Dios lo tenga en su Gloria. Y no te olvides, ahora que nos ha dejado, lo mucho que valoraba tu trabajo y lo valiosas que eran sus opiniones.

—No lo entiendes, Cass, o tal vez es que no quieres entenderlo. Este

«cambio en nuestras circunstancias» del que hablas de una forma tan eufemística y práctica… ¿Es que no te das cuenta? Esa ventana temporal que me permitía seguir escribiendo se ha cerrado del todo.

—No veo por qué…

—Con la muerte de nuestro padre, madre ha perdido a su compañero de verdad. Y nosotras tenemos que reemplazarlo.

—Por supuesto.

—Así que hemos perdido la escasa independencia de la que gozábamos. Ya no podemos aspirar a hacer visitas juntas. A ti seguirán invitándote a pasar largas estancias en Godmersham, y yo me quedaré al cargo de madre. Tú, sin lugar a dudas, asumirás las tareas y responsabilidades de padre respecto a nuestra manutención, por lo que no puedo permitir que, además, te encargues de la gestión del día a día del hogar. Esas tardes que pasaba a solas con la pluma y el papel se han ido para siempre. Tendré que ir a hacer visitas con nuestra madre y trabajar con la cocinera. El resto del tiempo lo pasaremos como invitadas en alguna casa, y en ellas no podre trabajar.

Respiró hondo de forma trémula.

—Llevas demasiado tiempo protegiéndome, Cass. —Le apretó la mano con fuerza—. Me has permitido la soledad que necesitaba—. No sabes cómo te lo agradezco. Pero va a empezar una etapa nueva de nuestras vidas y, por fin y de una vez, voy a tener que hacer frente a mis responsabilidades. He tenido la oportunidad durante bastantes años, y no la he aprovechado. —Jane suspiró, le dio la espalda a Cassy y miró a la pared—. Permíteme que eche de menos a mi padre y mi trabajo. Te lo ruego. Recuperaré las fuerzas. Pero por favor, dame tiempo.

Las semanas siguientes fueron de desesperación. La inmediatez de la muerte permite distracciones, pero la gestión del luto arrasa con ellas. Cassy y su madre permanecieron en sus aposentos, ocupándose de las circunstancias que la vida les planteaba pero sin apenas vivir en el sentido real de la palabra. Las cuatro paredes que les rodeaban ejercían una presión insoportable. Se decidían las comidas, se comía, se recibían cartas, se contestaban. Eliza escribía con regularidad, aportando remedios y recetas para las diversas dolencias. Cassy subía las escaleras por lo menos seis veces al día con caldos de carne, tapioca e infusiones de hierbas. Jane se portaba bien, como una niña

pequeña, y se las tomaba. Pero no bajaba a la planta principal.

La señora Austen fue la primera en recobrar el ánimo. Cassy siempre había sabido y comprobado que su madre era una mujer de gran entereza personal, aunque de todos modos le sorprendió y hasta le impresionó su forma de aceptar el reto de la viudedad, y la manera de enfrentarse a él. Escogieron juntas sus nuevos y menos lujosos aposentos, y llegado el momento del traslado, Jane pareció tomarlo como una señal. Salió de la cama y asumió sus tareas junto a su madre y su hermana.

—Así que este es nuestro nuevo hogar —dijo, al tiempo que recorría con los ojos el apartamento, pequeño y oscuro. Se fijó en una mancha de humedad, pero no dijo nada—. El número veinticinco de la calle Gay. ¡Qué nombre tan magnífico![7] —Aún se la veía frágil, pálida y muy delgada, pero los ojos le empezaban a brillar con la ironía de antes—. No lo vamos a tomar solo como un nombre, sino también como una norma. Prometo estar alegre y solo alegre cuando estemos en estos vistosos aposentos.

Cassandra se sintió liberada. Llenó los pulmones y liberó los hombros de la por entonces habitual rigidez. La depresión había pasado. Fue horrible, pero ya quedaba atrás. Habían sobrevivido juntas al peor golpe de la vida. No había razones para pensar que esa situación fuera a volver.

Southampton
15 de octubre 1806

Querida Eliza:

Hemos llegado a Southampton para empezar con nuestro nuevo ciclo vital y en una situación completamente distinta: las tres Austen, madre e hijas, y tu querida hermana Martha, además de Frank y su prometida. Todos ellos nos están ayudando mucho, y nos aportan un gran apoyo. ¡Ni que decir tiene que estamos muy concentrados en el cambio! Parece que en eso va a consistir nuestro futuro: formar equipo con las muchas otras personas que comparten nuestras limitaciones y tratan de sobrellevarlas lo mejor posible. Se trata de la primera de muchas combinaciones futuras. Sin duda a nuestros vecinos les vamos a parecer una familia de lo más curiosa y variopinta. La verdad es que confío en que el sistema funcione como debe con el tiempo. Es un gran consuelo que haya de nuevo un hombre en casa, aunque no

contamos con disponer muy a menudo de tal privilegio, si es que alguna vez se repite. Lo cierto es que, de todos mis hermanos, Frank es el más práctico y el que más nos ayuda. La futura señora de F. A. parece una persona agradable y de trato fácil, y Martha sigue siendo una delicia de mujer, capaz de soportarnos a todos incluso con alegría. Siempre tendrá, si quiere, un lugar entre nosotros, estemos donde estemos. No debes preocuparte por ella en ningún momento, te lo aseguro. Martha es una de nosotros.

Southampton parece un lugar bastante agradable para vivir, aunque nuestros aposentos actuales no lo son tanto, la verdad. Estamos un poco apretados, cosa que no me importa mientras haga buen tiempo y podamos salir fuera. Además, estoy tan acostumbrada a las dificultades domésticas que apenas me doy cuenta de ellas. Mi única preocupación importante se refiere a mi hermana, que una vez más lucha consigo misma. A Jane los cambios le resultan muy difíciles, lo cual es una desgracia, ya que están siendo muy habituales y sin previo aviso. Me temo que le está volviendo a rondar una fase de melancolía depresiva. Por desgracia ya he sido testigo de varias, y sé leer las señales. En mi inocencia, había confiado en que Bath y sus inviernos fueran la única causa de dichas crisis, y que marchándonos de allí las dejaría atrás. Ahora empiezo a desesperar de que tal cosa vaya a ocurrir…

¡Mirad esto! —La ancha y picada cara de Martha, enrojecida por el frío viento, traslucía auténtico placer —. ¿No somos muy afortunadas por tenerlo casi a nuestra puerta? ¡Poder ver al mar cada vez que queramos hacerlo! Somos afortunadas, no cabe duda.

Las tres mujeres caminaban del brazo a lo largo de la orilla, con Jane en medio. Cassy pensó que parecían buenas amigas, felices de estar juntas en el paseo vespertino. Pero la realidad era que Martha y ella casi no hacían otra cosa que sostener a Jane.

—¡Oh, Martha! —dijo Jane dejándose arrastrar por ellas—. Esa constante alegría, ese terco entusiasmo, ese inagotable buen humor…, debo confesarte que me desconciertan.

—Creo que es mi naturaleza, sin más. —Martha insistió en reírse. Era la mejor compañía posible para Cassy en esos momentos—. Y voy

a seguir así, te desconcierte o no, Jane. Lo único que te pido es que ese corazón tan duro que tienes encuentre la forma de perdonarme. La cosa es que, esté donde esté, siempre estoy alegre.

Cassy sonrió con cariño. Martha no tenía tanto como los Austen. En realidad no tenía nada. El legado con el que vivía era casi inexistente. Como su otra hermana soltera, había pasado sus mejores años cuidando a su madre con gran abnegación pero escaso agradecimiento. Y cuando la anciana señora Lloyd fue liberada de sus sufrimientos y pasó a mejor vida, la señorita Lloyd quedó en un estado de absoluta precariedad. En ese momento tenía cuarenta años, una edad muy peligrosa, y aunque sus hermanas le daban la bienvenida cuando la necesitaban, en ningún momento nadie le había ofrecido un hogar permanente.

Si las Austen no hubieran dado un paso adelante para acogerla, cosa que hicieron con entusiasta celeridad, su destino sería de lo más incierto. Un dormitorio en cualquier parte, acompañando a alguna anciana que lo necesitara. No obstante, nunca había mostrado temor, ni se había quejado.

—El hecho de estar con vosotras dos, queridas amigas, en esta encantadora ciudad, me llena de placer. Me maravilla, de verdad. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!

Pese a que se negaba a reconocerlo, lo cierto es que había un problema bastante evidente en lo que se refería al alojamiento en Southampton. Antes, los Austen contemplaban una futura boda entre Martha y Frank. Martha estaba completamente de acuerdo con el plan, y ni se planteó la posibilidad de buscar siquiera una alternativa al mismo durante los años críticos de muchacha casadera. Pero él, llegado el momento, no se avino. Fue una decepción muy cruel para Martha, a la que se añadía una indignidad final: ahora ambos se veían obligados a compartir casa, uno con su nueva esposa y otra como invitada. Esa nueva esposa, si las cosas iban como debían, criaría niños, y Martha los cuidaría con cariño. ¿Quién se lo iba a impedir? Si sufría, lo hacía en silencio, sin demostrarlo. Y con el cuidado de la casa y de la señora Austen contribuía con largueza al arreglo que le permitía vivir en la casa.

—¿Por dónde vamos? No puedo estar mucho tiempo fuera, pues le he prometido a vuestra madre que iría a pasear con ella después. Creo que quiere hacerse una idea de cómo es la sociedad de Southampton.

—Ahora que caigo, olvidé incluir el altruismo en la lista de tus defectos —dijo Jane—. ¿La sociedad de Southampton? Pensar en el concepto en sí mismo hace que me entren ganas de irme a la cama.

Montones de conocidos que jamás se convertirán en amigos. ¿Para qué sirve eso? Lo de Bath se repite una y otra vez.

—¡Vamos, Jane! —intervino Cassy—. Nuestra situación aquí es muy distinta. Por ejemplo, Frank está con nosotras.

—Sí, es verdad —concedió Jane—. Tenemos a Frank, que es encantador. —Suspiró—. Aunque todos disfrutaríamos más de estar juntos si nuestro alojamiento fuera algo mejor. No hay sitio suficiente para todos, y las paredes son muy finas. Os juro que he podido escuchar cada vuelta en la cama de mi madre, y cómo las ciruelas y las bolas de masa hervida circulaban por su aparato digestivo mientras yo estaba en la cama sin poder dormir.

—Has dormido muy bien —contradijo Cassy con cierta brusquedad —. Además, esta casa no va a ser permanente. Pronto encontraremos algo mejor.

—En cuanto llegue el verano seguro que vais a un sitio magnífico —apoyó Martha.

—¡Claro! ¡Y seré feliz de nuevo!

Martha rio.

—¡Eres como Lizzy Bennet! Solo atisbar «las preciosas tierras» y todo cambia.

—¡Qué enorme y doble halago, querida mía! —Jane le dio un beso en la mejilla—. No solo me comparas con Lizzy, sino que citas mis propias palabras. Sabes llegar al corazón de una novelista.

—Me gustaría que escribieras algo nuevo para nosotras.

—No puedo. Aquí no. —Jane se hundió de nuevo—. Con todo lo que tengo detrás…

—Bueno, pues empecemos a leer otra vez *Primeras impresiones*.[8]

Después de la cena.

A lo largo de todos sus viajes, mientras Jane iba de visita en visita y de alojamiento temporal en alojamiento temporal, su maletín de escritura había viajado fielmente con ella; cada manuscrito permanecía siempre a su lado.

—¿Otra vez? Pero si os la sabéis todos de memoria.

—Pero nos vuelve a gustar también cada vez, incluso más que la anterior —dijo Cassy. Mientras hacían planes para la velada de la noche, una lectura seguida quizá de uno o dos juegos, el comportamiento de Jane mejoró. Caminaron a lo largo de la orilla del río, charlando y riendo, en un momentáneo ambiente de paz y armonía. De todas formas, Cassy nunca dejaba de sentir temor. Era como si un monstruo esperara siempre en el umbral. Se mantenía permanentemente en guardia, sujetando la puerta para no dejarlo

pasar, y siempre vigilante, desesperada por mantenerlo siempre a raya.

6 N. de la Ed.: *Los Watson* quedó incompleta, probablemente, Jane Austen dejó de escribirla tras la muerte de su padre.

7 N. del Trad.: *Gay* significa «alegre» o «vistoso» en inglés.

8 N. de la Ed.: Cuando Jane Austen empezó a escribir *Orgullo y prejuicio* apenas tenía veinte años, fue en torno a 1796. En ese momento, la historia que luego sería *Orgullo y prejuicio* se titulaba *Primeras impresiones*.

Capítulo 22

Godmersham, Kent
12 de enero de 1807

Mi querida Eliza:

¡Ha regresado! Como sabes, estoy en Kent, y Martha está contigo, así que mi única fuente de información es el tono de sus cartas. No obstante, tengo todo tipo de razones para temer que Jane se haya deslizado de nuevo por la senda de la depresión. Es la cuarta vez que le pasa, y me acongoja especialmente, dado que me siento responsable. No debí marcharme y dejarla sola. ¡Qué gran error!

Había pensado que si estaba arropada por la familia todo iría bien. Fue muy amable por parte de Mary y James ofrecerse a estar con mi madre y mi hermana después de Navidad, pues iban a estar solas en sus aposentos, y estoy segura de que ambos hicieron lo que pudieron para transmitirle la mayor alegría posible. Pero, por desgracia, su visita parece que ha puesto a Jane al borde del abismo. No puedo saber el porqué, me es totalmente desconocido. Es evidente que fui demasiado optimista.

Esta vez, lo peor de todo es que estoy muy lejos de ella, y no veo la forma de regresar a su lado. ¡De verdad, Eliza, estoy frenética! Les estoy rogando a mis hermanos que me lleven de vuelta, pero ninguno accede a ello, de momento. Están disfrutando mucho del deporte en este magnífico invierno que estamos teniendo, y no tengo corazón para obligarlos de ninguna manera a irse en estos momentos. Así que no puedo hacer otra cosa que sentarme en medio de un gran esplendor, pero sin ser

capaz de disfrutar ni lo más mínimo de él por pura impotencia.

Perdóname que te lo pregunte, no lo haría si no estuviera tan desesperada, pero… ¿podrías prescindir de Martha en un futuro próximo? Si todavía la necesitas en Kintbury, no tengo nada que decir, lo entendería muy bien; pero si por el contrario pudieras renunciar a ella y dejar que regresara a Southampton, no sabes cómo te lo agradecería, Eliza. Es la única persona en la que puedo confiar.

Con cariño:
C. AUSTEN

Cassy escribió en el sobre la dirección de Kintbury, lo selló y soltó la pluma. Lo único que podía hacer ahora era tener esperanza. La carta de Jane que había recibido esa mañana, que no era otra cosa que un lamento angustiado desde la más absoluta oscuridad, le había afligido mucho. ¡Qué no daría por estar en ese momento a su lado! Se recolocó el vestido y se levantó del escritorio.

Elizabeth Austen la miró desde su asiento frente a la chimenea.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó con amabilidad.

—Muy bien, gracias —contestó Cassy—. Aunque me da la impresión de que mi madre y mi hermana me echan un poco de menos.

—No te preocupes por ellas, te lo digo de verdad, Cassy. Siempre te entregas demasiado a los demás. Nadie va a poner ninguna objeción a que descanses y te diviertas aquí una buena temporada.

Justo antes de Navidad, Elizabeth había dado a luz a su décimo hijo. Con cada nueva incorporación a la familia, su cariño por Cassy se multiplicaba de manera exponencial. Cuanto más poblada estaba la guardería, más trabajo para la madre, menos tiempo duraban las institutrices y, como consecuencia, más bienvenida era la ayuda de la cuñada. La fórmula era sencilla, y Cassy la entendía muy bien. Por otra parte, también era verdad que a lo largo de esos años de heroica contribución conjunta al crecimiento de la especie humana, ambas mujeres habían establecido un vínculo muy genuino y plagado de afecto profundo. Las dos sentían un gran cariño por los niños, y las dos tenían paciencia y sabían controlar su carácter. Siempre calmadas, siempre cariñosas.

—¿Cómo irán las cosas por ahí arriba? —se preguntó en voz alta Elizabeth, aunque sin ansiedad.

—Quédate aquí, Elizabeth, y recupera las fuerzas. Ya voy yo a ver.

Cassy dejó la calidez de la biblioteca, atravesó deprisa el imponente vestíbulo y subió las no menos majestuosas escaleras. Por muy hundida que se encontrara, sus ojos, educados en la admiración de la belleza, no dejaban de reconocerla a su alrededor en ese lugar.

Elizabeth y Edward estaban instalados ahora en Godmersham, una mansión grande, elegante y con distintas alas, de setenta y cinco años de antigüedad, que presidía una zona ajardinada y boscosa con la seguridad que da la solidez y la magnificencia. Cada habitación tenía vistas maravillosas y únicas. Cada techo se adornaba con artísticas terminaciones. Cassandra era muy consciente de la suerte que tenía de estar aquí, y de lo inadecuado que resultaba estar deseando marcharse.

¿Qué otra mujer de recursos tan limitados como los de ella sería así de desagradecida? Cruzó el descansillo y avanzó por el amplio corredor. La navidad había sido espléndida y feliz, con los niños disfrutando y jugando en todo momento, hasta casi el delirio. Cassy había comido mucho, bastante más de lo que debía y era bueno para ella. Habían jugado todas las noches, y se habían reído hasta que casi les dolía la boca.

Sin embargo, se había distraído muchas veces pensando en Southampton. ¿Cómo le iría a Jane llevando la casa en su ausencia? Su hermana había pasado hacía poco la tos ferina y se podía decir que aún estaba convaleciente. ¿Dormiría lo suficiente como para reponer fuerzas de forma adecuada? Aquí, dentro de su lujosa habitación, perfectamente equipada, Cassy se pasaba muchas horas despierta, preocupándose sin poderlo evitar, noche tras noche. ¿Por qué Edward no había llamado a Jane en lugar de a ella? Le habría encantado intercambiar los papeles con su hermana, y así sin duda habría encontrado la paz en su espíritu. Pero ella era la favorita de la familia en Godmersham, y más cuando se trataba de enfrentarse a la llegada de un nuevo bebé.

Subió las escaleras en dirección al ático en el que estaban la guardería y el aula, donde la institutriz daba clase a los mayores.

—*Bonjour, ma tante!* —exclamó Fanny al verla.

—*Et bonjour, chérie* —respondió Cassy—. *Tout va bien?*

—*Tres bien, merci!*

No cabía duda de que la señorita Morris los tenía bajo control. Elizabeth se tomaba muy en serio el hecho de que sus hijos aprendieran francés, así que Cassandra no los distrajo. Se acercó a la guardería para echar un vistazo a los pequeños. Todo estaba tranquilo. Cumplida la misión de control, decidió salir a tomar el aire.

Era un estupendo día de invierno, después de un casi mágico periodo sin lluvia. En cualquier caso, al margen del tiempo, aquí los caminos siempre estaban en buenas condiciones. El barro no era una molestia en las zonas ajardinadas de Godmersham, eso quedaba para otros lugares menos afortunados. Aquí el lodo no se atrevía a hacer acto de presencia. Regresó a su habitación, recogió el abrigo y salió por la puerta que daba al jardín. El repentino e intenso frío le golpeó la cara y se llevó en un soplo las nubes que enturbiaban su cerebro.

Durante el día, la soledad aquí era un lujo escaso y precioso. Siempre había alguien que demandaba su tiempo, así que Cassy, por una vez, decidió hacer uso de él. Era una mujer práctica por naturaleza, a la que no le gustaba nada la sensación de que las cosas estuvieran fuera de control. El problema de la depresión de Jane desafiaba todos sus instintos. La golpeaba en los momentos peores y no respondía a argumentos racionales. Hasta ese momento, Cassy se había enfrentado a la situación como si se tratara de una enfermedad igual que otras, dedicándole atenciones, cuidados y brebajes. Y de esa forma, al cabo de unas semanas, Jane se había recuperado. ¿Pero era gracias a lo que Cass hacía? ¿O se recuperaba por sí misma? ¿O simplemente se trataba de fases de la enfermedad, como las de la luna en el cielo nocturno, que cambiaban con el curso del tiempo?

Caminaba por la hierba en dirección al río, con la mirada gacha, con los ojos enfocados tan solo al suelo y haciendo caso omiso de lo que tenía a su alrededor. Probablemente era mejor concentrarse en prevenir, sin esperar a tener que solicitar la ayuda de un médico. Averiguar cuáles eran las circunstancias que daban lugar a ese estado de ánimo, enfrentarse a ellas y evitar así que reaparecieran los síntomas.

Hizo una lista mental. La causa más obvia era la inestabilidad, por supuesto. Desde la muerte de su padre se habían cambiado de casa cuatro veces ya, y todas ellas habían sido difíciles. Cassy, que estaba ahora en la arboleda, resguardada de la luz del sol, sintió un estremecimiento y suspiró. Ni ella ni nadie sería capaz de prevenir los cambios futuros. No pasarían mucho tiempo más en Southampton, estaba segura de ello. ¿Y quién podía saber a dónde irían después?

En segundo lugar estaba la ausencia de paz interior. Jane había acertado de pleno a ese respecto. Todo se había producido tal y como predijo: Cassy y Martha acudían a menudo a la llamada de familiares que solicitaban su ayuda, y Jane se quedaba al cargo de todo: gestión de la casa, cocina y cuidado de su madre. Y, además, era verdad que, aparte de la falta de tiempo, tampoco tenía ganas de dedicarse a

escribir. Había dejado varada *Los Watson* en Bath, y no se había vuelto a poner con ella desde entonces.

Al salir del soto y recibir la luz del sol en el claro, Cassy se dio cuenta de que solo había una solución a todos estos problemas: una casa permanente y propia. ¡Si ella tuviera la capacidad de aportarla! Al llegar al río, centelleante ante sus ojos, vio que en la orilla estaba Edward.

—¡Cassy, querida! —Tenía la cara arrebolada tras la caminata mañanera, y le acompañaba un sabueso de caza con pedigrí—. ¡Qué día tan magnífico!, ¿verdad?

Empezaron a caminar del brazo.

—No he podido resistirme a él —confirmó Cassy—. ¿Qué has estado haciendo esta mañana, hermano?

—Visitar un par de granjas para hacer comprobaciones. Habiendo quince, siempre hay aspectos a cuidar.

—Tienes demasiadas responsabilidades. Me da la impresión de que apenas tienes tiempo libre: la casa, la hacienda, por no hablar de todos esos niños. ¿Cuántos hay ahora, cien, doscientos?

Soltó una corta carcajada.

—Hace años que perdí la cuenta. Ríete, sí, pero estaríamos en condiciones de llegar a cien si Elizabeth sigue así…

—Sí que lo estaríais, sí. No hay pareja capaz de producir una prole tan magnífica como la vuestra, así que tenéis el deber con el mundo de procurarle todos los hijos que podáis.

—Bueno, al menos contamos con espacio suficiente, en eso somos afortunados. Y de hecho, pronto tendremos aún más. Pronto terminará el arrendamiento de la hacienda de Chawton, y he decidido no seguir con él, al menos durante un tiempo. Este año lo utilizaremos nosotros durante las vacaciones y los días festivos. Seguro que nos sienta bien respirar de vez en cuando el aire de Hampshire.

El cerebro de Cassy se iluminó con una llama. Chawton. Hacienda. ¡Casas de campo! Edward poseía allí un montón de casas de campo, o al menos eso creía ella. ¡Y en su condado de origen! Esa era la solución de todos los problemas. Aquí estaba la respuesta a sus plegarias.

—¡No sabes cuánto echamos de menos Hampshire! Quiero decir tu madre, tu hermana y yo misma.

—Pero ya estáis, allí, ¿no? Southampton pertenece al condado, tengo entendido.

—Por supuesto, Edward, pero no es el campo. Echamos de menos los pueblos como Chawton, por ejemplo, sus setos, sus pastos…

—Pues siempre seréis bienvenidas. Estáis muy cerca, y nos encantaría que nos visitaseis de vez en cuando. —Edward estaba encantado—. Siempre seréis bienvenidas, ya lo sabes.

Estuvieron un rato sin hablar mientras recorrían la curva del río

—¿Has tenido noticias de Southampton últimamente? ¿Qué tal les va?

—Pues he recibido una carta esta mañana, y tengo que confesarte que me ha dejado un poco preocupada. Me temo que a madre le está resultando difícil acostumbrase al lugar. —En realidad, la señora Austen gozaba de una salud espléndida, y se tomaba con filosofía los problemas y los cambios. Pero sin duda la mejor manera de llegar al corazón de un hombre era por medio de su madre…

—¿Madre? ¡Me dejas de piedra! Pero si es una mujer que puede con todo… Seguramente será una bajada de ánimo después de la Navidad. Espero que disfrutara teniendo allí a James, Mary y el resto de la familia. Se lo han debido de pasar estupendamente. Y seguro que le ha gustado mucho volver compartir casa con el joven Frank y su mujer embarazada.

—Frank es un encanto, sí —reconoció Cassy—. ¡Ahora está dedicándose a hacer las cortinas y colgarlas! Aunque su presencia en casa no va a durar mucho. Pronto volverá a embarcar, y la madre y el bebé se irán con la familia de ella. Y en ese momento estoy segura de que nos volveremos a cambiar de casa. —Se detuvo para escoger bien las palabras. No sería bueno presionar demasiado a Edward. Era un hombre de negocios, y le gustaba tomar decisiones por sí mismo. El plan que tenía en la cabeza debía surgir como idea de él porque, de lo contrario, no habría manera de llevarlo a cabo—. Creo que madre dijo que nuestro siguiente destino sería Alton.

—¡Alton! Pero si está al lado de Chawton. Es muy adecuado, y además allí hay muchas casas de campo en muy buenas condiciones.

—Es verdad —dijo Cassy en voz baja, como si estuviera pensando en alto—. Lo que pasa es que no vamos a estar en condiciones de ir a ninguna, desde luego. Una vez que la familia de Frank crezca, dejaremos de recibir dinero de él.

—Sí, claro. ¡Mira, un martín pescador! —El interés de Edward por sus parientes pobres femeninas empezaba a desvanecerse—. Este río es una bendición para los ojos, siempre tiene algo interesante que ofrecer. —Arrojó un trozo de rama lo más lejos que pudo, y el perro salió corriendo para traerla de vuelta—. Me apetece mucho volver a Chawton. El cambio es tan adecuado como el descanso, ¿no te parece, hermana?

El perro salió del agua con el pelo brillante y se sacudió la humedad.

—¡Espera un momento! He tenido una idea. ¿Por qué no vais a una de mis casas de campo de Chawton?

Cassy estaba sentada en la biblioteca, en un estado de feliz ensimismamiento. Ahíta tras la magnífica cena y agradablemente cansada por el paseo matutino con Fanny y su poni, en ese momento podía permitirse pensar en la casita de campo de Chawton. ¿Cómo sería de grande? ¿Cuántas habitaciones tendría? Tendría que haber sitio para Martha, definitivamente y fuera como fuese. Y siendo así, ¿podría haber alguien en el mundo más feliz que ellas? No podía esperar a la mañana siguiente para escribir a Jane. El alivio que sentiría seguramente la sacaría de la cama, y le aportaría algo de fe en el futuro.

—Amor mío —dijo Edward desde su sillón—, estaba pensando en el verano, cuando vayamos a Chawton.

—¡Ah, vaya! —suspiró Elizabeth—. Se me había olvidado la conmoción que nos espera. ¿No te doy pena, Cass, tener que vivir con este hombre y su permanente deseo de cambios y revoluciones?

Cassy pensó en otras personas mucho más merecedoras de sentir pena por ellas, pero sonrió de todas maneras.

—Se me ha ocurrido la idea de ceder una de las casas de campo a las damas Austen.

—¿«Las damas Austen»? ¿A que los hombres son muy graciosos, Cass? ¡Ja, ja! ¡Qué divertido! —Elizabeth volvió a centrarse en su bordado y habló con tono de mucha paciencia—. Lo último que desean «las damas» es una casa de campo, querido. Su forma de vivir actual es de lo más envidiable, a mi parecer. Pueden vivir en la ciudad que les apetezca y disfrutar de tantos cambios de paisaje como quieran. Ya ni me acuerdo de sus últimas direcciones. ¡Una casa de campo, dices! ¿Qué se te ocurre que podrían hacer allí?

—Pues… —Edward parecía inseguro—. ¿Vivir en ella? ¿Mantener el jardín? Lo que sea que hagan las mujeres que viven en una casa.

—Y morirse de aburrimiento, estoy segura. ¿Con quién van a hablar? ¿Qué conocidos tendrían en un pueblo de ese tipo? Puede que tu madre se adaptara bien, aunque la verdad es que le encanta charlar. Pero tus hermanas necesitan diversión, actividad social, Edward. Ir a

bailes y reuniones. Necesitan estar con gente. —Miró con cariño a su cuñada—. No te preocupes, querida, nunca es tarde para rectificar.

—Pues, Elizabeth, a decir verdad creo que ya es demasiado tarde, y además estamos perfectamente de acuerdo con el arreglo —dijo Cassy con voz segura y tranquila—. Debo confesarte que estamos un poco hartas de bailes, visitas y actividad social.

—Pues entonces reuníos e id adelante con ello —replicó Elizabeth con cierta brusquedad—. Créeme, Cassy, no tienes ni idea de lo que significa gestionar una casa propia. Para empezar, ¿qué muebles escoges? Ahora disfrutas yendo de una casa a otra, ¡no tienes muebles propios! ¡No tienes ni idea de la responsabilidad que eso supone!

—Podemos cederles muebles, querida —se ofreció Edward, pero Cassy se dio cuenta de que su magnífica idea yacía ya por los suelos, eso sí, acolchados y cómodos gracias a una mullida alfombra oriental.

—No les hacen falta muebles, Edward, porque lo cierto es que no quieren vivir en una casa de campo, es absurdo. Y espero que la cosa termine ahora, de una vez. —Elizabeth agarró las tijeras y cortó una hebra con cierta violencia—. Te he prestado un gran servicio, Cass. Y tu hermana se va a alegrar mucho de esto, te lo aseguro.

Estaba acostumbrada al Desencanto, con mayúsculas. Él, porque seguro que era masculino, era un visitante habitual, y lo recibió como solía: regañándose a sí misma por haberlo invitado. No podía echarle la culpa a nadie más que a sí misma.

Elizabeth había hablado desde una preocupación genuina por la familia, y su única fuente de conocimiento y opinión era su propia vida, su experiencia… como le pasa a casi todo el mundo. ¿Cómo podía esperarse que una mujer de su posición fuera a entender la de su madre, su hermana y ella misma, tan diferente de la propia? Y Edward, quien, bien guiado, había sido lo suficientemente generoso como para pensar en la posibilidad, era normal que aceptara la opinión de su esposa, como consecuencia de su buen talante. No, la culpa era solo de ella misma, por ser tan pedigüeña, egoísta y ambiciosa. Menos mal que, por lo menos, Jane no había sabido nada, por lo que tampoco había albergado esperanzas. Cassy se juró a sí misma que nunca le hablaría de ello.

Pero, pese a la fuerza de la decisión tomada, Desencanto no la abandonó, pesado e inamovible como una roca de la bahía de Sidmouth. Se situó en una zona cercana al estómago, justo debajo de la ansiedad que le oprimía el pecho. Las cartas desde y hacia Southampton viajaban regularmente, más rápido incluso de lo que convenía, confirmando las miserias de un lado, rogando las respuestas

del otro. Cassy no podía hacer otra cosa que quemar las pruebas en su propio fuego cada noche.

Por mucho que ansiara marcharse de Kent, no podía hacer nada para lograrlo. El viaje dependía de la buena voluntad de algún hermano que la acompañara, y para todos ellos resultaba muy poco conveniente hacerlo antes de la llegada de la primavera. Martha no regresó, y Eliza tampoco respondió a la petición de que lo hiciera. Así que no había otra cosa que hacer que encargarse de los niños, jugar por la noche, hacer visitas y recibirlas. Vivir bien, cenar bien y esperar la sentencia: una prisionera infeliz en el más feliz de los hogares.

En febrero, la enfermedad de Jane desapareció por fin, y el tono alegre y desenfadado regresó a sus cartas. ¡Habían encontrado unos aposentos bastante mejores, más grandes… ¡y con jardín! Su madre y ella estaban felizmente ocupadas en planificar la mudanza. Cassy regresó en marzo y se ocupó de ellas y de todo. Estaba harta de mirar al futuro, de hacer planes y de verse obligada a abandonarlos. A partir de ahora se limitaría a vivir el presente, fuera fácil o difícil, y a enfrentarse a cada día y cada cosa en su momento.

Capítulo 23

Kintbury, abril de 1840

Había caído ya la noche, y Cassandra estaba sola en su sencilla y estrecha habitación, mirando los papeles que se extendían sobre la cama. Había identificado diez cartas peligrosas, que atestiguaban tanto el malestar de Jane como su propia consternación. Situadas en el contexto de toda una vida, quizá no resultaran tan incriminatorias por sí mismas. Pero Cassandra conocía muy bien la fuerza de la palabra escrita. Y además sabía que el poder de la edición era todavía mayor. La edición influía en la escritura, por muy terminada que estuviera, y hasta podía cambiarla a su gusto, alterando forma y propósito.

Considerados de manera aislada, los documentos podían considerarse pruebas de problemas sicológicos. Además, si se juntaban con otras evidencias, delineaban un carácter complejo, frágil y extraño, cuya debilidad y fragilidad a veces hasta podía vencer a sus fortalezas. Si se hacían desaparecer, si se destruían, ya no tendrían el más mínimo poder, pues nadie las vería y, por tanto, nadie podría emitir juicio alguno. Cassandra comprobó de nuevo que todas esas cartas estaban allí, bien recogidas. Todas las que quedaran darían fe para siempre de dulzura de espíritu. ¿Cuál era la frase que siempre utilizaba Jane al hablar de sus sobrinas y sobrinos? «Los cambios escasos y las crisis mínimas no son capaces de romper el tranquilo flujo de la vida». Sí, muy bien traído. Se levantó, se estiró, las guardó en las profundidades del baúl y dejó escapar un suspiro de inmensa satisfacción. Cuando volviera a Chawton dispondría de un buen fuego,

¡cuánto le gustaban los buenos fuegos!

Todavía faltaba una última carta de Jane a Eliza, escrita desde Winchester en julio de 1817, pero aún no había hecho acopio de la fuerza suficiente como para leerla. La metió en su bolso de mano para ponerla a salvo. Amontonó el resto de la correspondencia, todo felices naderías, y recuperó la calma.

Abrió la puerta en silencio y llegó al descansillo. Era muy tarde, todo estaba en silencio. Caroline se había marchado, e Isabella seguramente estaría durmiendo. La habitación de Eliza estaba a oscuras, pero pasó, colocó el paquete donde lo había encontrado y se dirigió de nuevo a su habitación.

Escuchó una respiración nasal.

—¿Ya está todo hecho, señora? —Allí estaba de nuevo Dinah, en la escalera del ático. ¿Es que esa mujer espiaba durante toda la noche? ¿Nunca se iba a la cama?

—Buenas noches, Dinah. Que duermas bien.

—Y usted, señora. Entonces se marchará pronto, ¿verdad? Ya nada la retiene aquí… ¡Es una pena!

A la mañana siguiente, abrió las cortinas a un cielo azul y una luz del sol que sugería que ya era media mañana. No pudo por menos que sonreír, divertida por su propia e inhabitual indolencia. No era nada propia de ella, ni mucho menos. Los madrugones de la señorita Austen eran famosos. Así que el hecho de que se le hubieran pegado las sábanas de esa manera solo podía deberse a la tranquilidad de conciencia y a un profundo sentimiento de haber cumplido con su deber. Hacía bastante tiempo que no experimentaba esas sensaciones, así que era normal que nada hubiera interrumpido su sueño esa mañana. En cualquier caso, resultó reconfortante y reparador. Así pues, galvanizada y sintiendo algo parecido a la antigua energía interior característica de su juventud, se aseó, se vistió y salió de la habitación. No había ninguna necesidad de molestar al servicio con su desayuno: ese bienestar podía utilizarse sin problemas en beneficio de otros. Tenía que ver a Mary Jane para ayudar a Isabella.

Los árboles del jardín de la iglesia estaban rebosantes de flores, tan claras y luminosas que le alegraron aún más el ánimo, tanto que el corazón parecía querer cantarle en el pecho. Había llegado aquí en pleno invierno, abrumada por los problemas de difícil solución que

tenía por delante. Y ahora, durante su visita, el mundo había cambiado, igual que ella misma. Se preguntó qué aspecto tendría en ese mismo momento su propio jardín. El placer que sentiría cuando volviera a contemplarlo y a sentarse en él sería extraordinario.

Una criada le abrió la puerta de la casa de Mary Jane y le señaló el salón de estar sin hacer ningún comentario. Cassandra se quedó parada en el umbral, sin poder articular palabra ante lo que estaba viendo.

En medio de la habitación, rodeada de objetos exóticos que parecían observarla, Mary Jane flotaba realizando movimientos circulares y agitando las manos en un extraño aleteo. Bailaba, pero un tipo de danza que era incapaz de reconocer. Estaba envuelta en un vestido rojo, largo y vaporoso. La expresión de su cara, difícil y redonda, era de absoluto embeleso.

—No te preocupes por mí, Cassandra. Estoy girando. —Le hablaba sin mirarla—. Pasa y siéntate. Pronto estaré contigo. —En ningún momento dejó de «girar».

Cassandra, no sin cierto desagrado, se acomodó sobre una piel de tigre, y esperó con paciencia y educación.

—¿Has oído hablar de los giros, Cassandra?

Conocía la palabra y la acción, por supuesto, pero no en el sentido en el que Mary Jane la empleaba. Mary Jane continuó con la mareante actividad.

—¿Has oído hablar de los derviches?

—¿Los Derviches? —Seguramente se trataba de una familia de la zona, aunque en ese momento no era capaz de situarla—. No creo que haya tenido la fortuna de conocerlos.

—Son sufíes. —Mary Jane se detuvo y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas—. Bueno, ya basta por hoy. —Estiró el brazo para agarrar la cachimba—. Los conocí en mis viajes. Sus prácticas son muy interesantes… me refiero a las de los derviches danzantes, claro está. Algo fascinante, te lo aseguro. Decidí probarlo por mí misma y ahora ya no lo puedo dejar. Muy espiritual, de verdad. Deberías probarlo, yo te enseño.

—Muchas gracias, pero preferiría no hacerlo. —Cassandra se removió ligeramente contra las cerdas de la piel de tigre—. Creo que para satisfacer mis ansias de espiritualidad tengo más que suficiente con la iglesia tradicional.

Mary Jane encendió la cachimba y aspiró una bocanada de humo de tabaco.

—Cuando recorres el mundo te das cuenta de lo pequeña y limitada

que es Inglaterra en todos los aspectos. Créeme Cassandra, ahí fuera hay costumbres, religiones, ideas que tienen mucho sentido…

Estaba irritada, pero se controló, aunque a duras penas. La visita llevaba camino de convertirse en un reto innecesario, sobre todo porque disponía de muy poco tiempo y, por otra parte, tenía un hambre canina, tal como le indicaban las punzadas que sentía en el estómago. Nunca había entendido del todo la manida idea de que viajar ampliaba la mente. De hecho, su experiencia era que la relación con aquellos que lo habían hecho solía dar lugar a un aburrimiento de proporciones épicas.

En esos momentos Mary Jane estaba hablando de algo así como los «maestros yoguis», fuera lo que fuese semejante cosa. Cassandra no quería saber nada. Tenía que interrumpirla como fuera.

—Hablando de viajar, o por lo menos de trasladarse, me pregunto si has estado en contacto con tus hermanas últimamente.

—¿Es que se van a marchar? Me parece muy adecuado para ellas. A Isabella le encantará. ¡Hay tantos lugares que conocer…!

Cassandra interrumpió la elucubración y puso en práctica su estrategia, disfrazándola de sugerencia.

—¿Cómo has dicho? ¿Qué abandone mi casa? ¿Yo? —gritó Mary Jane, expulsando humo como probablemente lo haría un dragón muy enfadado.

—He creído entender que te gustan las aventuras…

—Sí, has entendido bien. Pero en el extranjero. ¿En qué zona del pueblo está la casa? Ya te lo he dicho, hay zonas peligrosas por aquí.

—Puede que no tan peligrosas como la India, o las zonas en las que están implantados los sufíes —comentó Cassandra. De hecho, eso de girar sobre sí mismos como peonzas parecía una forma de huir del peligro, aunque quizá bastante ineficaz si había tigres en los alrededores—. Y no estaríais solas. La seguridad aumenta con el número.

Mary Jane dio una profundísima y reflexiva calada a la cachimba.

—¿Podría llevarme mis cosas?

Cassandra echó un vistazo a su alrededor: trofeos, espadas, la serpiente venenosa…, y se permitió pensar un instante en la inefable Dinah, obligada a limpiar el polvo a todo ello cada mañana. Se trataría de una venganza tan pequeña como dulce.

—¡Pues claro! Estoy segura de que habrá muchísimo sitio.

—Bueno… Quizá no sea tan mala idea después de todo. Esas chicas son muy vulnerables. Puedo protegerlas. Tengo un arma.

Estaba hecho. Cassandra soportó estoicamente una corta lección

acerca de la superioridad de la comida de Oriente Medio, y hasta prometió de buena fe que la probaría en cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo. Las dos mujeres se despidieron con mucha cordialidad.

Cuando la puerta se cerró tras ella y se zambulló con un pestañeo en la claridad del sol, a Cassandra le asaltó la idea de que quizá no volviera a ver nunca a Mary Jane. No podía saber cuántos años, meses o semanas de vida le quedaban por vivir a ella misma. En cualquier caso, no se arrepentía de nada de lo que acababa de hacer.

Caminó hacia casa divirtiéndose al pensar en el nuevo arreglo para las hermanas Fowle. Porque, ¿acaso había en el mundo tres hermanas tan diametralmente distintas? Habían crecido y vivido separadas, cada una abandonada a sus propias excentricidades. Sobre todo Mary Jane, que sin duda estaba trastornada del todo. A largo plazo, la situación sería buena para ellas. No hay partos fáciles, ningún cambio llega sin molestias ni dificultades, incluso aunque sea a mejor, o más bien, especialmente en tal caso. Al pasar junto a las lápidas, los narcisos parecían asentir ante sus argumentos.

A finales de septiembre del año 1808 llegó a Godmersham el decimoprimer vástago de Edward y Elizabeth, solo unas pocas horas antes que la más útil de sus tías. Dado que se había perdido el feliz acontecimiento, lo único que pudo hacer fue asomarse a la cuna, declarar que el bebé, otro niño, era un Austen tanto en lo referido a potencia de llanto como a vigor, atender a la orgullosa madre y hacerse cargo de la guardería.

Se dirigió a su habitación, se aseó y, solo durante un momento, echó un vistazo a los jardines, maravillosos en otoño. En esta ocasión, Cassandra estaba encantada de estar allí y decidida a disfrutar de ello. En Southampton todo estaba tranquilo: su madre rebosante de salud, Jane con buen ánimo y Martha vigilando para evitar cualquier desastre. No le asediaba ninguna preocupación, así que nada le impedía disfrutar de los meses que pasaría allí.

En realidad, pensaba que en esos momentos sería difícil encontrar una mujer soltera más afortunada que ella. Al menos una vez al año podía venir a Godmersham y vivir durante unas semanas la vida de una dama privilegiada, disfrutando de un empleo con todas las ventajas: una mansión magnífica y preciosa que gestionar y un montón de niños encantadores a los que cuidar y enseñar, y, no menos

importante, disfrutando del placer de la compañía de un caballero todas las veladas. Y todo ello sin los inconvenientes de un confinamiento. ¡Once niños, nada menos! Elizabeth era un magnífico ejemplo de espécimen humano, aunque su situación no era envidiable. Sin embargo, la de Cassy podía considerarse perfecta: podía ejercer el papel de gestora familiar a temporadas, y quedar libre cuando quisiera volver con su adorada familia cercana.

—¡Tía Cass! —Fanny apareció en el umbral de la puerta como un ciclón—. ¡Ya está usted aquí! ¿Ha visto al nuevo hermanito! ¿No le parece una preciosidad?

—¡Querida niña! ¡Ven aquí inmediatamente! —Cassy abrazó con fuerza a su sobrina—. Sin duda que lo es, pero tú eres mi favorita, la mejor de todas. ¿Pero en qué estás pensando? ¿Cómo es que te has convertido tan pronto en toda una señorita?

A los quince años de edad, Fanny era toda una belleza fresca y pura, un lirio de invernadero en plena floración. Pero pese a su belleza y refinamiento, se seguía riendo como una niña, y se puso a dar saltos en el borde de la cama. Cassy, sin dejar de sonreír, escuchó el torrente de información que salía de su boca mientras colocaba sus cosas en los armarios de la habitación. De todo lo bueno que siempre le aguardaba en esa casa, Fanny seguramente era lo mejor. Tenía encanto, rapidez y agudeza mental y, por supuesto, la mejor de las disposiciones. Acumulaba todas las características para ser feliz en la vida, el lote más envidiable.

—Tía, estoy leyendo *Camilla,* de la señorita Burney. —Casi se había convertido ya en otra hermana.

—Espero que te esté gustando. —Cassy cerró el armario y la miró satisfecha.

—¡Desde luego! Más tarde, cuando se hayan dormido los niños, ¿podemos leerla juntas? Acabo de empezarla.

Subieron de la mano por la escalera del aula y la guardería. Las dos disfrutaban cuidando a los niños, y también de la lectura, la labor y todas las tareas familiares.

¡Pasaría una estancia magnífica!

A lo largo de los once primeros días todo se desarrolló muy bien, con toda la actividad y alegría esperables. Pero el desastre golpeó de lleno el duodécimo.

Era por la tarde, y Cassy estaba en la biblioteca con Edward y la joven Fanny. La chica estaba deseando que se pusieran a leer *Camilla* en voz alta, pero su padre no estaba por la labor.

—La verdad es que estoy deseando que tu madre vuelva a estar aquí con nosotros por las tardes —decía en ese momento Edward—. Afortunadamente, ella y yo estamos del todo de acuerdo en cómo debe desarrollarse una velada para que resulte agradable. Aquí solo con vosotras dos, tan «librescas»… me siento como un extraño en mi propia casa.

—No estaré aquí durante mucho más tiempo, padre —le tranquilizó Fanny—. Madre recupera las fuerzas a toda velocidad. Esta noche ha cenado muy bien.

Cassandra se irguió de repente y aguzó el oído.

—¿Qué pasa? —casi gritó con angustia. Se oía ruido de pasos rápidos y algunos gritos ahogados procedentes de la planta de arriba. Se puso de pie de inmediato y subió las escaleras a toda prisa. Cuando estaba a medio camino se encontró con una criada.

—¡Un médico! ¡Es la señora! ¡Necesitamos un médico!

Cassandra se levantó las faldas y corrió por el pasillo hasta la habitación de Elizabeth. Su cuñada estaba en el suelo, a medio camino entre la cama y la puerta, el cuerpo caído en una contorsión imposible. Tenía la cara muy colorada, con los ojos casi fuera de las órbitas y una expresión de terror mortal en su antes precioso rostro.

—¡Ha sido un ataque! —gritaba la enfermera—. ¡Repentino! ¡Nunca había visto nada igual! —Hablaba entrecortadamente, sin el más mínimo control del que habitualmente hacía gala.

Cassy le tomó la muñeca y buscó el pulso. Estaba desbocado..

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó con tono muy urgente—. ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Cuándo ha empezado?

—No estoy segura del todo… Por lo menos cinco minutos.

«¿Cinco minutos?», pensó Cass. «¿Y qué ha estado haciendo esta mujer durante tanto tiempo?».

—Deme el láudano, ¡rápido! —ordenó—. Y ayúdeme a trasladarla a la cama. —Después cambió a un tono más bajo y tranquilo—. No tengas miedo, Elizabeth, querida. Cálmate. Estoy contigo, escúchame. Voy a ayudarte a que abras la boca. —Pero tenía la lengua hinchada, muy grande, y la garganta también. Elizabeth se retorcía de dolor. Cassy lo tuvo muy difícil a la hora de hacerle tragar las gotas, tuvo que emplear toda su fuerza. ¡Por fin! Elizabeth se desplomó y la cabeza cayó hacia un lado. ¿Había conseguido solucionar el problema? ¿Había funcionado la medicina? Buscó de nuevo el pulso

desesperadamente.

Pero la búsqueda fue en vano.

Gomersham se tiñó de negro. La esposa más adorada, la madre más entregada, el centro neurálgico y brillante como el sol de este enorme y feliz hogar… arrancado de raíz y sustituido por una tempestad de sufrimiento.

Edward estaba anonadado por la pena, sin consuelo en su dolor; los pobres niños sin madre desconcertados y perdidos. Cassy trabajó sin descanso para consolarlos y atenderlos. El presente era tan intenso y agotador que no le daba tiempo a pensar en el más que problemático futuro. Hasta la noche de después del funeral, cuando Fanny apareció en su habitación.

—¡Tía Cass! —Fanny se metió en la cama junto a ella y se acurrucó entre sus brazos—. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo vamos a salir adelante? Yo no voy a ser capaz, no podré hacer de madre para todos. —Lloraba casi con violencia.

—Tranquilízate, querida mía —intentó reconfortarla, con el corazón transido de pena. ¡Cuán vivamente recordaba unos momentos como esos, en los que un siniestro giro de la vida te arranca lo más querido para ti y te deja inerme! Te forzaba a hacer lo que no querías, a vivir con una amargura enorme y que se te aparecía como eterna. Era terrible—. Eres una hija excelente, un enorme consuelo para tu pobre y querido padre. Y como hermana mayor, eres extraordinaria. Entiendes y quieres a todos esos niños mejor que nadie. Te acostumbrarás, amor mío. Será muy duro, y muy difícil, pero lo harás. El Señor nos manda pruebas para que las superemos y nos hagamos mejores y más fuertes. —Tomó la dulce y ahora húmeda cara entre las manos—. Eso es lo que tu madre esperaría de ti, no me cabe duda alguna.

—¡Pero no estoy preparada!

—Estás mucho más preparada de lo que crees. Elizabeth era una magnífica esposa y madre, y te crio siguiendo sus impecables criterios, a su imagen y semejanza.

—Sí, puede, dentro de cinco o diez años… pero no ahora, todavía no. Temo no estar a la altura, es demasiado para mí. ¡Por favor, tía Cassy, se lo ruego! ¿Se puede quedar?

—Me quedaré unos meses, sí, hasta que os organicéis.

—¡No! ¡Quédese para siempre! Sería la compañía perfecta para mi padre, y para los niños sería lo mejor. Debe vivir aquí, con nosotros. Nos saldremos adelante si no lo hace.

Fanny cayó en un sueño frágil y ligero, el típico de un alma atormentada y sufriente. Cassy siguió abrazándola, despierta y sin dejar de pensar. Hacía mucho tiempo creía que Kent sería la única solución para ella. Cuando estuvo aquí tras la muerte de Tom Fowle —¿qué número hizo ese bebé, el cuarto, o el quinto…?— y buscaba distintas formas de ganarse la vida, esta era una de las posibilidades que barajaba: vivir con una familia joven y convertirse en un baluarte imprescindible y discreto para ella. Qué distinta era ahora, cuánto había cambiado. Diez años habían sido suficientes para cambiar cada poro de su piel y cada rincón de su corazón.

A la mañana siguiente Edward le pidió que fuera a hablar con él a su estudio.

—Creo que Fanny fue a verte ayer por la noche.

—Así es, pobre querida mía. —Cassy se sentó en el sillón de cuero —. Estaba agobiada por la situación, pero con el tiempo se acostumbrará y podrá con ella, estoy segura.

—Me refiero a su propuesta… Le gustaría… Bueno, a los dos nos gustaría mucho. —Pobre Edward. Estaba tan perdido como sus hijos. Toda esa confianza ligera y fácil que le caracterizaba antes de la tragedia se había desmoronado como un castillo de naipes—. Si te pareciera bien venir aquí y vivir con nosotros…

—¡Mi querido hermano! Estoy con vosotros de todo corazón, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros.

—¿De verdad? —Tenía la cabeza gacha y levantó los ojos para mirarla. El habitual azul intenso de sus pupilas tenía ahora muchas sombras oscuras.

—Y acudiré aquí a estar con vosotros tan a menudo como deseéis. Pero, aunque me cuesta mucho, debo rechazar la amabilísima oferta que me haces para que esta casa se convierta en mi hogar permanente. Y es que mi verdadero sitio está al lado de mi madre y mi hermana. — Se guardó ahora sí que ese sitio era el que prefería por encima de todos—. Es mi deber estar allí. —La palabra deber era muy adecuada para la situación. Nadie podía poner en cuestión el deber.

—Sí, por supuesto.—Se aclaró la garganta. Tenía la voz ronca y

apagada—. Lo entiendo muy bien.

—Dentro de unos meses vamos a enfrentarnos a nuevos trastornos. ¡Oh, por favor! —exclamó de repente—. ¡Por favor, no pienses que no doy importancia a vuestra situación! Ni que decir tiene que vuestros problemas son más trágicos y acuciantes que los nuestros, y podéis contar con nosotras en cuerpo y alma, te lo digo de corazón, pero…

Se detuvo. Una vez más, de repente, en medio de la oscuridad, sus ojos captaron una luz, el brillo de una oportunidad de oro, que se encendía y apagaba como una señal. «Aprovéchame», la decía ese resplandor. «¡Aprovéchame, no lo dudes!».

—Pronto tendremos que mudarnos otra vez. —Suspiró profundamente—. Southampton nos está empezando a pesar, empieza a ser demasiado para madre. Ya va siendo el momento de encontrar otro sitio y establecernos definitivamente. Parece que va a ser en Alton. Al parecer hay unos aposentos que, aunque no demasiado buenos, sí que cuadrarían con nuestras posibilidades económicas. Espero que salga adelante, pero no será sin dificultades. Nuestra madre necesita mi ayuda.

—Por supuesto. —Edward se encorvó en el asiento.

Cassy permaneció en silencio, dando tiempo a la casi impasible mente de su hermano a que trabajara con lentitud de caracol. Tuvo que esperar un buen rato. Finalmente habló.

—Puede que yo pueda hacer algo que, al mismo tiempo, ayude tanto a vosotras como a mi familia. Hay una casita en esta hacienda, en la misma Godmersham, que se quedará vacía dentro de poco. Si os trasladarais a ella, tú estarías cerca para poder ayudar con los niños.

«¡Por favor, Edward!» —pensó cariñosamente—. «Tu situación es muy triste, pero no exactamente desesperada. Todas sabemos que puedes hacerlo mucho mejor, hermanito…».

—¡Qué idea tan magnífica! Es demasiado amable de tu parte. —Fingió reflexionar—. Pero no, madre está decidida a ir a Hampshire. No para de decir que quiere pasar sus últimos años en su tierra natal. Lo puedo intentar, pero me temo que no va a dar su brazo a torcer.

Se vio forzado a pensar de nuevo, y se notó que le costaba.

—Entonces, ¿estaríais dispuestas a tener en cuenta Chawton? —El tono de voz ya era casi de desesperación—. Hay una casa de campo, frente al estanque de los patos. No es demasiado grande, me temo, y requiere trabajo de acondicionamiento. Pero está cerca de la mansión, de modo que cuando la familia esté allí, todos nosotros, estarías cerca, ¿no te parece? Cuando madre no te necesite, claro…

—¿Chawton? —repitió en fingido tono frío y mesurado, y arrugó la

frente como si lo estuviera ponderando—. Ya… déjame pensar… mmm… Sería un plan mejor… una casa de campo en Chawton… creo que podríamos convencerla… ¡Sí! —Dio un salto, se acercó a Edward y le dio un beso—. ¡Eres el hermano más generoso e inteligente que nadie podría tener! Puede que hayas dado con la solución perfecta para todos, sí.

Y para no darle tiempo a pensar más y que su mente discurriera por otros errabundos derroteros, se dirigió a la puerta a toda prisa y le habló por encima del hombro.

—¡Voy a escribirles una carta sugiriéndoselo!

Finalmente, en otoño de 1809, las damas Austen lograron su ansiado estado de felicidad y se mudaron a una casa propia. La casa había pertenecido al alguacil, y era incluso más espaciosa de lo que Cassy se había atrevido a soñar. En la planta de abajo no solo había una sala de estar, sino dos, y seis amplios dormitorios en total. Además, el entorno era el ideal: en mitad del pueblo, cerca de la calle central, de modo que su madre estaría en condiciones de observar las idas y venidas de todos los vecinos y hacer los comentarios oportunos desde una posición privilegiada y confortable.

—¡Esto es la perfección absoluta! —exclamó Jane mientras iba de cuarto en cuarto.

—Este cuarto sería para madre, claro —dijo Cassy señalando el mejor—, y este de aquí para Martha entonces. —Agarró del brazo a su hermana y la llevó a una habitación pequeña pero muy coqueta situada al final del pasillo—. Aquí nosotras estaríamos muy a gusto, ¿verdad?

Jane la miró con cara de gran satisfacción. Se asomó por la ventana para mirar el patio y la promesa de un futuro jardín. Aplaudió encantada y estrechó a Cassy entre los brazos con mucha ternura. Ambas permanecieron así durante unos instantes, envueltas la una en la otra, y ambas por la luz del sol.

—Se acabó —susurró Jane—. Ya ha pasado lo peor.

—Y no hay ningún motivo para pensar más en ello. —Cassy se retiró, la tomó de la mano y siguió con la exploración de la casa—. Y este pequeño apartamento quedaría para las visitas de nuestros hermanos y sus pequeños.

—Me pregunto con qué frecuencia nos van a visitar. —Jane se

asomó al umbral—. Será maravilloso cuando lo hagan. —Se volvió hacia Cass sonriendo—. Y exactamente igual de maravilloso cuando no lo hagan.

Bajaron las escaleras y se pararon un momento frente al ventanal para volver a extasiarse mirando el exterior de la casa. Martha estaba abajo esperando de pie, siempre ahí y siempre sonriente.

—¿Y bien? —preguntó expectante cuando llegaron junto a ella.

—Mi pobre y querida Martha. No creo que te vaya a gustar… —contestó Jane.

—¿Ah, no? —Perdió el aliento por un instante. La experiencia de Martha con las situaciones desalentadoras era bastante mayor que la de ellas, por lo que siempre esperaba y estaba preparada para el regreso de la decepción.

—No es lo suficientemente magnífica como para satisfacer las expectativas de una grandeza como la tuya. Seguro que le encuentras montones de faltas a la casa. Ya sabemos lo difícil de contentar que eres.

Martha suspiró aliviada.

—Ya he entrado para ver la cocina, y tiene todo lo que podamos necesitar. Todavía no me creo que vayamos a poder disponer de esta casa, de vez en cuando me pellizco para comprobar que estoy despierta. ¡Estoy deseando que nos mudemos!

—Martha, somos tan buenas contigo que estamos deseando darte todo el control de la casa, y sobre todo de la cocina —afirmó Jane muy seria al tiempo que la tomaba del brazo—. ¡Qué suerte tienes!, ¿verdad? De lo único que tendrás que preocuparte será de satisfacer nuestras papilas gustativas.

—Y yo gestionaré la casa —declaró Cassy sentándose en el un sofá al lado de su madre.

—Eso está bien —dijo la señora Austen—, porque el jardín va a ser mi coto privado. Pide a gritos que lo atiendan como se debe. Es estos momentos está hecho una pena, el pobre.

—¿Y qué queda para mí? —protestó Jane—. ¿Es que me voy a quedar desempleada? Demando igualdad, al menos de algún tipo.

—Puedes entretenernos —sugirió Martha.

—¡Ser la payasa de la casa! He ahí un objetivo vital digno de hacer que me levante cada mañana. «¿Cómo voy a entretenerlas hoy?». Y supón que no os reís con mis chistes. Puede que suene ridículo, porque al fin y al cabo soy una cómica excepcional, pero vosotras sois un público particularmente difícil. Me temo que la presión va a resultar insoportable.

—Bueno, pues te podemos poner al cargo de nuestros desayunos. ¿Te parece?

—¡Sí señor! ¡Ahí radica el verdadero poder! El desayuno es la comida más importante del día… Añade a eso el control del almacenamiento del azúcar, y del vino, por qué no, y creo que podríamos llegar a un buen acuerdo. Me convertiré en una auténtica emperatriz.

—Pues acordado. Por las mañanas estaremos a nuestros respectivos trabajos, y sin duda recibiremos alguna visita que otra. Pero aparte de eso, seguro que vamos a tener bastante tiempo de esparcimiento. —Cassy había estado esperando este momento—. Esos manuscritos que has estado llevando de acá para allá durante todo este tiempo nuestro de peregrinaje, en busca de la tierra prometida pero sin el maná de la creación literaria, ya pueden salir de su escondite. La mesa pequeña está aquí, y te está llamando, es evidente. Tendrás las tardes libres. Así que… —hizo una pausa teatral antes de exclamar:—. ¡Volverás a escribir! Después de todo, aquí no hay nada que te lo impida.

—¡Espléndido! —exclamó a su vez la señora Austen—. Y puedes volver a leer para nosotras todas las veladas, Jane. Será como en los viejos tiempos.

—¡Y nos harás ricas!

—¡Martha! —exclamó Jane con falsa indignación—. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa que en el vil metal? ¡Qué rastrero para una gran dama como tú! Tu materialismo te rebaja.

Todas rieron con ganas, y la señora Austen volvió a intervenir riendo entre dientes.

—Vais a ser muy felices aquí, queridas hijas, estoy segura. Por supuesto, yo no espero estar con vosotras mucho más tiempo, ya he excedido mis expectativas a ese respecto. De hecho, cada vez tengo más problemas. De verdad que no puedo entender a qué juega ni en que piensa el buen Dios dejándome aquí en medio todavía. Pero vosotras disfrutaréis de esto durante muchísimos años, ya lo veréis.

—¡Vamos, madre! —dijeron al mismo tiempo Cassy y Jane.

Capítulo 24

Kintbury, abril de 1840

—¡Aquí estás! —Exclamó Isabella.

—¡Buenos días! —Cassandra entró en el vestíbulo de la vicaría y empezó a quitarse los guantes.

—Nos estábamos preguntando que habría sido de ti, Cassandra. ¿No es así, Dinah?

La criada, que estaba en mitad de la escalera con el cubo y la mopa, se volvió para mirarla.

—Siempre nos estamos preguntando cosas acerca de usted, señorita Austen. Usted dicta sus propias normas, ¿verdad, señora?

—Lo siento. Mi intención siempre es molestar lo menos posible. —Cassandra oyó un resoplido rebosante de crítica procedente de la escalera—. Vengo de visitar a Mary Jane, y tengo buenas noticias. Está dispuesta a dejar su casa y…

Y de repente se produjo un ruido, al que siguió una tremenda conmoción. Dinah se había desplomado cuan larga era sobre los peldaños, arrojando el cubo y la mopa escaleras abajo. Cassandra se quedó con la boca abierta, e Isabella dio un grito. La criada parecía haber perdido el conocimiento.

Se precipitaron sobre ella.

—¿Qué ha pasado? —Isabella le agarró la muñeca buscándole el pulso—. Seguramente se ha desmayado. ¿Tú la has visto, Cassandra? ¿Se ha desmayado?

De hecho, lo había visto todo, pero le costaba mucho creer lo que

veían sus ojos. Fue como si Dinah se hubiera lanzado deliberadamente, como si confiara en que alguien la sujetaría, o como si hubiera agua debajo de ella. Se había puesto en peligro a propósito. ¿Qué podía haber provocado ese comportamiento tan peculiar?

Príamo ladró fuerte y con urgencia. Fred acudió de inmediato a la puerta. Cassandra se acercó a él y le ordenó que corriera, ¡lo más rápido que pudiera!, en busca de un médico. Después ayudó a Isabella a darle la vuelta a la criada, que estaba inconsciente, absolutamente quieta y pálida como un cadáver.

—¡Por Dios bendito!

—Tiene pulso —dijo Isabella—. Vive, sí, pero no tengo la menor duda de que está mal. ¡Oh, Dinah! —susurró al tiempo que se golpeaba la frente con la palma de la mano—. ¡Oh, Dinah! ¡Quédate con nosotras! ¡Por favor!

—No debemos moverla hasta que llegue el doctor.

—¿El señor Lidderdale? —preguntó Isabella mirándola con ojos enloquecidos.

—Lo he mandado llamar. Esto es serio. Lo necesitaremos.

Isabella miró a Dinah.

—Tienes razón, Cassandra. No debemos correr más riesgos… Mientras esperamos, ¿podrías preparar un paño húmedo frío, y traer la escoba de bruja?

Cassandra obedeció y se dirigió a las dependencias del servicio. Había visto pocas trascocinas peor organizadas que esta. De hecho, el caos había tomado el control en todos los rincones, pero gracias a su instinto de ama de casa pronto encontró lo que buscaba. Volvió a toda prisa al vestíbulo botella y trapo en mano, justo en el momento en el que el señor Lidderdale también hacía su aparición.

—Buenos días a las dos, señoras. ¿Qué tenemos aquí? —Era el doctor al que había conocido el día anterior—. Vamos a ver, querida. Te voy a echar un vistazo. —Se quitó el abrigo, manchado en la pechera, se remangó los puños deshilachados de la camisa y empezó a examinarla. Con manos fuertes y seguras buscó huesos rotos, mientras Cassandra lo miraba intrigada.

Así, a plena luz del día, había algo familiar en el señor Lidderdale. Le daba la impresión de que, en alguna otra ocasión, lo había visto, pero no lograba recordar dónde ni cuándo. De estatura media-baja, los anchos hombros que tenía hacía que pareciera más corpulento… ¿Era este hombre el que había visto en el puente con Isabella al principio de su visita? ¿La mañana en la que le había parecido que estaba alterada? Podía ser, aunque no estaba segura…

—Sin fracturas, que yo haya visto.

—¿Solo un traumatismo en la cabeza?

—Pues sí, bastante fuerte y en toda ella. Tenemos que llevarla a un sitio en el que esté más cómoda, Isa… señorita Fowle. El dormitorio está muy lejos.

—El sofá de la sala de estar —decidió Isabella.

—Agárrela de ese lado, yo lo haré del otro. Despacio, y con delicadeza. Así.

Juntos, bien coordinados, maniobraron con el peso muerto de Dinah y la depositaron con suavidad en el sofá.

—La escoba de bruja —ordenó Isabella alargando el brazo.

Cassandra dio un paso adelante para hacer su pequeña contribución.

—Así, muy bien —dijo el médico con tono aprobatorio—. Aquí le está saliendo un buen chichón.

—¿Sales?

—Sí, las sales ayudarán a reanimarla.

Estaban el uno junto al otro, y… ¿qué había sido eso? ¿ Isabella se había apoyado en él un instante o se lo había imaginado? Lo cierto es que parecían formar una especie de unidad, se adivinaba la compenetración entre los dos, como si compartieran idéntica preocupación por la pobre Dinah. La cosa era tremenda, sí. ¿Y si no sobrevivía al golpe?

El que un sirviente de toda la vida sufriera un problema grave, o el más grave de todos, mientras trabajaba en tu casa era demasiado, terrible. Cassandra no sabía nada sobre las circunstancias familiares de Dinah, pero tendría que haber alguien a quien llamar, tal vez un pariente que hasta podría depender de su sueldo. Era uno de esos días imposibles de olvidar, para la propia Dinah y para Isabella, en los que la vida da un giro inesperado que conduce a otra dimensión. Sintiéndose impotente e inútil, se sentó en el borde de un sillón, juntó las manos sobre el regazo y rezó en silencio, pidiendo que el resultado fuera el menos grave posible.

—Gracias por haber acudido a ayudarnos —dijo Isabella en voz baja.

—Siempre puedes contar conmigo, ya lo sabes. —Le puso la mano sobre el brazo.

De repente, Cassandra se sintió como una intrusa. Actuaban como si estuvieran solos, con libertad para hablar sin tapujos ni disimulos. Se mantuvo muy quieta.

—Eres muy amable al decir eso. Pero después… después de lo que

pasó entre nosotros, sería normal que te hubieras negado a venir.

—Soy médico por encima de todo. Jamás le daré la espalda a un paciente que me necesite. —Le tomó la mano—. Pero también soy un hombre, y nunca, nunca, querida, te daré la espalda a ti.

—¡Oh, John! —Isabella se volvió hacia él. Cassandra vio de perfil la cara que ponía, nunca la había visto así. Su habitual palidez había dado paso a un dulce arrebol, como si la iluminaran desde dentro.

Del sofá llegó un ronco murmullo.

—¡Está abriendo los ojos! ¡Ha despertado! —Isabella cayó de rodillas—. ¡Gracias por devolvérnosla, Dios mío!

—¡Huy, mi cabeza! —La voz de Dinah sonaba apagada, mucho más suave que de costumbre. Cassandra no la oía del todo bien.—. Ha venido. Ha funcionado. Eso está bien. —Esas fueron más o menos sus palabras, que, por supuesto, no parecían tener el más mínimo sentido. ¿Qué conclusión podía sacarse de ellas?

El doctor Lidderdale llevó a cabo con Dinah una serie de pruebas de vista y habla, y pronto llegó a la conclusión de que, aparte del fortísimo golpe sufrido y la consiguiente conmoción, la paciente había salido ilesa.

—Para que a mí me pase algo grave hace falta algo más que una caída, doctor.

—De todas formas, es mejor que no lo repita de forma habitual. —Cerró el maletín médico—. Las caídas de esa clase son peligrosas, Dinah. Has tenido mucha suerte esta vez.

La criada rogó que la dejaran descansar, y todas las energías se dirigieron a proporcionarle el máximo confort. Yacía en el sofá con aire de satisfacción consigo misma mientras todo el mundo se desvivía por atenderla. Se llevaron almohadas y una manta; alguien mencionó el coñac, alguien lo encontró, no sin dificultades, alguien lo sirvió y Dinah lo agradeció. Se le ordenó, sin dejar lugar a protestas, que se quedara el resto del día donde estaba, y se le prohibió terminantemente que realizara trabajo alguno, ni el más mínimo. Lo aceptó todo sin protestar, cosa extraña en ella. Pero aún más extraña fue su única petición: que la señorita Fowle llevara al buen doctor a la cocina y le diera de comer, pues había empanada de pollo en la despensa. Logrado esto, se acomodó para echar un sueñecito.

Cassandra se quedó al cuidado, y permaneció sentada sin hacer ruido. *Príamo* acudió a hacer guardia a su pies, como si necesitara que la defendiera, y enseguida empezó a rozar la cabeza contra sus piernas. Ella empezó a reflexionar. ¿Sería posible…? Le costaba creerlo, intentaba no dejarse llevar, pero la contundencia de los

hechos conducía sin remedio a una sola conclusión. ¿Sería posible que hubiera malinterpretado por completo la situación vital de Isabella?

Sintió una punzada repentina en el estómago y un intenso calor en el cuello. La cara le empezó a arder. Y es que, a la luz de los acontecimientos de la mañana, su significado era innegable. Recuerdos de conversaciones pasadas le llenaron la cabeza: el último deseo de su padre fallecido, el deber de una hija, unos padres removiéndose en sus tumbas si… Después de todo, no se trataba de la típica historia de una solterona que necesitaba a su familia para salir adelante. Había toda una trama oculta de amor y de impedimentos que afectaban su desarrollo.

Y ella no había sido capaz de darse cuenta. Ni siquiera un poco.

¡Qué estúpida y tremenda arrogancia la suya! ¡Cuánta vergüenza sentía ahora! Había utilizado las lecciones que le había dado su propia vida sin ponerlas en perspectiva, y las había aplicado e impuesto a la vida de otra persona. Había interpretado que su forma de felicidad era la única posible y, de manera inexorable, se había empeñado en considerarla, de esa forma intransigente y obtusa, como si fuera la forma universal de felicidad. Engañada por la fe de una mujer mayor en la «experiencia» y la «sabiduría», se había interpuesto en el camino del verdadero amor. Y, lo que era peor, más que eso, lo que era de todo punto horrible, había unido sus fuerzas con los que buscaban impedir que ese amor se abriera camino.

—¡Oh, *Príamo*! —Los líquidos y pardos ojos del perro parecían capaces de leerle el alma. Enterró la cara en la piel rojiza y frondosa del cuello del animal—. ¡Oh, *Príamo*! ¿Qué he hecho?

Capítulo 25

Chawton, julio de 1813

Hacía una magnífica tarde de verano inglesa, templada y perfecta, y la señora Austen se encontraba sola en el jardín. Vestía ropas viejas, algo hasta entonces nada habitual en ella. No obstante, en esos momentos hasta su mejor vestido estaba ya viejo. Y es que, ¿qué más daba en realidad? Arrodillada frente a las fresas, atacaba con saña las malas hierbas, rebeldes y que aparecían aquí y allá, con la pequeña pala de jardinero. Dentro de la casa, las otras tres moradoras de la vivienda se encontraban en la sala de estar, como casi siempre.

Jane estaba trabajando en su pequeño escritorio, y trabajaba con tanta saña como su madre con la pala en el jardín, pero en su caso con la pluma y el papel. Martha anotaba cuidadosamente recetas en su cuaderno. Cassy, en su sillón favorito junto a la ventana, hoy abierta de par en par, estaba envuelta en un delicioso aroma a rosas, leyendo de nuevo la carta que había recibido esa mañana. Era la cuarta vez que recibía el mismo tipo de carta desde que se habían instalado en Chawton, y todavía no sabía por qué se las escribían. ¿Cuál era el objetivo de la comunicación? ¿Cómo podía cambiar las cosas? Lo hecho, hecho estaba. ¿Acaso el objetivo era generar remordimiento?

La paz quedó interrumpida.

—¡Estoy a punto de perder del todo los nervios! Es como si anduviera sobre ascuas. —Mary Austen apareció en el umbral. Anna, más alta y bastante más guapa que su madrastra, aunque compartiendo con ella el enfado, se situó detrás.

—Buenos días, Mary. —Jane dejó a un lado la página, soltó la pluma y alzó la vista—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Tengo motivos para creer que tu sobrina, mi hijastra, está a punto de embarcarse en un nuevo compromiso! Esta vez con Ben Lefroy, ni más ni menos.

Las tías repartieron cautos parabienes, y Anna les devolvió una sonrisa no menos cauta. Era verdad que el señor Lefroy no era ni mucho menos una pareja ideal, aunque eso sí, bastante mejor que la persona con quien lo había intentado la última vez.

—Ni que decir tiene que ninguno de nosotros quiere que termine convirtiéndose en una solterona, pero resulta difícil tener fe en ella después de las pruebas que nos ha hecho pasar. Os lo digo de verdad: creo que lo hace solo para molestarnos.

Lo que Cassy pensaba era que la pobre Anna estaba desesperada por marcharse de casa, y hacía todo lo que estaba en su mano para lograrlo. ¡Pobrecilla! Solo tenía una vía de escape. La verdad era que nada en ella mostraba que fuera una joven enamorada. Todo lo contrario, parecía tristísima.

Mary se plantó en medio de la habitación con los brazos en jarras y, como de costumbre, pasó de una «desgracia» a otra sin solución de continuidad.

—Cada vez que os visito, me asalta el mismo pensamiento: vuestro hermano Edward podría haber hecho mucho más por vosotras de haber querido hacerlo. ¿No os parece poco apropiado que viváis aquí teniendo como tiene tantas propiedades mucho mejores y lujosas? Sois demasiado buenas, y se ha aprovechado de eso. Mi larga experiencia me dice que las mujeres solteras que no exigen nunca consiguen lo que de verdad merecen.

Jane se levantó de su asiento.

—Pues la mía me ha enseñado que exigiendo no se consigue nada. De verdad, Mary, no te preocupes por nosotras. Aquí estamos muy bien, la casa es muy adecuada y confortable para nosotras, y nuestro agradecimiento es enorme, tanto que no lo podemos expresar siquiera. ¿Quieres tomar una bebida fresca?

—No, no me apetece nada. Hace muchísimo frío aquí, estoy temblando. —Mary se estremeció de un modo teatral—. Esta habitación es fría y oscura.

—Igual te estás poniendo enferma, hermana —dijo Martha alarmada.

—Yo nunca me pongo enferma. Igual hay grietas y corrientes. ¿Hay corrientes aquí? Estoy segura de que sí. Deberíais llamar a Edward

para que echara un vistazo.

—Ni se nos ocurriría llamarlo para semejante cosa —dijo Martha categórica—. Y si hiciera falta alguna reparación, la encargaríamos y pagaríamos nosotras. ¡Al fin y al cabo, Jane es rica!

Ese verano en Chawton se había hablado mucho de la nueva «riqueza» de Jane, sobre todo porque la querida Martha la sacaba a colación cada vez que tenía oportunidad, e incluso sin tenerla. Desde la misma semana de la llegada, Jane, tal como había esperado su hermana, retomó sus manuscritos. Primero revisó *Elinor y Marianne,* que pasó a titularse *Sentido y sensibilidad*. ¡Gracias a Dios un editor se había interesado por el manuscrito, y el libro se había vendido muy bien! Animada por las demás mujeres que vivían con ella, pasó a centrarse en *Primeras impresiones,* que bajo el nuevo título de *Orgullo y prejuicio* se había vendido todavía mejor. Tanto que fue la novela de moda en 1813, y su anónima autora alcanzó la cresta de la ola. Recibió la para ella desorbitada cantidad de más de cien maravillosas libras. Ambas historias habían recibido buenas críticas cuando se publicaron, y las ventas no dejaron de crecer. Jane, empujada por el placer y la satisfacción, estaba trabajando con ahínco en algo completamente nuevo: las aventuras de una heroína con mucho espíritu y valores morales pero sin un céntimo. Nadie sería capaz de bajarla de la nube de alegría en la que se había instalado. No obstante, Mary tenía que intentarlo, ¿cómo no?

—¿Rica? Martha querida, eres tan dulce como boba. Jane, este año, ha disfrutado de un poco de viento de popa, y todos estamos encantados de que haya sido así. Pero, como le decía a Austen ayer por la noche, la popularidad no es medida ni prueba de la calidad, ni por supuesto de la longevidad en el ámbito artístico. Las novelas son una moda pasajera, ni más ni menos. Es lo que dice Austen, ¿y quién lo puede saber mejor que él? Cuando pienso en su poesía… bueno, voy a dejarlo aquí, porque no quiero ofender. Por favor, queridas mías, haceos a la idea de que esta «riqueza» lo más probable es que no sea otra cosa que algo aislado, que dividido entre treinta y siete años de existencia, ¿en qué se queda? Más o menos en nada.

El cambio de rumbo, como el vuelo de un moscardón a la búsqueda de porquería, volvió a poner el objetivo en la pobre Anna.

—Bueno, volvamos a asuntos más urgentes. He traído a Anna para que hable con su abuela, con la esperanza de que insufle algo de sentido común en esta joven cabeza hueca. Ven conmigo, chica, y confiésalo todo.

La arrastró al jardín.

—No hagas caso —dijo Cassandra en voz baja, y volvió a su carta.

—Tranquila, ni el más mínimo. —Jane agitó la mano—. Pero no puedo evitar pensar que lo que dice tiene interés. ¿Sabéis una cosa? Ella de verdad, de forma genuina, en el fondo de su corazón, siente pena por nosotras tres. Aquí estoy yo, nombrada oficialmente la mujer más feliz de toda Inglaterra… por mí misma, es verdad, pero la corona no corre peligro alguno, y sin embargo Mary ve lo que pasa, lo juzga con su óptica, y llega a una sola conclusión: tragedia.

—Se enfrenta al concepto de la vida desde una perspectiva y con unos criterios completamente distintos. Y adapta los hechos a ese concepto.

—Sí, es verdad, pero… ¿es la única? —Jane sentía verdadero interés por la respuesta a su pregunta—. ¿O todo el mundo piensa así? ¿Nos miran todos y ven a tres criaturas tan tristes y grises como… —miró a su alrededor y fijó los ojos en el hogar—… esas cenizas? ¿La pantalla de la chimenea? ¿Un tronco seco tirado en medio del bosque? Lo que yo creo es que, aunque con dificultades, hemos superado nuestro triste destino y lo hemos convertido en algo maravilloso. Y me encanta, con toda sinceridad. Pero quizá, pese a toda la suerte que creemos que hemos tenido y a nuestros pequeños triunfos, puede que tal vez seamos en realidad tan viejas, pobres y risibles como siempre temimos.

—Quizá. —Cassy pensó en un incidente de la semana pasada. Jane y ella estaban paseando juntas por el pueblo con sombreros a juego. Sus respectivos guardarropas habían terminado por parecerse bastante en los últimos tiempos, y su aspecto de damas de mediana edad era muy semejante, casi idéntico, como el de unas gemelas incompletas. Sin duda su aspecto resultó algo cómico para un grupo de trabajadores jóvenes, que se rieron a su paso. Jane ni se dio cuenta, pues estaba muy concentrada en la conversación. Cassy sí, pero no le importó. ¿Para qué vivimos si no es para que nuestros vecinos cotilleen de nosotras, y por nuestra parte nos riamos de ellos?—. Pero ¿qué importa eso?

—No importa absolutamente nada. Era simple curiosidad: las novelistas somos curiosas por naturaleza. Nunca dejamos de observar y analizar las situaciones y a las personas.

—¡Vaya, Martha! —dijo Cassy riendo—. Creo que, después de todo, sí que somos dignas de lástima, ¿verdad?

—Y en el contexto de mi insaciable curiosidad natural —continuó Jane, a lo suyo—, ¿quién te manda las cartas, si te lo puedo preguntar? Y no me digas que «nadie», porque esta tarde te has leído

la última unas cien veces, y no creo que «nadie» sea capaz de generar tal nivel de interés en ti.

—Es de una tal señora Hobday. No sé si la recuerdas…

—¿Hobday? —exclamó Jane—. ¡Ah, claro! El nombre me ha recordado algo, como si hubiera sonado una campanilla en mi cerebro… y bastante estridente, por cierto, casi me deja sorda. ¿Qué desea ahora, después de tantos años?

—Me escribe para informarme de que su hijo…

—Sí, claro, «tu» señor Hobday.

—¡El caballero de la orilla del mar, ya recuerdo!

Cassy le lanzó una mirada torva a Jane, que puso cara de fingida inocencia.

—El señor Hobday hace poco que ha tenido su tercer hijo —informó Cassy—. Una noticia muy buena, supongo que estaréis de acuerdo.

—Sí, claro, nos alegramos mucho por él —confirmó Jane secamente —. ¿Y por qué imagina su señora madre que tenías interés por saber eso?

Cassy suspiró.

—Estoy de acuerdo contigo, para mí también es un misterio que no soy capaz de resolver. Esperaba que una astuta novelista pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto, y como conozco a una, o al menos eso creo…

—¡A tu servicio! —Jane se acercó a la ventana, miró al horizonte y se puso a pensar—. Por supuesto, el orgullo de una madre cariñosa, ya que, si no recuerdo mal, esta dama era la más cariñosa de las madres, se ve afectado por el hecho de que su querido hijo sea rechazado por una mujer. Puede que todavía le duela, pese a la cantidad de años que han transcurrido.

—Pero si ese querido hijo se encuentra feliz, muy bien establecido y bendecido por una familia que crece… —intervino Martha—, considero una grosería restregárselo en la cara.

—Es que tú eres incapaz de ser grosera, querida —intervino Jane—. Si todo el mundo tuviera tu capacidad de resistencia y de perdón, no habría conflictos de ningún tipo.

Se produjo un silencio. Cassy se quedó pensativa, igual que Jane y Martha. En esos momentos, las tres eran capaces de leer la mente de las otras dos. Y las tres estaban pensando en las circunstancias de la propia Martha y de Frank Austen. Ella lo había amado durante mucho tiempo y muy intensamente, y, no obstante, ese amor no había impedido en ningún momento que se alegrara de la felicidad de él al

encontrar el amor de otra mujer. Martha poseía un alma de una pureza insuperable.

—También es posible que la ya anciana señora Hobday no sea grosera, sino más bien calculadora —continuó Jane—. Puede que le preocupe que la joven señora Hobday no sea capaz de sobrevivir a tanto embarazo y tanto parto. Y quiera asegurarse, digamos, una señora Hobday «suplente», preparada para salir de entre bambalinas y asumir su papel en el momento que se la requiera.

—¡Santo Dios, Jane! —exclamó Cassy—. Menuda mente oscura y extraña tienes, hermana. —Dobló la carta y la dejó a un lado—. No puedo aceptar que esa teoría sea posible. Es demasiado siniestra. Y si fuera cierta, lo único que conseguiría sería una nueva decepción.

—¿Lo dices de verdad? —Jane se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro—. ¿No te arrepientes de lo que hiciste? ¿No volverías a él? ¿Ni siquiera ahora, que no tienes que preocuparte de mí ni de tu madre? A veces me lo pregunto. Vosotras dos habéis nacido para casaros. Yo no, por supuesto. Pero vosotras dos… hubierais sido unas esposas excelentes. ¿De verdad que, en un rinconcito de vuestra alma, no albergáis cierta decepción?

—Yo no he tenido nunca la oportunidad ni siquiera de decir que no —dijo Martha sonriendo.

—Y yo… —Cassy le apretó la mano a Jane—, no me arrepiento de nada. ¡Míranos! ¡Hemos alcanzado nuestra Utopía! No me puedo imaginar una vida mejor que la que llevamos aquí.

Capítulo 26

Kintbury, abril de 1840

—¿Dinah? —Cassandra, escarmentada, habló quedamente desde el sillón—. Veo que estás despierta. ¡Gracias a Dios! ¿Te sientes mejor?

—Un poco magullada, señora. —Dinah se removió en el sofá, procurando colocarse en una postura más cómoda y menos dolorosa para ella—. ¡Ay! Bueno, pero tampoco estoy tan mal teniendo en cuenta las circunstancias. Creo que saldré de esta, señora.

—Por lo que he podido ver, has tenido mucha suerte. ¿Puedo hacer algo para que estés más cómoda?

—Pues, no le diría que no a una taza de té, señorita Austen. Por supuesto, solo si va usted hacia allí…

Cassandra se puso de pie como un resorte.

—Enseguida la preparo. —Se dirigió a la cocina y volvió con una bandeja bien repleta.

—¡Ah, la porcelana buena! Ya veo… —Dinah se incorporó, y Cassandra aprovechó para ahuecar y recolocar los almohadones—. La enferma se merece lo mejor, ¿no?

—Me parecería mal no utilizarla. Aún no te habías puesto a guardarla, ¿verdad?

—No he tenido el valor, señora. La señorita Isabella le tiene mucho aprecio. —Dio un sorbo al té y suspiró encantada.

—Dinah, ahora que estamos solas —empezó Cassandra volviéndose a sentar—, tengo que hacerte algunas preguntas. La primera de todas, que solo busca satisfacer mi propia curiosidad, nada más, ¿tengo

razón al pensar que has estado escuchando estas noches la lectura de la novela de mi hermana, *Persuasión*?

—¿Y qué ocurre si lo he hecho? —La criada entrecerró los ojos—. ¿Hay alguna ley que impida a los sirvientes escuchar algo que les guste o que sea bueno para ellos?

—No, no, ni mucho menos —dijo Cassandra convencida—. Es más, todo lo contrario. ¡Es algo que me encanta saber! Lo que pasa es que se me ha ocurrido que tu caída por las escaleras se parece a una escena de la trama. ¿No te acuerdas? Ocurre en Lyme…

—No sé de qué me está hablando, señora… —contestó Dinah tras un bufido—. Si no le importa, tomaré otra taza de té.

Cassandra se la sirvió.

—De ser como yo digo, no querría perder la oportunidad de felicitarte tanto por tu inteligencia como por el cariño que has demostrado por tu señorita. Corriste mucho riesgo, pero parece que la cosa ha funcionado.

Dinah adoptó un aire entre triunfal y engreído, y volvió a sorber haciendo bastante ruido.

Cassandra se inclinó y bajó la voz.

—No deja de ser un asunto delicado, mucho. Espero que no me consideres una metomentodo, pero por lo que se refiere a la señorita Isabella y al señor Lidderdale…

—Bueno, al fin hemos llegado a ello, ¿verdad? —Dinah aspiró por la nariz como solía, aunque en este caso a Cassandra le pareció que su gesto se suavizaba mucho—. Ella lo ama. Y él a ella. La cosa lleva años así.

—Sí, me he dado cuenta. Ahora lo entiendo. ¿Pero por qué no…?

—El señor, que en gloria esté, no quería ni oír hablar de eso. Usted sabe cómo se ponía a veces. Terco como una mula. No había por donde entrarle. El señor Lidderdale no es malo, qué va, todo lo contrario. Todo el pueblo lo adora. Aunque sus orígenes no son de alto nivel, ya me entiende. No nació caballero, y eso al reverendo no le parecía adecuado, no era lo suficientemente bueno para su Isabella, eso era lo que pasaba. Ni siquiera lo consideraba mejor que nada, que es lo que le pasó a la pobre.

—Me horroriza lo que estoy escuchando. —Cassandra jamás oído ni una palabra de semejante drama—. Y también me entristece muchísimo la situación de la pobre pareja.

—Así que cuando el señor Fowle falleció, mis esperanzas crecieron. «¡Mira!», me dije a mí misma. «Ahora son libres. Nadie les puede impedir que hagan su vida y sean felices». Y no paré de decírselo a la

señorita a Isabella… pero de pronto apareció usted con sus maniobras.

—Sí, no sabes cómo lo siento. Si lo hubiera sabido… —Cassandra bajó la cabeza apesadumbrada—. ¿Pero cuál era la postura de la señora Fowle al respecto? Seguramente no estaría del todo conforme con la rigidez de su marido.

—Si no lo estaba, jamás lo puso de manifiesto. —Dinah dio otro sorbo al té—. Mi señora era una dama perfecta… demasiado perfecta, en mi opinión. ¡Ah, la perfección!. —Aspiró por la nariz y negó con la cabeza—. La perfección trae consigo un sinfín de problemas. La señora Fowle siempre se guardaba para sí lo que pensaba, lo que impide el avance, si es que a alguien le interesa mi opinión. Nunca discutía con nadie, y menos con él; y él no tenía razón en todo, ni mucho menos. La señora no se entrometía, ni discutía sus opiniones, no era su naturaleza, ni siquiera cuando entrometerse, enfrentarse, discutir, era lo mejor que se podía hacer, lo necesario. No se entrometería ni siquiera aunque la casa estuviera en llamas.

—Todo lo contrario que nosotras dos, Dinah, tanto tú como yo. —¿Había llegado muy lejos al decir eso? Cassandra disimuló su preocupación con una media sonrisa y acarició a *Príamo* en busca de apoyo emocional.

—En este caso, señora, la diferencia entre usted y yo ha sido que mi intromisión ha sido la única positiva —dijo alzando la ceja con picardía por encima de la espléndida taza de porcelana.

Cassandra encontró a Isabella en el jardín, junto a la orilla del río.

—Te noto muy contemplativa, querida.

Estaban de pie junto al sauce recién reverdecido. Dos cisnes, con las cabezas y la colas bien erguidas, pasaron nadando, arrogantes a cuenta de su obvia felicidad conyugal. Los lirios apuntaban discretamente una cercana explosión de color primaveral.

—Lo que ha pasado hoy me está dando muchísimo que pensar. —Isabella parecía algo aturdida. Y también observó que, por vez primera desde que había llegado, estaba realmente guapa. La palidez del luto había dado paso a un tono de piel rosa pálido que ayudaba a delinear las delicadas formas de su rostro. El sol proponía brillos dorados en su pelo. Su aspecto era el de una mujer que aparentaba tener la mitad de los años que tenía. Todas las marcas y heridas de esos años duros, largos y perdidos —¡cuánto debía de haber sufrido!

—, desaparecían al milagroso conjuro de la espléndida mañana.

—Acabo de dejar a Dinah, y te aseguro que no hay nada de lo que debamos preocuparnos.

—¿Dinah? —dijo Isabella, como si el accidente de la criada fuera lo último en lo que pudiera estar pensando—. Ah, sí. Son muy buenas noticias, por supuesto.

—La caída no fue tan mala como parecía inicialmente, aunque a nosotras nos pareciera lo contrario. Espero que no te molestara que hiciera venir al médico.

—¿Molestarme? —Isabella rio—. Todo lo contrario, Cassandra. —La tomó del brazo y echaron a andar hacia la casa—. Quién sabe lo que hubiera llegado a hacer Dinah de no haber llamado al doctor Lidderdale a la primera. Igual hasta se hubiera cortado la cabeza, no me habría extrañado nada. Hiciste lo que había que hacer, te lo aseguro.

En ese momento, la no muy agraciada de Mary Jane surgió de la casa como un abanto, tropezando con torpeza y avanzando a toda prisa hacia ellas.

—He venido en cuanto me he enterado. —Su estallido acabó de un plumazo con la tranquilidad reinante—. ¿Cómo está? Muerta, supongo. Mal asunto. Las escaleras son muy peligrosas, endemoniadas, diría yo. Una amenaza continua. Por eso duermo abajo.

—Hola, hermana, buenas tardes. —Isabella la besó aunque no de un modo cariñoso—. Dinah se encuentra bien, gracias, y se está recuperando en casa. Hemos tenido mucha suerte, no hay por qué preocuparse.

—Ya, ya, me alegra que me digas eso, pero ¿qué tiene, a ver, la verdad? ¿Va a estar en condiciones de ayudarnos a hacer la mudanza a nuestra nueva casa o no? Si lo vamos a hacer pronto, no podemos prescindir de una criada.

—¡Ah, a propósito de eso! —dijo Cassandra con calma—. Me permitís hacer una sugerencia? Aunque tampoco deseo interferir, la verdad.

Las dos hermanas Fowle, tan diferentes entre sí, esta vez coincidieron en volverse a mirarla con cierta preocupación. La verdad es que podía entenderlo perfectamente y no se lo echaba en cara. ¿Acaso no había interferido ya bastante?

—Sé que voy a decir lo contrario de lo que había dicho antes, pero ahora me pregunto si no os convendría esperar antes de comprometeros a alquilar una nueva propiedad. Después de todo, podría ser una tontería apresurarse en un momento como el actual, en

medio de una crisis tan grande como esta. Quizá lo lógico sería que Isabella encontrara un arreglo temporal y se tomara un tiempo, tal vez un mes, para pensarse las cosas a fondo y decidir con más seguridad qué hacer.

La nueva propuesta fue bien recibida por ambas hermanas, lo cual no le causó excesiva sorpresa: ninguna de las dos era proclive al arreglo anterior, no lo consideraban una solución adecuada, dadas sus diferencias. Y conforme se acercaba el momento de ponerlo en práctica, peor les parecía. Así que el hecho de que la amenaza al menos se alejara en el tiempo hizo que el ambiente se relajara de un modo apreciable. La intimidad doméstica de ambas quedaría preservada, y eso hacía que ambas estuvieran contentas. Puede que su futuro no las volviera a juntar jamás, algo que las hacía muy felices. Y hasta cabía la posibilidad de que no volvieran a verse nunca en la vida si así lo decidían… Así que, mira por dónde, paradojas de la vida, decidieron dar un paseo juntas por la propiedad.

—Se me hace raro pensar que dentro de muy poco esto ya no será el hogar de la familia —dijo Mary Jane mientras paseaban hacia los establos, antes tan activos y ahora tristemente desiertos.

Isabella rio.

—¡Pero si llevas años sin vivir aquí!

—Sí, así es. No era una decisión que se pudiera tomar a la ligera venir desde tan lejos. Pero siempre consolaba saber que esto estaba aquí.

—Para mí era el jardín más bonito de toda Inglaterra —dijo Cassandra con nostalgia—. La primera vez que vine, hace tantos años, me sentí como si estuviera dentro de un libro de cuentos, del que era la heroína.

Isabella se volvió y la miró atónita, quizá por el hecho de escuchar una afirmación tan romántica de una dama de avanzada edad a la que consideraba de vuelta de todo, fría y algo seca.

—Y después tu cuento de hadas se convirtió en una tragedia, Cassandra. Lo siento mucho —dijo.

—No, no exactamente, querida mía —corrigió Cassandra—. No te niego que perder a tu tío Tom fue un golpe terrible. Su muerte nos causó a todos una enorme conmoción. Tu pobre abuela nunca lo superó. Pero yo… no vayas a pensar que mi vida ha sido triste, Isabella. Después de todo, en la vida hay muchas formas de amar, según los momentos. —La agarró del brazo y sonrió—. O como diría nuestra querida y sabia Dinah, «cada uno a lo suyo».

Rodearon el soto y se dirigieron a la bajada que llevaba de nuevo a

la orilla del río.

—Respecto a tu hermana… —dijo Mary Jane pensativa—. Recuerdo su última visita. Ya se encontraba muy mal, todos nos dimos cuenta. Paseó por aquí como ahora lo estamos haciendo nosotras, y yo pensé entonces que con el aire de alguien que no esperaba volver a hacerlo nunca. ¿Qué año sería, 1817 quizá?

—El verano anterior —contestó Cassandra en voz baja—. Tienes toda la razón al interpretarlo así, Mary Jane. Eras joven y te diste cuenta, mientras que yo, mucho mayor y más experimentada, rehusé hacerlo, en contra de toda evidencia. Pero ya ves, no podía renunciar a la esperanza, era lo único que me quedaba. Incluso en contra de la certeza de mi propia hermana, que sabía que ya no quedaba ninguna.

Capítulo 27

Cheltenham
1 de junio de 1816

Mi querida Eliza:

Gracias por tu carta. Me gratifica mucho saber que has disfrutado con Emma. *Por otra parte, su salida al mundo ha transcurrido con una inesperada suavidad. Aunque ha habido algunas críticas negativas, y ya sabes que cada palabra en ese sentido es como una daga en el corazón, se han visto compensadas con bastantes valoraciones positivas, lo cual me ha dejado moderadamente feliz. Por supuesto, lo estaré mucho más cuando las ventas se incrementen. En cualquier caso, nunca seré tan rica como me gustaría.*

Ni tan afortunada. Lo que la fortuna da con una mano, te lo quita con la otra. Te lo digo en confianza, Eliza: cambiaría todas las esperanzas de éxito y riqueza por volver a sentirme bien. Me gustaría poder decir que las aguas de Cheltenham están obrando sus habituales milagros, pero si lo hiciera faltaría a la verdad. Y en relación con todos los médicos que pululan por estos alrededores, y que gritan a los cuatro vientos sus pretendidas capacidades curativas, ninguno de ellos ha dado con la clave de mi mejoría. De hecho, ni siquiera han sido capaces de definir cuál es la enfermedad que sufro. Lo cual no me sorprende, por supuesto. Como bien sabes, siempre he disfrutado siendo una dama misteriosa.

Pero nada de todo esto desanima a mi queridísima Cassy. Me lleva al balneario cada mañana, siempre confiando en que se produzca el milagro. Y aunque lo intento de verdad y procuro

fingir que los síntomas se alivian, lo cierto es que me encuentro más débil que cuando llegamos. No se trata solo de malestar, me refiero al dolor de espalda y a problemas en la piel, sino de una gran fatiga, de la que en ningún momento me libro. Esta mañana me siento algo mejor, pero muchas otras no tengo fuerzas ni para separar la cabeza de la almohada. Y todo lo empeora la certeza de ser una tremenda carga para mi maravillosa hermana. Por supuesto, ella no se queja nunca y siempre está de buen humor, pese a que mi situación la esclaviza. Pero está absolutamente decidida a encontrar una cura para mis dolencias, y yo cada vez dudo más de que pueda lograrlo. Este pobre y testarudo cuerpo mío parece que no va a parar de decaer. Me estoy convirtiendo en un desecho físico.

No obstante, siento una gran alegría ante la perspectiva de visitar Kintbury antes de regresar al hogar de Chawton. Nuestra idea es llegar el jueves, y pensar en ello basta para que el color me vuelva a las mejillas y la vida a las piernas. Además, estoy dando las oportunas órdenes a la enfermedad, sea la que fuere, para que se tome unas vacaciones. No debe interferir con la alegría de la visita. No se lo permitiré.

Tuya:
J.A.

Cassy estaba en la ventana junto a Eliza, mirando distraídamente al jardín. La sala de estar de Kintbury refulgía a la luz del sol de la tarde, mientras las sombras empezaban a alargarse en el jardín.

—¿Cómo crees que se encuentra ahora? —preguntó Eliza mientras ambas observaban el paseo de Jane entre las espadañas.

La respuesta de Cassy rebosó convencimiento.

—He notado una apreciable mejoría. Estoy muy animada. La espalda le duele bastante menos, y estoy segura de que la piel se está asentando. ¿A ti qué te parece?

—¿A mí? Estoy segura de que tienes razón, querida. Me alarmé mucho al ver esas extrañas manchas en el brazo, pero sé que no van a desaparecer de un día para otro, sería una tontería pensar eso. Lo que pasa es que no la veía desde hace mucho tiempo…

—Sí, está muy delgada. —Cassy se mordió el labio—. Y esas marcas oscuras son alarmantes, lo sé.

—Os estamos alimentando bien a las dos —comentó Eliza para darle aliento—. Y las manchas no tienen por qué significar nada, no sé

por qué las he mencionado. Hace días que van desapareciendo. Ahora que lo pienso, ya no queda casi ni rastro de ellas. —Se acercó a su sillón y retomó la labor—. Vais a volver a Chawton hermosas y con buen brillo.

—Querida. —Fulwar entró a toda prisa—. Espero que recuerdes que esta noche no voy a estar. Se celebra la cena anual del Partido Conservador en Newbury. Perdóname. —Hizo una inclinación en dirección a Cassy—. Siento dejaros solas, señoras. Además, en vuestra última noche con nosotros. Lo siento de verdad.

—No te preocupes por nosotras, Fulwar —dijo Cassy inclinando la cabeza con deferencia—. Sin ti la velada será menos animada, eso es seguro, pero alguna de nosotras encontrará algo de lo que hablar, te lo aseguro.

—No me cabe duda. —Se acercó a la ventana—. ¿Cómo va tu hermana? Debo decirte que la veo muy decaída. Debes de estar fuera de ti por la inquietud.

Eliza aumentó el ritmo de las puntadas que daba, pero no dijo una palabra.

—Pues de hecho, estábamos diciendo que Jane parece estar bastante recuperada —afirmó Cassy con firmeza—. Mejorando poco a poco.

—Uff… Creo que tiene un tipo de depresión que veo muy a menudo en el ejercicio de mi trabajo, ese aire de grave enfermedad. Por otra parte, me consta que últimamente habéis sufrido una racha de mala suerte. Puede que esa sea la causa. No debe de ser fácil enfrentarse a ello. —Se acercó a la chimenea, se quitó la levita y se asentó sobre los talones, pese a que el fuego no estaba encendido.

Cassy suspiró.

—Uno o dos de mis hermanos han pasado por dificultades financieras, es cierto. Pero ya conoces a los Austen: pese a que tenemos nuestra cuota de características positivas, por desgracia la capacidad de hacer dinero no es una de ellas. Es como si nos evitara… pero sobreviviremos, no lo dudes.

—He sabido que todos esos libros de tu hermana no han llegado a nada. Todos han caído en el olvido, salvo el relativo éxito que tuvo uno, ¿no es así? Lo siento por ella. No tendrá mucho más sobre lo que escribir…

—¡Jane ha publicado cuatro novelas, todas ellas exitosas!

—Pero sin beneficios, según me ha comentado Mary. También me dice que, mientras vosotras, el resto de las damas, trabajáis duro cumpliendo con vuestras obligaciones hogareñas, tu hermana no hace

otra cosa que escribir, y finalmente no le sirve para nada. Intentamos leer esa nueva, la que se titula… no recuerdo…

—¿*Emma*?

—Sí, un nombre femenino. No encontramos demasiada sustancia en ella, ¿verdad, querida? Leí el primer capítulo y pasé directamente al último. Y no tuve problemas en entender el meollo.

—Y, según tú, ¿cuál es ese meollo? —preguntó Cassy con una sonrisa helada.

—Que no había pasado nada, o casi nada. ¿Quién se va a gastar el dinero en leer unas historias intrascendentes? Mejor no molestarse y no perder el tiempo. Por el contrario, *Waverly,* de *sir* Walter Scott…

—Jane está muy centrada con una nueva obra que creo que va a ser la mejor que ha escrito. —Cassy se apartó de la ventana para ir a sentarse en el sofá, preparándose para exponer el contenido del trabajo de Jane—. Se trata de…

—Explícaselo todo a Eliza. A ella le gusta mucho escuchar, ¿verdad, querida? Yo tengo que ir a vestirme, no quiero ni puedo llegar tarde. Estos *tories* de Newbury son la mejor compañía que conozco. Conversaciones interesantes y de lo más jugoso.

—¿Querida? —Cassy le acarició levemente la mejilla— ¿Me oyes, amor mío? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Tampoco percibió movimiento alguno. Colocó con suavidad dos dedos en la muñeca y notó un pulso débil y huidizo. Gracias a Dios, todavía no… al menos no del todo. Se le había concedido un día más.

Cassy alzó los hombros, se desperezó y maldijo su propia debilidad. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía haberse quedado dormida de esa forma junto a su cama? Sí, llevaba varios días sin dormir. Sí, la fatiga era abrumadora… ¿Y qué? De ahora en adelante haría todo lo que estuviera en su mano, incluso mantener los ojos abiertos con alfileres, hasta que llegara el fin que sabía muy bien que tenía que llegar.

Atravesó la habitación, corrió las cortinas y contempló el amanecer veraniego que ya empezaba a inundar la calle College de Winchester, el último domicilio que compartirían. Era muy extraño que ambas se encontraran allí, solas en esas extrañas e insignificantes habitaciones. Qué injusto y doloroso era que ese ser tan querido, cercano y familiar

fuera a ser llamado por su Creador en cualquier sitio que no fuera su propio hogar. Puede que Jane ya no se diera cuenta, dado que estaba tan enferma que ni los lugares ni su significado le importaban ya lo más mínimo. Pero a Cassy sí que le importaba. Le importaba muchísimo. Durante más de cuarenta y un años había actuado como celosa defensora de los intereses de su hermana. Pero en el año número cuarenta y dos le había fallado.

Habían pasado doce meses completos desde que tomaron las aguas en Cheltenham y disfrutaron de la breve estancia en casa de Eliza. Ahora estaban en julio de 1817, en Winchester, a donde habían acudido guiadas por un hilo de esperanza. Cassy había encontrado un nuevo médico, que le había prometido si no una cura total, si al menos una mejoría. Sin duda se trataba de algo por lo que merecía la pena luchar, algo que había que intentar. Pero la esperanza había durado muy poco, se esfumó al poco tiempo de su llegada. Y lo peor es que era demasiado tarde para regresar a Chawton. Cassy suspiró con fuerza y escondió la cabeza entre las manos. Tenía que resignarse y aceptar la situación. Era la última treta en el perverso juego al que la vida les hacía enfrentarse. Solo podían aceptar la derrota, no había nada más que hacer. Eso y esperar a llegada del buen Dios.

—¿Has pasado aquí toda la noche? —susurró Jane desde las profundidades de su almohada.

Cassy se acercó a la cama corriendo.

—Cass, estás exhausta. Sé perfectamente que mi aspecto no es tampoco ninguna maravilla, pero tú, querida… —Procuró sonreír. Sus siempre pequeños y delicados dientes parecían ahora enormes, casi bestiales, debido a la extrema delgadez de la cara—. ¿Por qué no dejas que sea la enfermera la que pase las noches conmigo? Te prometo que no me marcharé si no estás a mi lado.

Cassy le tomó la mano.

—He dejado que se vaya. ¡No, no malgastes aliento! No aportaba nada, no podía confiar en ella. Pero van a llegar refuerzos.

—¿Martha? ¿Va a venir? —Jane parpadeó mínimamente mostrando su alegría—. Así que volveremos a estar las tres juntas.

—Pedí que viniera Martha, sí —dijo Cassy en voz muy baja—, pero aparentemente se tomó la decisión de que la prima Martha debía cuidar de madre; aunque no sé cómo, pues no estoy al tanto de lo que está pasando en Chawton. Así que es Mary la que está en camino.

—¿Mary va a cuidar de mí? ¡Oh, Cass! Madre está perfectamente bien, estoy segura. ¿No hemos dicho siempre que nos enterraría a todas? Me temo que en estos momentos yo soy el mayor motivo de

preocupación, a las pruebas me remito. Admito que aquí hemos tenido unos leves retazos de esperanza. Pero si viene Mary, debo enfrentarme a la cruda realidad: la muerte no anda lejos. —Se dio la vuelta e hizo una mueca de dolor cuando la espalda tocó el suave colchón.

—No hables. Mantén la calma. Toma, intenta beber un poco de agua. —Cassy se arrodilló en la cama, acunó a su hermana, que no era más que un esqueleto con piel y le acercó a la boca un vaso, del que ella tomó un sorbo de agua—. Muy bien. Y ahora, duerme otro buen rato. El doctor vendrá alrededor del mediodía. Durmamos hasta entonces.

—He venido lo antes que he podido. —Mary se desabrochó el sombrerito—. ¿Cómo está ahora? ¿Qué puedo hacer?

—Muchas gracias, Mary. —Cassandra le dio un beso. Era un enorme alivio ver a alguien de la familia, recibir una enviada procedente del mundo de los sanos, incluso aunque se tratara de Mary —. Tiene buen ánimo, aunque físicamente, la situación es mala. Esta mañana ha venido el médico. Me temo que… ha dicho que el fin está cerca.

Mary se preparó para el trabajo que le aguardaba y se colocó al lado de Jane. Cassy aprovechó para ir al dormitorio y tumbarse en la cama para descansar un rato. No iba a dormirse, no se lo podía permitir… tal vez un pequeño sueñecito, solo eso…

La tarde ya había pasado casi por completo cuando de nuevo corrió hacia el dormitorio de la enferma, con la mano en la boca y el pelo desaliñado. ¿Se lo habría perdido? No era posible, no, no podía permitirlo… Escuchó una conversación en voz muy baja, y hasta risas contenidas. Mary y Jane estaban disfrutando mutuamente de su compañía.

—Me encanta veros así —dijo Cassy con toda sinceridad.

—Nos estábamos acordando de cuando éramos jóvenes —informó Mary—. Tú estabas en Steventon, y nosotras en Ibthorpe. ¡Lo que nos divertimos! Antes de casarme.

Jane asintió.

—He tenido mucha suerte con mi familia y mis amigas. Si llego a vieja, seguro que pensaré que me habría gustado haber muerto antes de llegar a ese punto, antes de sobrevivir a vuestra ternura y vuestro afecto. —Tocó la mano de Mary—. Siempre has sido como una

hermana para mí, Mary. ¿Por qué no descansas ahora y dejas que Cassy te sustituya?

Cassandra esperó a que se quedaran solas para hablar.

—Ha sido emocionante veros tan alegres.

—Está siendo extremadamente agradable, te lo aseguro —confesó Jane.

—Mary es una enfermera estupenda, igual que sus hermanas. —Cassy ahuecó las mantas y arregló la cama.

—No tanto como ellas, y ni mucho menos como tú, querida mía, ni como Martha. —Jane hundió la cabeza un poco más en la almohada, tenía la cara tan blanca como las sábanas—. A veces el desastre saca lo mejor de las personas. Es el éxito lo que estropea su bondad natural.

Durante las nueve horas siguientes, Jane permaneció más dormida que despierta. Parecía alterada, y de hecho había comenzado el lento proceso final. La noche del jueves diecisiete de julio sufrió una especie de ataque, un desvanecimiento, una opresión en el pecho. El aviso de que llegaba el final.

—Dime qué sientes, querida mía. ¿Qué te ocurre? —Cassy le pasó una esponja de agua fresca por la cara y después se la secó. Estaba blanca como el papel—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres que haga algo, lo que sea?

—Solo quiero que me lleve la muerte. —Jane tenía los ojos cerrados, sufría intensamente aunque sus palabras aún eran inteligibles—. Que el Señor me dé paciencia. Reza por mí, Cass. Sí, reza por mí, querida mía. Reza por mí, por favor.

A lo largo de la noche siguiente, la última que pasaron juntas, Cassy sostuvo la cabeza de su hermana en el regazo en todo momento, acariciándola y hablándole con suavidad. Justo hasta el amanecer, momento en el que la perdió.

Y, agradecida de estar sola con ella, de que nadie compartiera esos momentos tan extremadamente íntimos, Cassy llevó a cabo su último servicio. Colocó el cuerpo en la cama, le cerró los ojos, los besó y permaneció un rato de pie, contemplando la enormidad de la que había sido testigo. Jane había sido el sol de su vida, el baño dorado de cada placer, el alivio de cada pena. No le había escondido ni un solo pensamiento. Cayó de rodillas y rezó fervientemente por la salvación

de la más preciada de las almas. Nunca en la vida podría haber una hermana más maravillosa, una amiga más entrañable.

Era como si hubiera perdido una parte fundamental de sí misma.

Capítulo 28

Kintbury, abril de 1840

—¡Menudo dolor de cabeza! —gruñó Dinah desde su confortable asiento en el sofá del salón.

—No me extraña nada —contestó Isabella riendo—. A mí también me da vueltas y me duele muchísimo. Pero no tiene nada que ver con los golpes de ayer, sino con la cantidad de vino que bebimos. —Hizo una mueca cómica y se tocó las sienes—. Cassandra, estuviste más que acertada con esa idea de «liberar» esas dos botellas de la bodega de padre; aunque me temo que ahora no estamos para nada.

—Hija mía, la mañana después nunca es fácil —dijo Cassandra con falsa solemnidad—. Pero que nos quiten lo bailado anoche.

Las tres mujeres habían pasado dicha noche celebrando felizmente los trascendentales acontecimientos del día. Leyeron *Persuasión,* bebieron más de la cuenta del excelente clarete de Fulwar y hablaron del futuro hasta muy tarde.

Todo se había desarrollado bien. Isabella estaba convencida de que el amor debía prevalecer por encima de todo, y que sus enemigos tendrían que acostumbrarse a él, sin más. No había un hombre mejor que su John, y el hecho de que la hubiera esperado durante tanto tiempo era la prueba más fehaciente de su valía. Sería una magnífica esposa para un médico, todas estaban de acuerdo. Y Dinah expresó su deseo de ser una magnífica doncella para la excelente esposa del médico… aunque Cassandra no estaba del todo segura de ese extremo. No obstante, albergaba esperanzas de que fuera verdad, aunque en

realidad dejaría de concernirle de manera directa, y hasta indirecta.

Era el momento de marcharse de allí.

Se sentó en el viejo sillón de Eliza, con el abrigo ya puesto, el sombrero abrochado y a la espera de escuchar el sonido del carruaje. Empezaba a sentir el habitual pinchazo de temor y ansiedad en el estómago, que se repetía cada vez que iba a emprender un viaje. El cochero había prometido recogerla «a media mañana». Sin duda se había preparado demasiado pronto, como siempre hacía. Eran esos momentos siempre extraños de las despedidas obligadas, y en este caso de duración impredecible. Había mucho que decir, sin duda, pero no era conveniente decirlo demasiado pronto.

—Te voy a echar de menos, y no me cuesta reconocerlo —le dijo a *Príamo,* que frotaba la cara contra su rodilla—. Has sido un excelente amigo todo el tiempo que he estado aquí, tanto que a veces me he sentido tentada de pasarme a tu especie. —De repente, se le ocurrió una idea—. Creo que en cuanto llegue a casa me voy a hacer con un perrito.

—¡Qué gran idea, Cassandra! —exclamó Isabella—. No me gusta nada la idea de que estés sola.

—No te preocupes por mí, no me importa en absoluto. Las personas con las que me gustaba vivir ya no están en este mundo, pero sus recuerdos son muy buena compañía. Dios ha sido muy generoso conmigo, de verdad. Me permitió disfrutar de mi madre hasta la inusitada edad de ochenta y siete años. ¡Fue un milagro! Y sin apenas enfermedades, salvo al final. Y tu tía Martha tampoco está tan lejos. Puedo ir a verla a ella y a Frank cuantas veces quiera.

—Su casa es un locura. No creo que te apetezca mucho pasar allí largas temporadas. ¡Cómo pueden desplegar tanta energía con tantísimos hijos a su alrededor, y con la edad que tienen! ¡No me lo puedo ni imaginar!

—Martha es estoica por naturaleza, y la mejor madrastra que se pueda concebir y desear. Las cosas nunca son fáciles cuando la madre de verdad se va tan pronto, pero todos nos alegramos muchísimo cuando por fin se casaron. Pero no dejas de tener razón, mis visitas a ese hogar tienden a ser cortas…

—La querida tía Martha. —Isabella sonrió con afecto—. No me acostumbro al hecho de que ahora es *lady* Austen.

—Ni tampoco Mary —puntualizó Cassandra—. El asunto no le gusta para nada, así que es mejor no usar esa denominación en su presencia.

El ruido de ruedas en la grava del camino de fuera interrumpió la

conversación.

—¡Ahí está el cochero! —Cassandra se levantó y abrazó a Isabella.

Con el curso de la visita, la relación había pasado de ser lejana a convertirse en una amistad rica y productiva. Pasaron un momento enlazadas, disfrutando de su mutua cercanía.

—Isabella. —Cassandra se echó hacia atrás y la tomó de las manos —. No puedo empezar a…

—Señorita Austen, señora… —empezó a anunciar Fred desde el umbral, pero Mary le interrumpió sobrepasándolo como una exhalación.

—¡Mary! —exclamó Cassandra—. Me has pillado por los pelos. Mi carruaje va a llegar de un momento a otro.

—Y, de nuevo, ibas a viajar sin tener la deferencia de informar a tu hermana —dijo la aludida con aspereza.

—Te ruego que me disculpes. Tenía muchas ganas de volver a casa para dejar de molestar aquí.

—Pero no debes marcharte antes de tiempo. ¿Qué demonios haces ahí tumbada, Dinah? ¡Arriba! ¡Levántate inmediatamente! No es momento de hacerse la enferma.

La criada se levantó y aspiró displicentemente por la nariz.

—He oído que ese impresentable, Dundas, te quiere desalojar antes de tiempo de la vicaría. Es un comportamiento despreciable, en mi opinión, pero no me sorprende. No, querida, no. A lo largo de mi vida se puede decir que lo he visto todo, y tengo algo que decirte: no hay mayor amenaza en este mundo que un clérigo recién nombrado. Y bien, ¿qué hacemos? Todavía no hemos hablado del asunto de las cartas, Isabella, y he estado reflexionando al respecto. A no ser que tú o tus hermanas las queráis, propongo quedármelas todas. ¡Fred! Ve a la habitación de la señora, recoge toda la correspondencia y tráemela. Es probable que haya cosas interesantes.

¡Había acertado de pleno viniendo aquí y haciendo lo que había hecho! Cassandra suspiró de puro alivio.

—Adiós, querida. —Se adelantó y tomó la mano de Isabella. Parecía que, después de todo, no podrían disfrutar de una despedida adecuada —. Solo me queda agradecerte muchísimo que me hayas acogido. Ha significado mucho para mí, y en muchos aspectos. —Se inclinó hacia delante y le habló al oído en susurros inaudibles para Mary—. Por cierto, respecto a la vajilla de porcelana que tanto aprecias… quédatela. Nadie lo va a notar. O por lo menos dos juegos, como poco.

Isabella sonrió y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Bueno, pues ya está. —Mary se interpuso entre ellas—. Mejor no

nos pongamos demasiado efusivas. Seguro que no te importa esperar sola, ¿verdad, Cassandra? Estamos muy ocupadas, ya lo sabes…

Prácticamente empujó a Isabella, pero se detuvo de repente y suavizó el gesto.

—Es la última vez que nos vamos a ver en esta casa. Un momento muy profundo… Hay mucha historia nuestra aquí, ¿verdad? Y todo se va a perder. —Súbitamente pareció digna de lástima—. No quedará rastro de nada.

—Querida Mary. —Cassandra se inclinó para darle un beso—.Toda nuestra historia está en nuestras mentes, en nuestros recuerdos. Lo único que podemos hacer con ellos es trasladárselos a la siguiente generación, con toda la honestidad que podamos. —Sonrió—. Y confiar en que lo que quede sea verdad.

—¡Cómo si tuviera algún interés! Bueno, las historias de los hombres con los que hemos vivido, como Fulwar, sí que lo tienen. O como la de mi marido, por supuesto. Mi maravilloso hijo es su vivo retrato. ¿Pero nosotras? Ni el más mínimo. Nadie se preocupará ni se interesará por nosotras en el futuro.

Cassandra se marchó igual que había llegado: sola y sin que la vieran. Se instaló en el asiento del carruaje, se preparó para soportar las dificultades del viaje que tenía por delante y miró a su alrededor por última vez. Al fondo, las ondulaciones del paisaje. A un lado, las casitas de ladrillo y piedra. Y tras ella, fuera del alcance de su vista, la casa parroquial, cuadrada y firme.

El coche avanzó en dirección a la carretera principal, y antes de que acelerase, Cassandra captó una figura ancha y rotunda que caminaba por el borde de a calle. Se inclinó hacia delante y le pidió al cochero que se detuviera.

—Señor Lidderdale —llamó—. Buenos días. ¿Va usted a la vicaría?

El médico se quitó el sombrero y se comportó con extrema cortesía.

—No estoy del todo seguro de si mi presencia allí es necesaria, ni si va a ser bienvenida. ¿Cómo está Dinah? Por supuesto, si me necesita, iré.

—No, su presencia no es necesaria… profesionalmente hablando. Dinah está perfectamente. Pero tengo razones para creer que, si dispusiera de un momento para ir a visitar a la señorita Fowle, sería recibido con una bienvenida de lo más cálida.

—¡Muchas gracias por decírmelo! —Su amplia cara se iluminó con una sonrisa espléndida—. Le agradezco su extrema amabilidad, señorita Austen. —Se estiró el raído abrigo—. No es bueno dejar las cosas para más adelante, ¿verdad? Iré inmediatamente.

El coche dio una sacudida, y después varias más hasta llegar a la caseta de peaje. Tanto movimiento tuvo su efecto sobre sus viejos huesos. ¡Qué ganas tenía de estar de nuevo en casa, en su adorado Chawton! Se colocaría junto al fuego en cuanto pudiera y alimentaría las llamas con esas cartas tan comprometedoras. No se retiraría hasta que las cenizas estuvieran frías. Y en ese momento, solo entonces, habría cumplido con todas sus obligaciones, y podría experimentar la satisfacción que provoca el deber cumplido. Por fin sería libre, y no se preocuparía de otra cosa que de las rosas, las gallinas y la iglesia.

El viaje duraría varias horas. ¿Cómo podría contrarrestar la incomodidad y el aburrimiento? Entonces se acordó de la carta de Jane que aún no había leído. Entreabrió el maletín de labor y rebuscó con los dedos entre los retales hasta encontrarla. Empezó a leer:

College St., Winchester
10 de julio de 1817

Mi querida Eliza:

He sufrido un nuevo ataque, el más severo hasta ahora desde que soporto la enfermedad que me tiene postrada. Tanto que me da la impresión de que esta vez no me voy a recuperar. No quiero que sientas pena por mí, no quiero ni oír hablar de eso. Si me tocase morir ahora, te aseguro que lo haría como la más feliz de las mujeres. ¡Está fuera de mi alcance hacer justicia a lo maravillosamente que se ha portado mi familia conmigo! ¡Y Cassandra! No tengo palabras para describir su forma de cuidarme, la ternura, la atención y el cariño que ha desplegado para mí durante toda su vida. Le debo tanto que no paro de pedirle al buen Dios que la colme de bendiciones. Todo será poco para ella.

No creo que vaya a poder reunir la fuerza suficiente como para volver a escribirte, por lo que te agradezco ahora tu amistad. Te deseo, a ti y a tu familia, salud y felicidad para siempre, y te ruego que cuides de mi queridísima Cass. Los próximos meses y años van a ser duros para ella, sin duda. Ni ella ni yo hemos llevado nunca bien las separaciones. Y

conforme me acerco a la estación final, me alegro egoístamente de no ser yo la destinada a sobrevivir y afrontar la pérdida. ¿Cómo podría? ¿Qué clase de vida sería no volver a tenerla a mi lado?

Con todo mi afecto:
J.A.

Cassandra se llevó a los labios la hoja de papel, cerró los ojos y, como hace el peregrino con la reliquia de un santo, lo besó.

Las ruedas seguían moviéndose. Los caballos jadeaban por el esfuerzo. Miró por la ventana a través de las lágrimas. Berkshire empezaba a quedar atrás, y Hampshire se acercaba: los suaves contornos del condado que, hacía mucho tiempo, pensaba que sería su destino, daban paso a las entrañables formas del dulce hogar.

Nota de la autora

Los registros familiares dejan claro que, a lo largo de los últimos años de su vida, Cassandra Austen buscó y encontró la correspondencia intercambiada entre su hermana y ella. Quemó la mayor parte de las cartas, las que consideró confidenciales. No cabe la menor duda de que también hubo abundante correspondencia entre Cassandra y Jane y la familia Fowle de Kintbury. Sin embargo, nada de eso ha salido a la luz hasta ahora. Todas las cartas que aparecen en esta novela son imaginarias. Las poesías son de James Austen.

A propósito de las sobrinas favoritas: Anna se casó con Ben Lefroy en 1814, pero enviudó quince años más tarde y quedó al cargo de siete hijos, con unos ingresos limitados y escasa salud. Por el contrario, la vida de Fanny fue muy desahogada y confortable tras convertirse en la segunda esposa de *sir* Edward Knatchbull. Fue madrastra de los hijos de *sir* Edward, y tuvo otros nueve con su esposo. Más adelante escribió un tanto despectivamente acerca de su tía Jane, expresando que «no fue todo lo 'refinada' que debería haber sido». No obstante, su hijo mayor, lord Brabourne, fue el primero que tuvo la oportunidad de recoger y publicar la correspondencia de Jane Austen.

Durante los últimos años de su vida, Cassandra tuvo un perro propio, al que llamó *Link*. El perro acudía a la casa principal con un criado a recoger la leche para su ama, y llevaba el cubo en la boca. Cassandra murió de un ataque en marzo de 1845, estando con su hermano Frank en las cercanías de Portsmouth. Está enterrada en el cementerio de la iglesia de Chawton, cerca de su madre. Entre las beneficiarias de su herencia estuvieron las hermanas Fowle. A Isabella, ya en ese momento señora de John Lidderdale, le dejó cuarenta y cinco libras. Y a Elizabeth, la única soltera, le legó la extraordinaria suma de mil libras, seguramente en compensación por el legado que

ella misma había recibido tantos años atrás.

Agradecimientos

Es cierto que Jane Austen no tuvo la suerte de gozar de mucho reconocimiento en vida. Sin embargo, la calidad de los académicos e historiadores que han estudiado su obra y su vida ha sido muy grande. Esta novela no se habría escrito de no existir el brillante trabajo de David Cecil, Kathryn Sutherland, Claire Tomalin y todos aquellos que han contribuido y contribuyen con la *Jane Austen Society*. La extraordinaria obra *Cronología de Jane Austen y su familia,* de Deirdre Le Faye, es una Biblia para mí. Todos aquellos que quieran saber más acerca de los Austen, los Fowle y los Lloyd deberían consultar *Jane Austen, registros familiares,* también de Le Faye.

También me he dado cuenta de que las seguidoras de Jane son muy generosas con su tiempo. Agradezco sinceramente a Deirdre Le Faye, Helena Kelly, Maggie Lane y Hazel Jones, el hecho de que tuvieran la amabilidad de leer el manuscrito de *Miss Austen* y señalar los muchos errores cometidos en lo que se refiere a hechos y cronología. Cualquier error no eliminado es responsabilidad mía, sin ninguna excepción.

Al escribir sobre Kintbury, tuve la suerte de que gran parte del trabajo ya había sido realizado por mis maravillosas y entregadas historiadoras locales, a saber: Thora Morrish, Penny Fletcher y Margaret Yates. Penny Stokes me prestó su valiosísimo ejemplar de *Four Manly Boys* («Cuatro jóvenes varoniles»), una excelente recopilación de la historia de la familia Fowle, escrita por G. Sawtell. Jacqueline Cooper y Judith Turner, de la biblioteca de Newbury, fueron de lo más atentas y serviciales ayudándome a estudiar documentos y desenterrando pintorescos detalles de gran utilidad.

Mi agente, Caroline Wood, ha sido resolutiva, paciente, alentadora e inteligente de principio a fin. Sin ella, en estos momentos *Miss Austen* seguiría siendo una idea y una ambición lejana. Selina Walker, con su capacidad analítica de cirujano, su visión de claridad meridiana

y su pasión, logró el milagro de convertir un manuscrito muy mejorable en un libro listo para publicar. Caroline Bleeke aportó inteligencia, conocimiento, energía desbordante y contagiosa confianza. Gracias a todo el personal de Cornerstone, y en especial a Susan Sandon, Jess Balence, Emma Grey Gelder y Laura Brook, así como a Flatiron Books, sobre todo a Nancy Trypuc, Katherine Turro y Claire McLaughlin. Ha sido un placer trabajar con todas vosotras.

Quiero expresar mi agradecimiento a los primeros lectores por sus sugerencias: Nick Hornby, Amanda Posey, Catherine Bennett, Sabine Durrant, Joanna Kaye y Julia Kreitman. Y finalmente, a mi familia, por supuesto: Holly, Charlie, Matilda y, en particular, a Robert Harris. Simplemente, gracias por todo.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:
https://librosdeseda.com/

Table of Contents

Biografía de la autora
Resumen
Créditos
Título
Las familias
«Emprendamos ese camino»
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Nota de la autora
Agradecimientos